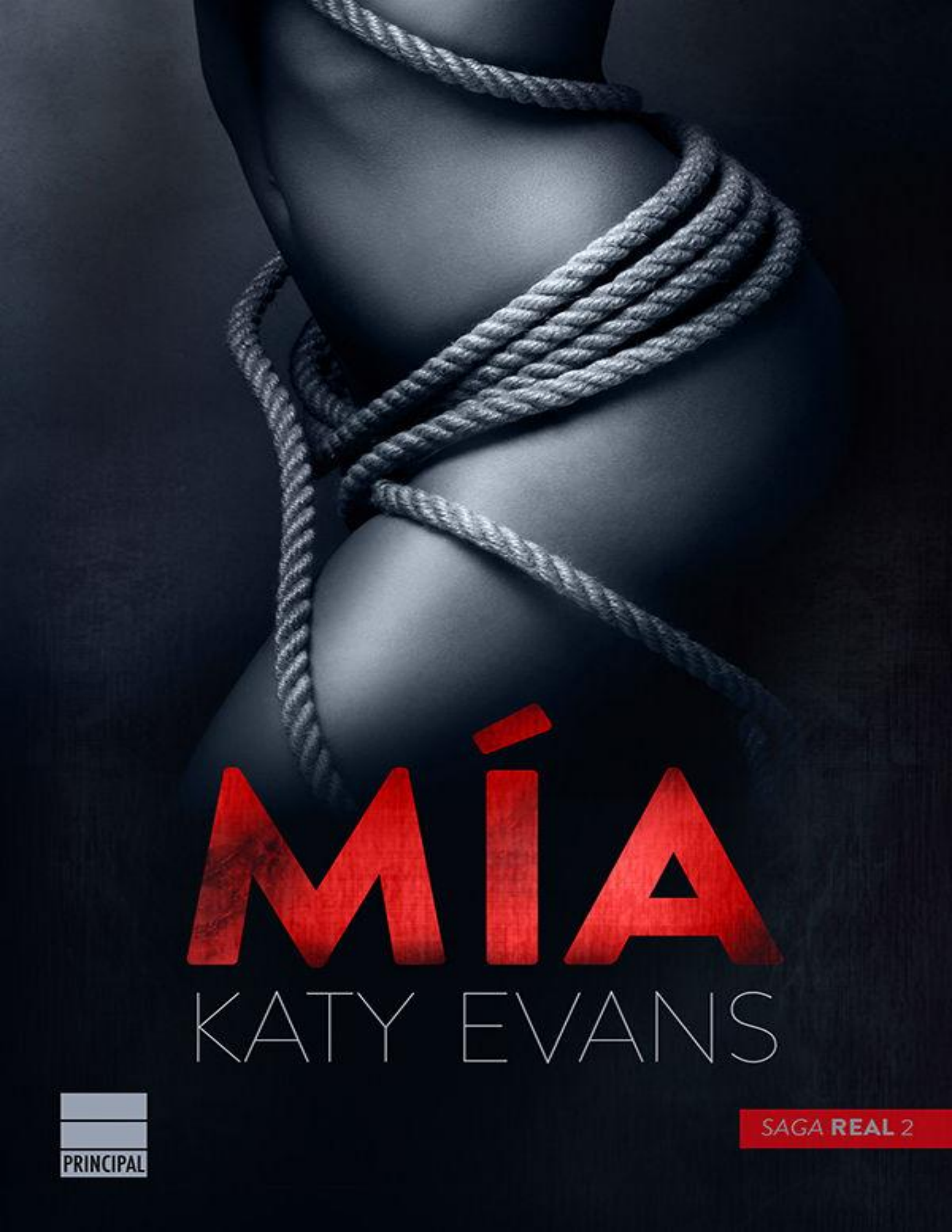

MÍA
KATY EVANS
PRINCIPAL
SAGA REAL 2

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exlcusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada
Página de créditos
Sobre este libro
Dedicatoria
Canciones de Mía

Introducción
1. ¡Bienvenido, Depredador!
2. Felicidad = Él
3. Volando a Arizona
4. El ave Fénix
5. Un regalo
6. Camino a Boston
7. La ciudad del pecado
8. El hogar está donde reside el corazón
9. Un arcoíris en Seattle
10. Visita familiar
11. Hermanas y amigas

12. Allá vamos
13. Se acabó la espera
14. Filadelfia
15. Cómo derribar un árbol
16. Austin espera
17. Austin es un remolino
18. Oscuro
19. Negro contra azul
20. Cuando llega el momento
Para él

Agradecimientos
Sobre la autora

MÍA

Katy Evans

Traducción de Lidia Pelayo



MÍA

Los hechos narrados son imaginarios. Cualquier referencia a hechos y lugares reales o a personas que existen o han existido es puramente casual.

V.1: mayo, 2016
Título original: *Mine*
© Katy Evans, 2013
© de la traducción, Lidia Pelayo, 2015
© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2016
Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Cris Martín

Los derechos de traducción de esta obra han sido cedidos por la agencia literaria Jane Rotrosen y gestionados para España por International Editors Co. Todos los derechos reservados.

Publicado por Principal de los Libros
C/ Mallorca, 303, 2º 1ª
08037 Barcelona
info@principaldeloslibros.com
www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-51-0
IBIC: FP
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

MÍA

Es MÍA, y yo soy suyo. Nuestro amor es ardiente, poderoso, imperfecto y REAL…

El implacable boxeador Remington Tate, conocido como «Depredador», ha encontrado por fin un rival a su altura. La mujer que contrataron para mantenerlo en perfecta condición física, Brooke Dumas, ha despertado en él un deseo primario y abrasador. La necesita físicamente, como el aire que respira, y ahora ha descubierto que no puede vivir sin ella.

Brooke nunca imaginó que acabaría con un hombre cuyo cuerpo es el sueño de cualquier mujer. Pero no todos los sueños tienen un final feliz, y justo cuando más se necesitan el uno al otro, ella tiene que apartarse de su lado. Ahora Brooke se verá obligada a volver a luchar por el hombre al que ama.

Dedico este libro a aquellos que sintieron lo mismo que yo y quisieron un poco más.

CANCIONES DE *MÍA*

Estas son algunas de las canciones que estuve escuchando mientras escribía *Mía*. ¡Espero que las disfrutéis al mismo tiempo que Remington y Brooke!

Iris de Goo Goo Dolls
Dark Side de Kelly Clarkson
I Choose You de Sara Bareilles
Beneath Your Beautiful de Labrinth y Emeli Sandé
First Time de Lifehouse
Stay With You de Goo Goo Dolls
Between the Raindrops de Lifehouse
Breathless de The Corrs
According to You de Orianthi
Here Without You de 3 Doors Down
When You're Gone de Avril Lavigne
Far Away de Nickelback
Hold Me Now de Red
Uprising de Muse
Demons de Imagine Dragons
Kiss Me de Ed Sheeran
From This Moment On de Shania Twain y Bryan White

Mía

El corazón es un músculo vacío y late millones de veces durante nuestra vida. Es del tamaño de un puño y tiene cuatro cavidades: dos aurículas y dos ventrículos. El hecho de que este músculo pueda albergar algo tan inmenso como el amor escapa a mi comprensión. ¿El corazón es el único que ama? ¿O se ama con el alma, que es infinita? No lo sé. Lo único que sé es que siento este amor en cada célula de mi cuerpo, en el aire que respiro, en la infinidad de mi alma. Aprendí que ya no se puede correr si te rompes un ligamento, pero es posible que tu corazón esté roto en mil pedazos y seguir amando con todo tu ser.

Yo me he roto en pedazos, y he logrado recomponerme.

Me han amado y he amado.

Estoy enamorada y este amor me cambiará para siempre; de hecho, ya me ha cambiado. Toda la culpa es de mi hombre. Antes soñaba con medallas y campeonatos, y ahora sueño con un luchador de ojos azules que un día cambió mi vida, cuando puso sus labios en los míos…

1. ¡Bienvenido, Depredador!

Han pasado dos meses desde que volví con él. Sesenta y dos días exactos. Mil cuatrocientas ochenta y ocho horas deseándolo, añorándolo y necesitándolo. Ha pasado más tiempo desde que miles de mujeres, hombres y seguidores de todo el mundo le vieron caer derrotado.

Ha vuelto, por fin.

El momento: el primer combate de la nueva temporada de la Liga Clandestina.

Antes de llegar hasta aquí, ha entrenado como un loco. Ha ganado músculo. Está más fuerte que nunca y sé que esta temporada está preparado para recuperar lo que es suyo.

Hay unas mil personas en el recinto de lucha de Washington D.C. y la multitud ruge inquieta cuando anuncian el ganador del combate.

Sabemos que ha llegado el momento: van a llamarlo. Pete, su ayudante, está sentado a mi derecha, en tensión y alerta. Me ha dicho que es la «gran atracción», que casi todo el público está aquí por él.

Yo, desde luego, sí que estoy aquí por él.

El aire está cargado de nervios y huele a perfume, cerveza y sudor. Los dos luchadores del combate anterior salen del cuadrilátero, uno de ellos ayudado por su equipo, y mi corazón da

un vuelco mientras permanezco en mi asiento de la primera fila, justo en el centro, donde mi hombre quiere que esté. Así que aquí estoy, esperando, muy consciente de mi cuerpo y de mi corazón, que palpita con su nombre. Remington, Remington, Remington.

Los altavoces chirrían cuando el presentador enciende el micro y me sobresalto.

—Damas y caballeros, nos rompió el corazón y el alma, ¿recuerdan? El favorito del público perdió el campeonato el año pasado.

El público abuchea el recuerdo de su derrota y se me hace un nudo en la garganta cuando pienso en cómo sacaron el cuerpo destrozado de Remy del cuadrilátero.

—Pero no temáis. ¡No temáis!

—¡¡REMY!! —grita alguien.

—¡Que salga ya! —chilla otro.

—Oh, eso haremos. No tengáis ninguna duda de que está a punto de suceder —dice el presentador con voz seria, creando expectación en la multitud—. Después de muchas especulaciones y rumores, ya es oficial. El hombre, ¡el hombre!, vuelve a pelear esta temporada ¡y no piensa hacer prisioneros! Aquí está, damas y caballeros. ¡Aquí está! ¿Sabéis de quién hablo?

La multitud ruge: «¡DEPREDADOR!»

—¿Quién?

—¡DEPREDADOR!

—¡Una vez más! ¡No os oigo!

—¡DEPREDADOR!

—¡Eso es, damas y caballeros! Aquí está nuestro chico malo favorito, con su sonrisa y sus puños mortales, listo para grabar D.E.P. en todo el que se interponga en su camino. Es él, el único, Remingtoooon Tate, ¡¡el DEPREEEDADOOOR!!

Cuando la multitud se pone en pie y empieza a gritar desbocada, una ola de emoción me invade.

—Dios mío, sus fans tenían ganas de verle luchar de nuevo —susurra Pete.

Yo también. Dios mío. Yo también.

Alrededor del cuadrilátero las mujeres agitan sus bragas. ¡Bragas! Otra levanta un cartel en el que pone «¡DERRÍBAME, DEPREDADOR!».

Tengo la boca seca y mil y una mariposas revolotean en mi estómago cuando de repente veo un destello rojo.

Y entonces, él está más cerca.

Camina rápido por el pasillo hacia el cuadrilátero.

A su cuadrilátero, su espacio, su dominio.

Mi cuerpo se despierta cuando se abre paso entre la multitud.

Algunos fans se levantan del asiento e intentan agarrarlo, pero él no se deja detener por la gente. La capucha de la bata de satén rojo oculta su rostro. Remy. Mi Remy. El hombre al que amo con cada centímetro de mi piel.

«Depredador, eres el más *sexy* del mundo».

«¡Remy, quiero que me hagas un hijo!».

Sube al cuadrilátero con un salto ágil y se quita la bata que lleva su apodo bordado, DEPREDADOR. Lo hace despacio, sin apresurarse. En mis oídos resuenan cientos de gritos de mujeres enloquecidas mientras se dirige a su esquina y le entrega la bata a Riley, el ayudante del entrenador.

Riley, sonriente, le da una palmada en la espalda musculosa y le dice algo. Remington echa la cabeza hacia atrás como si se estuviera riendo y entonces se dirige al centro del cuadrilátero, extiende los brazos y empieza a dar su vuelta, lenta y arrogante, con la que parece decir «Si, sé que todas queréis follarme».

Me muero.

Nunca, nunca me acostumbraré a verlo en el cuadrilátero. Mi corazón late excitado en mi caja torácica mientras mis entrañas palpitan con anhelo y mi pecho parece un globo a punto de explotar de emoción. Duro, esbelto, peligroso, guapo y completamente mío.

Mis ojos absorben cada centímetro del hombre por el que babean todas las mujeres presentes y no puedo evitar recorrer de arriba abajo con la mirada su perfecto y atlético cuerpo. Acaricio con

la vista su piel bronceada y beso desde la distancia las cenefas celtas de los tatuajes que adornan sus bíceps. Contemplo su torso y sus piernas largas y fuertes, sus brazos esculpidos, su cintura delgada y sus hombros anchos. Cada músculo de su cuerpo perfecto está tan definido que, si pasas los dedos por sus magníficas formas, puedes saber perfectamente dónde acaba una parte y empieza la siguiente.

Se gira y disfruto mirando sus ocho abdominales. ¡Ocho! Sí, sé que parece imposible, pero los tiene…

Y su cara.

Oh, Dios, no puedo soportarlo.

La fuerte mandíbula. Los ojos azules brillantes. La sonrisa *sexy*. Y esos hoyuelos. Está sonriendo con *la* expresión; la que dice que tiene muchas cosas preparadas para esta tarde y que no vas a querer perdértelo, y me muero por su sonrisa juguetona y dulce.

Se oye un jadeo colectivo en los asientos que hay a mis espaldas cuando se gira y mira en nuestra dirección.

Las mariposas de mi estómago despiertan cuando sus danzarines ojos azules empiezan a observar a la multitud, riéndose en silencio de nosotros. ¡Está claro que le divierte nuestra obsesión por Remington Tate!

Detrás de mí, una rubia de mediana edad con demasiado *bótox* salta sin parar y grita como una loca: «¡Remy! ¡Déjame probar al depredador!».

Me entran ganas de agarrar a la mujer del pelo, pero al mismo tiempo sé que es imposible mirarle sin que tu sexo se convierta en un palpitante lago de deseo.

Es un semental. Está creado para copular. Para procrear.

Y lo necesito tanto como respirar.

Lo deseo más que cualquiera de esas mujeres que chillan y se mueren por él.

Deseo cada fragmento de él. Deseo su cuerpo. Su mente. Su corazón. Su dulce alma.

Dice que es mío, pero sé que hay una parte de Remington Tate que nadie podrá tener.

Yo soy suya, pero él es indomable e inconquistable.

El único que puede derrotar a Remington Tate es él mismo.

Está ahí arriba, siempre huidizo y misterioso, una caja negra de misterio sin fin. Y quiero perderme en él, aunque nunca vuelva a ser la misma.

Pete me da un codazo suave en las costillas y me susurra al oído:

—Dios, es injusto que él reciba toda la atención y esto —se señala el cuerpo delgado— no reciba nada.

Sonrío. Pete, de pelo rizado y ojos castaños, siempre va vestido con traje negro y corbata. No es solo el ayudante personal de Remy, es casi un hermano mayor, su mejor amigo.

—A Nora le gustas tal y como eres —me burlo, refiriéndome a mi hermana pequeña.

Sonríe con el comentario y levanta las cejas mientras señala con la cabeza al cuadrilátero, donde Remington termina de dar su vuelta y clava su mirada en esta zona.

Mis terminaciones nerviosas se estremecen mientras sus centelleantes ojos azules recorren mi fila, donde sabe que lo espero. Juro que cada parte de mi cuerpo tiembla con anticipación, esperando a que esos ojos me encuentren.

Y lo hacen.

Es una explosión eléctrica. Surgen corrientes de energía invisibles entre nosotros. Su sonrisa me quema y de repente el interior de mi pecho, donde late mi corazón, se convierte en una antorcha que él acaba de encender.

Sus ojos son imanes que me atan al calor de su cuerpo. Salta a la vista que goza mirándome así, diciéndole al mundo que soy suya.

Entonces me señala.

El corazón me da un vuelco, emocionado.

Parece que los ojos de todo el mundo siguen el dedo que apunta en mi dirección, directo a mi pecho, donde mi corazón sigue

acelerándose por él. Su ardiente mirada azul dice claramente «Esta pelea va por ella».

Un rugido entusiasmado del público se expande a mi alrededor. La forma en que sus fans le adoran me golpea como la adrenalina, como un chupito de tequila que va directo a tu cabeza. Y el modo en que él los cuida es un reflejo de cómo me ama a mí.

Me sorprende la reacción del público, y cómo Remington sigue ahí, mostrando sus hoyuelos, absorbiendo toda la energía del recinto y convirtiéndola en lo que le permite ser el «Depredador».

¡Dios, lo amo y no quiero que lo olvide nunca!

Abrumada por el impulso, le lanzo un beso.

Él lo atrapa y se lo pone en la boca.

La multitud grita más alto. Remy me señala, riendo, y yo también río. Me arden un poco los ojos porque soy tan feliz que no puedo contenerme. Soy feliz porque él es feliz y está en el lugar al que pertenece, en el cuadrilátero.

Esta será su temporada estrella. Este año nada impedirá que Remington Tate se convierta en el campeón de la Liga Clandestina. Absolutamente nada.

Hará lo que sea necesario porque es un hombre decidido, fuerte y apasionado y aunque yo tenga miedo, esté preocupada, emocionada o mejor dicho, sienta todas esas cosas a la vez, estaré a su lado.

—Y ahora, damas y caballeros, un fuerte aplauso para darle la bienvenida a un novato en la Liga, desde el Club de Lucha, el famoso, temible y mortal Grant González, ¡«Goooodzilla»!

Cuando anuncian a su contrincante, Remington da vueltas en el cuadrilátero como una pantera hasta que un halo plateado de luz asoma por el segundo pasillo. Remy clava los dedos en sus costados mientras observa al enemigo subir al cuadrilátero. Esta noche todos llevan las manos vendadas con los nudillos al descubierto, bastante parecido a como luchaban los hombres antaño.

El nuevo luchador apenas se ha quitado la bata cuando el público empieza a abuchearlo. «¡Buuuu! ¡Buuuu!».

—Ese tío ha matado a un par de personas luchando —me dice Pete en voz baja— Es un capullo tramposo.

—¿Quieres decir que hay gente que muere en estos combates? —pregunto horrorizada, mientras mi estómago se contrae. Pete pone los ojos en blanco.

—Brooke, son combates sin normas. Por supuesto que a veces las cosas se tuercen.

La idea de Remy luchando contra asesinos incrementa el miedo que siento antes de cada combate hasta un nuevo nivel. Miedos que contengo cuando mi hombre se deja alimentar por la energía y la adoración del público. Miedos que ahora se me clavan en el estómago y me aprietan como si fueran un puño.

—Pete, que alguien muera es algo más que un «las cosas se tuercen».

Remington choca los puños con su contrincante y el público enmudece. Mis entrañas se paralizan. Observo al rival sin pudor, de manera casi nerviosa, como si pudiera conocerle mejor solo con mirarlo. La piel pálida del chico está embadurnada con algo que parece aceite. ¿Se les permite estar resbaladizos en los combates? Tiene el pelo recogido en una coleta y grandes músculos, como los demás luchadores que he visto, pero nadie es tan esbelto y atractivo como Remy. Y estoy segura de que nadie cuida tanto su cuerpo y entrena con tanta dedicación como él.

Cuando suena la campana, se me corta la respiración.

Se acercan. Remington espera a que el otro se mueva, en guardia, aunque tiene sus increíbles músculos relajados para poder moverse rápidamente. Al final, «Godzilla» se abalanza sobre él. Remy se agacha y lo embiste con el lateral de su cuerpo y, de forma increíble, derriba al enorme monstruo, que cae con un ruido sordo.

Jadeo con incredulidad cuando el árbitro comienza la cuenta atrás.

Una sonrisa disimulada curva los labios de Remy mientras mira al cuerpo inmóvil y prácticamente le reta a moverse.

No lo hace.

Un rugido crece entre la multitud.

Pete se pone en pie de un salto y agita sus puños en el aire.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Ese es nuestro hombre! ¡Nuestro hombre!

—¡UN PUÑETAZO, damas y caballeros! —grita una voz a través de los altavoces. —¡Un puto puñetazo! ¡Ha vuelto! ¡¡HA VUELTO!! ¡¡Hombres y mujeres, niños y niñas, esta noche tenemos a vuestro único e inigualable Deeepredadooor!! ¡DEPredador!

El árbitro del cuadrilátero levanta el brazo de Remy en señal de victoria.

Y aunque todo el mundo grita su nombre, sus ojos se fijan en mí y todo mi cuerpo comienza a desearlo.

Dios.

Es un puto Dios del sexo. Y me excita.

—¡Depredador, por favor, deja que te toque! —grita una mujer mientras se acerca al borde del cuadrilátero e introduce la mano entre las cuerdas en su dirección.

Remington parece sentir compasión y toma su mano. Pasa los labios por sus nudillos y ella se pone a gritar de forma todavía más histérica. Me río, pero al mismo tiempo la serpiente de celos se enrosca en mi garganta. Remy me mira cuando la suelta y luego, con un movimiento ágil que me recuerda a un gran felino al acecho, baja del cuadrilátero.

El estadio se queda en completo silencio y lo único que oigo es el latido de mi corazón al son de su nombre.

Remington… Remington… Remington…

Camina hacia mí; su sonrisa deja claro que se sabe el centro de todas las miradas.

—Estás celosa —me dice con esa voz profunda y encantadora que tiene.

—Un poco —digo, riéndome de mí misma.

Él no se ríe, pero sonríe con una sonrisa que resplandece en sus ojos azules mientras desliza los dedos por mi garganta y entonces siento la yema de su pulgar recorrer suavemente mi labio inferior. Las mariposas de mi estómago se despiertan. Entrecierra los ojos

mientras me observa la boca. Lo hace despacio, de un lado a otro y entonces, parece recordar que mi boca es suya, se inclina y la toma.

Sus labios me encienden. Mi estómago da vueltas cuando separa mis labios y mueve su lengua cálida y húmeda para saborearme rápidamente y con excitación; contengo un gemido.

—No lo estés —dice con voz áspera mientras contempla mi boca, que acaba de besar, y aprecia durante un momento el resultado de sus besos. Presiona sus labios contra mi frente durante una fracción de segundo y luego vuelve al cuadrilátero con su ágil andar, relajado y tranquilo.

Oigo unas voces ahogadas detrás de mí.

Dios, quiero hacerlo de diez formas diferentes hasta el domingo.

¡Oh, Dios mío, *joder, estaba justo aquí!*

Me relamo los labios, todavía siento el sabor de ese cabrón *sexy* que hace que mis pezones se endurezcan y mi sexo se inflame con la idea de poseerlo completamente.

Cuando llaman al siguiente contrincante, Remington flexiona los músculos de sus brazos hasta la punta de los dedos. Su sonrisa me deslumbra desde el cuadrilátero y sus hoyuelos me dicen claramente lo mucho que le divierte dejarme chapoteando en un charco de amor y deseo. Maldito bastardo.

Parker Drake, «El Terror», un luchador que recuerdo del año pasado, se sube al cuadrilátero para enfrentarse a él. Y suena la campana.

Ding.

La multitud enmudece cuando empieza el combate y los dos hombres comienzan a moverse y a golpearse. Los puñetazos de Remy son poderosos y se oye el sonido de sus puños al golpear; profundos, fuertes y rápidos como el rayo. ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! Observo y escucho mientras me retuerzo en el asiento, oscilando entre la alegría y la preocupación, y de repente Parker cae al suelo. Doy un salto y grito «¡Depredador!» junto con el resto del público y sé que esta es la primera de las muchas veces que estaré ahí viendo cómo Remington reconquista todo, absolutamente todo, lo que perdió por mí.

2. Felicidad = Él

En toda mi vida, solo he pasado la noche con un hombre. Me encanta encontrarme con sus músculos mientras dormimos. Me encanta que las sábanas huelan a él, a nosotros, y que sus hombros se hayan convertido en mi almohada favorita aunque estén increíblemente duros y no entienda por qué me gusta dormir sobre ellos, pero es así. Con ellos llega su brazo, que me rodea la cintura, su aroma y su calor. Y me encanta, cada parte. Sobre todo cuando inclina la cabeza para enterrar la nariz en mi cuello y yo entierro la mía en el suyo.

El problema es que su lado de la cama parece expulsarle exactamente a las diez de la mañana y mi lado no funciona del mismo modo.

Hoy me siento un peso muerto porque él no está en la habitación.

El aire es diferente cuando él no está. Su proximidad me recarga, me llena de energía, como una vibración lenta y potente a mi alrededor que me hace estar alerta y sentirme a salvo y excitada al mismo tiempo.

Estoy realmente colada por él.

Hace seis meses quería tener un lío de una noche, divertirme un poco después de haberle dedicado años a mi carrera. Pero en lugar de eso… lo encontré a él.

Impredecible, irritante, *sexy*… El hombre que todo el mundo desea y que yo no quería. No solo terminé deseándolo, sino que he acabado enamorándome de él. Y amarlo es la montaña rusa más excitante a la que me he subido en toda mi vida.

Sentada en la cama, me froto los ojos para protegerlos de la luz. Ojalá tuviera las venas llenas de Red Bull y Monster, igual que Remy. Apenas dormimos, dedicados a nuestros pasatiempos sexuales favoritos, y él ya está ansioso por irse. Incluso veo su maleta en la puerta, lista para viajar a nuestro próximo destino, mientras que yo todavía tengo que hacer la mía.

Entorno los ojos de nuevo al levantarme de la cama, voy hacia el pequeño armario para buscar algo que ponerme cuando veo la carta en su mesilla de noche, al lado de su iPhone, que apenas enciende excepto para escuchar música. Es la que le envié yo, mi carta de despedida, y me trae una ola de recuerdos horribles, tengo que reprimir las ganas de cogerla, romperla y tirar los trozos por el retrete.

Pero Remington se enfadaría. Guarda esa estúpida carta como si fuera un tesoro.

Porque en ella le dije algo que nadie le había dicho antes.

Te quiero, Remy.

Empiezan a temblarme las piernas, cierro los ojos y me digo que no soy perfecta. Nunca me han enseñado a hacer esto. Nunca he soñado con el amor, con una pareja… Soñaba con el atletismo y nuevas zapatillas de correr. No soñaba con un atractivo luchador de cabellos negros de punta y románticos ojos azules. Estoy intentando aprender a ser la mujer que un hombre como él merece. Quiero pasar el resto de mi vida demostrándole a Remy que le merezco, y el resto de mis días asegurándome de que recupera lo que perdió por mí. Si hay alguien en este mundo que merezca ser un campeón, ese es él.

—Es un cobardica. Relájate.

Su voz ronca y masculina proviene de fuera de la habitación.

Me río por la respuesta de mi cuerpo al escuchar a Remington hablar. Mi útero se tensa y siento un calor instantáneo. *Zorra*.

Sonrío mientras busco en el armario entre sus cosas, luego me dirijo a su maleta. Sé que le gusta que lleve su ropa. Creo que le hace pensar que le pertenezco y es una locura lo mucho que me gustan sus tendencias de macho alfa. Cuando tiene los ojos azules es posesivo, pero cuando los tiene oscuros se vuelve completamente territorial.

Me encanta cuando se pone gruñón con su «eres mía» y a él le encanta que me ponga su ropa.

Entonces, ¿por qué no tener la ocasión de que los dos estemos encantados esta mañana? Saco *su* bata de boxeo de DEPREDADOR y me la pongo, luego voy corriendo al baño, me lavo los dientes y la cara, me recojo el pelo en una coleta y salgo fuera.

Escucho su risa en el salón, una risita suave por algo que ha murmurado Pete. Salgo del dormitorio y mi interior se altera; ese es el simple y maravilloso efecto que Remy provoca en mí.

Dios mío.

No puedo creer lo que me hace. Ni siquiera puedo explicar esta combinación de escalofríos, temblores y nervios que siento dentro de mí, pero es ridícula.

—Te está buscando, tío. No le veo la gracia —dice Pete alarmado —. Sus secuaces han estado preguntando en todos los hoteles para saber dónde te hospedarás.

—Relájate y mantén la guardia, Pete —responde Remington. Lo miro un instante y siento cómo se detiene mi respiración.

Mi león de ojos azules.

Lleva el pelo oscuro con un corte rapado, de punta, como si fuera un pequeño diablo. Los tatuajes celtas que rodean sus brazos musculosos se tensan mientras bebe despacio una bebida energética. Observo su increíble torso bronceado. Y los pantalones de chándal que cuelgan de la parte baja de su cadera y por los que asoma la punta de su estrella tatuada. Sus pies descalzos. Es *sexy*, fuerte, verle es tener ganas de abrazarle: la energía que emana de su cuerpo es como un imán para mí.

—¡Buenos días, Brooke! —dice Diane Werner, su cocinera y nutricionista, desde la cocina.

Remington se da la vuelta de manera perezosa, despacio, muy despacio, como si sus músculos ondearan. Sus brillantes ojos azules inspeccionan mi cuerpo, se fijan en la bata roja, su bata, que me llega hasta los tobillos, y una chispa posesiva reluce en su mirada. Mi sexo se tensa con deseo en un instante.

—Bueno, hola, señora Depredador —dice Pete. Sus ojos marrones brillan divertidos.

Sonrío. No solo quiero llevar la ropa de Depredador, me gustaría que me pidiera que adoptase su apellido a pesar de que una vez le dije a mi mejor amiga que nunca, jamás, me casaría porque mi carrera de atleta era lo primero. *¡No sabía lo que decía!*

—Hola, Pete y Diane —digo con voz adormilada, pero mis ojos se clavan en Remington y mi corazón salta de alegría.

¿Alguna vez podré conservar la calma a su lado? Ahora, esta mañana, cuando lo miro, igual que durante los últimos meses, me digo que no estoy soñando, que no es una fantasía, que esto de verdad. Es REAL.

Salvó a mi hermana de las garras de un hombre al que no quiero ni recordar. Remington perdió el campeonato de la temporada pasada a cambio de su libertad sin dudarlo ni un momento. Sin decírmelo. Dejó escapar su título, un montón de dinero y podría haber perdido la vida; todo para rescatar a mi hermana, Nora.

Pero yo no sabía que lo hacía por mí.

Lo único que sabía es que estaba en el último combate de la temporada. Perdiendo. Recibiendo una paliza. Derrotado. Derrumbándose. Levantándose. Escupiendo al Escorpión, su enemigo mortal.

Quería morirme.

Mi luchador, siempre tan resuelto, persistente, apasionado y decidido, se negaba a luchar.

Dios. Estaba tan, tan equivocada. Pensaba que era una manera de hacerme sufrir, de castigarme. Pero no era por eso: había hecho un trato con el Escorpión. Salvó a mi hermana y lo hizo por MÍ.

Si no hubiera vuelto a mi ciudad natal en Seattle con Nora sana y salva, habría cometido el mayor error de mi vida y habría pagado

por él el resto de mi vida, viviendo el resto de mis días sin amor, sin alegría y, lo peor de todo, sin Remy. Es lo que me habría merecido.

Sonríe y muestra sus hoyuelos mientras lucho contra los millones de remordimientos que me traen los recuerdos y de repente pienso que si ya era feliz hace un momento, nada se puede comparar con la avalancha de felicidad que siento al verle sonreír.

—Hola —susurro.

—Así que mi dulce dinamita sigue viva —dice con un destello pícaro en sus ojos.

—Eso no es nada, en comparación contigo.

Se echa a reír y Pete tose.

—Chicos, sigo aquí, y Diane también.

Mi sonrisa desaparece y aunque la de Remington no, se suaviza; igual que el brillo de sus ojos. De repente, me siento tímida, casi virginal. Como si anoche me hubiera desnudado y esta mañana hubiera perdido mi valor.

Se acerca a mí, y de nuevo sus hoyuelos son como un arma letal.

Mi cuerpo no reacciona y me obligo a andar hacia él. Contengo una exclamación de placer cuando extiende un brazo musculoso, agarra la cinta de la bata con un dedo y me atrae hacia él. «Ven aquí», murmura.

Inclina la cabeza y me da un beso detrás de la oreja mientras recorre mi espalda con la mano, acariciando las letras bordadas de DEPREDADOR, como si quisiera que nunca me olvidara de ellas, de que están ahí. Me quedo sin aliento cuando aproxima su nariz a mi cuello y aspira profundamente. Joder, me mata de placer cuando me hace eso y siento una pequeña y dolorosa tensión de deseo entre las piernas.

—Remington, ¿me oyes? —pregunta Pete.

Remington gruñe mi nombre con voz suave y profunda, como hace cuando me folla. «Buenos días, Brooke Dumas». Mi vientre se tensa y mis rodillas se vuelven de mantequilla con el delicado beso que me da en la oreja. Pete repite lo que acaba de decir, yo trato de alejarme, pero Remington no me deja.

Acerca la silla y se deja caer, llevándome con él. Luego me cambia a uno de sus muslos para poder coger la bebida energética de la mesa y, por fin, mira a Pete y le dice sin alzar la voz pero con decisión:

—Dobla nuestra escolta y sigue a los suyos.

Sus dedos recorren mi espalda mientras deja la botella. Pete mueve la cabeza y se la rasca, totalmente confuso.

—Rem… Tío… Ese puto cabrón hizo trampas para ganar y sabe que va a perder si tú sigues en la competición. Ahora nos espía y hará todo lo posible para sabotearte este año. Intentará que pierdas la cabeza. ¡Viene a provocarte!

Apenas entiendo de qué hablan, pero sea lo que sea, sé que provocar a Remington no es buena idea. Normalmente tiene su carácter. Es terco, insistente y cabezota, pero sobre todo es un bipolar de tipo 1 y no es buena idea despertar su lado oscuro a menos que estés preparado para lidiar con una masa de más de noventa kilos de temeridad que no duerme.

Y a mí me gusta mi masa de más de noventa kilos, a pesar de que sea un terco temerario, pero sus impulsos me preocupan. Aunque Remy no parece preocupado por las advertencias de Pete.

En lugar de contestar a su ayudante, se gira hacia mí y enreda los dedos en el pelo que me cubre la nuca.

—¿Quieres desayunar? —me pregunta.

Me muerdo el interior de la mejilla, me inclino y bajo la voz para evitar que Pete me oiga.

—¿Además del desayuno que se ha escapado de mi cama?

Me pellizca la nariz y se inclina hacia mí.

—Los negocios han sacado a tu desayuno de la cama.

—Tengo resaca hoy, no tengo nada de hambre.

—¿Resaca de qué? ¿De mi boca? —pregunta. Sus ojos oscilan.

Miro su boca, es perfecta. Su forma de usarla es perfecta. Cada palabra que dice es perfecta. Cabrón *sexy*.

—Sabes —interrumpe Pete—, estaría menos preocupado por él y por sus planes si no supiera cuál es tu kryptonita.

Y me señala.

—No se acercará a mi kryptonita. Antes lo destrozo.

La convicción con la que habla me pone la piel de gallina y siento náuseas.

El último combate de la temporada es mi peor pesadilla.

—A pesar de eso, es capaz de acercarse a tu kryptonita —dice Pete—. Y de encontrar la manera de hacer que te pongas furioso. Que pierdas la concentración.

Remington se gira hacia mí, luego me aparta el pelo y aleja mi cabeza para observarme, como si supiera que ni siquiera puedo soportar oír el nombre de esa sabandija asquerosa.

El Escorpión Negro es mi Voldemort personal. Ese cabrón le hizo daño a mi hermana y después, a mí. Y, lo peor de todo, le hizo daño a Remington. En la final de la temporada. Le hizo daño por mi culpa. Dios, a veces hasta sueño con matarle.

—Te molestará, te atormentará… —continúa Pete con tono apesadumbrado.

Remy me observa en silencio, con el torso desnudo y el cuello bronceado y fuerte. Cuando vuelve a centrar su atención en Pete, su voz es más sombría.

—Pete, todavía no ha hecho nada y ya te estás poniendo nervioso —le dice.

—Porque soy quien arregla las cosas cuando tú te pones nervioso. —Pete recorre con la mano su corbata negra—. Esta temporada puede ponerse muy peligrosa. Queremos que estés fuerte y preparado. Tenemos que irnos al aeropuerto en media hora, así que basta de charla, pero quiero que sepas que Phoenix puede no ser tan tranquilo como creíamos.

—Estaré atento. Pero dobla nuestra escolta —insiste Remington, con voz seria. Luego bebe el último sorbo de la bebida energética y deja la botella vacía a un lado.

—De acuerdo, voy a llamar a más…

Veo a Pete marcharse hacia la cocina y mientras teclea en su teléfono.

Ahora la voz de Remington se vuelve más profunda; me presta toda su atención.

—Te has quedado dormida —murmura, acariciándome la cara mientras sonríe—. ¿Estabas cansada de anoche?

Su voz rezuma sexo y ternura. Asiento y mi interior se vuelve cálido y líquido.

—Es lo que pasa cuando una duerme con un dios del sexo —bromeo.

Ríe suavemente y me toca los labios con el pulgar.

—Es cierto. ¿Estás lista para marcharnos?

Le muerdo el pulgar y sonrío mientras asiento.

—Esta mañana te he echado de menos en la cama —susurro.

—Dios, yo también. Quiero ser lo primero que vean esos preciosos ojos cada mañana.

Me aprieta contra él y entierra la cara en mi pelo. Toda la tensión al oír hablar del Escorpión, y las náuseas, se evaporan cuando lo huelo. Pego la nariz a su pecho e inhalo su olor igual que él hace conmigo. La habitación desaparece, el mundo desaparece y nada más importa en este momento. Nada excepto él, sus brazos rodeándome y los míos rodeándole a él. Creo que una parte de él todavía no puede creer que vuelva a estar entre sus brazos porque me aprieta tan fuerte que apenas puedo respirar, pero tampoco quiero que pare. Estoy tan atrapada por su aroma, por sus enormes brazos, y pensar que hace dos meses lo abandoné, como una idiota… No puedo soportarlo.

—Te quiero —susurro y, como no me responde, abro los ojos y siento un escalofrío cuando veo su mirada feroz sobre mí. Vuelve a acariciarme el labio inferior con el pulgar y me aprieta de nuevo contra su pecho como si fuera un tesoro. Baja la cabeza y pone los labios en mi oreja.

—Ahora eres mía.

3. Volando a Arizona

El avión privado es el mayor juguete de Remington. El equipo siempre se sienta en la primera sección de asientos al principio del avión, mientras que Remington y yo nos colocamos en el sofá de detrás, que está más cerca de la enorme barra de madera y de la televisión de pantalla plana, aunque apenas usamos ninguna de las dos. Hoy al embarcar se perciben los nervios en el aire. La temporada ha comenzado de forma oficial y después del combate de anoche de Remington, el equipo está animado. Pete y Riley incluso han chocado los puños con los pilotos en cuanto hemos bajado del coche.

—Todo es mucho mejor contigo aquí —me dice Diane mientras se instala en el asiento. Son de lujo, mejor que si volásemos en primera clase—. Estoy muy contenta de volver a veros juntos.

—Tengo que decir —interviene el entrenador Lupe y, sinceramente, como siempre es un gruñón, resulta raro verle sonriendo— que motivas a mi chico más que cualquier otra cosa hasta ahora. No solo me alegro de que hayas vuelto; ¡estuve rezando por ello! Y eso que soy un malvado ateo.

Me río y sacudo la cabeza mientras avanzo por el pasillo, pero antes de llegar al final, Pete me llama.

—Brooke, ¿has visto nuestros nuevos trajes de Boss? —pregunta.

Frunzo el ceño mientras me giro para mirarle y veo que Riley también está en el avión. Pete me sonríe y recorre con la mano su corbata negra mientras observo su aspecto. Riley sonríe y extiende los brazos para que lo vea bien. No tenía ni idea de que los trajes eran nuevos.

Básicamente son la única ropa que llevan y hoy, como todos los días, parecen estar preparados para salir en *Los hombres de negro XII,* o el número por el que vayan ahora.

Pete, con el pelo rizado y ojos castaños, sería una especie de bicho raro muy inteligente. Riley, con el cabello rubio y ese aspecto de surfista, sería el que mata demonios por casualidad mientras abre la puerta de un coche o algo así.

—¿Qué te parece? —pregunta.

Me aseguro de que mi cara tenga una expresión de asombro cuando contesto.

—¡Estáis muy guapos!

Doy un chillido cuando alguien me pellizca el culo. Remington me arrastra, agarrándome sin contemplaciones por la cintura, por el resto del pasillo del avión hasta nuestros asientos.

Me sienta y se deja caer a mi lado. Tiene las cejas fruncidas, como si estuviera enfadado, pero sus ojos resplandecen.

—Vuelve a decir eso de otro tío.

—¿Por qué?

—Ponme a prueba.

—Pete y Riley están taaaaaan…

Saca las manos y me hace cosquillas bajo las axilas.

—¿Quieres volver a intentarlo? —me provoca.

—Oh, Dios, tus hombres de negro están tan…

Me hace más cosquillas.

—¡Ni siquiera me dejas decir *«sexy»!* —grito y se para.

Sus ojos azules brillan, los labios de Remy forman la sonrisa más seductora que he visto jamás, y todo eso, unido a la barba de tres días y los hoyuelos, hace que me derrita. Los dedos de mis pies se doblan deliciosamente.

—¿Quieres probar otra vez, Brooke Dumas? —me pregunta con voz ronca.

—¡Sí! ¡Me encantaría! Creo que Pete y Riley están increíblemente…

Me hace cosquillas tan fuerte que me sacudo y doy patadas, y luego jadeo para coger aire y, de alguna forma, acabo medio sentada y medio tirada en el asiento. Mis pechos se aprietan contra sus pectorales con cada inspiración agitada. Nuestras sonrisas se desvanecen cuando una deliciosa tensión sexual empieza a arder y nos miramos fijamente.

De repente estira el brazo y emplea el pulgar para recolocarme un mechón suelto de pelo detrás de la oreja. Su voz se endurece mientras un hoyuelo desaparece de su cara antes que el otro.

—Dilo cuando digas mi nombre —pide, y un escalofrío me recorre mientras él pasa el revés de un dedo por mi mandíbula.

—¿Acaso tu ego no es lo suficientemente grande? —susurro apenas sin respiración mientras memorizo su cara. La mandíbula cuadrada, el pelo de punta, las cejas lisas y oscuras sobre esos penetrantes ojos azules que me miran con un toque de malicia y esos celos furibundos que hacen que mi sexo se contraiga.

—Podríamos decir que ha disminuido considerablemente cuando mi novia ha empezado a devorar con los ojos a esos dos idiotas.

Se levanta para dejar que me siente y, cuando lo hago, se echa hacia atrás para ponerse cómodo, como se sientan los hombres atractivos: con las piernas estiradas y sus largos y esculpidos brazos cruzados en el respaldo del asiento mientras me observa con el ceño medio fruncido.

—¿Qué se suponía que tenía que decir? —me burlo con una sonrisa—. ¿Que no les quedan bien los trajes nuevos? Son como *mis* hermanos.

—No, son como mis hermanos.

—¿Lo ves? Y yo soy tuya, así que es lo mismo. —Me encojo de hombros y me coloco la falda en las rodillas—. Ahora ya sabes cómo me siento cuando mil mujeres gritan, babeando, que quieren un hijo

tuyo —añado con aires de suficiencia mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

Me agarra la barbilla y me gira para mirarlo.

—¿A quién le importa lo que griten si estoy loco por ti?

Pof. Eso es lo que ha hecho mi corazón.

—Pues lo mismo pasa conmigo. No tienes que gruñir cuando los chicos me miran.

Sus ojos se oscurecen, deja caer la mano en su costado y cierra la mandíbula.

—Agradece que tenga algo de autocontrol y no les haya colgado de la farola más cercana. Sé perfectamente lo que te están haciendo en su puta imaginación.

—Que tú lo hagas no significa que los otros también lo hagan.

—Por supuesto que lo hacen. Es imposible evitarlo.

Sonrío porque sé que en su mente me folla miles de veces cuando no podemos hacerlo físicamente. Y, por supuesto, yo hago lo mismo. Me apuesto algo a que incluso una monja lo haría si le viera.

Con algo de maldad, paso los dedos bajo su camiseta y recorro las protuberancias de sus ocho abdominales, deleitándome con su piel bajo las yemas de mis dedos. Adoro cada parte del cuerpo humano. No solo porque soy fisioterapeuta, sino porque durante muchos años fui atleta y me maravilla todo lo que puede hacer nuestro cuerpo, lo que resiste cuando nos esforzamos, cómo despierta todos los mecanismos innatos para reproducirse y sobrevivir… Adoro el cuerpo humano con locura y el cuerpo de Remy es mi templo. Ni siquiera puedo explicar todo lo que me hace sentir.

—Las chicas te desnudan mientras luchas —digo. Mi sonrisa se desvanece porque afloran los celos—. Me hace sentir insegura, porque a mí me conociste así.

—Pero sabía que eras para mí. Única y exclusivamente para mí.

Mi cuerpo se tensa al instante con esas palabras, tan sensuales en combinación con la sonrisa confiada que despliega.

—Lo soy —acepto, mirando a esos bailarines ojos azules—. Y ahora no sé qué quiero besar antes. ¿A ti o tus hoyuelos?

Los hoyuelos desaparecen, al igual que la luz en sus ojos mientras extiende el brazo para acariciar mi labio inferior.

—A mí. Siempre a mí primero. Luego, el resto de mi cuerpo.

Siento calor en mi labio inferior por culpa del delicioso masaje de su pulgar mientras los ayudantes de vuelo terminan de subir el equipaje y cierran la puerta del avión. Soy vagamente consciente de que el equipo está hablando en sus asientos, pero atino a decirle, en tono de advertencia:

—Voy a apagar el móvil para el despegue… Pero me debes un beso de buenos días. Aunque sea mediodía.

Su risa es suave y siento que recorre mi cuerpo.

—Te debo más que eso, pero empezaré por tus labios.

Dios. ¿Remington? Me mata. Y añade, en un tono normal, como si no estuviera diciendo lo más deliciosamente *sexy* del mundo:

—Sí, creo que voy a besarte ahora.

Y mis sistemas dan un salto. Mi sangre se incendia cuando empiezo a pensar en ello y saco rápidamente el móvil del bolso para apagarlo cuando veo un mensaje de Melanie.

Melanie: ¡Mi mejor amiga! Ha pasado mucho tiempo y te echo de menos. ¿Cuándo vuelves a casa?

¡Mel! Me enderezo para usar las dos manos y contestarle.

Brooke: ¡Yo también te echo de menos! ¡Mucho, mucho, Mel! ¡Pero estoy muy feliz! ¡Soy tan feliz! ¡No es broma! ¡O a lo mejor sí! ¿Lo ves? ¡Parece que estoy borracha! Jajajaja…

Melanie: Quiero un Remy.

Melanie: ¡Y una Brooke! ¡Jajaja!

Brooke: Ahora que ha empezado la temporada buscaré un buen piso para que puedas venir a visitarme. Nora también puede venir.

Melanie: ¿Pero vas a conservar tu piso en Seattle?

Frunzo el ceño durante un momento por la pregunta porque, cuando abandoné mi vida y decidí seguir a mi Dios del sexo hasta el fin de la Tierra mientras él continuaba con su régimen de entrenamientos y se preparaba para esta temporada, ni siquiera había pensado en el alquiler de mi piso.

Respondo a Melanie.

Brooke: Estoy realmente comprometida con él, Mel, así que no creo que renueve el contrato cuando se acabe. Ahora mi casa está aquí. Vamos a despegar, pero te escribo luego. ¡Te quiero, Melly!

Melanie: ¡Y yo a ti!

Apago el teléfono y lo meto en el bolso. Cuando levanto la cabeza, mi sexo se tensa al ver a Remy sosteniendo su iPod plateado. Buf. Este hombre sí que sabe cómo seducirme con música. Lo observo mientras recorre las canciones con su pulgar. Lo hace con un gesto tan lento, tan sensual, que mis muslos empiezan a temblar.

Me mira con una sonrisa malvada, luego extiende el brazo y me pone los cascos en la cabeza. Estoy muy excitada cuando pulsa PLAY. Comienza la canción y sus penetrantes y curiosos ojos azules se quedan fijos en mí, esperando una reacción.

Que es derretirme en el asiento.

Y sentir cómo mi alma se estremece dentro de mí.

Porque la canción que ha escogido me ha dejado sin respiración.

Aprieta su frente contra la mía mientras me observa escuchar la música y estoy tan conmovida por la canción que me tiemblan las manos cuando le cambio sus cascos por mis auriculares y pongo uno en mi oreja y otro en la suya para que podamos escucharla juntos.

Volvemos a colocar nuestras frentes juntas y yo observo su expresión mientras él contempla la mía… Y los dos escuchamos esta canción increíble. No es cualquier canción. Es su canción.

Iris…

De Goo Goo Dolls.

Su mirada se oscurece con las mismas emociones que arden en mi interior y, entonces, pone la mano en mi mejilla. Mi cuerpo se tensa por la anticipación cuando él se acerca. Siento cómo su aliento baña mi cara cuando se reduce la distancia entre nuestras bocas. Para cuando roza sus labios con los míos, yo ya los he abierto y dejo que mis ojos se cierren. Los roza una vez, dos. Con suavidad. Despacio. Un sonido escapa de mi interior, como un gemido que pide que me bese más fuerte, pero en lugar de escucharlo, oigo esto:

When everything's meant to be broken
I just want you to know who I am.

Dios, no puedo escuchar esta canción sin sentir que me devoran por dentro. Necesito acercarme a él todo lo que pueda. Todo lo cerca que pueda, y nunca es suficiente. Le deseo, de la cabeza a los dedos de los pies, cada parte de mí desea cada parte de él. Levanto la cabeza y presiono suavemente sus labios con los míos, deslizando los dedos por su cabello. Susurro: *«Oh, Dios, Remy, bésame más».*

Me hace esperar un poco y utiliza su mano para girarme la cabeza hasta cierto ángulo y entonces, entonces, sus labios por fin se pegan a los míos. Su lengua recorre el borde de mi boca hasta que la abro y jadeo, electrificada, cuando nuestras lenguas se rozan. No escucho su gemido pero lo siento vibrar en su pecho contra los míos y me estremezco cuando toco su lengua con la mía y relajo la boca por petición suya. Porque no hay nadie en quien confíe más, nadie con el que derribe mis muros, nadie con quien caigan así, excepto con este hombre. Acaricia el lateral de mi cuerpo con una mano y succiona suavemente mi labio inferior. Siento la humedad entre mis piernas. Mi respiración acelerada. Mis pezones duros. La sensación de deseo por mi piel.

No sabía cuánto necesitaba este beso hasta ahora, cuando mi cuerpo vibra bajo su boca. Muevo los labios y empleo mi lengua

para que su lengua vuelva a estar dentro de mí.

No sé si Pete, o Riley, o cualquiera está mirando. *Iris* suena en nuestros oídos y nuestras bocas están húmedas y hambrientas. Introduce los dedos bajo mi camiseta mientras lame, succiona, examina, saborea. Parece imposible, pero cada centímetro de mi cuerpo siente placer solo con lo que su boca le hace a la mía.

Gimo de deseo y le muerdo, y pierde un poco el control.

Me desabrocha el cinturón de seguridad y me echa hacia atrás hasta que quedo tumbada en toda la línea de asientos.

La música se detiene y comienza otra canción, pero él profiere un ruido de frustración cuando el cable se enreda entre nosotros, nos quita los auriculares y los aparta a un lado. Entonces recorre mi cuerpo con la mirada. De repente no oigo nada excepto el latido de mi corazón mientras él vuelve a bajar la cabeza.

—Joder, cuánto te deseo —dice. Y de nuevo, el húmedo sonido de su boca encontrándose de nuevo con la mía. Mis venas derrochan calor cuando vuelve a tomar mi boca. Las lenguas se acarician. Las manos se tocan. Se mezclan las respiraciones.

El interior de mis muslos se empapa. Me retuerzo sin parar bajo su peso y muevo la lengua más rápido y con más deseo, entrelazada con la suya. Siento la forma de sus abdominales bajo su camiseta y mis nervios arden cuando vuelve a introducir las yemas de sus largos y fuertes dedos bajo mi camiseta.

Me está matando. Deseaba este beso, pero ahora quiero más. Cada poro, átomo y célula arde como una supernova. Nuestras bocas se mueven juntas a la perfección. Me siento viva, expandida, amada. Amo, deseo, ansío… A él. Con locura. No creo que nunca llegue a saber lo avergonzada que me siento por haberle dejado, lo mucho que me duele lo que sufrió por mí. Estoy decidida a quedarme con él. Es mi amor REAL.

Sus dedos encuentran mis pezones bajo el sujetador y están tan sensibles que el mero roce lanza un rayo de placer hasta mis pies.

—Remy, tenemos que parar —jadeo, respirando entrecortadamente, mientras todavía me funcionan un par de neuronas en el cerebro. Pero aunque lo diga, sigo agarrando sus

músculos y a la parte de mi cuerpo que sigue caliente como el infierno no le importa si lo hacemos aquí y ahora.

Pero supongo que se enfurecería si alguien me oyese correrme.

Se echa un poco hacia atrás y toma aire durante un momento, ruidosamente. Entonces me mira, sus ojos arden, y vuelve a besarme un poco más fuerte. Gruñe suavemente y para, inclinando la cabeza hacia la mía. Siento su fuerte respiración en mi oreja.

—Ponme una canción —dice con un murmullo áspero, obligándome a sentarme.

Cojo el iPod, muy consciente de la humedad de mi boca, y empiezo a cargar mi lista de reproducción mientras intento ignorar la palpitación de mi entrepierna.

—Primero devuélveme el cerebro.

Se ríe y me da un toque en la nariz.

—Ponme una de tus canciones impertinentes contra el amor.

—Tengo tantas que no sé por dónde empezar —respondo.

Empiezo a buscar cuando pone su pulgar sobre el mío y empieza a guiarme suavemente.

—Tengo una para ti. Una de las que te gustan.

Su voz, tan cercana, provoca pequeños y placenteros escalofríos que recorren mi cuerpo. Pulsa PLAY con una canción insolente de las que me gustan a mí, pero no es un himno femenino para nada.

Es *Dark Side*, de Kelly Clarkson.

Mi interior se derrite cuando escucho la música. Me encanta Kelly pero, oh, esta canción. Las palabras. Remy quiere saber si estaré con él, que le prometa que no me marcharé. ¿De verdad lo duda?

Vuelve a mirarme con esa sonrisita arrogante. Pero sus ojos no son tan arrogantes. Sus ojos son interrogantes. Quiere saberlo.

Toma mi mano y entrelaza sus dedos con los míos, lo hace de esa forma tan de novios que nunca falla conmigo. Me acerco a su oreja y le digo:

—Te lo prometo. Te prometo que tienes mi corazón y me tienes a mí. Siempre me tendrás a tu lado.

No hay ninguna canción en todo el planeta, no hay canciones suficientes para decirle que le amo de verdad. Le amo cuando sus ojos se vuelven oscuros, cuando sus ojos son azules y aunque sé en lo profundo de mi ser que él no cree que vaya a quedarme, un día, prometo que un día haré que me crea. Sonreímos mientras seguimos escuchando la canción y cuando me aprieta la mano, yo aprieto la suya, y me digo que no importa lo que pase. Nunca, nunca, soltaré su mano.

♥ ♥ ♥

Nuestro hotel en Phoenix parece sacado de un cuadro. El edificio anaranjado de veinte plantas se extiende sobre un paisaje desértico, rodeado por cactus con flores tan gigantescas y brillantes que ardo en deseos de ir a tocarlas, solo para asegurarme de que no son artificiales.

Dentro del *hall* de mármol hay dos chicas adolescentes que susurran y señalan a Remy según entra, porque, por supuesto, le han visto. Se le ve igual que a un toro pasando por la recepción del hotel. Sus miradas escanean rápidamente al grupo que va con él y luego me observan a mí.

Levanto una ceja con una sonrisa divertida y parecen creer que seguramente soy su novia, pero no puedo evitar que mi estómago se vuelva loco con sentimientos de posesión mientras lo devoran una vez más con sus pequeños ojos hambrientos.

—¡Mira a esas dos chicas obsesionadas! Siempre está coqueteando —me dice Diane—, ¿no te pone celosa?

—Mucho —digo y arrugo la nariz en señal de disgusto por mis celos.

Remy mira hacia mí y me guiña el ojo mientras Pete y él esperan a que nos den las llaves. Diane me da un codazo y se ríe.

—¡Dios! ¡Este hombre sabe lo atractivo que es! —comenta—. Pero, Brooke, no estés celosa, todo el equipo ve lo mucho que os queréis. Nunca le hemos visto así con nadie. Y a pesar de todas las mujeres que se paseaban por aquí, él siguió yendo a por ti.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto con el ceño fruncido —. ¿Por dónde se paseaban las mujeres?

—Por nuestro hotel.

—¿Cómo? ¿Hace poco?

Mi estómago da un vuelco, de verdad, un vuelco, cuando Diane abre más los ojos y palidece.

Empieza a sacudir la cabeza y luego… Luego empieza a moverse como si quisiera esconderse en un puto florero.

—Brooke —susurra con tono de disculpa mientras se aleja un paso.

¿Por qué lo hace?

¿Cree que voy a pegarla?

¿Parece que vaya a pegar a alguien?

No quiero pegar a nadie. Apenas puedo mantenerme de pie.

Todo se vuelve borroso cuando me giro para ver la espalda de Remy. Por todo el *hall* del hotel. Pienso en su forma de moverse cuando hacemos el amor, como un depredador que me toma. En mi mente veo sus ojos, cómo me observa correrme con él. Lo imagino tumbado en la cama de un hotel mientras docenas de mujeres le dan placer y sus ojos azules, mis ojos azules, observan cómo ellas se deshacen también por él.

Y entonces, entonces pienso que sus ojos podrían no estar azules. Podrían haber estado oscuros. Remy en su forma más cruda, intensa y bipolar. Más salvaje de lo que habría estado jamás.

Porque no es una persona normal. Ni siquiera se parece a nada «normal». No solo es el puto Remington «Depredador» Tate, es bipolar y pasa de un estado de ánimo a otro constantemente. Cuando está en su peor fase, a veces no se acuerda de lo que hace. Y el mes que me marché estaba muy, muy mal. Sus ojos, oscuros y misteriosos, mirándome desesperados desde la cama de un hospital…

Mis órganos se agitan, siento los pulmones inundados de dolor mientras recuerdo cómo intentó quitarse la mascarilla de oxígeno y detenerme.

Con el corazón acelerado, veo a Riley en la entrada. Está leyendo algo en su teléfono. Le recuerdo perfectamente, no hace tanto tiempo, guiando a un grupo de preciosas y deslumbrantes mujeres a la habitación de Remington para «alegrarle» cuando tuvo un episodio.

Antes de poder contenerme, me dirijo furiosa hacia él. Me tiemblan los puños.

—Riley, ¿cuántas putas has llevado a la cama de Remington?

—¿Perdona?

Baja el teléfono, completamente confundido.

—Te he preguntado que cuántas putas llevaste a su cama. ¿Era consciente de lo que les hacía?

Riley mira la amplia espalda de Remington y me agarra por el codo y me lleva a la zona de los ascensores.

—Brooke, no tienes derecho a decir nada al respecto. ¿Te acuerdas? ¡Te marchaste! ¡Te fuiste, cuando estaba hecho añicos, físicamente destrozado, en una puta cama de hospital. Pete estaba cuidando de tu hermana, tratando de sacarla de las drogas, y yo apenas podía recoger los pedazos en los que tu carta, tu jodida carta, le rompió! ¡Es algo que nunca, nunca, llegarás a entender! Porque, por si se te había olvidado, Rem tiene un trastorno de personalidad. Teníamos que sacarle de este puto estado…

—Eh. —Remington lo aparta agarrándolo del cuello de la camisa y forma un puño con la mano como si fuera a levantarlo—. ¿Qué coño haces?

Riley se suelta y lo mira mientras se recoloca la corbata en su estúpida americana nueva de Boss.

—Intentaba explicarle a Brooke, aquí, que cuando se marchó nada era tan alegre como ahora.

Remy pone un dedo en el pecho de Riley.

—Basta. Ni una palabra más. ¿Lo has entendido?

Riley aprieta la mandíbula y Remington le clava el dedo en el pecho tan fuerte que le obliga a dar un paso atrás.

—¿Lo has entendido? —insiste.

Riley asiente.

—Sí, lo he entendido.

Sin decir otra palabra, Remington coloca la mano en mi nuca y me acompaña al ascensor.

Pero durante toda el trayecto en el ascensor, mi interior se retuerce de dolor aunque intente razonar conmigo misma. Porque es verdad: no tengo derecho a sentirme así.

Sin ver nada más, contemplo el impresionante apartamento del ático cuando entramos. Es nuestro nuevo hogar. Las habitaciones de los hoteles siempre han sido como un hogar, pero no el mío. El mío está muy lejos. Ahora mi hogar es este hombre. Y tengo que aceptar que amarlo puede destrozarme. Una y otra vez. Amar a Remington va a destrozarme. Cuando esté luchando y reciba más golpes de los que puedo soportar, me destrozará. Cuando sea tierno conmigo y me dé todo el amor que no creo merecer, me destrozará. Cuando tenga un episodio en el que sus ojos se vuelvan oscuros y no recuerde las cosas que ha dicho o hecho… Entonces también me destrozará.

—¿Te gusta la habitación, preciosa? —El calor que emana me rodea cuando viene desde atrás y abraza mi cuerpo con los brazos. Me siento caliente. Protegida—. ¿Quieres salir a correr cuando anochezca?

Sus labios rozan la curva entre mi cuello y mi clavícula, y ese toque de seda envía una pequeña y dolorosa sensación hacia mi corazón. Siento como si me hubiera tragado un jardín entero de cactus mientras me levanto el cuello de la camisa y me giro. Inspiro profundamente antes de preguntarle:

—¿A cuántas mujeres te follaste cuando yo…? ¿Cuando no estaba contigo?

Nuestros ojos se encuentran. Un escalofrío de consciencia familiar me recorre mientras le observo. No tengo la menor idea de lo que está pensando.

—Soy consciente de que no tengo derecho a preguntártelo. —Busco en lo profundo de sus ojos azules y él me devuelve la mirada

con la misma intensidad—. Rompimos, ¿verdad? Era el final. Pero… ¿lo hiciste?

Espero. Sus ojos empiezan a brillar.

¡Sonríe!

—¿Acaso te importa? —responde con tono arrogante y una ceja levantada—. ¿Te importa que durmiera con alguien?

La ira y los celos hierven en mi interior tan rápido que cojo un cojín del sofá y le golpeo en el pecho mientras exploto.

—¿Tu qué crees, gilipollas?

Agarra el cojín y lo aparta.

—Dime cuánto te importa.

La chispa de maldad de sus ojos hace que apriete más los dientes y lanzo otro cojín en su dirección.

—¡Dímelo!

—¿Por qué?

Lo esquiva y se acerca mientras yo doy un paso atrás. Su sonrisa rebosa diversión.

—Me dejaste, mi dulce dinamita. Me dejaste con una carta preciosa en la que me decías, de una forma muy bonita, que me jodieran y que tuviese una buena vida.

—¡No! ¡Te dejé con una carta en la que te decía que te quería! Algo que tú no me has dicho desde que volví contigo y que te he rogado que me dijeras.

—Estás adorable así. Ven aquí.

Toma con su mano mi nuca y me acerca hacia él. Necesito toda mi fuerza para soltarme.

—Remington. ¡Te estás riendo de mí! —grito desconsolada.

—He dicho que vengas aquí.

Me vuelve a atrapar entre sus brazos. Giro la cabeza y me sacudo mientras intento escaparme.

—¡Remy, dímelo! Por favor, dímelo, ¿qué hiciste? —le suplico.

Me apoya en la pared y pega su frente a la mía, su mirada es absolutamente territorial.

—Me gusta que estés celosa. ¿Es porque me quieres? ¿Sientes que te pertenezco?

—Déjame —suelto un bufido, enfadada.

Sube una mano bronceada y grande que me envuelve la cara de forma tan, tan suave, como si fuera de cristal.

—Yo sí. Siento que me perteneces. No voy a dejar que te marches, no volveré a hacerlo.

—Me dijiste que no. —Respiro, ardiendo de dolor por dentro—. Durante meses y meses. Me moría por ti. Me estaba volviendo loca. Me corrí, ¡como una idiota! ¡En tu puta pierna! Te contuviste conmigo hasta que me moría de deseo por ti. ¡Tienes más fuerza de voluntad que Zeus! Pero las primeras mujeres que te traen a la habitación, esas sí, en cuanto me marcho, con las primeras putas que te traen… ¡A ellas no las haces esperar!

Sigue con la sonrisa en la cara, pero el brillo de sus ojos se ha apagado y ahora su mirada está repleta de violenta intensidad.

—¿Qué habrías hecho si hubieras estado aquí? ¿Las habrías detenido?

—¡Sí!

—¿Pero dónde estabas?

Me quedo sin habla.

Baja la cabeza y mira mis ojos con curiosidad.

—¿Dónde estabas, Brooke?

Una mano grande y cálida se posa alrededor de mi garganta y él acaricia la zona donde retumba mi pulso con el pulgar.

—Estaba rota —grito con una mezcla de ira y dolor—. Tú me destrozaste.

—No. Fuiste tú. Tu carta me destrozó a mí.

La risa ha desaparecido de su mirada mientras recorre mi garganta con la yema del pulgar; luego la pasa por la curva de mi mandíbula hasta que finalmente acaricia suavemente mis labios.

—¿Qué importa si tuve que besar mil labios para poder olvidar estos?

Llaman a la puerta pero nuestras energías combativas están dirigidas, como misiles, hacia sus objetivos. Él está demasiado ocupado sujetándome con los brazos y mi corazón está rompiéndose en mil pedazos, y odio que sea por culpa mía, soy yo la que empuña el hacha, porque rompimos. Sé que necesita sexo cuando tiene un episodio. Sé que me marché. No tengo derechos ni sobre Remington ni sobre nada de lo que hizo o dijo durante ese tiempo.

Así que me rompí el corazón cuando me marché y ahora la realidad de lo que pasó vuelve para seguir rompiéndomelo. Y aquí estoy, con un nudo en la garganta y respirando tan fuerte como un dragón que escupe fuego.

Se aparta para abrir la puerta y mete en la habitación una de las maletas que sostiene el botones. Cuando intento salir, me agarra la parte de atrás de la camiseta y dice:

—Ven aquí. Tranquilízate.

Le aparto la mano y no sé si quiero tranquilizarme o no. Soy irracional. Fui yo la que se fue. Le dejé. Con quien estoy enfadada, a quien quiero pegar ahora mismo, es a mí. Mi interior se retuerce de dolor mientras le sostengo la mirada. Se me escapa una lágrima y me dirijo a la puerta abierta mientras Remington sigue metiendo nuestras cosas en la habitación.

Sé que yo he causado todo esto. Porque pensaba que era fuerte e intentaba protegerme a mí misma, así que me hice daño, le hice daño a él y a un montón de gente, porque se suponía que yo era fuerte y que podía protegerle a él y a mi hermana. Y en lugar de eso, lo jodí todo. Pero estoy tan herida por dentro que solo quiero encerrarme en algún sitio y llorar. Me imagino a esa retahíla de hermosas mujeres entrando en esta habitación de hotel cuando ni siquiera era consciente de todo, tocándolas y follándoselas, y sé que voy a vomitar.

—Gracias —le digo al botones—. ¿Puede llevarse esta bolsa junto con esa maleta a la otra habitación?

El chico mueve el carrito de las maletas hacia el ascensor y asiente.

—¿Adónde vas? —pregunta Remington cuando salgo al pasillo.

Tomo aliento y me giro.

—Esta noche quiero dormir con Diane. No me encuentro bien y prefiero que hablemos de esto cuando me haya calmado —digo con la garganta hecha un nudo.

Se ríe.

—No lo dices en serio.

Su risa se desvanece rápidamente cuando me acerco al ascensor y pulso el botón de llamada.

Cuando cojo el ascensor con el botones estoy conteniendo las lágrimas y las náuseas. El chico me sonríe y me pregunta:

—¿Es su primera vez en este hotel?

Asiento y trago saliva.

Me echo a llorar en cuanto llego a la habitación de Diane. Ella mete las maletas dentro y cierra la puerta.

—Brooke, ¡no quería causarte problemas! Creía que lo sabías. Las fans y las mujeres… Siempre ha sido así excepto cuando estás tú. Lo siento mucho.

—Diane, ¡rompí con él! Lo sé perfectamente. Entiendo que es culpa mía. Todo es culpa mía. Incluso que perdiera el campeonato.

—Brooke. —Diane intenta consolarme mientras hace que me siente en la cama—. Ellas iban y venían. No eran…

Me limpio las lágrimas y me sorbo la nariz, pero mi desgracia es como un peso muerto.

—Vivía así antes de que apareciera yo. No sé qué esperaba cuando me marché. Pensaba que le llevaría algo de tiempo volver a las andadas, ¿sabes? Pero sé que Remington no es un hombre que caiga en la depresión o en la tristeza. Él es…

Temerario. Maníaco. Cuando no está creando problemas, está rompiendo cosas. Pero, ¿y si estaba deprimido? Dejé que superase solo sus heridas y que Pete y Riley se encargasen de todo, como siempre han hecho. Frías lágrimas brotan de mis ojos.

—Vamos —me anima Diane. Esbozo una mueca de dolor cuando escucho el teléfono de la habitación—. Sí, Remington —susurra y

luego cuelga.

—Viene hacia aquí. Quiere que abra la puerta o la echará abajo.

—No quiero verle así —grito mientras lloro y cojo un pañuelo como si pudiera ocultar el hecho de que estoy llorando como un bebé.

Le oigo acercarse como un tornado cuando Diane abre la puerta.

—Diane —dice en un susurro. Luego cruza la habitación y se dirige directamente a la cama donde yo estoy hecha un ovillo.

Sus ojos son azul oscuro por la emoción.

—Tú —dice mientras extiende la mano—. Ven conmigo.

—No quiero —digo, secándome las lágrimas.

Inspira aire y salta a la vista que tiene problemas para controlarse.

—Eres mía y sé que ahora me necesitas, así que, por favor, ven a nuestra puta habitación.

Agacho la cabeza y me seco más lágrimas. Me sorbo la nariz.

—De acuerdo, ven aquí. —Me abraza y me levanta como si fuera una pluma. Sin mirarla, dice—: Buenas noches, Diane.

Doy una patada y me acerca más a él y me aprieta mientras me dice al oído:

—Patalea y araña todo lo que quieras. Grita. Pégame. Insúltame si te da la puta gana. Esta noche no vas a dormir en otro sitio que no sea conmigo.

Me lleva al ascensor y luego a la habitación. Cierra la puerta de una patada, me deja en la cama y se quita la camiseta. Sus músculos se flexionan con el gesto y veo cada maravilloso centímetro de esa hermosa piel. La piel que han tocado, besado y lamido otras mujeres: siento un nuevo escalofrío de celos e inseguridad. Grito como una loca y doy patadas cuando él extiende los brazos y comienza a desnudarme.

—¡Idiota, no me toques!

—Eh, eh, escúchame. —Me atrapa con sus brazos y su mirada—. Estoy loco por ti. Pasé un infierno sin ti. Estuve *viviendo* en el

infierno. Deja de hacer tonterías —dice, apretándome la cara—. Te quiero. Te quiero. Ven aquí.

Me atrae hacia su regazo. No esperaba que fuera delicado, sino una pelea con la que poder desahogarme, y en lugar de eso lloro y grito en sus brazos mientras me abraza. Sus labios murmuran tras mi oreja, su voz es suave, pero seria y arrepentida.

—¿Cómo creías que estaría cuando te marchaste? ¿Acaso pensaste que sería fácil para mí? ¿Que no me sentiría solo y traicionado? ¿Que no iba a pensar que me habían mentido? ¿Utilizado? ¿Rechazado? ¿Inutilizado? ¿Matado? ¿Pensabas que no habría días en los que te odiaba más de lo que te quería por hacerme pedazos? ¿Eso pensabas?

—Lo dejé todo por ti —grito, tan herida que tengo los brazos rodeándome a mí misma como si luchara físicamente para mantenerme de una pieza—. Desde que te conocí, todo lo que he querido era ser tuya. Tú dijiste que eras mío, que eras mi… Mi REAL.

Exhala un gruñido suave y me aprieta con fuerza contra él.

—Soy la puta cosa más REAL que tendrás en la vida.

Las lágrimas siguen brotando de mis ojos mientras lo miro. Los suyos son hermosos: azules y delicados, ojos que ven mi interior, ojos que lo saben todo de mí, y que ahora ya no ríen sino que reflejan un poco del dolor que siento. No puedo mirarlo más y me cubro la cara cuando me invaden los nuevos sollozos.

—Todas esas veces que te acostabas con otras mujeres, tendría que haber sido yo —digo—. Debería haber sido solo yo, *solo* yo.

—Entonces no me digas que me quieres para luego irte, joder. No me pidas que te haga mía y luego salgas corriendo en la primera puta ocasión, joder. Ni siquiera podía moverme, ir a por ti. ¿Te parece justo? Ni siquiera podía ponerme en pie y detenerte.

Sollozo más fuerte.

—Me desperté y solo estaba tu carta. Tú no estabas, pero eras lo único que yo quería ver. Lo único.

Me duele tanto escuchar sus palabras que las lágrimas apenas me dejan hablar.

Me quedo llorando en su regazo hasta dormirme y cuando me despierto en mitad de la noche, me duelen los ojos de llorar. Estoy desnuda. Me doy cuenta de que me ha desnudado, como hace siempre. Su piel está caliente contra la mía, su nariz entre mi cuello y mi hombro. Noto sus brazos rodeándome y me acerco más a él aunque me duela. Somos la causa del dolor del otro y también somos nuestro alivio. Me acerca a él y oigo que respira en mi cuello para olerme como si fuera su último aliento y, antes de darme cuenta, yo hago lo mismo con la misma intensidad.

4. El ave Fénix

Al día siguiente me encuentro fatal, pero de repente oigo a Remington murmurar mientras desayunamos en silencio:

—¿Quieres venir corriendo al gimnasio conmigo?

Asiento.

Parece que me observa como si no supiera qué hacer, como si estuviera manipulando una bomba a punto de explotar. Yo también trato de reflexionar cómo abordar esta situación. Nunca en mi vida me he sentido tan devorada por los celos y el dolor, por la ira y el odio a mí misma. Tengo tantas náuseas que apenas desayuno, simplemente tomo un poco de zumo de naranja, me pongo los pantalones de correr y las zapatillas y trato de no vomitar mientras me lavo los dientes.

Hoy en Arizona hace un calor infernal y en el camino que sale de nuestro hotel me pongo la gorra y estiro los cuádriceps intentando concentrarme en lo segundo que más adoro en el mundo después de Remington: correr. Sé que me hará sentir bien. O al menos un poco mejor.

No hemos hablado de ello.

No nos hemos besado.

No nos hemos tocado.

Desde anoche, cuando lloré como una idiota en sus brazos. Cuando me he despertado miraba por la ventana con semblante serio, y cuando se giró, como si se diera cuenta de que lo

observaba, tuve que cerrar los ojos porque temo volver a derrumbarme si es dulce conmigo.

Ahora él calienta mientras yo hago estiramientos. Lleva su chaqueta gris y pantalones de chándal. Cada centímetro de su cuerpo es el de un boxeador atlético por el que querrías morir. O matar. O dejar toda tu vida en Seattle atrás.

—Vale —le susurro, asintiendo.

—Vamos allá.

Me golpea suavemente el trasero y empezamos a correr, pero la noche en vela ha hecho estragos: no alcanzo mi ritmo. Remington solo parece un poco cansado, corriendo en silencio a mi lado, mientras agita los puños en el aire.

Sigo esperando que mis endorfinas se activen, pero hoy mi cuerpo no está de mi parte y mis emociones tampoco. Me gustaría quedarme quieta en una esquina tranquila y llorar otra vez hasta decir basta, sin sentir dolor, hasta que ya no esté enfadada conmigo misma, o con él por decir que sí a todo, a cualquier cosa, a cuanta mujer se pusiera a su alcance. Cuando me conoció, se negó a tocarme durante meses.

He dejado de correr y apoyo las manos en las rodillas, respirando para calmarme. Remington baja el ritmo y golpea el aire con los puños mientras da la vuelta. Quiero gruñir: es injusto lo mal que me siento mientras que él está como una rosa. Se detiene cerca de mí y utilizo la gorra para tapar mi cara de idiota.

—Tenemos que llegar hoy al gimnasio, dinamita —susurra divertido. Extiende un brazo y me da un toque en la parte trasera de la gorra. Me muerdo el labio con fuerza mientras me observa, obligándome a sostenerle la mirada.

Me sonríe, aparecen sus hoyuelos. Un poco arrogante, muy *sexy:* Remington Tate, el hombre de mis sueños. Con esa chaqueta gris. Esos ojos azules mirándome. Es muy aerodinámico cuando corre, desafía la gravedad aunque esté cansado. Sus hombros son pura roca y estiran la tela de su camiseta cuando sus pies golpean la acera.

Por favor, que alguien me mate ahora mismo.

—Creo que iré andando —le digo y me agacho para hacerme otro nudo en los cordones de las zapatillas, así puedo mirar mis Nike en lugar de a él—. Ve sin mí y nos reunimos allí.

Nunca he rechazado correr con él. Suele ser nuestro momento especial, pero hoy me siento débil, mareada y triste.

Se pone de cuclillas para estar al mismo nivel que yo, me quita la gorra y me observa. En su cara ya no hay hoyuelos.

—Voy andando contigo —me dice tranquilamente. Vuelve a ponerme la gorra mientras se incorpora.

—No tienes por qué hacerlo. El entrenador te está esperando.

Me coge la barbilla y me mira con unos atormentados ojos azules.

—Voy andando contigo, Brooke. Dame la mano y te ayudo a levantarte.

Extiende la mano y la veo, la quiero, está ahí. Pero me levanto sola y echo a andar.

Se ríe suavemente y se pone a mi lado.

—Joder, no me lo puedo creer —murmura.

Se mete las manos en la chaqueta, tiene la cabeza baja mientras mira al suelo y pasea a mi lado. Se le ha caído la capucha cuando se ha agachado a ofrecerme su mano y tiene el pelo despeinado de forma adorable y, Dios, quiero tocarlo, besarlo y fingir que soy igual de fuerte que antes, pero en lugar de eso estoy mareada y me siento tan fuerte como una frágil rama.

—¿Cuántas fueron? ¿Lo sabes? ¿Te acuerdas? —me oigo preguntar.

Suelta un bufido y se pasa la mano por el pelo en un gesto de frustración.

—Dime qué quieres que haga. ¿Qué quieres que diga? No paras de llorar, no comes nada y te alejas cuando me acerco. ¿Por qué coño dejas que eso importe?

—Porque ni siquiera te acuerdas. No sabes qué les hiciste ni quiénes son. ¡Una de ellas podría estar embarazada de tu puto bebé

ahora mismo! Podrían haberte hecho fotos. Podrían… ¡Haberse aprovechado de ti!

Se echa a reír y me mira con ternura y diversión, como si pensara que a él nadie puede hacerle daño, pero sí que pueden. ¡Maldito idiota! ¡Claro que pueden!

Aunque sea el ser humano más fuerte y poderoso que he conocido jamás, cuando está maníaco es temerario y vulnerable al mismo tiempo, y puede hacerse daño y, desde luego, entonces sí es frágil. La idea de que alguien, especialmente unas idiotas superficiales, haya tenido acceso a él cuando estaba vulnerable me pone furiosa. Me seco una lágrima de rabia y sigo andando, entonces él se acerca a mí y roza el revés de su mano con la mía a propósito. Acaricia mi pulgar con el suyo.

—Solo dame la mano, dinamita —me pide con voz suave.

Tomo aire y obligo a mi meñique a moverse. Entrecruza nuestros dedos. Siento el calor subiendo por el brazo y creo que se da cuenta de que no puedo evitar tener un escalofrío. Bromea con esa voz que hace que todo mi cuerpo se derrita:

—¿Te doy la mano y tú me das un meñique?

—¡Remington, ahora no puedo hacer esto!

Empiezo a correr y me encuentro con él en el gimnasio, bajándose la cremallera de la chaqueta y poniéndose los guantes. Empieza a boxear con los sacos sin mirarme ni una sola vez y dando golpes muy, muy fuertes. Me quedo en los laterales, tensa por la forma en que el aire se rompe entre nosotros, como un circuito eléctrico descontrolado y a punto de explotar. El entrenador lo mira a él y luego a mí. Riley se levanta, igual de preocupado, mientras nos observa a los dos.

Nadie habla con él y nadie habla conmigo.

Voy al baño y empiezo a vomitar.

♥ ♥ ♥

El calor resulta insoportable en el estadio de Phoenix.

Los asientos están todos apilados, uno tras otro, y unas quinientas personas gritan sin control mientras El Carnicero y Martillo luchan en el cuadrilátero. Y entonces, *¡Paff! ¡Pum!* y Martillo acaba en el suelo ensangrentado e inmóvil.

—Vaya, Martillo no ha tenido suerte —dice Pete.

Kirk «El Martillo» Dirkwood ni siquiera se ha movido desde que cayó al suelo.

Pero el Carnicero es un boxeador enorme. Es tan grande que duplica o triplica en tamaño a cualquier contrincante. Sus puños parecen bolas de hierro y sus nudillos, pinchos. Acaban de proclamarlo vencedor y le grita al público:

—¡Soy el mejor cabrón que ha visto este cuadrilátero! —De repente, el suelo del *ring* retumba bajo sus pies cuando empieza a andar con furia y arranca a gritar aún más fuerte—: ¡TRAEDME A DEPREDADOR! ¡Dejad que le dé una paliza a ese puto Depredador!

Sacan a Martillo, inconsciente, del cuadrilátero y se me hace un nudo en el estómago cuando veo que el Carnicero se golpea el pecho como un gorila y sigue gritando con esa voz espeluznante y monstruosa.

—¡DEPREDADOR! ¿Me oyes? ¡Sal, cobarde! ¡Ven y enfréntate a mí igual que con Benny!

—Es amigo de ya-sabes-quién —dice Pete mientras pone los ojos en blanco—. Y ahora, gracias a la final del año pasado, cree que también puede derrotar a DEP.

El público no descansa. La furia del Carnicero no ha hecho más que animar al público. Escuchan el nombre y se extiende como el fuego por las gradas, comenzando con murmullos primero y aumentando cada vez más:

—¡Depredador! ¡Depredador! ¡DEPREDADOR!

Al instante sé, con cada fibra de mi cuerpo, que van a sacarlo. Lo quieren, y no solo el Carnicero: todo el estadio está en ascuas.

—¡Depredador! ¡Depredador! ¡DEPREDADOR! —corean.

Siento como si un puño gigante apretase mi estómago mientras espero verle. Está enfadado conmigo. Está enfadado conmigo

porque estoy siendo irracional y odio no poder dejar de ser irracional y entonces me enfado conmigo misma.

—¡Depredador! ¡Depredador! —vocifera el público.

Se forma un revuelo cuando los organizadores fingen escuchar la petición del público y se dan prisa para organizar la salida del nuevo luchador; la espera hace que la muchedumbre grite incluso más alto.

—¡DEPREDADOR! ¡DEPREDADOR!

—¡Traednos al puto Depredador!

Los altavoces vuelven a la vida y el presentador habla, casi sin aliento.

—¡Vosotros lo habéis pedido, damas y caballeros! ¡Lo habéis pedido! ¡Ahora mismo vamos a traer al luchador que todos habéis venido a ver! ¡El único, el inigualable, Deeeeeepredadooooooor!

El público ruge de emoción y mi cuerpo grita en silencio mientras todos mis sistemas se aceleran al máximo. Mi corazón está desbocado, mis pulmones se expanden y me duelen los ojos porque no los aparto del pasillo. Todas mis venas y los poros de mi cuerpo se dilatan para adecuarse al flujo alterado de la sangre y los músculos de mis piernas están listos para salir corriendo. Pero lo único que puedo hacer es retorcerme en el asiento. No consigo convencerme de que Remy no está en peligro. Me cuesta procesar el hecho de que el hombre al que amo haga esto por deporte, como forma de vida. Por su salud mental. Así que estoy aquí sentada mientras mi cuerpo libera las mismas hormonas que si estuviera rodeada por tres osos hambrientos dispuestos a devorarme.

Y entonces lo veo entrar en el recinto. Fuerte, magnífico, bajo control.

Sube rápido al cuadrilátero y se quita la bata mientras el Carnicero sigue golpeándose el pecho cuando el público recibe a Remington con todo su cariño y devoción. Como hacen siempre.

Contengo la respiración y aprieto los puños en mi regazo esperando a que me mire.

No puedo más. Observo, primero con anticipación, luego con temor, después con incredulidad, cómo da una vuelta al cuadrilátero

sin sonreír y luego pone los brazos a los lados y se coloca en su lugar. Suena la campana.

Los dos hombres cargan. Hago una mueca de dolor cuando la cabeza de Remy vuela hacia un lado por el impacto.

¡Oh, no! Mi estómago da un vuelco, mis ojos se nublan cuando veo sangre.

Los espantosos sonidos de los huesos rompiéndose contra los músculos continúan, una y otra vez, mientras el Carnicero reparte una serie de golpes, todos en la cara de Remy.

—Oh, Dios, Pete —digo sin aliento y me cubro la cara.

—Joder —responde Pete—, ¿por qué coño no te ha mirado?

—Me odia.

—Vamos, Brooke.

—Nosotros… Él… Tengo problemas con lo de todas esas mujeres, ¿vale?

Pete me mira con una expresión desafiante y su mirada recorre mi perfil, como si quisiera decir algo, pero no pudiera hacerlo.

Remington gruñe enfadado y sube la guardia mientras sacude la cabeza, moviéndose hacia atrás. Tiene sangre en la cara: en la nariz, en los labios, una herida en la ceja y no sé dónde más.

El Carnicero se adelanta otra vez, pero Remy le bloquea e intercambian golpes durante un minuto hasta que se acaba el asalto y cada uno se va a su respectiva esquina. Riley le pone algo en las heridas y el entrenador le grita alguna cosa. Él asiente, sacude los brazos, se estira los dedos y vuelve, ahora enfadado, mientras se enfrenta cara a cara con esa horrible bestia enorme y sus nudillos punzantes.

Se encuentran de nuevo. Moviéndose y golpeándose.

Remington finta a un lado y el Carnicero lanza el puño al lugar donde antes estaba Remy. Remington se la devuelve con un gancho en la cara que golpea tan fuerte que el Carnicero se cae.

Necesita unos segundos para ponerse en pie. Extiende el brazo, pero Remy se inclina y vuelve con un puñetazo en las costillas, en la

tripa y en la cara, siempre con la velocidad y precisión perfectas. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

El Carnicero vuelve a lanzar un puñetazo directo a la cara de Remy, pero él bloquea el golpe y responde con una serie de puñetazos, golpeando directamente con los nudillos su cara fea y gorda. El Carnicero cae de rodillas.

A mi lado, la emoción de Pete crece sin parar y le escucho murmurar:

—Vamos, Rem. ¿Por qué le dejas pasar? Es tuyo. —Se gira hacia mí y susurra—: Puedes enseñar a alguien a ser rápido y ágil, pero jamás podrás enseñarle cómo dar puñetazos tan fuertes como Rem. En cuanto empieza a golpear como quiere, se acabó.

Le veo sonreír, pero yo no puedo.

Remy sigue sangrando y según avanza el combate, recibe un par de golpes más.

Odio, odio y odio que le hagan daño, aunque mi trabajo es ayudarle a recuperarse. Se ríe y escupe, como si se lo estuviera pasando bien.

La pesadilla del combate de la temporada pasada tuvo consecuencias en mí y volver a ver este espectáculo me destroza de nuevo.

Mi miedo ha aumentado y empeorado y esta noche es abrumador. Durante un momento, la cabeza me da vueltas sin parar, pero al mismo tiempo, estoy segura de que la adrenalina me mantiene despierta y prepara mi cuerpo para soportarlo todo.

El Carnicero se vuelve a poner en pie y le lanza otro puñetazo a la cara, la cabeza de Remington se mueve, pero su cuerpo permanece firme. Mi hombre siempre se mantiene firme. Se mueve y le devuelve un golpe todavía más fuerte. Los dos hombres se golpean y luego se alejan. Remington carga de nuevo, la sangre cae por su cara mientras golpea de nuevo. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

Sus golpes rápidos y consecutivos hacen que el Carnicero empiece a echarse hacia atrás. El hombre, enorme, choca contra las cuerdas, pero se niega a caer. Remy le arrincona, su pecho reluce

por el sudor y sus músculos resaltan mientras golpea el vientre del Carnicero y, después, su cara.

Estoy sin aliento. El miedo se adueña mi interior junto con otras emociones contradictorias, como esta increíble excitación que siempre me domina cuando le veo luchar. Mi hombre es impresionante. El poder de su cuerpo, la marca de sus músculos, el movimiento perfecto de sus músculos al contraerse y estirarse. Remington utiliza la mente y el instinto para luchar. Parece que piensa, planea y luego lo lleva a cabo, pero sobre todo, parece vivir el momento. Amarlo.

Ahora su expresión es de concentración mientras golpea al Carnicero hasta que se forma un charco rojo en sus pies. Literalmente. Su cara choca con el suelo ante los pies de Remy.

Los labios de Remy se curvan al deleitarse con esta visión y da un paso adelante, girando el cuerpo en mi dirección.

—¡DEPREDADOR! —grita el presentador y le sube el brazo.

Su mirada, al fin, se dirige hacia mí.

Mi pulso se detiene. El ruido desaparece. Incluso es como si el latido de mi corazón se hubiera desvanecido. Parece estúpido lo mucho que necesitaba esto, pero cuando finalmente levanta el brazo, gira la cabeza hacia mí y sus ojos azules, desesperados e iracundos, se centran en mí y un escalofrío me recorre de arriba abajo.

Su mirada es intensa, posesiva y feroz. Una gota de sangre le cae sobre el párpado desde el corte de la ceja, la sangre le gotea desde la nariz y los labios.

Y cuando el árbitro del cuadrilátero le pregunta algo, él asiente y llaman a otro luchador al *ring*.

—Sí, ahora va a tener que deshacerse de toda esa ira —dice Pete para sí mismo.

Un nuevo tornado de nervios me recorre cuando lo oigo. Juraría, si no le conociera, que lo ha hecho para torturarme y castigarme. Las endorfinas apagan el dolor que de otra forma sentiría. De hecho, está tan orgulloso y concentrado que ha enseñado incansablemente a su cuerpo a aceptar el dolor. Lo lleva al límite

constantemente y yo creo que su umbral del dolor es más alto que el de cualquier otro atleta que he conocido, pero mi propio límite ha sido sobrepasado esta noche.

Remington lanza varios golpes al nuevo luchador combinando buenas combinaciones de puñetazos, pero aunque Riley ha intentado curarle en la esquina, la sangre continúa manando de su cara.

Los dos luchadores intercambian fuertes golpes y, de repente, el cuadrilátero es un torbellino de cuerpos moviéndose y músculos endureciéndose. Sigo los movimientos de Remy gracias a las cenefas de tinta de sus bíceps mientras lanza lo que Riley llama «lluvia de puñetazos». Le clava uno en las costillas, otro en la mandíbula y luego le lanza un gancho con la derecha, su golpe más potente.

Su contrincante se balancea, tropieza y cae, inconsciente.

El público grita.

—¡DEEEEPREDADOOOOR! ¡Damas y caballeros, nuestro vencedor, otra vez! ¡Deeeepredadoooor!

Estoy agotada. Me he convertido en gelatina, completamente suave e idiota.

—¡DEEEEPREDADOOOOR!

Parece que pasa una eternidad pero, de hecho, solamente tardamos veinte minutos en salir del recinto en una limusina y llegar al hotel. Me tiemblan las piernas cuando subimos al coche. Todos mis sentidos me gritan que me abalance hacia mi hombre cuando se deja caer en el asiento que hay frente al mío mientras que mi parte luchadora quiere pegarle porque… ¿qué se supone que ha pasado ahí dentro?

—Tío, ¿qué coño estabas haciendo? —empieza Riley, con un tono tan confuso como lo estoy yo.

—Aquí tienes, Rem. —Pete le da una bolsa de gel para la mandíbula—. Creo que necesitarás que te den un punto en la ceja.

—¿Cómo te sientes, chaval? ¿Te ha gustado que te partan la puta cara? —le pregunta Lupe desde su asiento, completamente indignado—. ¿A qué cojones estabas jugando?

Remington agarra la bolsa de gel, la pone a un lado y me mira directamente. Estoy sentada sin moverme enfrente de él.

Lleva unos pantalones de chándal grises y una chaqueta roja, tiene la capucha puesta para mantener el calor corporal. Está tirado en el asiento, enorme y callado, pero le sangra la nariz, le sangran los labios, le sangra el corte de la ceja. Tiene la cara hecha un desastre. Solo con mirarlo siento que tengo una bomba en el estómago. Y él me observa con sus ojos azules, claros y escrutadores.

Supongo que debería estar acostumbrada al hecho de que mi novio se gane la vida recibiendo puñetazos, pero no puedo. Me cuesta estar aquí sentada y ver su cara, sangrando e hinchada, sin querer hacerle daño a quienquiera que le ha hecho esto. Tengo muchas ganas de golpear algo y tiemblo por la necesidad de extender los brazos, abrazarle y acercarle a mí mientras cuento mentalmente los minutos que nos quedan para llegar al hotel.

Riley me dice:

—Brooke, cambiémonos de sitio para que puedas ocuparte de él.

Me levanto de mi asiento y me sitúo a la derecha de Remington. Rápidamente rebusco en su bolsa abierta y saco gasas, pomada y esparadrapo.

—Deja que te arregle un poco —le susurro y mi voz, oh, Dios, suena muy íntima aunque todos los ocupantes del coche nos observen. Simplemente no puedo hablar con otro tono: suave y repleto de emoción.

Se gira hacia mí para que le desinfecte las heridas y su mirada… La noto algo inquieta, curiosa, tangible en mi cara mientras le echo la pomada en la zona del labio que siempre se le rompe: la parte carnosa del labio inferior. Instintivamente, me muerdo mi propio labio mientras aplico la pomada en el suyo. Dios, odio que le hagan daño.

—Mírale también la ceja. La herida parece un poco profunda —me dice Pete.

—Sí, voy —respondo con ese tono de voz que no quiero usar ahora pero que no puedo evitar. Intento ser hábil con las manos pero me tiemblan más de lo que me gustaría y el calor del cuerpo de Remington, que es todavía mayor después del combate, me rodea igual que a veces lo hacen sus brazos. Su respiración agitada me baña la frente y necesito todo mi autocontrol para evitar el impulso de acercarme más para respirar con él y calmarme porque está bien. Respira, al menos. Afectada todavía por la adrenalina, me centro en el corte de la ceja y presiono la herida con dos dedos. Dios. Casi no puedo soportar estar tan cerca de él. Cientos de pequeños impulsos eléctricos van desde mis dedos a mis brazos y directos a mi corazón acelerado.

Tomo aire y suavemente le aplico un poco más de presión en la herida mientras inspecciono el resto de su cara… Me encuentro con sus ojos azules completamente fijados en mí. Se me hace un nudo en el estómago.

Está tirado en el asiento, girado hacia mí, pero su inmovilidad me tiene en alerta porque siento la energía contenida en su cuerpo, como si estuviera preparado para atacar. Para atacarme a mí.

Mi corazón se acelera un poco más y contengo la respiración a medida que me acerco, cojo otra gasa y susurro:

—Cierra este ojo.

Mantengo cerrado el corte de la ceja y empiezo a limpiar la sangre que baja por su párpado. Me obedece y mantiene el ojo cerrado, pero sigue observándome con el otro, como si hubiera algo en mi cara que quisiera ver.

De repente, su voz resuena en la oscuridad.

—Estoy jodido. —El susurro inesperado y gutural recorre mi piel y casi me hace dar un brinco—.Tengo el bíceps derecho jodido, el hombro, el oblicuo izquierdo y el trapecio.

—Tío, esto es una locura. ¿Cómo puedes haberte jodido todo eso en una noche? —pregunta Riley enfadado.

—Brooke, ya sabes lo que hay que hacer —me ordena Lupe desde el asiento de delante.

Asiento con rapidez, miro los ojos azules de Remington, esos preciosos ojos azules con su brillo viril, y cierro la mandíbula cuando por fin comprendo lo que está pasando.

♥ ♥ ♥

Cuando llegamos al hotel estoy que echo humo.

—Has dejado que te golpearan a propósito.

Se deja caer en el banco que hay a los pies de la cama y me mira, apartando una botella de Gatorade.

—Estoy jodido, ven a arreglarme.

—¡Sí que estás jodido, pero lo que necesita cuidados y cariño no es tu bíceps!

—Tienes razón, no es él. —Sus ojos brillan bajo la luz de la lámpara mientras me mira—. ¿Vas a venir a arreglarme?

—Solo porque me pagas por ello. —Resoplo enfadada. Voy a por mis aceites de masaje, en concreto el aceite de árnica y el de mostaza para la inflamación, luego vuelvo y abro el grifo de la ducha—. Vamos a darte una ducha fría.

Sus labios se curvan cuando se pone de pie y mueve un brazo hacia mí. Me acerco, confundida, y me pasa su enorme brazo por encima de los hombros.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas ayuda para andar? Estabas dando saltos hace un momento —digo.

—Las endorfinas mitigaban el dolor —murmura en mi oído mientras le rodeo la cintura con el brazo y lo llevo al baño—. Te dije que estaba jodido.

Apoyo su cuerpo contra la pared y abro la puerta de la ducha. Cuando estoy comprobando que el agua está muy fría, me toma entre sus brazos, gira el grifo para que salga agua caliente y nos mete dentro, con ropa y todo.

El agua cae sobre nosotros, suelto un grito por la sorpresa y pataleo al aire mientras la ropa se me pega a la piel.

—¿Qué haces?

Me quita las deportivas y las tira por encima de la mampara de cristal, luego me pone de pie y me baja la falda por las piernas. De repente, todas las feromonas que rezuma tras un combate crean una guerra en mis sentidos y empiezo a sentirme tan caliente que lo único que evita que me convierta en cenizas es el agua que cae por mi piel.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunto sin aliento.

Me quita la camiseta, que golpea el suelo de mármol con un ruido de ropa mojada. Se desnuda y yo estoy tan enfadada por cómo se ha dejado golpear y tan excitada al ver sus músculos estirándose mientras se desnuda para mostrar su piel dorada y mojada, que quiero pegarle y besarle al mismo tiempo. Cuando sus pantalones de boxeo hacen ¡plas! contra el suelo y los aparta, entonces, oh, Dios mío, me duelen los ojos.

Tengo que morderme el labio inferior para intentar contener el instinto de lanzarme hacia él y darle todo lo que necesite. Mantiene los ojos centrados en los míos mientras da un paso atrás hacia los grifos. Su amplia espalda me protege del agua y entonces, cuando su pulgar baja por mi mandíbula lentamente y me separa el labio de los dientes con cuidado, escucho su voz áspera susurrar:

—Eso tengo que morderlo yo.

He dejado de respirar. Tiene este poderoso efecto sobre mí. Podría luchar contra mis reacciones a su tacto, pero perdería. Mis ojos miran fijamente los suyos y el brillo posesivo de su mirada me atraviesa. Riachuelos de agua bajan por su mandíbula cuando me agarra del culo y me aprieta contra él. Su erección presiona mi vientre mientras me mira con una intensidad feroz.

—Me amarás hasta que muera —dice con la voz tensa e imponente mientras pasa el pulgar mojado por mis labios—. Brooke, voy a hacer que me ames aunque duela y, cuando duela, lo haré mejor—. Introduce el pulgar en mi boca y lo roza a propósito con la punta de mi lengua, un movimiento silencioso que pide que lo lama. Cuando lo hago, me duele el pecho y le observo sacar el pulgar para acariciar mi labio inferior con la yema mojada—. Vas a amarme aunque eso nos mate, joder.

Mis pulmones ansían aire y el resto de mi cuerpo ansía tocarlo. Cuando mi mirada sube para encontrar esos ojos azules clavados en los míos, con la cara herida y sudada, toda la testosterona del mundo fluye a través de él empujándome y envolviéndome, haciendo que apenas pueda vivir porque le deseo demasiado. Me hace sentir este doloroso deseo por él que me consume, me quema el alma y me parte el corazón; es algo más que va más allá de la física, más allá de las emociones.

Mi sexo está tan tenso que tengo que reprimir los gemidos. Mis sentidos están agudizados porque está cerca. Lo único que puedo hacer es fijarme en cómo la gota de sangre de su labio es del mismo color que su bata de boxeo, brillante y perfectamente repleta de oxígeno. En cómo su respiración nerviosa y cálida baña mi cara mojada. En cómo, suavemente, sus dedos se extienden en mi culo y uno de sus pulgares acaricia la piel de mi mandíbula. Me destroza.

—Deja de hacerte daño —le digo con tristeza mientras intento liberarme de sus brazos y choco contra el frío mármol a mi espalda.

—No me duele —dice con voz ronca. Después me acerca con la mano en mi culo y posa su mejilla contra la mía—. Tú llorando en mis putos brazos porque te he hecho daño. Eso sí duele. Tú… sin querer tocarme, sin mirarme como solo tú lo haces, con esos adorables ojos alegres. Eso duele. Me duele todo el puto cuerpo y ni una sola parte me duele tanto como el lugar en el que tú me has hecho daño.

Lucho para mantener mis emociones a raya, bajo la mirada y parpadeo para evitar que el agua me entre en los ojos.

—También me duele aquí —dice mientras guía mi mano por su enorme erección—. Me ha dolido toda la noche porque veía que te alejabas de mí. Esta mañana. Y en el gimnasio.

Me aprieta fuerte contra él. Gimo suavemente y apoyo la frente en sus pectorales mientras lucho por no desmoronarme.

Siente compasión por mí y me suelta la mano, pero me queman los dedos y no sé qué hacer con las manos. La cabeza me da vueltas por su cercanía. Quiero recorrer cada centímetro de sus

músculos y borrar el rastro de cualquier otra mano que haya estado aquí. Quiero…

Ni siquiera lo sé. No puedo pensar en nada excepto en el creciente y doloroso latido dentro de mi cuerpo, dentro de mi corazón. En mi sexo. Se pone un poco de jabón en la mano y empieza a masajear mi piel desnuda. Como si se tratase de la primera vez, observa cómo sus manos trabajan entre mis piernas, cómo sus dedos se curvan y hacen espuma en mis pechos y cómo sus pulgares extienden el jabón por mis pezones.

—¿Te ha gustado el combate? —pregunta con su voz profunda mientras sus fuertes manos se deslizan suavemente por el exterior de mis piernas para volver a subir por el interior de mis muslos y rozar mi sexo. Después enjabona y masajea mis nalgas y el espacio entre ellas.

El placer de su roce, seguro y familiar, es tan completo que reprimo un gemido mientras contemplo cómo me lava.

Tiene un ojo algo hinchado y la gasa que le cubre la ceja sigue roja. El corte del labio inferior no ha desaparecido. Aunque el labio está destrozado, eso no es nada para él. Quería llamar mi atención y haría lo que fuera para conseguirlo y, aunque tengo ganas de pegarle por ser tan temerario, el deseo de besar cada corte y cada golpe es demasiado fuerte.

A Remington lo han abandonado durante toda su vida. Sus padres. Sus profesores. Sus amigos. Incluso yo. Nadie se ha quedado con él el tiempo suficiente para demostrarle que es una persona que vale la pena. Y lo que acaba de hacer, con el único objetivo de que le tocase y le demostrase mi amor, me empuja a ahogarle con mi amor para que nunca jamás tenga que pedirlo.

—Me niego —respondo furiosa— a quedarme sentada y ver cómo te dejas golpear a propósito.

—Me niego a que me alejes de ti —dice con la misma furia y rodea por completo con su mano enjabonada mi pecho.

Sacudo la cabeza con el ceño fruncido y dejo que mis ojos se cierren cuando pone la alcachofa de la ducha cerca de la cara. El agua a presión me enjuaga la cabeza y apenas me sostengo en pie

cuando pasa la mano por mi pelo para ayudar al jabón a bajar por mi cuerpo.

Paso a la acción antes de perder el control. Cojo el bote de gel y hago un montón de burbujas, luego extiendo el brazo hasta los resbaladizos músculos de su pecho y recorro con mis dedos enjabonados su piel tersa y suave. Su pecho se sacude bajo mi roce inesperado y me tiemblan las rodillas cuando nuestros ojos se encuentran. Mi cuerpo al completo se tensa cuando mantengo la mirada fija en esos hambrientos ojos azules, mis dedos acarician y empapan su ancho brazo, bajan por su pecho y sus ocho abdominales. Mi voz, cargada de emoción, apenas se oye con el ruido del agua:

—¿Es esto lo que querías cuando estabas allí, dejando que te golpearan?

Toma mi cara en su mano con cuidado, su voz es seria y apasionada cuando pronuncia cada una de estas palabras:

—Te quiero a ti. Quiero que me toques, que pongas tus labios en los míos como antes. Quiero que me quieras. Joder, Brooke, deja de castigarme. Te quiero.

Presiona sus labios contra los míos, me prueba con un beso rápido y brusco y evita mirarme mientras jadea. Su agarre sostiene mi cara.

—¿Va a dejar mi chica que esto la destroce? ¿Va a hacerlo? Es más fuerte que todo esto… Sé que lo es y necesito que siga viva. Necesito que luche por mí y necesito que luche conmigo. Por lo que a mí respecta, nada de eso sucedió. Lo único que ha sucedido de verdad eres tú, Brooke. Y sigues haciéndolo, ¿verdad, dinamita?

Nuestras miradas vuelven a encontrarse y no sé quién está más hambriento, quién necesita más o quién está más desesperado. Su mirada se ancla en la mía, parece hambriento y yo me siento furiosa. De mi pecho comienzan a salir jadeos, mi corazón golpea con fuerza y antes de que me dé cuenta, mis dedos están enredados en su pelo y le acerco hacia mis labios al mismo tiempo que él me pega a la pared de la ducha y aprieta su boca contra la mía.

Gimo cuando su sabor me atraviesa como un rayo mientras separa mis labios. Desliza una de las manos y rodea mi cara con ella, me mantiene en la misma posición mientras con la fuerza de su boca abre la mía y hace que gima y le clave las uñas en la cabeza mientras busco ansiosa su lengua con la mía.

Pero él me encuentra primero. No. No me encuentra. Me ataca, su lengua roza y se folla a la mía. Un gruñido profundo de placer sube por su pecho cuando me levanta para que nuestras bocas estén a la misma altura. Su cercanía, el roce de nuestra piel, me excita. Mi piel siente un hormigueo allí donde nos tocamos a medida que el deseo crece entre nosotros. Me siento atada a él de una forma que me garantiza que nada podrá separarnos.

Le lamo la lengua con voracidad mientras cierra el grifo de la ducha y nos saca fuera. Me cubre con una toalla mientras sigue cogiéndome en brazos, y le lamo la lengua y le muerdo delicadamente los labios. La sangre fluye deprisa por mi cuerpo como un río veloz cuando nos lleva a la cama.

Me deja encima de la colcha y coloca la toalla sobre mi cuerpo para secar con cuidado mi piel mientras baja la cabeza y susurra:

—Deja que me seque.

Gimo a modo de protesta cuando se va. Estoy tan caliente, pero tan mojada y fría, que me castañetean los dientes cuando observo el modo en que sus nalgas se mueven de la forma más *sexy* en la que puede moverse el culo de un hombre mientras desaparece en el baño. Y aunque cada centímetro de mi cuerpo palpita, tiemblo al colocarme la toalla alrededor del cuerpo y me seco con la vista clavada en la puerta del baño.

Oh, Dios mío, a mí también me duele todo.

Cuando por fin llena el umbral de la puerta con esos magníficos y amplios hombros y esos preciosos abdominales, con riachuelos de agua aún cayendo de su cabello por su cuello, su pecho y hasta la toalla que tiene atada en su estrecha cadera, me quedo sin aliento. Se ha pasado la toalla por la cabeza y su cabello oscuro está de punta, sus ojos azules brillan con pasión mientras se asegura de que

estoy en la cama, justo donde me dejó. De repente, todo el amor y los terribles celos que siento recorren mis venas como un rayo.

Se acerca sin apartar la mirada de mí y yo me quito la toalla para ver cómo se tensa su rostro y sus ojos relucen cuando me ven totalmente desnuda.

Él agarra su toalla y se la quita. Mi respiración se detiene cuando observo su enorme erección subiendo y bajando lentamente a medida que se acerca a la cama y utiliza otra toalla para secarme con cuidado el pelo mojado.

—Primero te daré un masaje con aceites —le advierto con un susurro ahogado mientras termina.

Sonríe maliciosamente, deja a un lado la toalla, agarra el aceite de árnica que estaba buscando yo y lo tira a la alfombra. Después, me echa el pelo hacia atrás, sus ojos siguen fijos en mí cuando me coge la nuca e inclina la cabeza hasta llegar a la mía.

—Dale un masaje a mi lengua con la tuya.

Abre la boca y la pega a la mía, nuestras respiraciones se mezclan y un delicioso escalofrío me recorre mientras sus labios abren mi boca y nuestras lenguas se encuentran.

—Tu labio —susurro para que tenga cuidado.

Me da un mordisco juguetón y acaricia de nuevo mi lengua con la suya, rozándola un poco más fuerte y volviéndome loca.

—Tu labio —insisto mientras me retuerzo de deseo bajo su cuerpo.

Se separa un poco de mí. Entonces, despacio para torturarme, me acaricia las piernas por detrás y despierta mil terminaciones nerviosas.

—Remington, tu labio… —protesto cuando veo que el corte vuelve a sangrar y extiendo el brazo para tocar una gota de sangre con el dedo.

—Shh…

Saca la lengua, lame y chupa mi dedo, luego lo suelta y me mira con esos ojos azules brutalmente dulces mientras sube los dedos por mis piernas hasta llegar a mis nalgas.

Mis pechos suben y bajan mientras asciende con los dedos por mis piernas y luego me agarra el culo de forma posesiva.

—¿Esto te pone? —pregunta.

—Sí.

Baja las manos a la parte trasera de mis rodillas y vuelve a subir lentamente hasta que me derrito y muero.

—¿Cómo de excitada estás? —pregunta con ternura y me da un beso en el vientre.

—Tengo que ponerte algo en el labio —murmullo. Mil llamas de fuego lamen mi cuerpo mientras me siento y busco la pomada con las manos temblorosas y logro ponerle un poco en la herida.

Me da un beso en la yema del dedo y cierro los ojos mientras me recorre una bomba de placer.

—Remy… —digo mientras me derrito.

—Túmbate —me ordena. Hago lo que pide, mareada por la anticipación.

—No me beses, Remington —le advierto.

—Ya me arreglarás después —susurra con voz áspera.

Un escalofrío me recorre cuando me acaricia el sexo, me entreabre los labios con el pulgar mientras que, al mismo tiempo, se inclina para pasar la lengua por la punta de mi pezón.

Me muevo un poco, gimiendo, y él se ríe suavemente mientras lame mi otro pezón con la lengua y juguetea con él antes de cubrirlo con su boca cálida y húmeda para chuparlo.

Desliza las manos por mi cuerpo, gruñendo.

—Dios, Brooke. Me haces un nudo y luego me desatas. Ahora vas a dejar que te la meta.

—Vale —jadeo rápidamente mientras él extiende mi cuerpo. Su erección late y se endurece cuando me da la vuelta y me cubre con el calor de su cuerpo. Los dos estamos heridos. Lo necesito como necesito el aire para respirar. El modo en que se roza nuestra piel. El modo en que sus callos me tocan. El modo en que mis manos se deslizan por su pecho resbaladizo. Le clavo las uñas en la espalda cuando entierra la cara en mi cuello y su boca devora con ansia mi

cuerpo como si ya no supiera si besarme, morderme o lamerme, así que hace las tres cosas.

—¿A quién le perteneces? —pregunta con voz grave.

—A ti —jadeo.

Agarra mis piernas y las coloca alrededor de su cintura. Luego me sube los brazos por encima de la cabeza, me observa, sus ojos devoran mi cara, mi boca, me examina con una mirada oscura, atormentada y hambrienta.

Entrelaza nuestros dedos y choca su boca contra la mía. La cercanía de su cuerpo, nuestros órganos enredados, nuestras lenguas, nuestras respiraciones activan todos los centros de placer de mi cerebro y todos los instintos de reproducción que hay dentro de mí. El fuego recorre mis venas cuando nuestras lenguas se apresuran a juntarse. Gimo, gruñe, mi cuerpo se estremece cada vez que nos tocamos mientras él mueve la cadera contra mí. Su pecho descansa contra mis pezones. Su polla está en la entrada de mi sexo. Los enormes y poderosos músculos de sus piernas casi aplastan mis muslos. Las palmas de nuestras manos unidas.

Cada una de mis células sabe que él es mi compañero y me prepara para él. Solo para él. Se separa un poco y me da un azote en el culo cuando nuestro beso se vuelve más intenso, sus dedos posesivos y firmes me acercan a él hasta que estamos alineados perfectamente y yo echo la cabeza hacia atrás para que su lengua llegue a cada rincón de mi boca.

—Sí… —gimo.

Se aleja y nuestros ojos se encuentran en la oscuridad. El deseo que veo en sus ojos me deja sin aliento. Es lo más masculino y cautivador que he visto jamás. Se inclina una vez más para juntar sus labios con los míos. Húmedos. Muy, muy calientes. Gimo cuando desliza una mano entre mis piernas. Se inclina para besarme el lóbulo de la oreja y yo deslizo la lengua por su piel y la barba de dos días en su mandíbula, por cualquier parte que pueda saborear mientras él pasa el pulgar por mi sexo.

—Oh, eso me gusta…

Un escalofrío abrasador se extiende por mi cuerpo cuando sus dedos me acarician entre las piernas. Me hierve la sangre y mi sexo se humedece más.

Susurra mi nombre con esa voz áspera que me vuelve loca y baja los labios hasta mis pechos para lamerme los pezones. Hoy están especialmente sensibles y lanzan ondas de placer hacia mi sexo. Gimo y le muerdo la oreja mientras digo su nombre. No me canso de pronunciarlo.

—Remy…

—Déjate llevar —me pide mientras introduce el dedo corazón dentro de mí. Aprieto sus hombros contra mí y los agarro mientras sus dedos se hunden en mi interior. Estoy empapada. Mis gemidos de placer resuenan en la habitación.

—Shh, pequeña, déjate llevar.

Baja por mi cuerpo y se inclina para lamerme el ombligo. Desliza la lengua por mi ombligo y luego noto que sigue descendiendo. Grito cuando llega a mi clítoris. Me abre con los pulgares y lame. El placer sube por mi piel mientras mi cuerpo se tensa. Y entonces me corro.

Gimo mientras me lame todo el cuerpo y sigo retorciéndome con las ondas de placer cuando se pone de rodillas entre mis piernas, sujeta la polla con la mano y la introduce dentro de mí. Sus músculos se tensan, su cuerpo se mueve mientras empuja para estar todavía más dentro. Gimo cuando presiona mi clítoris con el pulgar y me folla profundamente con su polla enorme y dura.

Me retuerzo mientras se me escapa un jadeo de placer. Subo las caderas buscando más. Murmura mi nombre y se inclina para sembrar mi cara de besos mientras dice:

—Está tan apretado, cariño… Me vuelves loco.

Cuando está enterrado dentro de mí, paramos.

En el silencio que nos envuelve escucho nuestra respiración, mi latido acelerado.

El deseo está ahí, palpita y brilla en nuestros cuerpos. Pero está dentro de mí. Lo tengo. Lo he atrapado y no quiero soltarlo.

Y él no quiere salir de mí, está dentro de mí. Duro y latente. Me posee por completo.

Empezamos a besarnos mientras él se introduce un poco más. Su boca es primaria y cruda, encantadora pero deliciosamente áspera. Siento su forma familiar dentro de mí y le muerdo el cuello, gimo mientras me adapto a él. Se queda parado, esperando a que yo empiece a moverme.

Pero yo espero y gimo. Cierro los ojos mientras disfruto de él, enorme, largo y vivo, dentro de mí. Me encantan sus pezones, su piel, él. Deslizo las yemas de los dedos por su pecho. Le escucho exhalar con placer cuando elevo la cabeza y lamo suavemente uno de sus pezones. Me encantan sus gemidos. Sujeta mi cabeza con la mano y la echa hacia atrás para besarme con ternura. Me suelto y deslizo la lengua por su otro pezón.

—Remy… No puedo más…

Gruñe y empieza a moverse. Susurra mientras me acaricia la cabeza y enreda mi pelo entre sus dedos.

—Tersa… Preciosa… Mi Brooke Dumas…

Sus palabras me acarician.

Nadie le ha enseñado cómo amar.

Lo hace por instinto.

Me acerca más a él, me chupa, me mordisquea, me muerde y me lame aumentando mi placer hasta que me arden los ojos. Mi cuerpo se agarra a él. No puedo respirar y lo único que escucho en la habitación son nuestros gemidos. Y los suyos me vuelven loca.

Empuja, golpea fuerte. Hace que me derrita y grito. Sus dedos forman puños en mi cabello, me besa mientras nuestras caderas empujan rápido y con furia, sin seguir un ritmo.

Me corro otra vez y él me penetra del todo y me aprieta contra su cuerpo mientras se queda completamente quieto. Siento su calor y un gruñido cálido al que le sigue un beso en mi oreja mientras se corre dentro de mí. Después nos separamos un poco y nuestra respiración, ya relajados, se ralentiza.

Me agarra y me pega a su pecho mientras se da la vuelta. Nuestros cuerpos están húmedos por el sudor. Quiere que me quede

desnuda y yo quiero que me abrace desnuda. Me suelta cuando empiezo a relajarme, luego observa mi sexo y me sorprende al meter de nuevo su semen en él.

De repente nuestros instintos vuelven a dominarnos. Mi cadera se mueve hacia sus dedos. El calor de su respiración baña mi garganta mientras presiona mi piel con la boca. Escucho los sonidos que hacemos: mis gemidos y sus gruñidos de satisfacción masculina al darle placer a su compañera. Un sonido efervescente sale de mi cuerpo cuando empiezo a estremecerme.

No me está tocando el clítoris, no está recibiendo ningún estímulo, pero su forma de tocar mi cuerpo con la mano, devolviendo su semen a mi cuerpo como si no quisiera salir nunca de mí, y lamiendo mi piel con lentos lametones, hace que mi sexo se tense a su alrededor y mis pezones se endurezcan de manera que incluso el aire es un escalofrío que me provoca él. Cuando me muerde la nuca, me estremezco y grito:

—¡Oh, Dios!

Me da la vuelta en el colchón, me pone boca abajo y sigue mordiéndome la nuca suavemente, marcándome mientras me folla a cuatro patas.

Cuando nos tiramos en la cama, necesito toda mi energía para moverme. Soy un montón de carne bajo su cuerpo intentando que mis pulmones sigan funcionando.

Resbaladizo por el sudor, se tumba a mi lado y me acerca a él con un brazo. Nuestra piel resplandece después de nuestro esfuerzo. Tengo el pecho tan lleno de amor y el cuerpo tan lleno de buen sexo que me siento muerta de cansancio y viva como el sol. Me pongo encima de él y le toco la mandíbula.

—¿Te duele?

Acaricio suavemente sus heridas y la zona de color púrpura de su frente. Antes de que pueda contestar, le doy un beso en cada una de ellas y me pregunto si alguna vez le han besado donde le han herido. Así que le beso ahí, en cada golpe, y luego beso el corte de sus labios rozándolo brevemente.

Levanto un poco la cabeza y le sonrío mientras acaricio su mandíbula.

—¿Alguna vez pensaste en mí antes de tenerme? ¿Alguna vez te preguntaste si yo existía? ¿Cómo sería todo?

Me coloca un mechón detrás de la oreja y observa mi rostro.

—No.

—Yo nunca pensé que me enamoraría. ¿Y tú?

—Nunca —insiste y muestra esos hoyuelos *sexys*.

Subo las yemas de los dedos por su sien y le acaricio el pelo.

—¿Qué pensabas cuando creciste aquí? —pregunto.

—Simplemente hacía lo que podía y me conformaba con eso. —Me echa el pelo hacia atrás y me acaricia la oreja—. Pero si hubiera sabido que existías te habría perseguido, te habría cazado y te habría atrapado.

—¿No es eso lo que has hecho? —pregunto sonriendo.

—Exacto. —Junta mi nariz con la suya, sus ojos azules sonríen—. Eso es lo que he hecho.

Suspiro y apoyo la cabeza en su hombro, paso los dedos por sus pezones.

Él es el mejor colchón. Está tumbado boca arriba con un brazo bajo la almohada y el otro recorriendo mi espalda. Yo estoy tumbada encima de él, con mi pecho en sus pectorales y la cabeza en su hombro, colocada en el lugar adecuado para que se incline hacia su cuello. Siempre huele a un jabón diferente, debido a todos los hoteles en los que estamos, y al mismo tiempo, siempre huele a él.

En silencio, recorro los dedos por su bíceps y lo masajeo suavemente.

—¿Así mejor? —pregunto mientras trabajo con el músculo y me doy cuenta de que sí está jodido. Mierda.

Pero él dice «sí» como si no pasara nada y me pone de lado. Mi interior se despierta cuando empieza a moverme. Me acerca a él. Gimo en un susurro y mi sexo se humedece porque sé lo que va a hacer. Me pone de lado y nos coloca de forma que encajemos

perfectamente, con su cuerpo cálido y duro detrás de mí. Me aparta el pelo hacia atrás y me lame. Me estremezco cuando empieza a recorrer suavemente mis curvas con la mano.

Me lame, me acaricia, pasa la mano por mi cuerpo mientras desliza la lengua por detrás de mi oreja, mi nuca y la curva de mi hombro, lamiéndome y saboreándome.

Remy ha crecido sin amor, incluso sin amor paterno. Ha crecido aunque se enfrente a un trastorno de personalidad cada día de su vida. Ha crecido y se ha levantado cada vez que ha caído. Las únicas veces en las que yo he caído de verdad ha sido en los entrenamientos para los Juegos Olímpicos y cuando él perdió el combate el año pasado, dos ocasiones que me dejaron marcada para siempre y me impidieron volver a andar. Y él puede ponerse a correr al instante.

Es tan complicado e impredecible que temo que, aunque le haya entregado todo mi ser a este hombre, yo siempre seré suya, pero él nunca será realmente mío.

—Tengo hambre —me dice al oído, después se levanta de la cama y se pone el pantalón del pijama.

—No, quiero dormir… —gruño y abrazo la almohada mientras él tira de mis tobillos y me arrastra por el colchón.

—Ven a comer conmigo, dinamita.

—Noooo… —Sigo abrazando la almohada cuando me saca de la cama y, en un último intento por quedarme en ella, doy patadas al aire—. Estoy engordando por tu culpa —chillo mientras río.

Suelta una risa suave y *sexy* y me levanta como si fuera una pluma, luego aparta la almohada y me besa.

—Eres preciosa.

—Cada mujer preciosa del planeta es preciosa porque puede dormir —protesto débilmente mientras acaricio su garganta.

Saca una de sus camisetas de la maleta y me la da. Me contoneo dentro de ella mientras nos lleva al comedor de la *suite*, después me deja en una silla y va a buscar la comida. Trae dos platos, uno a rebosar y el otro con una ración más normal. Entonces se sienta enfrente de mí y se da palmaditas en el regazo mientras me mira.

Me inclino en la silla y empiezo a comerme un espárrago.

—Tenemos unas costumbres muy raras para comer. Si me llevas a un restaurante, no puedo comer sentada en tu regazo como si fuera una especie de loro. La gente pensaría que tenemos un problema.

Se mete un trozo de coliflor en la boca y murmura:

—¿Y a quién le importa?

—Buen argumento.

Termino de comerme el espárrago mientras su cuerpo, con las cenefas tatuadas en los brazos, el pelo hecho un adorable desastre y el brillo en sus ojos azules. Dios. Él es todo lo que quiero. En este mundo. Justo en esa silla.

—En realidad esta silla no es tan cómoda como tú, tengo que admitirlo. —Me retuerzo en la silla para darle más énfasis.

Arquea una ceja y sus ojos brillan con malicia.

—Deja de hacerte la dura, Brooke. Ya te tengo.

Me da una servilleta de papel. Yo agarro otra, la arrugo y la aparto. Él baja el tenedor y extiende el brazo para agarrar mi silla. La desliza por el suelo y coloca el brazo alrededor de mi cintura. Me retuerzo mientras me pone encima de él.

—Tranquilízate. Los dos queremos que estés aquí. —Rodea mi cara con la mano y me gira, sus labios se curvan formando una sonrisa tierna mientras observa mis facciones con una nueva intensidad—. ¿Estamos bien?

Coloco los dedos en su nuca y me encuentro con su mirada.

—Estoy enfadada sobre todo conmigo misma. Estoy dolida y celosa… En mi cabeza no tiene sentido, pero el resto de mí no me escucha. Simplemente no esperaba tener tantos problemas para enfrentarme a esto.

—Te enfrentas a ello sabiendo que te quiero, así es como luchas. Te quiero, joder —sisea.

Mi corazón se encoge cuando lo miro. Cojo un trozo de coliflor con los dedos como una ofrenda de paz y se lo llevo a los labios para que se lo coma.

Con destellos en los ojos, se come la coliflor incluyendo una parte de mis dedos y los lame. Sigue devorando mis dedos cuando coge otro trozo de coliflor y me lo da a mí. Todas las especias herbales y el aceite de oliva se mezclan en mi boca, y yo también le lamo los dedos. Me encanta cómo chispean sus ojos cuando lo hago.

—Te quiero, pero no vuelvas a dejar que te golpeen como esta noche —digo con voz áspera y emocionada, rozando sus labios con las yemas de los dedos, sintiendo cómo se mueven bajo mi tacto y susurra con voz ronca:

—No lo haré a menos que me obligues.

5. Un regalo

El sol se cuela por la ventana. Remington no está en la cama. Me giro para observar nuestra habitación, pero no lo veo por ninguna parte. Me obligo a salir de la cama y me pongo los pantalones de correr, después el sujetador deportivo y la camiseta.

Me lavo la cara, cojo las zapatillas de correr y voy descalza hacia la cocina, donde está Diane.

—Buenos días, Brooke —dice alegremente. Me encanta cómo viaja con todas sus cosas y le da a cada una de las habitaciones de hotel un ambiente familiar.

Incluso mueve de una ciudad a otra sus sartenes verdes de cerámica, que no desprenden aluminio para que la comida de Remington sea pura del todo.

—Hmm, huele estupendamente —comento mientras camino en busca del desayuno.

—Todo para ti. El hombretón me ha pedido que guardara una buena ración para ti.

Cojo un plato de revuelto de patatas y lo saboreo.

—¿A qué hora se ha marchado?

—Pete ha venido a buscarlo hace un par de minutos.

—¿Pete? ¿No era Riley? ¿A qué gimnasio ha ido?

Llaman a la puerta y me lamo los dedos del aceite de coco que Diane ha usado para cocinar el revuelto mientras voy a abrir.

—¿Brooke Dumas?

Una mujer sujeta una caja mediana envuelta con papel rojo y sin lazo.

—¿Sí?

Su sonrisa se ensancha.

—El señor Tate ha encargado esto para usted.

Me entrega la caja y yo miro con incredulidad.

—¿Remington me ha mandado esto? —pregunto como una idiota.

—Sí, señorita. Que lo disfrute.

Cierro la puerta con el pie cuando se marcha porque tengo las manos ocupadas con esta enorme caja sorpresa que me ha mandado Remington.

Oh, Dios mío. Es impredecible. No solo me seduce con música, con sus maliciosos ojos azules, con su pelo de punta, con los hoyuelos y su delicioso aroma, sino que también me hace regalos.

Quito el papel rápidamente y abro la caja. Hay un montón de bolitas de porexpan. Meto la mano y me hacen cosquilleos en los dedos. Frunzo el ceño y saco la mano. Tres enormes escorpiones salen pegados a ella.

Durante un instante todo parece ir a cámara lenta.

Todo.

Los escorpiones suben por mi brazo. Tienen las colas largas y segmentadas. Su aguijón está en el extremo de la cola, delante veo las dos pinzas, las ocho patas se mueven por mi antebrazo. Aturdida, también veo tres puntos negros en cada una de sus cabezas, como si tuvieran tres ojos. ¿Los escorpiones tienen tres ojos?

Lo veo todo.

En medio segundo.

Y luego me fijo en otra cosa. Es uno de los momentos más «¡¿PERO QUÉ COÑO PASA?!» de toda mi vida.

Me caigo y le doy una patada a la caja. Una docena de escorpiones, o tal vez más, sale trepando de la caja mientras intento

sacudirme de encima los que tengo el brazo. Tengo el corazón en la garganta y comprime la salida de aire mientras se agita y late por mi histeria.

—¡JODER! ¡JODER! ¡DIANE! —grito.

Tengo escorpiones. Escorpiones. ¡Trepan por mi puto brazo! Son enormes, como la mitad de la palma de mi mano, con ocho patas cada uno. ¿En serio? ¿Solo ocho patas? Parece que tengo miles de patas encima. Siento patas en cada centímetro de la piel. Empiezo a convulsionar y a temblar como una loca en el suelo mientras grito cuando siento una picadura en el antebrazo.

—¡¡OH, DIOS MÍO, DIANE!!

De repente siento a un cuarto escorpión trepándome por el tobillo y comprendo que durante todo este tiempo Diane ha estado gritando como una histérica:

—¡Brooke! ¡Oh, Dios mío! ¡Que alguien haga algo!

—¡QUÍTAMELOS, DIANE! ¡QUÍTAMELOS!

No sé por qué grito sin parar, ni que eso fuera a asustarlos. Tengo miedo de tocarlos con la mano, así que me giro y me retuerzo en el suelo. Entonces me tiran un cubo de agua encima. Recupero el aliento mientras veo que Diane corre hacia la cocina, llena otra vez el cubo con agua y me lo tira encima. Pero los escorpiones siguen pegados a mí.

Cojo uno e intento separarlo, pero me clava la cola. Su aguijón alcanza mi pulgar. Un dolor instantáneo me golpea mientras los demás siguen trepando por mi cuerpo. Trepando sobre mí. No sé si los han drogado, o no les han dado de comer, o les han dado algo para alterarlos. Trepan por mi cuerpo casi como arañas, rápidos y nerviosos. Uno mueve la cola y me clava el aguijón en el antebrazo. Luego se me clava un segundo aguijón. El dolor me invade. Siento otra picadura más arriba, en el brazo, dejo de retorcerme y me quedo helada. Sé que tengo que luchar o huir. Pero no puedo huir y no puedo luchar, y ahora estoy helada, mi cuerpo está paralizado por el miedo mientras mis órganos enloquecen al sentir la amenaza que suponen estas cosas. Todo el miedo fluye hacia mi frente y vuelvo a gritar como una histérica.

Estoy en el suelo, llorando, y lo único que se mueve en mi cuerpo son las horribles patas de esas horribles criaturas cuando escucho a Diane gritar con voz temblorosa al teléfono:

—¡Venid aquí! ¡Por favor, venid! —Repite lo mismo una y otra vez cuando, de repente, abre la puerta y grita hacia el pasillo—: ¡REMINGTON!

Todo se nubla cuando casi inmediatamente, o tal vez unos minutos después, no lo sé, la puerta se abre de un golpe haciendo mucho ruido. Lo veo a través de mis lágrimas y me imagino lo que ve. Escorpiones por todo mi cuerpo y yo, sin moverme, llorando como un bebé, más asustada que nunca. Mi visión se nubla completamente y no veo nada más que lágrimas; me pregunto si será por el veneno. Siento punzadas por todo el cuerpo. Noto cómo me quitan los escorpiones con las manos desnudas, uno a uno, mientras lloro.

Entonces me agarra, estoy entre sus enormes brazos, unos brazos firmes que sujetan un cuerpo; el mío. ¿Es mío? ¿Este cuerpo que se está desmoronando es el mío? Tiemblo y muero de dolor.

Intento treparle por su cuerpo, como si fuera un árbol, y me cuelgo de su cuello mientras lloro e intento respirar, absorbiendo su aroma como si fuera la única manera para que mi cuerpo recuerde cómo respirar. Tiene el pulso acelerado. Sus manos son puños en mi espalda y tiemblan. Luego empiezan a acariciarme arriba y abajo. Sus manos llegan a mi cara y me quitan las lágrimas con furia.

—Ya está —susurra con pasión en mi oído mientras me sujeta con fuera—. Ya está. *Ya está.*

—¡Ha venido una mujer y ha llamado a la puerta! —Las palabras nerviosas de Diane tiemblan con sus lágrimas—. ¡Dijo que Rem había encargado esa caja para ella!

—Jesús —dice Pete disgustado—. No podemos tirarlos, Diane, tenemos que ver de qué tipo son. Llama a un médico y aplastemos a estos cabrones. Dame una sartén.

La voz de Remington resuena en mi oído dura como el granito:

—Juro por Dios que voy a matarlo lentamente.

—Resérvatelo para el combate, Rem. Lo que quiere es sabotear tu campeonato —dice Pete entre ruidos de golpes.

La voz de Remington es un susurro cuando me pasa las manos por la piel.

—¿Dónde te han picado? Dime dónde ha sido y te sacaré todo el veneno.

Jadeo en busca de aire como si mis vías respiratorias estuvieran creciendo de repente.

—Yo… Por… por todo…

—No deberías chuparle el veneno. Deja que le eche un vistazo —insiste Pete.

Me aferro a Remington y él tensa los brazos a mi alrededor para mecerme suavemente. Su cuerpo tiembla tanto como el mío mientras me habla al oído.

—Ya está, dinamita. Te tengo entre mis brazos —susurra y noto la furia apenas controlada en su voz.

—Rem, deja que la vea —le pide Pete.

—No —gruño y agarro más fuerte a Remy porque sé que si tengo que morir, quiero que sea en sus brazos. Oh, Dios mío, ¿voy a morir? ¿Quién cuidará de él?—. No me sueltes. No me sueltes —gimo.

—Nunca —me promete al oído.

—Según Google son escorpiones de Arizona. Venenosos pero no mortales.

—Agárrate a mí —susurra Remy y nos ponemos en movimiento. Mi visión se nubla todavía más. Tengo la lengua hinchada. Hay saliva en mi boca. No puedo respirar. Tiemblo mientras me levanta y la sensación de estar siendo electrocutada desde dentro aumenta hasta niveles alarmantes.

—¿Dónde narices te la llevas, Tate?

El gruñido de Remington retumba contra mi pecho y, por alguna razón, me reconforta en mi estado tembloroso y alterado.

—A un puto hospital, idiota.

Oigo el ruido de la puerta cuando la abre con toda su fuerza y luego un crujido, como si le hubiera quitado las bisagras. Nos movemos, vamos a algún sitio… Remy respira rápido y profundamente…

Pete le llama a nuestra espalda:

—Tío, Diane acaba de llamar al médico. Démosle un calmante y un poco de Benadryl.

—Tú. Coge un calmante. Pete.

Vamos a pie a toda velocidad hacia alguna parte. Su voz indica que está al límite. La idea de que esto pueda afectarle y que aparezca su parte oscura me asusta.

—*Edtoy* bien —digo y después escucho mi voz. Sueno como una idiota. A lo mejor se me están muriendo las neuronas por el veneno. No puedo pronunciar la letra *S*. Lo intento de nuevo—. *Edtoy* bien, *Guemy*…

Oh, Dios mío.

Remington se queda helado y me mira, aunque lo veo todo borroso. Entonces le escucho maldecir:

—¡JOOOODER!

Llega el ascensor. Cuando se abren las puertas, escucho la voz de Riley:

—Vale, ¿qué pasa? El entrenador espera en el gimnasio, Rem… —Deja de hablar poco a poco.

—Escorpiones vivos —dice Pete—. Venenosos pero, por suerte, no son mortales.

—No puedo *guespigag* —me lamento en voz alta. Joder. No me lo puedo creer. Por primera vez en mi vida, no entiendo qué narices le pasa a mi cuerpo.

—El veneno se extiende por el sistema nervioso, pero no entra en el torrente sanguíneo. Intenta tranquilizarte, Brooke. Esos escorpiones son unos cabrones. ¿Sientes las piernas?

Sacudo la cabeza. Mi lengua parece pesada, cada zona en la que me han picado me duele tanto que mi cara adopta una mueca de dolor continua y respiro a base de jadeos.

Pete extiende el brazo.

—Deja que vea eso…

Remy envuelve mi brazo con su mano y lo extiende.

—Voy a matarlo —susurra mientras Pete me examina.

—Todo irá bien, Brooke —dice Pete—. Yo también lo he vivido. Es horrible, pero no te mueres por una picadura de escorpión norteamericano.

Asiento y me aferro a ese pensamiento cuando Diane dice algo desde la puerta:

—¡Hay una nota! ¡He girado la caja y hay una nota!

—¿Qué dice? —pregunta Pete. Y entonces escucho un sonido fuerte mientras lee.

—«Me besaste y ahora Escorpión te devuelve el beso. ¿Qué se siente al tener mi veneno dentro de ti?».

El cuerpo de Remington responde. Lo noto enseguida, un cambio absoluto en su forma de sujetarme. Era protector y posesivo y, de repente… Quiere pelear.

Una imagen aparece en mi mente: yo en pie delante de esa personificación de lo más asqueroso del mundo besando su repugnante tatuaje de escorpión para poder ver a mi hermana. Gruño cuando las náuseas invaden mi garganta.

—Pete, he visto a sus secuaces en la entrada. Creo que está en este hotel —dice Riley.

—Seguro que ese hijo de puta está abajo esperando a Remington.

—¡Oh, pues voy a buscarlo! —exclama Remington—. ¡Es hombre muerto! —grita.

Cierro con fuerza los ojos mientras su explosiva energía me rodea y sé que no importa lo mucho que haya luchado para seguir azul…

Remy se ha adentrado en la oscuridad.

De repente sitúa los labios en mi oreja y susurra mientras me sujeta la cabeza por la nuca:

—Ahora tengo que hacer una cosa. Te amo. Te amo hasta la saciedad y volveré para curarte, ¿vale?

Asiento aunque me encuentro fatal. Pequeños calambres me recorren el cuerpo. Me muerdo fuerte el labio para centrarme en el dolor, pero no puedo luchar contra las picaduras en mi piel. Intento ser valiente, pero recuerdo los escorpiones sobre mí… En mi cuerpo… Esos horribles cuerpos, los aguijones… Los tres puntos negros de la cabeza… Me estremezco en sus brazos y me entran ganas de vomitar.

—Joder, ¿por qué tiembla así? —pregunta Remington y volvemos a movernos.

—Es el sistema nervioso, está dañado. Tiene varias picaduras, así que le dolerá. Démosle Tylenol.

Regresamos a la habitación, o eso creo, y Remy me deja sobre algo blando. Por el borrón azul, diría que es el sofá. Me echa el pelo hacia atrás y siento su mirada en mi cara.

—Voy a destrozarlo ahora mismo.

Y entonces se va, como una especie de tornado que destruye todo lo que se cruza en su camino, y mi cerebro está tan sorprendido por esa rápida decisión, por lo tranquilo y frío que sonaba al pronunciar esa última frase, que durante un segundo me convenzo de que realmente ha ido a buscar el Tylenol.

—Mierda, está completamente acelerado. Riley, ve a por él antes de que vea a Escorpión o a alguno de los suyos. ¡Diane! Consigue unas compresas frías y espera al médico. ¡Tenemos que atrapar a ese hombre!

La última vez que vi a Remington sufrir un episodio y volverse totalmente maníaco, Pete le clavó una jeringuilla con sedante en la yugular y, cuando escucho los pasos de los hombres en la alfombra, grito inmediatamente:

—¡Pete, no le claves ninguna *miegda* en la *gag-ganta!* —Y entonces gruño. Bajo la cabeza y empiezo a vomitar.

♥ ♥ ♥

El médico ha venido y ya se ha marchado, pero seguimos esperando casi media hora después, con los restos de los escorpiones que nos miran desde la cocina en un horrible *tupper* de plástico.

El doctor me ha dicho que tome Tylenol y Benadryl, que utilice compresas frías y que le llame si empeoro, en cuyo caso prepararían un antídoto para mí.

El Tylenol y el Benadryl han hecho efecto y ahora me encuentro un poco mejor. Tengo un cubo de basura al lado del sofá por si tengo que devolver otra vez.

He vomitado la mitad de mi peso, o eso me parece. Ahora Diane me pone hielo para que no se me hinchen las picaduras, pero sigo teniendo escalofríos. Estoy adormilada gracias al Benadryl, pero al menos me ha bajado un poco la hinchazón de la lengua.

—Te juro que ese hombre tiene el mayor botón de autodestrucción que he visto —dice Diane suavemente mientras presiona compresas frías contra mi brazo. Me recuerda a mi madre y, durante un segundo, tengo tantas ganas de volver a casa que quiero llorar. Pero el hogar por el que quiero llorar es el hombre que está abajo, listo para luchar a muerte con el psicópata que me ha hecho esto.

—Por favor, no dejes que mire siquiera a Escorpión —digo, apenada—. Si vuelvo a joderle todo…

—No le has jodido nada, Brooke —me asegura Diane—. Quieres a Remington. Eres la única mujer a la que ha amado y la única que le ha amado y le ha aceptado tal y como es. Nadie le quiso cuando era pequeño. Lo rechazaban y lo marginaban. ¿Cuánto crees que lucharía por ti?

Se me nubla la vista y me tiembla la voz.

—Yo también quiero defenderlo y ni siquiera puedo mantenerme en pie —digo mientras, de repente, me siento desgraciada y débil.

Ha pasado casi una hora y finalmente los chicos vuelven. Tengo todas las terminaciones nerviosas destrozadas por los nervios.

Estoy tumbada de lado en el sofá con los ojos cerrados, aturdida por el Benadryl, y escucho voces amortiguadas tras la puerta.

—… Sujeta la puerta…

Mi corazón se para. Juro que se para. Porque la única razón para sujetar la puerta es que tus brazos carguen con algo.

Algo grande, temerario y bonito.

Aguanto la respiración. Diane se acerca a ayudar con la puerta y entonces los veo. A ellos no, a él. A Remy.

Pete y Riley gruñen y resoplan mientras lo meten en la habitación. Los pies le rozan el suelo y su cabeza está boca abajo. Lo único que puedo ver es su cabello oscuro. De repente, la ira y el instinto de protección que siento son tan fuertes que el único motivo por el que no me lanzo contra esos dos para golpearlos es porque no me puedo mantener en pie.

—¡Cabrones! —grito.

Se miran el uno al otro y no dicen nada, pero, de repente, sorprendentemente, escucho su voz, temblorosa y, aun así, decidida.

—Quiero ver a Brooke.

—Espera, colega —dice Pete casi sin aliento mientras se dirigen a la habitación.

—La necesito —repite Remy en voz baja y confusa.

Diane se acerca para ayudarme a levantarme y les seguimos. Juro que mi corazón parece un pañuelo de papel usado y que alguien ha arrugado en una bola enana y patética. ¡Odio cuando le meten ese asqueroso sedante en la garganta!

Diane, con su brazo a mi alrededor, me ayuda a entrar en la habitación. Los chicos desvisten a Remington hasta dejarle únicamente los bóxer grises. Entonces se esfuerzan por meterle en la cama.

—Cógelo del otro lado —dice Pete y Riley tira de él desde el otro extremo de la cama.

—Rem, ¿qué se supone que vamos a hacer contigo, tío? ¿Eh, colega? —dice Pete como reprimenda mientras lo sube a la cama.

—Brooke —gruñe Remington, enfadado.

—¡Ya viene, tío! —dice Pete y se ríe.

Intentan colocarlo en la cama de modo que esté mirando hacia mí. Le ponen una almohada detrás de la cabeza y veo que tiene los ojos entreabiertos. Están clavados en mí mientras Diane me ayuda a meterme en la cama y, cuando me ve, están completamente oscuros y nerviosos. Me maravilla lo rápido que pueden cambiar esos preciosos ojos. Cómo su cuerpo puede completar esa transformación en cuestión de minutos. Sus enormes y bronceadas manos reposan en su costado, pero su dedo tiembla como si quisiera tocarme y, de repente, mis dedos sienten el mismo deseo de tocarlo y tranquilizarlo.

—¿Bien? —murmura. Tiene la mirada agitada, oscura y llena de frustración.

Yo también siento su frustración. Quería defenderme y se lo han impedido. Percibo su torbellino de ira girando a nuestro alrededor mientras me subo a la cama y nos tapo hasta la cintura.

—Mejor que bien —respondo con tranquilidad mientras coloco los brazos alrededor de sus duros hombros y acaricio su cabeza.

Siento cómo sale la tensión de su cuerpo cuando cierra los ojos y se deja caer de repente. Hundo la cara en su pelo, absorbo desesperada su aroma hasta que llega a mis pulmones y le sujeto mientras su peso cae hacia mi lado para que su cabeza repose en mi pecho.

—Te quiero mucho —le susurro al oído—. Despiértate pronto, ¿vale? Ahora ya estás a salvo.

—Será una temporada difícil —comenta Pete.

Asiento para darle la razón, pero no puedo apartar los ojos de él. Sus preciosas pestañas descansan juntas, sus labios están un poco separados. Paso los dedos por su cara infantil con esa mandíbula *sexy* con un poco de barba.

—Voy a buscar a Lupe al gimnasio para decirle que nuestro chico no irá hoy —dice Riley.

Pete me observa mientras empiezo a acariciarle la cabeza a Remy, luego me trae un poco de agua y otra bolsa de hielo y lo pone en la mesilla de noche. Diane me dice que va a limpiar fuera.

—¿Cómo estás? —me pregunta Pete.

Asiento.

—Mejor con las pastillas —susurro. Después añado—: Siento haberos llamado cabrones.

—Y yo siento tener que haber… Pero estaba ahí. Ese hijo de puta.

Aprieta los labios hasta convertirlos en una línea fina y después sigue mirándome raro.

—Eres lo único que le calma, Brooke, pero también eres lo que le acelera. —Pete suspira y observa por la ventana el pequeño jardín desértico que hay fuera de nuestra habitación—. Y Escorpión sabe que hay algo en ti que hace que Remington pierda la cabeza. Seguirá provocándole. Intentará meterse en su cabeza y liberar cada centímetro de la bestia que hay en Remington.

—No podemos, Pete, no podemos dejar que nadie se meta en su cabeza.

Beso la frente de Remy, mandando todo mi amor a ese precioso cerebro y prometiéndole en silencio «No dejaré que nadie se meta contigo».

—Ahora Remington está más fuerte que nunca —dice Pete—. Pero eres su gran debilidad. Perdería por ti, renunciaría por ti. Mataría por ti. Se medicaría del todo por ti.

Me seco las lágrimas y hundo la cabeza de Remy en mi pecho un poco más.

—Pete, por favor, no le sedéis más. Tenemos que encontrar otra forma de calmarlo.

—Tía, tiene la fuerza de seis hombres juntos. ¿Cómo sugieres que le paremos? Deja que te diga una cosa, si los organizadores de la Liga deciden que el combate final se gane con una rendición por K.O.…

Niega con la cabeza y se queda en pie.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es eso de rendición por K.O.?

Me mira con ojos sombríos y suspira.

—Nada. Pero Remington le tiene ganas a Escorpión. Es un hombre noble, pero no tendrá piedad con ese gilipollas y, si tiene la

oportunidad de matarlo en el cuadrilátero, lo hará. —Se dirige a la puerta—. Voy a buscarnos otro hotel.

Asiento y le susurro:

—Gracias.

Me giro hacia mi gran león.

—Vamos a ponernos cómodos —le digo a Remy.

Me quito la ropa con las manos temblorosas y torpes y luego le quito la ropa interior porque sé que le gusta estar desnudo en la cama. Luego vuelvo a sujetar su cabeza y la pongo sobre mi pecho para acariciarle el pelo. Le beso la frente.

—Ya está, te tengo.

Su respiración es lenta y regular. Uno de sus dedos le tiembla en su costado y agarro su mano y la pongo alrededor de mi cintura.

—¿Te gusta abrazarme así? —le pregunto con dulzura, sin esperar respuesta. Le abrazo y coloco los brazos alrededor de sus hombros, mientras recuerdo el día que le dejé en el hospital.

Oscuro y confundido, maníaco y desesperado por decirme algo.

Y yo estaba demasiado asustada para quedarme…

Me trago el nudo que tengo en la garganta, le abrazo más fuerte y entierro la cabeza en su cabello, besándole con fuerza varias veces en todos los sitios que puedo. Su respiración es lenta y regular, pero la mía sigue acelerada por todo lo que ha pasado. Lo único que sé es que todo deja de dolerme cuando le miro, cuando le huelo y cuando le toco.

Así que recorro los rígidos músculos de sus hombros desnudos con las manos, me inclino y le beso la oreja, y luego continúo por su suave y cálida frente. Huele a él, me seduce, y me inclino para olerle el cuello mientras deslizo los dedos por su espalda, por los firmes cuadrados de sus abdominales, y después le acaricio la mandíbula con los labios.

Susurra algo incomprensible y su dedo palpita. Le sujeto la mandíbula con las manos y le doy un beso delicado en los labios.

—Gracias por defenderme, pero no voy a dejar que vuelvas a destrozar tus sueños por mí —digo.

Paso los dedos por su pecho musculoso, su cuello, sus brazos, subo de nuevo por su ancho cuello y me agacho para darle un beso en el cuello, donde se nota su pulso, lento y firme. Hace otro ruido y me pregunto qué piensa. ¿Me escucha? Creo que sí.

Cojo el iPod y los auriculares para que podamos escuchar música juntos, y busco una canción que quiero ponerle. Coloco un auricular en su oreja y otro en la mía, y pongo *Stay With You*, de Goo Goo Dolls. Cojo su mano y le beso los nudillos. Le acaricio el pelo mientras escuchamos la música. La canción me hace olvidar que me duele todo el cuerpo como si todavía tuviera clavados los aguijones. Le abrazo mientras escuchamos en silencio. Mi luchador. Lucha contra todo, incluso contra sí mismo, pero me encanta que nunca haya luchado para evitar quererme.

♥ ♥ ♥

Está totalmente acelerado.

Dos días después del «Regalo», como lo llamamos ahora, toda la prensa se hizo eco de que un luchador de la Liga Clandestina, conocido como Escorpión, y su equipo habían sido arrestados y acusados de daños en la habitación de un motel por una explosión de dinamita.

Sí. Dinamita.

Cuando les pregunté a Pete y Riley qué había pasado, se limitaron a decir que Remington nunca deja un mensaje sin respuesta.

—Podría haber optado por algo que expulsara a Escorpión de la Liga, pero está claro que quiere terminar con esto en el cuadrilátero.

Ahora Pete intenta conseguir una especie de aparato que me proteja durante el próximo combate y espero llevar encima una de esas cosas por si acaso necesito destrozar algo relacionado con Escorpión.

El sonido rítmico de los puñetazos de Remy en el saco de boxeo resuena en el enorme gimnasio y, hoy, todos sentimos la magia.

Cuando tiene un buen entrenamiento lo noto porque su energía invade la habitación. Me inspira e inspira a todos los que están a su alrededor. Su fuego enciende nuestro fuego. Es tangible, como una cuerda girando en el aire. La energía de Remington es tan poderosa que puedo olerla y saborearla.

Lupe ha estado dando vueltas por la zona donde entrena Remington, claramente entusiasmado por toda esa energía. Riley lo observaba todo de cerca mientras se movía dándole puñetazos al aire y yo he pasado casi dos horas corriendo en una cinta colocada de modo que pudiera ver a Remy para obtener toda mi inspiración del modo en que ejecuta cada acción.

Ahora me pongo a estirar en un lateral. Mi cuerpo, todavía marcado por las picaduras de los escorpiones, se extiende en las colchonetas del suelo mientras hago un poco de yoga.

Recuerdo quedarme despierta la noche de las picaduras, cuando el jardín al otro lado de nuestra ventana ya estaba completamente oscuro. Pequeños pinchazos recorren todo mi cuerpo cuando de repente recuerdo a Remington acercarme a su cuerpo y empezar a extender la pomada en las picaduras. Dios. Y su voz, tan tranquila, un poco atontada por el calmante pero, ¡oh!, tan tierna y preocupada cuando dijo:

—Mírate.

—¿Mirarme a mí? —dije con incredulidad—. ¡Mírate tú!

Y los dos nos reímos. Y mi risa era sincera porque, sinceramente, parecía relajado y tranquilo. Su estado no era del todo visible por el efecto calmante del medicamento, no parecía encontrarse mal de ninguna forma, al contrario que yo. Remington rezuma fuerza. Incluso cuando duerme. O cuando está destrozado. Un león dormido sigue siendo un condenado león.

Ahora lo está dando todo en el gimnasio y yo estoy en la postura del perro boca abajo cuando, de repente, deja de dar puñetazos. Alzo la cabeza, extrañada por el silencio que me rodea y miro en su dirección. Está contemplando mi culo, que está levantado. Mi interior da un vuelco. Me enderezo y le dedico una pequeña sonrisa. Sus hoyuelos asoman como respuesta, luego sube los brazos y

empieza a saltar de nuevo para golpear el saco de boxeo una y otra vez.

Me encanta cómo entrena. Cada golpe potente va directo a su objetivo, fuerte y mortal, y su preciosa cara adopta esa expresión de concentración que me parece muy *sexy*. Sus bíceps se mueven mientras golpea repetidamente el saco y está tan concentrado en lo que hace que a veces le escucho gruñirle al saco con un sonido ronco y profundo procedente de su garganta.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Lupe tiene una de sus tardes escandalosas y dice:

—¡Este año no vamos a conformarnos con nada! No vamos a perder nada. ¡Vamos a recuperar lo que es nuestro!

La única respuesta de Remington es golpear más fuerte.

—Necesitaremos un saco más grande si queremos ser campeones, Riley —dice Lupe desde el lado opuesto del saco donde Riley toma notas.

Me encanta el modo en que Lupe utiliza el «nosotros» como si él también estuviera dentro del cuadrilátero luchando con Remy. ¡Buf! Como si necesitase un entrenador.

—¿Qué quieres decir? —grita Riley mientras señala el enorme y pesado saco de boxeo que Remington está destrozando con los puños—. Es el saco de ciento veinte kilos. Aquí no podemos conseguir uno mayor.

—Se balancea demasiado —grita Lupe y sacude la cabeza.

Riley se ríe y señala a Remington con el dedo.

—Mejor que lo cambiemos a la pera.

Lupe silba y señala la pera de boxeo. Remington se quita un guante para poder hidratarse.

Tiene la camiseta gris pegada al pecho y el sudor resbala por su garganta, su torso y sus abultados, musculosos, brazos. Se le ve el tatuaje celta bajo la manga mientras se lleva la botella a la boca. Su bíceps se mueve como una montaña debido al ejercicio y es tan sexual que los pezones se me ponen duros. Lleva tantas horas entrenando que casi noto el calor de su cuerpo cuando cruza el

gimnasio. Mis dedos se mueren por trabajar con su cuerpo y ni siquiera he empezado con el mío. Digamos que cuando está en su faceta oscura soy especialmente consciente de sus «necesidades». Y me muero por atender cada una de ellas de la mejor forma posible, como una novia.

Me estremezco por la anticipación cuando una suave vibración cerca de mí lleva mis ojos hasta el móvil, que está junto a la botella de agua. Lo cojo y leo:

Melanie: ¡Tengo pesadillas con ese asqueroso por tu culpa! ¿Te has recuperado de las picaduras?

Brooke: No. ¡A veces todavía siento las patas trepándome! ¡AGH! Pero no quiero que Remington sepa que Escorpión me ha dejado tan tocada. No quiero que se meta incluso más en nuestras mentes. Pero me encuentro fatal. Tengo una especie de malestar constante. Por las noches tengo que ir al baño secundario en silencio para vomitar.

Melanie: ¡¿Pero por qué no le dices a Remy que ESE CABRÓN DEBE MORIR?!

Brooke: ¡Mel! ¡Porque lo mataría de verdad!

Melanie: ¡VAMOS DEPREDADOR! ¡MATA A ESA BESTIA!

Brooke: No, Mel, tengo que decirle que estoy BIEN. Estoy intentando calmar a este cavernícola.

Melanie: No se me ocurre otra forma de calmar a un cavernícola que no sea con comida y sexo. ¡Acabo de imaginarte calmando a ese Depredador y es alucinante!

Brooke: ¡Lo sé, es una tarea muy DURA!???

Melanie: Dios mío. ¿Dónde está mi amiga deportista? ¿Eh, zorra? ¡Te echo de menos! ¡Llévame contigo pronto!

Melanie: Deja que te demuestre lo mucho que te quiere trayéndote otra vez a tu mejor amiga… A ver, ¿qué le pasa? ¿Te tiene y ya se olvida de impresionarte llevándote a tu amiga?

—¡Deja de mirar y céntrate de una vez! No se va a ninguna parte, Tate —grita Lupe mientras le mando a Melanie un mensaje para despedirme. Luego escucho el ruido que hace con la pera de boxeo.

Pumpumpumpumpumpumpumpumpum…

Hoy no estamos solos en el gimnasio.

Dos gimnastas entrenan al final y el estómago se me revuelve porque lo observan descaradamente. Le han estado mirando mientras saltaba a la comba. También, con los ojos saliendo de sus órbitas, mientras hacía flexiones, ejercicios de escalada y cuando trabajaba los abdominales. Mi bestia está tan *sexy* cuando entrena que esas dos llevan embobadas toda la mañana y toda la tarde. Una de ellas incluso se ha caído de culo por querer mirarlo.

Y supongo que el problema que tengo es que cada vez que veo a una mujer guapa observándole me recuerda a las fans o a las putas y entonces se me revuelve el estómago.

Exhalo mientras me coloco de nuevo en la posición del perro boca abajo. Me mantengo así un momento, luego paso a la postura de la cobra, en la que estoy estirada en la colchoneta con la espalda y el cuello arqueados hacia detrás, y aprovecho para echarle un vistazo con la pera de boxeo. Ahí está, golpeando sin parar, un anuncio andante de deporte y sexo. Cada uno de sus músculos, activo y en forma, se mueve con intensidad. Alterna los puños tan rápido que la pera no deja de moverse.

Se ha quitado la camiseta y veo cómo se contraen y se relajan todos sus músculos. Lleva los pantalones caídos a la altura de las caderas, deleitándome con una punta de su delicioso tatuaje de estrella. Dios, me vuelve loca. Empiezo a pensar en cuando su erección sube y lo tapa, tan grande que, cuando está en el punto álgido, cubre la tinta. El recuerdo me invade y me pone más de lo que me gustaría ahora mismo. Soy consciente de que mis pezones están duros por el deseo y cierro los ojos un segundo.

Exhalo y me obligo a deslizarme y estirar las piernas en la colchoneta. Primero una y luego, la otra. Y otra vez.

—¿Estás entrenando o mirando, Tate? —gruñe Lupe.

Giro la cabeza y veo a Remy volver al saco. Se coloca en posición, levanta los puños y golpea con tanta fuerza que es lo único que se oye en todo el gimnasio. Los golpes que da.

—¡A eso me refería! ¿Quién es el cabrón al que estás matando? —pregunta Lupe.

Mi piel se estremece cuando la voz de Remington se esparce por toda la sala mientras contesta:

—¡Ya sabes quién es, joder!

—¿Quién es ese hijo de puta al que vas a dejar en coma? —prosigue Lupe.

—¡Es un puto hombre MUERTO!

—¡Eso es! ¡Cogió lo que te pertenecía! ¡Te ha jodido! ¡Ha jodido a tu chica…!

Remington ruge, golpea el saco y lo tira al suelo. Le da patadas y luego lo tira al aire antes de lanzarlo contra la pared donde choca con un «¡Bum!».

Riley se ríe y viene hacia mí.

—¿Dirías que está cabreado, Brooke? —pregunta.

Se me hace un nudo en el estómago cuando Remington alza la mirada hacia mí. Su pecho sube con cada respiración, sus ojos se centran en mí y me siento ligeramente desnuda bajo su mirada. Me apostaría la vida a que ahora mismo Remington me está follando en su mente.

—Dentro de un par de semanas Escorpión luchará los mismos días que nosotros. Podríamos encontrarnos con él. ¿Estás nerviosa? —me pregunta Riley, echando un vistazo a las gimnastas mientras habla.

Escuchar el nombre de Escorpión hace que se me dispare la adrenalina y que quiera salir corriendo de aquí. Echo la cabeza hacia delante y me coloco en la postura de la paloma para abrir mi cadera, luego cambio las piernas y repito el ejercicio.

—Sí, estoy nerviosa. Muy nerviosa, diría. Sabes que me pongo nerviosa en cada combate, pero con ese idiota por allí, mis nervios

se multiplicarán por diez. —Pongo los ojos en blanco ante mi actitud y Riley se ríe.

Parece que hemos hecho las paces evitando estratégicamente hablar del tema, aunque me muero de ganas por preguntarles a él y a Pete qué pasó exactamente. Pero ¿quiero saberlo?

No.

Habíamos roto. No tengo derecho a hacerlo. Él, con su trastorno bipolar, ni siquiera se acuerda, y es agua pasada. Se acabó. Yo soy suya y él es mío.

—Joder, incluso yo estoy nervioso, Brooke. El mensaje de Escorpión fue bastante claro —dice Riley con una mueca—. La guerra ha empezado, fuera y dentro del cuadrilátero. Y el mensaje de Rem simplemente le transmitió que sus días están contados. Nadie se mete con su dinamita.

Me enderezo al oír eso, luego miro a esos ojos tristes de surfista y juraría que hay algo de diversión en ellos. Me río. Simplemente me pongo a reír. Porque, sinceramente, todos son adultos. Hombres. Pero todavía son… chicos. Y cuando miro a Remy a través del impresionante gimnasio, él es el chico más fuerte, grande y *sexy* de todos.

—Riley, tienes que ayudarme a asegurarme de que, pase lo que pase, Escorpión no se meterá en la cabeza de Remington. Pete y tú tenéis que vigilar eso también. ¿Me has entendido?

—Sí, señora —responde y saluda como un militar—. Ahora ve a ganarte el suelo.

—Ja, ja. Trabajo igual de duro que tú —replico.

—Sí, pero yo no recibo el mismo trato especial.

—Porque tú eres un perdedor y yo soy la jefa.

—Ni siquiera voy a responder a eso. Me gusta mi boca como está. —Sonríe a algo a mi espalda.

Hay una torre de músculo detrás de mí que cruje los nudillos.

—Será un placer rompérsela por ti —murmura.

—Si no te importa, prefiero un vale para otra ocasión.

Cuando Riley se marcha para ayudar a Lupe a limpiar, Remington centra sus ojos oscuros en mí y me fijo en que su nariz se ensancha como si pudiera olerme desde ahí, simplemente mirándome.

—¿Preparada? —habla con esa voz deshidratada de «he entrenado durante horas y soy *supersexy*» mientras me recorre la espalda con los dedos. Y no soy inmune a nada de eso.

—Nací preparada —respondo, casi sin aliento. No sé qué pasa cuando está maníaco, pero soy muy consciente de la energía que se mueve a su alrededor. Es una central eléctrica, pero cuando está en su lado oscuro parece que desprende la energía de dos centrales eléctricas.

Nos dirigimos a la sala de masajes en la parte trasera del gimnasio. Y cuando me pone la mano en el culo no digo nada, pero lo siento todo. Entonces, cuando lo aprieta, necesito todo mi autocontrol para no girarme y agarrarle ese culo duro como la piedra.

—A la camilla, Depredador —le ordeno. Me gusta ordenarle cosas porque siempre pone esa cara divertida de «lo que tú quieras». Igual que ahora, como si yo le divirtiese muchísimo.

Se tumba en la camilla, que es básicamente una mesa de masajes justo en el centro de la sala. En la sala también hay un frigorífico para medicinas y objetos refrigerados que utilizaré más tarde para el masaje frío.

Remington se tumba boca abajo y la temperatura de su cuerpo es tan alta después del entrenamiento que noto su calor incluso antes de tocarlo.

—¿Te encuentras bien? —pregunto. Acaricio con la mirada la línea de su columna—. ¿Alguna contractura o algo que te moleste?

—Me gustaría ponerte las manos encima lo antes posible —susurra y gruñe al mismo tiempo y yo me muerdo el interior de la mejilla.

—De acuerdo, pero ya sabes lo que se dice: «Las damas primero».

Gruñe de nuevo.

—No me tortures, preciosa. Tengo ganas de follarte.

Me inclino y le doy un beso en la oreja.

—No te torturo. Intenta relajarte —susurro.

Quiero que se relaje de verdad para concentrarme en su cuerpo, así que curvo los dedos alrededor de sus hombros. El aire sisea a través de sus dientes y yo también contengo el aliento, pero eso es lo que me provoca su contacto. Exhalo despacio, me relajo y empiezo a darle un masaje con los dedos. Él también se relaja y suelta un gruñido de placer.

Estamos tan conectados que no puedo tocar su piel sin sentir unos deliciosos y pequeños escalofríos subiendo por mi cuerpo. A veces parece que estoy tocando la poderosa fuente de energía que hace que Remington Tate sea, pues eso, Remington Tate. Cada centímetro de mi cuerpo toma consciencia de sus músculos y de su piel, y del resto de su cuerpo. Su olor ahora mismo es a océano y a jabón, y a él. La forma en que sus pectorales aumentan con cada respiración. Su cabello puntiagudo, despeinado y húmedo.

Me encanta trabajar su cuerpo con las manos.

Es mi trabajo, pero también es mi pasión.

No se me ocurre nada mejor que esto.

Siento cada músculo, de uno en uno, busco su calor, me introduzco en el centro del músculo para que la sangre fluya sin problemas en cada parte de su cuerpo. Masajeo y separo las fascias, presiono el tejido muscular con los dedos para que la zona tenga buena circulación. Cuando el músculo está estirado, su sangre, repleta de los nutrientes que le proporciona su forma de vida sana, se introduce para reparar y mejorar el tejido.

Cuando le he masajeado, voy al frigorífico para darle un masaje frío. Los masajes fríos son perfectos para las contracturas o las heridas, pero a Remington le encantan, así que a veces le doy uno para acelerar su recuperación.

Hay un vaso de plástico en el congelador. Tiene un bloque de agua congelada en el interior y paso la mano por él varias veces para el templar el hielo y asegurarme de no quemarle la piel. Entonces lo deslizo por sus músculos mientras sujeto el vaso por el fondo, como si estuviera pasando un desodorante por su piel.

Remington se queda tumbado y deja que me ocupe de él, sus *sexys* hormonas masculinas brotan de su piel como el sudor, su cuerpo está tan caliente que el hielo se deshace enseguida. Veo deslizarse los riachuelos juguetones de agua por su amplia espalda y cuando se da la vuelta, el agua baña su duro pecho.

Mis ojos siguen el líquido mientras mi mente nada y piensa en lamer cada una de las gotas con la lengua, especialmente las que se deslizan bajo su ombligo, las que rodean sus pezones. Mientras lo miro y lamo mentalmente cada precioso centímetro de su cuerpo, él me observa trabajar con su cuerpo y su mirada es cálida, tierna y, en cierta forma, agradecida.

—Me encanta cómo trabajas en el gimnasio —susurro.

—Me encanta cómo trabajas conmigo.

♥ ♥ ♥

Cuando cogemos el ascensor del hotel, los dos estamos cansados, especialmente yo. No me he recuperado del puto «regalo» y estoy tan cansada que me saltaré la cena y me iré directamente a la cama.

Después de ocho horas de entrenamiento, Remy ha liberado la mayoría de su energía con los puñetazos. Se apoya en la pared del ascensor con un brazo rodeando mi cintura mientras que yo me apoyo en él al mismo tiempo, con la cabeza en el lateral de su cuello.

—Una ducha fría, cómete un buey y nos vemos mañana —dice Lupe mientras sale al llegar a su piso.

—Eso haré —responde Remington con su voz áspera y profunda.

—Buenas noches, entrenador —digo.

Y en cuanto estamos solos en el ascensor, Remington inclina la cabeza para olerme.

La presión de su cuerpo en mi espalda es todo músculo duro y calidez. Exhala aire caliente en mi piel, luego lame la parte de atrás de mi oreja y una descarga eléctrica me recorre de arriba abajo.

Después, me acaricia la nuca con la cara, desde una oreja a la otra, y también huele ahí. Mis pezones se endurecen bajo la camiseta y me recorren varios escalofríos con el primer lametón que me da en la oreja. Me aprieta contra su enorme cuerpo y me susurra al oído con tono de admiración:

—Te he visto estirar. ¿Lo hacías por ti o para mí?

Sus palabras recorren mi cuerpo como una caricia sexual. Desliza la palma de la mano por la parte delantera de mi cuerpo y me estremezco cuando me toca las mallas de lycra.

—¿Brooke? ¿Ha sido por ti o por mí?

Lame y succiona la piel de mi nuca, y prende una dolorosa llama dentro de mí.

—Por ti —jadeo.

Ríe suavemente mientras sube la mano.

—¿Te ha gustado verme entrenar? —Su pregunta inesperada aprieta cada botón sexual de mi cuerpo mientras posa la palma de la mano en uno de mis pechos por encima de la camiseta.

—A mí y al resto del gimnasio —respondo sin aliento.

Y vuelve a reírse. *Sexy* e intensamente.

Sus dedos recorren mi brazo desnudo creando un caos dentro de mí. La lava bulle en mi interior cuando me mordisquea la oreja y estira el lóbulo con cuidado. De repente, no puedo soportarlo más: me giro en sus brazos y, Dios, huele tan bien que me siento un poco mareada.

Se ha puesto una camiseta limpia. Su cuerpo emana calor como si se tratara de un volcán en erupción. Agarro la tela y mis manos se convierten en puños con los que me sujeto mientras le beso el cuello y le lamo con lujuria y desesperación. Su sabor envía rayos de deseo a lugares que no sabía que existían.

Suelta un gruñido de satisfacción y baja la cabeza para unir nuestras bocas. Entonces me agarra el culo y me aprieta mientras el ascensor asciende el resto de pisos. Recorro su pecho con las manos, por encima de su camiseta, y sigo saboreándole sin parar.

—Remy —gimo. Pego los pezones a su pecho y me muevo con ternura. Él se ríe en mi oreja mientras aprieta mi culo todavía más fuerte.

—¿Me deseas? —pregunta.

Su aliento es cálido y embriagador cuando presiona su boca contra la mía.

—Sí…

Desliza la mano entre mis nalgas y, de repente, acaricia desde atrás mi clítoris con el pulgar a través de las mallas. Casi se me deshacen las rodillas.

—¿Estás mojada? —quiere saber.

—Remy… —Es lo único que alcanzo a decir. Mi sexo arde de deseo entre mis piernas.

—¿Tienes el coño mojado? —me pregunta al oído, introduciendo de forma sinuosa la lengua en mi oreja.

—Sí. Dios, sí.

—Vamos a verlo.

Me da la vuelta de forma que los dos miramos hacia las puertas. Después introduce los dedos entre las mallas y la ropa interior y me acaricia un segundo, comprueba que estoy húmeda, desliza el dedo en mi vagina, me hace jadear, me agarra de la cadera y gime hasta que suelta con un susurro áspero y satisfecho un «Hmm».

Pin.

Mmm…

Es una palabra secreta para nosotros y cuando la dice, significa que quiere comerme.

Entera.

Millones de células de mi cuerpo tiemblan de deseo y los latidos de mi corazón se aceleran cuando se abren las puertas. Me lleva en brazos hasta la *suite* y me sujeta por el culo. Pero río sorprendida por el gesto de cavernícola y pataleo al aire.

—¡Diane está en nuestra habitación! —me quejo, pero él me aprieta el culo como si no le importase y me lleva dentro mientras

introduce, de nuevo desde detrás, el pulgar entre mis piernas para acariciar mi clítoris.

Mi sexo se hincha de deseo. Me quedo quieta y dejo que me acaricie.

Levanto la vista mientras él acaricia y acaricia. Siento sus hombros duros y fuertes bajo mi estómago mientras me sujeta.

—Hola, chicos —dice Diane mientras él me lleva a la *suite*.

Antes de que yo pueda responder, Remington se dirige directamente a la habitación de matrimonio y comenta:

—No tenemos hambre todavía. Salimos en una hora.

Y cierra la puerta de un portazo.

6. Camino a Boston

Durante el viaje a Boston tengo la oportunidad de conocer mejor todos los detalles del baño del avión. Porque me paso la mitad del vuelo vomitando.

Después del primer asalto, salgo del baño y Remington me recibe con el ceño fruncido. Diane me obliga a sentarme en la parte delantera del avión, donde me ha preparado un plato de melón, papaya, nueces y queso fresco. Me encanta la papaya. Tiene fibra, un montón de vitamina A y es estupenda para el sistema digestivo. Hay una rodaja de limón en un lado y normalmente la exprimo sobre la papaya, pero hoy a mi cuerpo no le apetece y el olor de la papaya…

Estoy a punto de devolver otra vez, así que aparto el plato y voy corriendo al baño, levanto la tapa del váter y vomito de nuevo. Diane aparece inmediatamente en la puerta y la escucho hablar con alguien que está fuera. Por supuesto, me hago a la idea de quién puede ser.

—No le dejes pasar —le pido entre arcadas.

Remy lleva dos semanas bastante acelerado.

Hace un par de días se llamó a sí mismo «el rey del mundo» seguido por «el rey de la jungla» y luego «el rey de los sacos de boxeo» y después, esa misma noche, me pidió que fuera su reina y yo me reí. Pero, al mismo tiempo, parecía tan encantador y adorable con sus hoyuelos que pensé que me estaba pidiendo matrimonio.

Es muy enérgico. Nos agota, pero por lo menos Pete, con ojeras incluidas, está contento porque no ha entrado en la fase de depresión. El Remington maníaco lucha como un gladiador y, últimamente, parece estar siempre de buen humor, sobre todo cuando puede librarse de la gente y tener mucho sexo, algo que siempre estoy dispuesta a darle puesto que despierta la lujuria en mí. De hecho, diría que últimamente la despierta un poco más de lo habitual.

Tiro de la cadena e intento calmar la respiración. Diane sonríe por lo adorable que es Remy al preocuparse tanto, pero su sonrisa desaparece cuando me observa en detalle.

Me encuentro fatal, así que debo tener un aspecto horrible. Resulta gracioso que, sin importar lo mayor que me haga, cada vez que me pongo mala recuerdo aquellos días de sopas y caldos y echo de menos a mi madre. Solo nos dejaba comer en la cama cuando estábamos enfermas y entonces nos traía una bandeja con sopa caliente.

—¿Podría ser un virus estomacal? —Diane me pone la mano en la frente—. No tienes fiebre. ¿Quieres un poco de agua mineral? ¿O un antiácido? —pregunta.

—Quizás un poco de agua con gas —le pido, y enrojezco de la vergüenza cuando pienso que todo el equipo se ha enterado de mis vómitos—. ¿Tienes un chicle?

Asiente y me observa mientras intento rehacerme la coleta.

—Hoy deberías quedarte en la habitación —sugiere.

—¿Y perderme su entrenamiento? ¡Jamás!

—Brooke, estás muy pálida.

Me pellizco las mejillas y añado una gran sonrisa.

—Solucionado.

Me reprende negando con la cabeza, se marcha y vuelve con un paquete de chicles y un pequeño neceser de hotel con un cepillo de dientes y un tubo de Colgate.

—Siempre me llevo los neceseres de los hoteles. Y el champú también —dice con orgullo.

—Oh, eres mi salvavidas, Diane.

Me cepillo los dientes en el pequeño lavabo y empiezo a preguntarme seriamente qué me pasa. Cuando salgo, Remington está sentado en el borde de su asiento con los codos sobre las rodillas y los ojos oscuros fijos en la puerta del baño del avión.

Además de los suyos, otros tres pares de ojos preocupados me observan mientras camino hacia mi asiento. Estoy tan débil y deshidratada que me desplomo en los cojines, sobre mi bolsa de viaje. Remington la saca de debajo de mí y la lanza al final del banco, luego me sujeta la nuca con firmeza y coloca mi cabeza junto a la suya.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. No me encuentro bien desde el día de las picaduras.

Percibo la presencia de Diane y parece estar observándonos, aunque no estoy segura. Yo solo quiero que me mimen. Quiero subirme al regazo de Remington y quedarme ahí, abrazándolo y con mi nariz en su cuello, oliéndole, pero estoy demasiado cansada para moverme, así que me limito a pegar la cara a su mano, cierro los ojos un momento y huelo su gel.

—Brooke, ¿estás segura de que estás así desde las picaduras?

Los dos, Remington y yo, nos giramos hacia Diane a la vez y tiene una sonrisa maliciosa que no le había visto antes. Sus alegres ojos marrones se centran en Remington, más que en mí, y cuando vuelve a hablar su voz tiembla de emoción.

—¿Le has preguntado a Brooke si vas a ser padre?

¿Perdona? Respiro y es como si tragara una bola de billar. Parece que mis pulmones se han ensanchado al máximo cuando siento un par de ojos mirándome.

Espera hasta que mi mirada alcanza la suya, su voz apenas se oye con el motor del avión.

—¿Voy a serlo?

Joder… ¿Estoy?

¿Embarazada?

Esa simple palabra hace que la bola de billar duplique su tamaño. ¿Le preocupa que lo esté? Observo su cara y… Nada. Pura belleza, y eso es todo. No puedo ver lo que piensa con esos ojos oscuros.

—No —digo con énfasis. Todos mis muros se levantan a modo de defensa mientras me invade el miedo profundo a lo que puede suponer algo así para nosotros—. Uso anticonceptivos. Los he usado durante años. Han hecho que la regla me desaparezca, así que ya no sé cuándo me toca… —Dejo de hablar cuando Diane levanta las cejas—. No lo estoy —le aseguro a su cara sonriente, que ahora resplandece.

Diane trae una botella de agua con gas y Remington la coge.

—No puede ser. No es posible —le digo, esta vez hablándole solo a él.

—Quiero que alguien te haga una revisión.

Me abre la botella, luego me la da y gira la cabeza hacia la parte delantera del avión.

—¡Pete! ¡Quiero que alguien le haga una revisión ahora mismo!

—A la orden, señor —responde Pete—. Haré unas llamadas en cuanto aterricemos.

—Que sea una mujer con un expediente perfecto y experiencia. ¡No quiero una novata! —añade.

—No quiero que nadie me haga una revisión —protesto.

Parece que se está acelerando más, así que paso las manos por su pelo para calmarlo. Respira ruidosamente por la nariz y cuando siento que empieza a clamarse, entierro la nariz en su cuello. No estoy segura de por qué, pero este es el único lugar, con los pulmones repletos del aroma de Remy, en el que no me siento enferma ni mareada.

—Te harán una revisión —dice repentinamente en mi cabello, luego desliza los brazos hasta rodearme y me lleva a su regazo. Casi gimo de agradecimiento, me siento ridículamente a salvo en sus brazos.

Baja la cabeza para olerme el cuello como si él también pudiera calmarse con mi aroma, luego sus labios llegan hasta mi oreja,

donde me habla en voz baja y con ternura, adquiriendo intensidad con cada palabra:

—Si los escorpiones han causado algún daño permanente, ¡te juro que mataré a ese cabrón y clavaré su cabeza en una puta pica!

—¿Y por qué no te haces una prueba de embarazo, por lo menos? —pregunta Diane.

Remington la evalúa con sus ojos oscuros. Y no puedo evitar fijarme, con un poco de miedo, en que no brillan y, desde luego, no sonríen.

—No estoy embarazada. No puede ser —insisto. El anticonceptivo no puede haberme fallado. ¿O sí?

A cámara lenta, Diane recorre mi cuerpo con la mirada, desde la cabeza hasta la coleta, mis pechos abultados bajo una cómoda camiseta azul cielo, los pantalones rosas ajustados y de vuelta. Su expresión es indescifrable.

—¿Qué? ¿Crees que lo estoy? —pregunto con incredulidad, y antes de que pueda contestar, añado—: Remy, un bebé daría mucho miedo ahora mismo.

—¿Quién le tiene miedo a un bebé? —se burla.

—Yo, hombre adorable. Yo.

Me pellizca la barbilla y sonríe.

—A lo mejor me lo quedo yo si se parece a ti.

—¡No te vas a quedar una mierda porque no habrá nada que quedarse!

Me observa durante unos instantes y juraría que parece un poco…

—Estás orgulloso, ¿verdad? —le acuso, sin poder creer lo que veo.

Levanta una ceja oscura.

—Lo estás. Estás orgulloso porque crees que me has dejado embarazada cuando mi anticonceptivo dice que es casi imposible.

Se ríe de esa forma profunda y gutural que hace que mi piel vuelva a la vida y el vello de los brazos se me ponga de punta, luego me besa en los labios de esa forma juvenil en la que un beso

no pretende encendernos, sino que expresa algún tipo de conexión. Después me observa con esos ojos oscuros adorables que ahora brillan mucho, mucho, con alegría.

—Prefiero que estés embarazada de mi bebé a que estés enferma por su veneno —dice entre un susurro y un gruñido.

—Pues no es ninguna de las dos —le aseguro. Pero, entonces, ¿por qué vomito cada dos por tres?

Mierda.

Joder.

¡Mierdajoder!

Me acerca un poco a la dureza de su pecho y me acaricia la espalda, arriba y abajo, y luego, en voz baja, susurra unas palabras tiernas envueltas en advertencia:

—Te llevaré a la cama en cuanto lleguemos al hotel y no te vas a mover de ahí. No me importa qué es lo que te pase. No te vas a mover de esa cama hasta que alguien venga a hacerte una revisión y me diga que estás bien.

—¡Ja! No hay manera de que me quede en la cama todo el día, ni aunque me encuentre mal. Nunca he faltado un día al trabajo en toda mi vida.

Me vuelve a besar la oreja de esa forma inocente que me está empezando a encantar.

—Entonces no has tenido una vida en condiciones.

♥ ♥ ♥

Así que no solo he faltado al trabajo y estoy al límite, sino que acabo de hacer pis en un palito.

Pete ha conseguido una cita con un ginecólogo con experiencia para mañana y Remington se está poniendo nervioso. Incluso le ha perdonado a Pete que el médico sea un hombre, pero no va a esperar tanto para saberlo. Por supuesto, Don Acelerado no puede esperar. Le he dicho mil veces que no estoy embarazada y, cuanto

más lo digo, más orgulloso parece. Ahora está más emocionado porque tengo que hacer pis en el palito que yo.

Salgo del baño con su camiseta negra puesta y lo veo en la habitación boxeando contra el aire.

Le observo desde el umbral de la puerta y admiro sus movimientos. Sabe exactamente dónde va cada puño y aunque parezca estar relajado, sé que la potencia que hay tras cada movimiento es como la de una excavadora.

Me apoyo en el marco de la puerta y la atleta que hay en mí no puede evitar admirar el atleta que hay en él. He conocido miles de deportistas durante mi vida. Pero nunca, jamás, he conocido a alguien como él. Su velocidad, agilidad, cómo se mueve y gira. Su forma de luchar parece algo instintivo y, al mismo tiempo, también veo en sus entrenamientos y combates que la mente siempre es una parte importante.

Pienso en mis padres. Saben que trabajo en una gira, pero no tienen ni idea de lo mucho que me he implicado con el hombre que me contrató. El día que me marché de Seattle, mi mayor preocupación era si Remington me aceptaría o no. Ni siquiera pensé en decirles a mis padres que estaba enamorada. Que había conocido a mi hombre, a aquel que nunca creí que encontraría. El que me hizo derrumbarme más de lo que creía posible. Sé que me consideran una persona sensata. A lo largo de los años he demostrado ser la más responsable de sus hijas, pero si esta prueba sale positiva… Oh, Dios mío, si es positiva gritaré «¡insensata!» sin parar.

Dios mío, ¿y si estoy embarazada? ¿Y si un bebé Tate llega a mi mundo igual que Remington, tomando el control y diciendo «¿Sabes qué? Puede que no sepas que me necesitas, me deseas y me vas a querer muchísimo, pero aquí estoy»?.

—¿Lo has mirado ya?

Su voz me devuelve a la realidad. Mi estómago se hace un nudo por los nervios. Remington se ha pasado los dedos por el pelo y, cada vez que lo hace, parece despeinarse más. Sus ojos están oscuros, pero la luz del atardecer que entra en la habitación ilumina

las trazas azules. Parece cálido y atlético con los pantalones del chándal y la sudadera juvenil, y la idea hipotética de llevar a su bebé en mi interior me hace sentir caliente, insensata y muy, muy poco preparada.

—¿Brooke? —insiste con ternura.

Mi estómago da un vuelco otra vez. Una parte de mí tiene curiosidad y la otra parte no quiere saberlo. Lo único que deseo es que todo siga igual. Solo nosotros. Remy y Brooke.

—Cariño, ¿has hecho pis en el palito o no? —insiste cuando sigo dudando.

—¡Sí! ¡Te he dicho que sí! —gruño mientras voy a por la prueba. La llevo a la mesilla y leo las instrucciones por tercera vez. Entonces reúno toda mi valentía y me pongo unos pantalones imaginarios de niña mayor mientras le quito la tapa y miro la pantalla.

Cientos de mariposas revolotean en mi interior.

Lo primero que aparece en mi mente son mis padres. Mamá y papá. Otra generación. Puede que Nora les haya contado que estoy saliendo con el hombre para el que trabajo, pero si ni siquiera saben que estoy con él, un bebé en camino hará que necesiten un mes de psicólogo. Me libro de ese pensamiento porque, sinceramente, lo que importa ahora es lo que él piensa. Él. Remington Tate. El único e inigualable Depredador. ¿El padre de mi hijo?

Mierda.

Esto no puede estar pasando.

Pero sí.

Me doy la vuelta para verle y un golpe de amor me da de lleno en el corazón.

Está haciendo ejercicio en la habitación, salta moviendo los puños en el aire arriba y abajo. Le lanza ganchos, golpes, puñetazos y esquiva a su contrincante imaginario, que parece ser más rápido por la forma en que Remington golpea y devuelve los puñetazos.

Es cautivador.

Destrozado, directo y muy real. Es todo mío, o por lo menos, es todo lo que quiero en este mundo. Que sea mío.

Tranquilo, como si me hubiera sentido, deja de moverse y levanta una de esas cejas oscuras que parecen estar completamente inclinadas.

—¿Qué dice?

—Dice…

Miro la pantallita y, no, no veo doble. Es decir, sí veo doble, pero no es una alucinación.

Creo que mis pulmones se han convertido en rocas porque no puedo respirar mientras pongo la prueba a los pies de la cama y camino hacia él. Paso a paso, miro esos ojos oscuros con trazas azules que me observan acercarme con más y más curiosidad. Levanto las manos, le sujeto la mandíbula y le miro a los ojos. La diferencia es que yo estoy seria y él está alegre.

—Remington, no olvides esto —susurro nerviosa. Mi pecho está hinchado por el deseo de que me apoye—. Ahora estás acelerado y no quiero que olvides lo que voy a decirte. Necesito que estés conmigo.

—Eh. —Sus hoyuelos desaparecen mientras rodea mi cara con sus manos ásperas y enormes—. Estoy contigo.

—Dios, sí, por favor.

—Sí, lo estoy. Estoy contigo. ¿Entonces qué pasa? ¿Eh? Si no lo estás, averiguaremos qué te pasa. Y si lo estás…

Me alejo antes de que termine de hablar, voy corriendo a coger la prueba y se la llevo. Mi corazón late acelerado. Quiero su fuerza. Quiero su seguridad. Aun cuando no está bien, ¡siempre es fuerte, joder! Eso es lo que necesito ahora.

Sin apartar la vista de mí, coge el palito que le entrego.

Pero, Dios, puede que no sonría mucho más.

Mi voz es tranquila y sorprendentemente seria.

—Dos líneas significa que, supuestamente, sí que lo estoy.

Sus ojos se quedan clavados en la prueba y entonces baja las pestañas según gira la pantalla hacia la luz.

Mi propia ansiedad me devora por dentro mientras espero una reacción. En el avión bromeábamos, pero ahora está serio. Tan serio

como yo. Su expresión es completamente indescifrable y me fijo en la forma perfecta de su nariz, lo elegante que es. Su boca, relajada y carnosa, increíblemente bonita. Sus cejas, que dibujan una expresión de confusión mientras descifra las líneas. No consigo averiguar qué siente.

Se me hiela el aire en los pulmones cuando aparta la prueba y, al levantar la cabeza, este momento es lo único que existe en el mundo. Alza los ojos hasta encontrar los míos y mi estómago late tan fuerte como mi corazón en el pecho.

¿Y si no me quiere así?

¿Y si es demasiado para nosotros?

¿Y si tenemos la fuerza suficiente para amarnos el uno al otro, pero eso no basta para querer a alguien los dos juntos?

¿Y si no estamos preparados?

Nuestros ojos se encuentran. Observa mi reacción mientras yo observo la suya de manera más desesperada. Y de todas las cosas que podría haber imaginado ver en su cara, nunca pensé que vería esto. Está… contento. No, está más que contento. Sus ojos brillan como si estuviese hambriento sexualmente, pero tiene hambre de otra cosa. Aparecen sus hoyuelos y se ríe. Su perfecta felicidad explota como un arcoíris dentro de mí.

—Ven aquí.

Me agarra y me levanta para que mi vientre esté a la altura de su cara y me planta un beso sonoro. Doy un grito cuando me lanza en la cama y se pone encima de mí.

La visión de esos hoyuelos en su mandíbula con un poco de barba me gusta tanto que empiezo a reír.

—¡Estás loco! ¡Eres el único hombre que conozco que lanza a su novia embarazada a una cama!

—Soy el único hombre —dice—, por lo que yo sé. Solo hay un hombre en tu mundo y soy yo.

—De acuerdo, pero no le digas a mi padre que lo he aceptado tan rápidamente…

Le acaricio los hombros, él sujeta mi rostro y se coloca sobre mí. Si antes pensaba que parecía orgulloso, ahora esta palabra tiene un significado completamente nuevo.

—Brooke Dumas está embarazada de mi bebé —dice con disimulo. Su cabello está muy puntiagudo, lo acaricio y mis dedos juegan con su pelo. Un escalofrío de alegría me invade.

—La cabeza me da vueltas. Bésame.

Baja la cabeza y suavemente une su lengua con la mía, recorriendo primero mis labios y después acariciando mi lengua con la suya de una forma tan deliciosa que despierta mis papilas gustativas. Se separa para acariciarme la cara con el reverso de un dedo.

—Haz que se parezca a ti.

—No, tú eres quien me ha dado esto.

—No, tú eres quien me lo da a mí.

—De acuerdo, los dos somos personas generosas.

Su risa es tan maravillosa que se contagia mientras se coloca en su lado, me envuelve en sus brazos y empieza a llenarme de besos.

—Ahora eres mía, desde la punta de tu preciosa cabeza morena hasta la planta de tus piececitos. —Me acaricia la cara con un dedo áspero mientras me besa los párpados—. Ni se te ocurra pensar en dejarme otra vez o iré a buscarte. Y que Dios me perdone, pero te ataré donde yo esté, donde duerma y donde coma. ¿Lo has entendido, Brooke Dumas?

Mis pechos, ya sensibles, se ponen duros dentro del sujetador y asiento sin respiración. Joder, me encanta lo posesivo que es, y lo es aún más cuando está en su lado oscuro. Siento humedad entre mis piernas.

—No hay ni una parte de mí que no sepa que soy tuya —le prometo. Cojo su mano y la pongo en mi corazón.

Cierra la mandíbula y un brillo de deseo primitivo resplandece en sus ojos mientras tensa los dedos alrededor de mi pecho. Empezamos a besarnos. Empezamos rápido y luego más despacio. Los dos nos acercamos al mismo tiempo, ansiando el contacto del otro como el oxígeno.

—Estoy loco por ti —susurra en mi oído.

Mientras me acaricia la cabeza con los labios, me acerco a él y jadeo:

—Te quiero muchísimo.

Con aspecto de estar completamente satisfecho, casi como cuando me ha provocado varios orgasmos seguidos, me da la vuelta y me coloca bien, sujetando mi vientre mientras empieza a acariciarme el cuello con los labios y mi cabeza sigue dando vueltas. Me imagino a un pequeño Remy corriendo como hacen los niños pequeños, torpe y tropezándose, y me toco el vientre mientras dejo que mi león me mime.

7. La ciudad del pecado

Ahora estamos en Sin City y sus ojos han recuperado su feroz azul eléctrico habitual.

Se ha levantado con los ojos completamente azules después de descubrir que esperamos un bebé. Estamos esperando un bebé. Esa noche no dormimos. Remy estaba duro y lo hizo conmigo toda la noche. Me folló, me lamió, hizo que le lamiera, me acarició, colocó su mano sobre la mía para que le acariciase mientras él me tocaba.

Al día siguiente los dos estamos sexualmente satisfechos, aunque no hemos dormido, cuando vamos al médico para que me retire los anticonceptivos. El amable doctor me recordó que estos anticonceptivos que se aplican en el brazo hay que cambiarlos cada cinco años. El mío tiene cinco años y medio, para mi vergüenza, y reconozco que me sentí como una idiota por haberme olvidado de que tocaba cambiarlo, especialmente porque le aseguré a Remy que usaba un anticonceptivo.

Pero entonces veo sus brillantes y orgullosos ojos azules que me dicen bromeando que lo he hecho a propósito.

—Bueno, podrías haber usado condón —susurro con el ceño fruncido.

—¿Contigo? —bromea y me toca las costillas—. Eres mía.

—Tu anticonceptivo lleva unos meses sin funcionar y el cuerpo necesita una temporada para elevar la producción de hormonas, pero parece que lo estás haciendo bien —comenta el médico.

El doctor nos ha dado la fecha aproximada del parto que, por suerte, es casi dos meses después de que acabe la temporada.

Juro que Remy estaba adorable en la consulta del médico, fuerte y atlético con su ropa de deporte, sentado en una silla a mi lado y escuchando con atención lo que decía el ginecólogo. Muchos términos podrían habernos sonado a chino, pero él escuchaba con curiosidad y le preocupaba si podría seguir corriendo. ¿Y cuánto debía comer? ¿Cuántos gramos de proteínas? ¿Cuántos de carbohidratos? El médico parecía confundido por la necesidad de saber la cantidad exacta y yo quería besar a mi chico por haberme acompañado a la consulta.

Mentira. No quería solo besarle. Quería presionar mi pecho contra el suyo hasta que dejaran de dolerme los pezones y quería unir su boca a la mía, meterme su polla y follarle hasta Australia y de vuelta.

Si Remy está excitado por mi embarazo, no quiero ni describir lo que me provoca la combinación de sus ojos azules y mis hormonas enloquecidas. Ahora está decidido a averiguar qué comida que no me hace vomitar para que pueda empezar a comer por dos. Me preocupa engordar hasta convertirme en un elefante, así que si quiere que coma, será mejor que opte por comida fresca y nutritiva en lugar de comida basura. Y aquí estamos, Diane y yo, recorriendo el supermercado de Las Vegas Boulevard.

En la fachada de la tienda hay carteles de juegos, mujeres y bebidas. ¡Esto es Las Vegas, nena! Pero ninguno de nosotros hace las cosas típicas de aquí. Remington está en el gimnasio y Lupe, de hecho, le ha aumentado las horas de entrenamiento.

Está aumentando sus músculos, y todo el equipo está de acuerdo en que Escorpión se merece al mejor Depredador para el final de temporada. Así que mi bestia entrena nueve horas diarias mientras que yo duermo un poco más por las mañanas y luego me reúno con él en el gimnasio antes de que acabe. Está comiendo proteínas como un loco y Lupe le da batidos de L-glutamina para conservar la masa muscular, así que ahora también ayudo a Diane a elegir la mejor comida para su cuerpo y su mente.

Pete dice que si Escorpión quiere volver a meterse en su cabeza, lo que tenemos que hacer es asegurarnos de que Remy duerma bien, entrene bien y coma bien para que esté lo más estable posible. Especialmente necesita un montón de grasas omega 3.

Hoy estamos comprando tanta comida fresca para mi Tyrannosaurus rex que Diane y yo necesitamos dos carros. Recorremos todos los pasillos de la tienda seleccionando frutas, verduras, los mejores quesos, chocolate negro, cereales y frutos secos. Luego nos centramos en las proteínas y pedimos salmón de Alaska fresco, el mejor pescado y con la menor cantidad de toxinas que puede tener un pez.

Mientras esperamos a que nos empaqueten varios kilos de pescado, examino uno de los ramos de brócoli que tenemos en un carro. Yo solía llamarlos «arbolitos» y Melanie los llamaba «cosas verdes», que es como llamaba a cualquier cosa verde. Solo comía verdura por su color. A Mel le encantan los colores.

—Todo lo que sé de comida me lo enseñó mi abuela. Curó la depresión de mi abuelo con una dieta especial —explica Diane.

También pedimos unas gambas salvajes y, en general, cualquier cosa que sea fresca y salvaje, y el chico del mostrador lo envuelve todo junto.

—Yo tuve una depresión —le digo de repente con la vista clavada en el ojo sin vida de un pez—. No es nada divertido.

—¿Tú? Brooke, nunca lo habría imaginado. ¿Sucedió algo que lo provocase?

—Supongo que mi vida cambió antes de que yo estuviera preparada.

Me encojo de hombros y esbozo una sonrisa triste.

—No podía creerme las cosas que se me pasaban por la cabeza esos días —admito—. Nada parecía tener sentido. Todo era tristeza. Es difícil pensar que alguien puede escapar de eso sin ayuda.

—¿Cómo lo hiciste? —me pregunta.

—No lo sé, creo que una pequeña parte de mí se dio cuenta de que no era solamente mi cerebro. No es más que un órgano, igual que los riñones o el hígado.

Diane está tranquila, asiente de forma comprensiva, así que añado, aunque creo que es una locura:

—Mi cerebro quería que muriera, pero de una forma un poco surrealista sentía que mi alma seguía luchando.

A veces no puedo dejar de pensar y comparar la situación; mientras que yo he tenido una depresión en mi vida, durante dos meses, Remington la sufre constantemente, una y otra vez, recuperándose y cayendo. Cualquiera que pase por eso es un luchador. Al igual que sus seres queridos, que luchan con él. El alma de Remington es tan fuerte… Sé que cuando se hunde en el oscuro abismo, su alma es la que le levanta. Toda esa energía candente dentro de él es demasiado poderosa como para no levantarse. Como un… depredador.

—¿Y cómo era? —susurra Diane mientras el hombre finalmente nos prepara unas bolsas de hielo.

—Ya sabes que cuando recibes un estímulo auditivo o visual, o cuando tocas algo, tu cerebro ordena una respuesta a este estímulo sensorial —digo—. Te veo y mi cerebro manda inmediatamente una respuesta a esa visión que, para mí, es de tranquilidad y felicidad. Pero con la depresión veía cosas, cosas normales y las respuestas de mi cerebro no se correspondían. Era una locura.

—¡Parece una locura —coincide.

Sonrío mientras cogemos el hielo que nos entrega el hombre, le damos las gracias y empujamos los carros hasta el pasillo de embutidos y quesos.

—Yo lo veo —añado— como si nuestro cerebro fuera el médico y las glándulas suprarrenales son las farmacéuticas que rellenan las recetas. Puedes ver un anuncio de niños riendo y una mente desequilibrada verá ansiedad y lágrimas en los niños que ríen. Aunque no tenga sentido y no sea lógico, no importa. Eso es lo que dice tu cuerpo.

—Lo siento mucho, Brooke. Nunca pensé cómo sería todo eso.

Cogemos un poco de queso de cabra orgánico, un poco de leche de coco, leche de almendras y leche entera.

—Me recetaron pastillas, pero empeoré bastante. Lo único que consiguió sacarme de ese estado fue mi familia, Melanie, el ejercicio y el sol.

—Sé que nuestro chico la sufre varias veces al año —susurra Diane mientras lee la etiqueta de un bote de yogur griego orgánico —. Sabía que le pasaba algo, pero no conocía el diagnóstico hasta que los chicos me lo contaron la última vez que estuvo hospitalizado.

De repente, me transporto al hospital, veo a Remington intentando decirme algo y yo huyendo… Y luego a él, intentando superarlo con miles de mujeres en su cama.

Y me duele en lo más profundo, muy profundo, justo donde reside mi alma.

Antes de darme cuenta, envuelvo mi vientre con la mano, como si pudiera sentirlo ahí. Dentro de mí. Nuestro bebé.

—Es un luchador increíble —me dice Diane con admiración, sus ojos brillan con orgullo—. Todo ese esfuerzo que hace para estar bien. Seguro que te has fijado en que Remington no come nada que no sea bueno para su cuerpo. Jamás.

Me ruge el estómago cuando recuerdo su gigantesco desayuno sano y lo comparo con el agua mineral y las galletas saladas que he comido yo. Pero parece que no puedo tener nada en el estómago por las mañanas, ni siquiera los deliciosos dátiles orgánicos sin hueso. Pero por supuesto que me he fijado en lo bien que come Remy. Come la mejor comida y mantiene su cuerpo en el estado más natural que puede. Eso me encanta. Y me encanta cómo es y lo bien que trata su cuerpo después de pedirle el máximo esfuerzo cada día durante horas y horas.

Y entonces miro a Diane y la veo de verdad, veo lo bien que le entiende. Esta mujer, en los cuarenta, con esa gran sonrisa, ojos cariñosos y el aura de tranquilidad que desprende, y toda la calidez que instaura en cada una de nuestras habitaciones de hotel. Y soy consciente de lo bien que cuida de él, que puede ser lo más parecido a una madre que ha tenido Remington. De forma impulsiva, voy hacia ella y le doy un abrazo mientras susurro:

—Gracias por cuidarle, Diane.

—¡Oh, bah! ¿Cómo podría no hacerlo cuando él me cuida tan bien a mí? Si crees que yo le cuido bien, deberías ver las cosas que hace por nosotros cada vez que necesitamos algo. Incluso vino al funeral de mi madre.

Hace una pausa al ver mi expresión de sorpresa y mientras nos dirigimos a la caja y empezamos a vaciar los carritos, prosigue.

—Él ni siquiera tiene madre, me refiero a una de verdad, pero sabía que yo quería a la mía y cruzó tres estados en avión para venir al funeral. Por mí. No dijo nada, simplemente me abrazó cuando terminó, pero el mero hecho de que estuviera allí…

Su voz se resquebraja de repente y entiendo perfectamente lo que le importa esa silenciosa muestra de afecto por parte de Remy, así que yo también siento un nudo en la garganta.

—Estamos muy emocionados por el bebé —suelta, cambiando de tema—. Todos. Pete, Riley, Lupe… Estamos muy emocionados. Creemos que el universo le devuelve a Remy algo bueno y puro, lo creemos de verdad.

Rodea mi carro como si quisiera establecer contacto con el bebé de alguna manera y, después, duda antes de tocarme, agarro su mano y la extiendo lentamente por mi vientre plano.

—No sabía lo mucho que deseaba él hasta que supe que existía —susurro.

Levanta las cejas con intriga.

—¿Él?

Ese es el sentimiento que tengo dentro. No sé si es por la intuición que se supone que tenemos las mujeres. Es la manera en la que me imagino a este bebé en mi cabeza, como un pequeño Remy. No sé por qué, o cómo creo que lo sé, pero es lo que me parece verdad, tan verdad como que soy el amor de su padre. Asiento emocionada.

—Él.

♥ ♥ ♥

La ciudad de Boston está completamente hechizada con Remy.

El estadio está lleno de estudiantes universitarios. ¿Y las chicas? Las chicas conforman el grupo más ruidoso y emocionado de mujeres jóvenes que he visto. Están tan colgadas por él que todos mis celos, que se han multiplicado por diez con las hormonas del embarazo, están desatados en mi cuerpo. Las chicas gritan e incluso las oigo hablar sobre él, de lo grandes que son sus manos y lo que eso significa.

Parece que Pete también lo ha oído y se ríe a mi lado mientras sacude la cabeza.

Al otro lado del cuadrilátero, un grupo de amigas llevan camisetas rojas con cada una de las letras de su nombre estampadas, todas se ponen de pie al mismo tiempo para que todo el mundo vea que deletrean DEPREDADOR.

Incluso hay un par de exclamaciones para las pobres que no han conseguido tener una letra.

Cuando su combate se acerca, ya he estudiado con la mandíbula apretada a cada una de esas señoritas y entonces, de repente, me encantan porque también le adoran y él se merece esa adoración.

¿Qué quiero? ¿Que animen a un gilipollas como Escorpión? ¡Para nada! Así que ya está. Creo que esta noche he superado mis celos.

De hecho, los he superado tan bien que me siento igual de emocionada que las fans cuando anuncian su nombre.

—¡Deeeepredadooor! —grita el presentador con todo el entusiasmo que reservan los presentadores para él—. ¡El único e inigualable! ¡El ÚNICO e INIGUALABLE!

Aparece como un precioso relámpago rojo y sube de un salto al cuadrilátero. Es fuerte como un buey, pero muy ágil, y cuando se quita la bata y la veo volar por el aire cuando se la lanza a Riley, casi la siento en mi piel. El satén en mi cuerpo, todo lo que me gusta de cómo me envuelve y cómo huele a él.

—Y ahora, ¡Joey Spider… MANN! ¡Que ha aterrorizado a todos sus contrincantes de esta noche!

Antes de que Spider-Mann llegue al cuadrilátero, Remington me mira, sus ojos azules arden. Crece el deseo entre mis piernas. Las escenas de ayer por la noche aparecen en mi mente. Sé en qué piensa, lo siento dentro de mí. No sé qué me conecta a él, pero algo lo hace, y mientras la testosterona sube por mi cuerpo, sé que le encanta que le vea luchar. Y eso le pone. Y va a luchar, como hace siempre, y después me follará. Como le gusta hacer. Oh, Dios, no puedo aguantar. Puedo culpar al embarazo, pero el auténtico culpable de encenderme con una simple mirada es él.

—Ese cabrón está como drogado contigo —dice Pete.

—Lo tiene controlado —respondo.

Remy dice que un combate es mitad cerebro y mitad cuerpo, y puede que sea cierto, pero cuando veo luchar a Remington, me apuesto algo a que lucha con todo el corazón. Y entonces mi corazón bombea más fuerte porque le veo chocar los guantes con su contrincante mientras se preparan.

Suena la campana con ese *ding* tan familiar y el público enmudece. No importa cuántas veces le haya visto luchar, siempre me fascina cómo se mueve. Los dos se dirigen al centro mientras calientan. Sé que la estrategia de Remington es diferente con cada enemigo. Con algunos juega. Con otros va directo. A veces los agota y reserva sus golpes para los contrincantes más duros, pero hoy empieza a golpear rápido, muy rápido. Escucho cómo suenan los golpes, ¡pum! ¡pum! ¡pum!, y hace que Spider-Mann, el hombre que ha aterrorizado a todos sus contrincantes esta noche, dé tumbos hacia atrás en el primer minuto.

—¡Te queremos, Depredador! —gritan las chicas con las camisetas de D-E-P-R-E-D-A-D-O-R—. ¡Machácalo para nosotras!

—Aunque cada vez que estás aquí lucha como un loco —añade Pete.

«Loco» no es la palabra adecuada, más bien es como una máquina.

El combate está en marcha y los movimientos continuos de mi vientre apenas me dejan respirar bien. Sus músculos se extienden cuando lanza un gancho con la izquierda y luego se cubre. Spider-

Mann falla y Remy contraataca. Golpea varias veces con la derecha y la izquierda y termina con un puñetazo contundente que golpea a Spider-Mann como un muro.

Spider-Mann se balancea.

Remington se aparta y le deja respirar.

El otro carga.

Remington finta y su pobre contrincante golpea y golpea, fallando todas las veces porque Remy se agacha y se levanta para golpearle en el estómago, en las costillas y después en la mandíbula. Para cuando utiliza su golpe más potente y hace un gancho con la derecha, Spider-Mann está sudoroso, sangrando y exhausto. Y cae.

Remy espera a que se levante y estoy segura de que todas las mujeres del estadio gritan y lo devoran con los ojos, igual que yo. Cómo caen las gotas de sudor por el torso musculoso de Remington; cómo resaltan sus cenefas tatuadas en los brazos con un delgado brillo de transpiración y lo oscuras que son, como su cabello; cómo esos hoyuelos *sexys* llaman la atención mientras sonríe para sí mismo cada vez que golpea de lleno a su víctima.

Las chicas de las camisetas de ¡D-E-P-R-E-D-A-D-O-R! hablan entre ellas intercalando sus gritos, como lo hacemos Mel y yo cuando le vemos luchar juntas. Dos de ellas, la P y la R, saltan juntas y se abrazan, posiblemente porque le desean demasiado.

Oh, Dios, incluso yo le deseo demasiado. Y eso que supuestamente es mío. Pero no me lo puedo creer. Lo veo, lo toco, lo beso, lo quiero y el noventa y nueve coma nueve por cierto de mi ser no puede creer que alguien tan escurridizo, complejo y masculino como él pueda pertenecer a alguien, aunque me ame.

Después de un gancho con la derecha llega un ruido sordo del suelo del cuadrilátero. El árbitro levanta el brazo de Remington. Jadea, sus voraces ojos azules me ven, los ojos que hacen arder hasta los huesos. No sonríe. Se le ensanchan los orificios de la nariz. Mi corazón palpita fuerte y todo mi cuerpo se prepara para lo que veo en sus ojos.

—¿Queréis más? —escucho a través de los altavoces—. ¿Estáis preparados para más?

El público grita, las chicas de las camisetas de ¡D-E-P-R-E-D-A-D-O-R! gritan y Remington me sigue observando mientras recupera el aliento. Sus ojos de color azul brillante me desnudan en el asiento y lo apostaría todo a que me está follando mentalmente. Mis pechos, sensibles, aumentan y cuando se enfrenta al siguiente contrincante, mi sexo se humedece y se vuelve más sensible cuando veo cómo se mueven sus músculos y su forma de calcular las estrategias de ataque.

Me muero por tenerlo todo para mí esta noche, su lengua en mi boca, haciendo esas cosas que hace, tenerlo dentro de mí, follándome rápido y con fuerza o lenta y profundamente… Solo quiero abrazar a mi león y darle todo el amor que nadie en todo el mundo le da, excepto yo.

—¡Vamos, Depredador! —aúlla la multitud.

Quieren la emoción que él siempre les da y estoy segura de que Remington quiere dársela. Me mira y no sé qué espera ver en mi mirada pero, sea lo que sea, parece encontrarlo. Observa a su nuevo rival, un luchador joven que no había visto hasta hoy y, antes de darme cuenta, con la velocidad de la luz, le lanza tres puñetazos veloces a un lado, al centro y termina con un gancho directo a su mandíbula. Y cae.

—¡SÍ! —sisea Pete mientras eleva el brazo—. ¡SÍSÍSÍÍÍ!

Todo el estadio grita «¡Depredador!» mientras que yo me quedo sentada, inmóvil, en mi asiento.

El dolor empieza como si fuera un pinchazo y se convierte en un calambre. Me rodeo el vientre con los brazos y me remuevo en mi asiento, pero sigo incómoda.

—¡Deeeeepredadoooooor, amigos! Una vez más, el ganador es ¡Deeeeepredadoooor!

Su brazo apunta hacia arriba en señal de victoria y me fijo en el corte en el centro de su labio inferior. Me muestra sus hoyuelos, sus ojos brillan y me muero de ganas por lamer esa gota de sangre y curarle la herida. Entonces el calambre se vuelve un pinchazo súbito

y me encojo un poco. Ni siquiera estoy mirando cuando le traen al siguiente contrincante. Me encuentro peor que simplemente «un poco mal».

Mis pulmones se comprimen cuando miro hacia arriba y veo cada músculo de su cuerpo moviéndose mientras él lucha, y sus brazos abultados y flexionados. Le veo, pero sigo dándole vueltas. Estoy muy preocupada. Me pregunto qué me pasa.

—Pete, tengo que ir al baño ahora mismo —le digo con una voz que no me había escuchado nunca. Suena asustada, asustada de verdad, y es temblorosa. Pero él sigue con los ojos fijos en el cuadrilátero y me acompaña distraído hasta los sucios baños portátiles.

Allí hago cola durante un par de minutos y cuando me toca entrar en la caja de plástico, me bajo las braguitas, que parecen pegajosas, y veo que están empapadas y de color rojo, como si tuviera una menstruación fuerte.

—Oh, Dios —digo.

Intento respirar despacio mil veces, pero no me tranquilizo y, en lugar de eso, me invade un sentimiento de desesperación desagradable y sobrecogedor. Intento calmarme durante unos minutos, después salgo y trato, al menos, de parecer calmada hasta el final del combate. Pete me sonríe.

—Nunca he visto vomitar a nadie tanto como tú. ¿Cuántos kilos has perdido?

—Vamos a sentarnos —digo.

Camino despacio y ligeramente encorvada porque si voy recta todavía me duele más. Mi cuerpo, instintivamente, quiere que me acurruque. Me siento con mucho cuidado mientras Remington sigue ahí y gritan su nombre.

—¡¡Remy!! —le animan.

Está esperando a otro contrincante y tiene la cabeza girada en nuestra dirección, como si esperara a que volviésemos a los asientos. Cuando me ve, me guiña un ojo. Entonces frunce el ceño y me mira con más detenimiento.

De repente, agarra las cuerdas del cuadrilátero y baja. El público se emociona cuando comprende que va a realizar su travesura habitual, como cada vez que baja.

—¡Re-ming-ton! ¡Re-ming-ton! ¡Re-ming-ton! —corea la multitud, y cuando la gente se da cuenta de que esa torre de músculos, fuerza y testosterona viene hacia mí, cambian los gritos y dicen—: ¡Bésala! ¡Bésala! ¡Bésala!

Me toma en sus brazos.

El público se vuelve loco y mi corazón también.

Pero él me mira, serio y alerta.

—¿Qué te pasa?

—Estoy sangrando —le digo entre lágrimas.

♥ ♥ ♥

La siguiente media hora pasa volando.

—Ve a por el coche —ordena Remington a Pete mientras me saca del estadio.

La palabra «¡Depredador» siguen resonando al fondo cuando salimos al aire fresco de Boston, al aparcamiento del almacén en el que esta noche se celebra la Liga. Me mete en la parte trasera del Escalade y Pete se pone al volante mientras aporrea los botones del GPS para ir al hospital más cercano. Me escucho hablar casi como una histérica:

—No voy a perderlo. No voy a perder tu bebé.

Remington no me oye. Está hablando con Pete en voz baja y le dice «gira a la derecha, en la entrada de urgencias» y yo sigo hablando, con la voz más decidida que tengo.

—No voy a perderlo. Tú quieres este bebé y yo también. Como bien, hago ejercicio. Y tú comes bien y haces ejercicio.

Remington me lleva al hospital y se acerca al mostrador para pedir asistencia médica. Cuando me traen una silla de ruedas, le dice a la enfermera:

—Dime dónde tengo que llevarla.

Oigo su corazón latir bajo mi oreja y nunca antes lo había escuchado latir tan rápido. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Me lleva a una habitación, me coloca en la cama y me aprieta la mano con firmeza mientras dos enfermeras y un médico me examinan. Pete espera fuera. Menos mal, porque tengo las piernas abiertas y me hace sentir muy incómoda que Remy me vea así. Pero él se queda mirando nuestras manos entrelazadas, como si también estuviera incómodo, hasta que el médico se retira, se quita los guantes y dice:

—Su mujer está experimentando las primeras etapas de un aborto.

Me giro y me coloco en posición fetal mientras mi cerebro intenta comprender lo que acabo de escuchar. Pongo la mano sobre mi vientre y niego con la cabeza, solamente negando con la cabeza porque… No.

Simplemente… No.

Soy una mujer joven y sana. Las mujeres jóvenes y sanas no pierden a sus bebés.

El médico se lleva a Remington aparte y le habla en voz baja. Giro la cabeza para ver su cara. Es la cara de mis sueños y nunca olvidaré la expresión feroz mientras le dice al médico con voz profunda:

—Es imposible.

El médico sigue hablando y Remington niega con la cabeza. Tiene la mandíbula apretada. De repente parece más joven y vulnerable que nunca. Dios, parece tan abatido como me imagino que estaría el día que me dijeron que le habían expulsado de la liga de boxeo y que jamás podría volver a boxear de forma profesional.

Se pasa la mano por la cara y la deja caer. El tren del pánico que pasa por mi cabeza llega a tal velocidad que saco el brazo de la cama y me escucho decir con la voz inundada de miedo:

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

Remington deja al médico con la frase a medias, viene a mi lado y me coge las manos con las suyas, grandes y ásperas. Ni siquiera puedo describir lo que siento cuando me toca, pero me invade una

avalancha de sustancias calmantes y cierro los ojos mientras saboreo desesperadamente la sensación de mi pequeña mano dentro de la suya, enorme. No hay calambres. Nada. Ni siquiera miedo. Solamente las manos secas de Remington rodeando las mías y su fuerza constante filtrándose en mi cuerpo. Se agacha y empieza a besarme los nudillos, yo suspiro suavemente y junto mi cabeza con la suya con una sonrisa de embriaguez.

No sé por qué no me sonríe. Ni por qué parece completamente abatido. Hasta que me lleva al hotel y llama a otros dos médicos.

8. El hogar está donde reside el corazón

No hay canciones para esto. O quizás sí que las hay, pero no tenemos ganas de escucharlas.

El único sonido que escuchamos proviene del suave zumbido de los motores del avión. Remy se negó a que Pete o Riley vinieran en este vuelo, y los chicos estaban preocupados por si Remy se aceleraba y ellos no estaban cerca. Pero esta mañana nadie podía convencerle. Quería estar solo conmigo. Me llevó en brazos hasta el coche, y después al avión. Dios, quiero que siempre me lleve como si fuera un accesorio, incluso cuando no me esté llevando a casa. Pero ahora sí que me está llevando a casa. A Seattle. Me quedaré allí y él se marchará.

Los tres médicos han dicho que no puedo viajar. Y los tres han dicho que si no hago reposo, acabaré abortando.

Reposo en cama.

Y una crema de progesterona.

Eso es todo lo que necesito, según han dicho.

Lo que ignoran es que necesito a mi diablo de ojos azules y la idea de estar separados dos meses, hasta que supere el primer trimestre y salga de la zona de peligro, hace que me den ganas de llorar.

Ahora Remy está estirado en su asiento habitual con la cabeza hacia atrás mirando el techo del avión, ausente, mientras me acaricia el pelo.

Parece tan triste como yo. Todavía resuena en mi mente la seriedad con la que habló a los médicos que vinieron al hotel, cuando me prohibieron viajar y me recomendaron hacer reposo en cama, y la reacción de Remington de «Eso es imposible. Necesito que esté conmigo. Ella va donde voy yo».

Y entonces, cuando el tercer médico dijo que lo sentía y se marchó, recuerdo haber estado rogándole de forma patética: «¿No estarás pensando seriamente llevarme a casa? ¿Verdad? Remington, estaré tumbada. No me moveré nada. Es tu hijo. ¡Aguantará! Lo hará. No sé cómo voy a estar menos nerviosa si estoy lejos. No quiero irme a casa. Me quedaré tumbada todo el día, ¡pero no me lleves a casa!».

Parecía realmente frustrado, listo para romper algo por la mitad con sus propias manos, mientras le decía a Pete: «Prepara el avión». Entonces se giró hacia mí y me miró con esos ojos azules que habían perdido la chispa. Ni siquiera pudo explicarme nada porque empecé a llorar.

Y aquí estamos.

Jodidos.

A cuarenta mil pies sobre el suelo, volando a Seattle.

Me tumbo en el banco con la cabeza apoyada en su regazo, con la cara girada a un lado mientras pasa los dedos por mi coleta y, después, por mi nuca. Lleva mirando al techo una hora; su pecho se expande lentamente, como si intentase calmarse con cada inspiración, pero no lo consigue.

Me duele el corazón cuando pienso en todo el esfuerzo que tendrá que hacer para que esto no le joda la cabeza. Quiero susurrarle alguna frase de consuelo, pero ni siquiera puedo hablar, estoy demasiado cabreada con la vida por volver a mandarme una desagradable sorpresa.

De repente empieza a besarme con suavidad, primero por la parte de arriba de mi oreja, luego el lóbulo y luego el centro. Su

aliento cálido me provoca escalofríos mientras él respira y gruñe palabras que parecen salir de lo más profundo de su ser. Me arden los ojos y estoy segura de tener una daga clavada en el pecho mientras me dice:

—Te echaré de menos… Necesito que estés bien… Cuídate mucho… Te necesito…

Siento la garganta tan hinchada que solamente puedo asentir mientras veo que se mete la mano en el pantalón y saca una tarjeta de crédito plateada.

—Utilízala —susurro.

Supongo que Melanie moriría si un hombre le diera su tarjeta de crédito, pero yo no quiero irme de compras ni nada por el estilo. No quiero… nada excepto mi vida. Quiero que nuestro bebé esté bien. Quiero que estemos juntos. Quiero mi nueva vida, de gira, con él.

—Brooke —me advierte y me pone la tarjeta en la mano—, quiero ver cargos. A diario.

Me mira esbozando media sonrisa. Esta mañana su pelo está más puntiagudo de lo habitual y su barba más oscura porque no se ha afeitado. ¿Se puede amar tanto a alguien como para que te queme por dentro? Me encanta cómo sus pestañas oscuras enmarcan sus ojos azules y el dibujo exacto de sus cejas. Me encanta su frente dura, sus mejillas, su mandíbula y cómo su boca parece carnosa y suave, pero firme y fuerte a la vez.

Levanto el brazo y paso los dedos por la línea recta de su mandíbula.

—Cuando volví me prometí que nunca te dejaría.

—Yo me prometí que nunca te dejaría marchar. ¿Qué más quieres que haga? —replica. Sus ojos son oscuros y apesadumbrados y sé que no ha dormido.

Ha estado dando vueltas toda la noche, doblando y estirándose los dedos mientras me preguntaba si me dolía algo. Sí, me dolía. Sentía pequeñas puñaladas en el corazón y decía «Ningún calambre». Volvía a la cama a pegarse a mí y me besaba como si quisiera devorarme. Recuerdo cada movimiento de su lengua en la

mía, la temperatura de su aliento en mi cara y todas las veces que separaba los labios, me besaba en la frente y se marchaba al baño.

Porque tampoco podemos hacer el amor.

Así que pasamos nuestra última noche juntos besándonos. Y cada vez que él se daba una ducha fría, yo lloraba en la almohada.

Ahora acaricia mechones sueltos de mi pelo y tiene los ojos clavados en los míos.

—Estaremos bien, dinamita —susurra. Me recorre con la mirada y extiende la mano sobre mi vientre. Ese gesto de posesión hace que el corazón me arda de amor—. Estamos bien. —Me acaricia suavemente por encima de la camisa de algodón mientras me mira con sus cariñosos ojos azules—. ¿Verdad?

—Claro que sí —digo con un arrebato de decisión—. Y solo son dos meses, ¿no?

Me da un toque en la nariz.

—Cierto.

—Y no es que no podamos hablar por otros medios.

—También cierto.

Me siento y apoyo la frente en su hombro. Él desliza la mano alrededor de mi cintura mientras yo masajeo su músculo.

—Deja descansar a tu cuerpo. Aplícate frío después de los entrenamientos. Y calienta bien los músculos.

Entierra la cara en mi cuello y me acerca a él. Olemos el aroma del otro con las respiraciones más profundas que podemos hacer. Su mano se tensa en mi cadera y de repente me lame el cuello. Su voz es gutural cuando me habla al oído:

—No puedo dejar que te pase nada, Brooke. No puedo. Tenía que traerte a casa.

—Lo sé, Remy. Lo sé. —Paso los dedos por la parte trasera de su cabeza porque parece muy preocupado—. Estaremos bien. Los tres.

—Ese es el objetivo de lo que estamos haciendo.

—Y como has dicho, estamos bien. De verdad.

—Por supuesto que sí, joder.

—Estarás otra vez aquí antes de que podamos ponernos tristes o echarnos mucho de menos.

—Eso es cierto. Yo estaré entrenando y tú, descansando.

—Sí.

Cuando nos callamos, seguimos pegados y abrazados durante mucho tiempo. Casi puedo escuchar cómo pasan los minutos, como el intento de arruinar mi vida de unos pequeños demonios. Remington vuelve a olerme como si quisiera conseguir suficiente aroma para dos meses y yo, de forma casi histérica, hago lo mismo. Inhalo su aroma y cierro los ojos mientras siento el músculo de su hombro bajo los dedos, fuerte y sólido, y empiezo a masajearlo de nuevo.

—He dejado unos aceites de árnica en tu maleta. Por si tienes algún tirón o dolor muscular.

—¿Sigues sangrando? —pregunta en voz baja y cuando asiento, me lleva a su regazo, donde me aprieto contra él y pego la sien a su mandíbula.

—Cada vez que me da un calambre siento como si fuera a salirse de mi cuerpo.

Baja la mano por mi espalda y presiona los labios contra mi frente.

—Sé que dejar de correr va a matarte. Pero mantén los pies alejados del suelo, hazlo por mí.

—No me matará tanto como lo haría perder a nuestro bebé —susurro.

He corrido durante toda mi vida. Pero ahora me da miedo incluso andar por si vuelvo a tener calambres y me encuentro las braguitas empapadas en sangre. Juro que si no puedo mantener el bebé del hombre al que amo dentro de mí, no sé qué voy a hacer, pero no puedo perder a su bebé, me niego.

—¿Saben tus padres que vas? ¿Y tu hermana?

—Les dije que iría, pero todavía no saben nada de nosotros. Prefiero decírselo a la cara. Solamente lo saben Mel y mis otros dos amigos.

Me aleja un poco la cabeza para poder mirarme.

—Vale, pero ¿a quién vas a llamar primero si empeoras? A mí. ¿A quién vas a llamar si necesitas algo? A mí. Voy a ser tu todo. Voy a ser tu puto novio a distancia. En cualquier momento, dondequiera que esté. ¿Entendido, Brooke?

—Lo siento. Mi cerebro se ha parado con lo de «novio a distancia».

—¿SÍ? ¿Qué quieres que te aclare de eso?

Levanta una ceja con expresión malvada y enciende mi cuerpo como un pequeño volcán. La idea de tener sexo telefónico con Remington me hace reír y, de repente, me pongo muy nerviosa, así que me pongo a acariciarle el pecho de forma juguetona.

—¡No voy a llamarte para eso! Sé que estarás ocupado.

Sus ojos resplandecen.

—No estaré ocupado para eso.

—¿Y ese brillo en tus ojos? ¿Ya lo has hecho? Seguro que Melanie lo ha hecho con Riley.

Sonríe con suficiencia mientras desliza la mano por mi nuca, luego sube y me besa con suavidad el lóbulo de la oreja y la nariz. Su voz suena ronca.

—Quiero hacerlo contigo.

Mi sexo se tensa y me duelen los pezones, una avalancha cálida se extiende por mi cuerpo. Me encantan nuestras primeras veces. La primera vez que me puso *Iris*. La primera vez que me invitó a correr con él. La primera vez que me besó, que me hizo el amor. Nunca antes hemos tenido una primera vez de este tipo.

—Yo también quiero, pero no sé si puedo. Si me toco ahí… con sangre…

Aprieta los labios contra mi frente mientras juguetea con los dos primeros botones de mi camisa. Su voz suena diez veces más áspera que hace un momento.

—Solo es sangre.

Su aroma y las feromonas que emana me vuelven loca. Mi útero se tensa de deseo y de repente mi cuerpo palpita de manera tan

intensa que mis pechos sensibles parecen estar comprimidos dentro del sujetador.

—Remington, Dios, solamente tú puedes excitarme cuando estoy tan preocupada.

Sus manos se extienden por mi culo y siento sus labios deslizándose por mi oreja. Después me lame suavemente y un nuevo calor crece entre mis muslos.

—Te deseo muchísimo, joder. —Su voz es una respiración áspera y desliza una mano por dentro de mis pantalones y de mi ropa interior para extender la palma por una de mis nalgas.

Envuelve mis pechos y los junta mientras me acaricia con la nariz, de lado a lado, y gruñe en mi piel.

—Cuando tú quieras, yo también querré —me dice. Levanta la cabeza y junta su boca con la mía. Sus palabras vibran en mi lengua mientras devoro la suya—. Llámame y dímelo. Dime que me deseas. Que estás excitada por mí y yo me encargaré de ti. Me encargaré de mi mujer cuando ella quiera. Y con lo que quiera.

—Yo también. Llámame y me encargaré de ti.

Paso el pulgar por su mandíbula, después reducimos la distancia entre nuestras bocas y durante el resto del vuelo, me sujeta la cabeza y me besa, y me besa, y me besa con dureza y pasión.

♥ ♥ ♥

Un conductor con un coche negro marca Lincoln nos está esperando en el aeropuerto y Remington le dice a los pilotos del avión que volverá en un par de horas. Vamos en la parte trasera del coche en silencio y estamos sentados lo más cerca que podemos. Observo el paisaje familiar y enciendo mi iPhone. Me doy cuenta de que estoy haciendo cosas para distraerme a medida que nos acercamos a mi piso. Remy me lleva en brazos desde el coche al piso, igual que del avión al coche.

Le rodeo el cuello con los brazos.

—Quédate, Remington. Quédate. Serás mi rehén. Prometo que te cuidaré todo el día, cada día.

Se ríe con un sonido masculino y me mira con esos embriagadores ojos azules. Después observa mi casa con curiosidad y siento mariposas en el estómago cuando veo que le interesa de verdad. Quiere ver dónde vivo. Oh, Dios, le amo tanto que me duele.

—Voy a hacerte una visita rápida y luego tienes que sacar tu precioso culo fuera de aquí —le advierto.

Sonríe.

—Enséñame el refugio de mi mujer.

Mientras me lleva en brazos, extiendo la mano y le enseño mi salón colorido.

—Mi salón. Lo ha decorado Melanie. Es muy buena. Ecléctica. Ha salido en algunas revistas locales pero, evidentemente, ella sueña con salir en *Architectural Digest*. Aunque Pandora, otra de mis amigas, le dice que tiene más probabilidades de salir en *Playboy*. Son rivales en lo de la decoración y les gusta meterse la una con la otra.

Me guiña un ojo y ese guiño viaja hasta convertirse en un hormigueo por mi interior mientras le señalo otra parte de la casa.

—Y ahora está la cocina. Pequeña, pero está bien porque solo estoy yo. Y luego esta puerta nos lleva a… mi dormitorio.

Entramos y me deja a los pies de la cama. Después lo observa todo con silenciosa curiosidad. Miro alrededor y lo observo a través de sus ojos. Es simple, las paredes tienen colores pastel. Hay algunas fotos de atletas en blanco y negro y primeros planos de músculos colgados en las paredes. Hay una pared con chinchetas y fotos mías, de Melanie, Pandora, Kyle y otros amigos… Tengo dos tablas nutricionales colgadas que indican carbohidratos, proteínas y grasas insaturadas. Y una frase enmarcada que me dio Melanie: «Un campeón es aquel que se levanta cuando no puede. Jack Dempsey». Me la regaló cuando me lesioné el ligamento cruzado anterior y estuve deprimida. Y yo intenté ser ese campeón.

Y ahora estoy viendo a uno frente a mí. Lo veo cada día.

Se acerca a la pared con chinchetas, observa una foto mía cruzando la línea de meta con el dorsal 06 en el pecho y pasa el pulgar por la foto.

—Mírate —dice con orgullo masculino mal disimulado y sin darme cuenta, camino hacia él hasta que se gira y me ve.

Me coge y me vuelve a poner en la cama, en el centro esta vez, y coloca unos mechones rebeldes de pelo hacia atrás.

—Mantén los pies alejados del suelo, por mí —me reprende.

—Lo haré. Se me ha olvidado. Es la costumbre.

Me echo hacia atrás para apoyar la cabeza en el cabecero y atraigo a Remington hacia mí.

—Deberías irte, o no dejaré que te vayas —le susurro al oído.

Me abraza un instante, sus duros y pétreos brazos rodean mi cintura mientras baja la cabeza y besa, lame y huele mi cuello, alternando los tres gestos rápidamente. Nunca me ha olido tanto como en estas últimas dos horas. Ahora me huele lenta y profundamente, luego me lame igual de despacio y siento su contacto y, finalmente, su beso, directamente en mi sexo.

—Cuando me digas que estás en la cama, esto es lo que me imaginaré. Y esto es lo que verás tú —murmura mientras levanta la cabeza.

Empiezo a llorar, pero no quiero empeorar las cosas, así que asiento, aunque sé que es imposible que no haya visto mi expresión desconsolada.

Sus ojos atrapan los míos mientras se aleja.

—Vendré pronto —dice mientras me acaricia la mejilla con su mano enorme y áspera. Odio que se me escapen las lágrimas. Me sonríe, pero esa sonrisa no llega a sus ojos—. Vendré pronto —repite.

—Lo sé. —Me seco la mejilla, cojo su mano y le doy un beso en la palma. Luego le cierro los dedos para que, quiera el beso o no, lo tenga ahí—. Te estaré esperando.

—Joder, ven aquí.

Me coge entre sus brazos y todos mis esfuerzos por contenerme se van al garete y comienza la inundación. Me pongo a llorar en serio.

—No pasa nada —dice, pasando las manos por mi espalda cuando empiezo a sollozar.

Escucho un «No pasa nada» y «No pasa nada, dinamita», pero no me siento como si no pasara nada. ¿Cómo podría no pasar nada? Podría necesitarme. Yo le necesito. Podría adoptar su lado oscuro y Pete podría inyectarle más mierda en el cuello. Podría pasar algo en un combate y podrían no decírmelo porque no querrían ponerme nerviosa y que perdiera el bebé. Me siento débil y desamparada cuando lo que siempre he querido es ser fuerte e independiente. Pero estoy profunda e irremediablemente enamorada. Y ahora me gobierna este amor, este hombre, que suena como un trueno cuando me habla al oído; que huele a jabón, a él, y al océano; que me sostiene entre los brazos más fuertes del mundo. Y cuando esos brazos se marchen, todo mi mundo se habrá ido con ellos.

—Tienes que irte —digo respirando de forma irregular mientras le aparto. Pero en lugar de eso, coloca su frente y su nariz contra las mías y respiramos el aire del otro.

No tenemos que decirlo. Un «te quiero» arde entre nosotros y escucho esas palabras como si me las gritara.

Coge mi mano, besa mis nudillos con pasión, luego me sujeta la cara y me limpia las lágrimas con los pulgares.

—¿Estás bien, dinamita?

—Lo estaré. Mejor que bien —prometo.

Me vibra el móvil en el bolsillo y, temblando, leo el mensaje.

—Melanie está a cinco minutos de aquí.

Mi voz es áspera. Mel sabe dónde guardo la llave de repuesto y entrará en cualquier momento. Y Remington se irá.

Se irá.

Mis ojos se nublan otra vez.

—Por favor, vete antes de vuelva a llorar —le pido. Es una tontería porque ya estoy llorando a mares y seguramente tengo un

aspecto horrible. Él curva los dedos en mi nuca y cierra los ojos mientras apoya su cabeza en la mía.

—Piensa siempre en mí.

—Sabes que lo haré.

Sus apasionados ojos azules miran fijamente a los míos. Su voz suena ronca según se inclina.

—Ahora dame un beso.

Le doy un beso y gruñe dulcemente cuando sus labios conectan con los míos. Dentro de mí estallan pequeños fuegos artificiales y siento cómo su beso alivia mi mente, mi alma y mi corazón. Extiende la mano y me acaricia la nuca con delicadeza mientras nos besamos, profunda e intensamente, saboreando, memorizando. Después su boca sube para absorber una lágrima de mi mejilla.

—¡Brooky! ¿Dónde están el padre cañón y la futura madre?

Maldice en voz baja y nos besamos rápidamente una vez más. Me muerde y lame la lengua con más fuerza que antes, me sostiene la cabeza por la nuca con la mano. Su beso delicioso y apasionado hace que sienta mi cuerpo como si lo hubiera lamido y mordido un león. Me duele el pecho. Mis pezones palpitan bajo el sujetador.

Me retuerzo y aprieto los muslos mientras él se separa de mí. Nuestros ojos se encuentran un instante. Se aferran. Los suyos parecen excitados y hambrientos, como si estuviera a punto de arrancarme la ropa.

—Eres todo lo que nunca he sabido que quería. —Me coloca otro mechón de pelo detrás de la oreja. Sus ojos son un poco brillantes cuando se aleja—. Y eres mía entera, recuerda ese beso. —Escucho los tacones de Mel acercarse y Remington se pone de pie. Parece, extrañamente, mayor que nunca. Alto, fuerte, con esos ojazos azules, y es precioso—. Completamente mía —insiste—. Brooke Dumas.

Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando se separa de mí, con la mirada clavada en mi cuerpo, tumbada en la cama.

Siento que me acaba de follar en la cama solo con sus ojos e intento recuperar el aliento.

—Estoy embarazada de tu bebé, por si había alguna duda de a quién le pertenezco —le digo.

—Los dos sois míos —dice, y me señala—. Especialmente tú.

Me trago la emoción y él se gira para marcharse.

—¡Eh! —le llamo—. Tú también eres mío.

Asiente y lanza su iPod hacia mí.

—No me eches mucho de menos.

Lo atrapo y lo aprieto contra mi pecho.

—¡No lo hare! —replico, sorprendentemente, con falsa valentía. Entonces su voz grave resuena en el pasillo y escucho cómo Melanie le tranquiliza. Después llega el horrible sonido de la puerta al cerrarse.

Le sigue un silencio, el tipo de silencio que solo siento cuando él no está cerca.

Y entonces entierro la cara en la almohada y vuelvo a llorar.

9. Un arcoíris en Seattle

Melanie es lo mejor de Seattle y si alguien piensa otra cosa, puede besarle el culo. Mel es como un arcoíris constante en una ciudad eternamente gris. Tintinea y chirría, por sus pendientes brillantes y las pulseras que le llegan al codo, todo el trayecto hasta mi dormitorio como una explosión de colores e intenta animarme cuando todo mi mundo se ha marchado por la puerta de la casa y he necesitado toda mi fuerza de voluntad para no salir corriendo tras él.

Mel se ha tomado unos instantes para evaluar la situación antes de pasar a la acción. Ha observado esa cosa llorosa de la cama, que era yo, y me ha quitado la almohada rápidamente para sustituirla por su torso de pecho abundante. Y ahora su camiseta está empapada por mis lágrimas mientras espera a que me libre de todas ellas.

Ha pasado media hora o más y yo sigo llorando a mares. Necesito un descanso cada par de minutos para coger aire.

Ahora, en uno de esos momentos en los que tomo aire, me separa de ella para mirarme a los ojos con una sonrisa pícara.

—No mentías cuando decías que Remington Tate quería que fueras la madre de sus preciosos hijos, ¿verdad? Os habéis puesto manos a la obra, ¿eh? —Me sacude un poco y me mira el vientre—. ¿Cuándo vas a enseñarlo? ¡Quiero ver una tripa!

—¡Ya! ¡Yo también! —Una sonrisa invade mis labios cuando pienso en el bebé. Oh, pequeño, la de cosas que nos pides para demostrarte que te queremos—. Tengo muchas ganas de que se vea, Mel.

Sonríe al oírme y luego me estudia con sus ojos verdes.

—Hmm. El brillo del embarazo. Lo tienes a puñados, incluso con esos ojos llorosos. Qué ganas tengo de quedarme embarazada… ¡Me parece muy *sexy!* —grita—. Pero me parece *sexy* porque el padre del bebé también me lo parece. ¡Es tan *sexy* tener una parte de él dentro de ti! ¿Cómo te sientes? Tía, ahora sí que te tienes que sentir toda una mujer: ¡el padre de tu bebé es el hombre más *sexy* del mundo!

Oh, Dios, ni siquiera puedo hablar de Remington con mi mejor amiga sin sentir que se me derriten los huesos. Incluso mi voz suena diferente: con el mismo tono que tengo cuando estoy sola en la cama con él, amándolo.

—Es increíble, Mel. Es como si estuviera conmigo, como si estuviéramos unidos, como si me hubiera follado de una forma completamente alucinante e increíble.

Gimo, me tumbo en la cama y me acaricio los dedos. Me encanta sentir todavía a mi depredador en ellos.

—Brooke, voy a decirte una cosa… —Mel se tumba a mi lado y mira al techo—. Cuando lo he visto ahora, he sentido que moría un poco por dentro. Es tan enorme y está tan bueno que casi se me derriten los tacones. Me he sentido diez centímetros más pequeña.

No puedo controlar el estallido de risas. Mel se quita los zapatos y se gira para sonreírme con esa malicia característica de Melanie.

—Tenía la boca roja como si te hubiera estado dando un beso francés hasta morir. Ese Depredador es un poco neandertal, ¿no? ¡Oh, Dios! ¡Es tan primario, joder! Seguro que tenéis sexo anal.

—¡No! ¡Es salvaje pero protector! —replico y me retuerzo un poco solo con pensarlo.

—Pero a cuatro patas seguro, ¿no?

—Sí. ¡Pero deja de recordármelo! —le grito de buen humor. Después cierro los ojos y extiendo las manos sobre mi abdomen

deleitándome con el bebé que se forma dentro de mí—. Hay algo increíblemente sensual en estar embarazada de él —admito—. Soy muy consciente de mi cuerpo, de cómo lo siento, de cómo está cambiando por el bebé. Siento cómo se ensanchan mis costillas y mis caderas para hacerle espacio, cómo cambia mi pecho, todo mi cuerpo… —Suspiro, luego giro la cabeza y miro a mi mejor amiga. La única que me «tuvo» de verdad hasta Remy. La única que me quiere tal y como soy—. Mel, no puedo perder este bebé.

Su sonrisa se desvanece y aprieta la mano que tengo sobre el abdomen, todavía plano.

—No lo harás. Es el bebé de Depredador.

—No sabíamos que habíais quedado para llorar, ¡pero nos alegramos de no perdérnoslo! —exclama una voz masculina desde la puerta de entrada.

Cojo aire y levanto la cabeza para ver a mi mejor amigo, Kyle, con unos Dockers y un polo, al lado de Pandora. Tiene el cabello oscuro recogido en un nudo que deja salir mechones por todas partes.

—¿Estás preñada? —pregunta.

—Según miles de análisis y pruebas de embarazo, sí. Pero mi cuerpo todavía no lo sabe, excepto por lo de vomitar.

Kyle se acerca al escritorio y gira la silla. Pandora salta en la cama con zapatos y todo. De repente, su chaqueta de cuero es lo único que huelo.

—Pan-Pan, no creo que tu aura sea tan infantil para Brooky, así que siéntate por ahí.

Melanie da golpecitos en su lado para tenerme para ella sola, pero Pandora se acerca y me acaricia de forma juguetona.

—Calla. Déjame abrazarla.

Pandora me mira con sus ojos oscuros y el pintalabios también oscuro. La gente no sabe que los góticos son personas muy sensibles o, por lo menos, Pandora lo es. Te haces gótico por algo. Creo que ella simplemente es dramática y melancólica por naturaleza, y todo eso porque algún cabrón le rompió el corazón. Mel dice que es un milagro que Pandora no sea lesbiana.

—¿Estás bien? —pregunta Pan. Antes de que pueda asentir o hablar, me acerca hasta su chaqueta de cuero y siento que Melanie también toca mi espalda. Melanie no puede resistirse a un abrazo. Incluso dice «Hmm».

—Todo saldrá bien, Brooky —dice Mel, y después me susurra al oído—: Le prometí a tu hombre que cuidaría de ti. Me pidió que me asegurase de que no estabas sola, de que comías y de que alguien te cuidaba. Riley me ha dicho que Pete y él necesitan que les haga un informe diario para que puedan mantener tranquilo a Remington. También me ha dicho que has estado vomitando y ¡que el padre de tu bebé quiere que comas!

Gruño en señal de protesta y me libero de su abrazo.

—Estoy bien. Comeré algo cuando tenga hambre. Si mi cuerpo quiere comida, ya me lo dirá. Adivina para qué existe el hambre.

—No nos importa si quieres comer o no. Somos los ayudantes de tu hombre en su misión y te hemos traído algo, para recordar viejos tiempos —me informa Kyle mientras se levanta de la silla y vuelve con una bolsa de McDonalds. En ese mismo instante recuerdo cómo estos tres idiotas se pusieron a molestar a Pete y a Riley hace años, la noche en que Remington me contrató. Y pienso en esa tarde y en el destino, en todo lo que ha cambiado mi vida sin tan siquiera darme cuenta. Todos los sentimientos se agolpan en mi pecho y cuando Kyle me acerca la bolsa, me invaden las náuseas.

—¡Saca eso de aquí! —digo mientras me tapo la nariz, lo que hace que mi voz suene ridícula—. No tolero bien ciertos olores. Además, necesito comer verduras para el bebé. Necesito ácido fólico y calcio, cosas que no tiene esa mierda, te lo aseguro. ¿Qué clase de amigos se supone que sois?

Kyle sonríe con actitud triunfante.

—Sabíamos que dirías algo así, o no serías tú misma, así que esto es para nosotros. Te hemos traído otra cosa.

Sale de la habitación y regresa enseguida. Me enseña una bolsa marrón de papel del supermercado.

—¿Mejor? ¿Hablamos ahora de quiénes son buenos amigos?

Le tiro una almohada.

—¡Tráelo!

Miro qué hay en la bolsa y veo un rollito de pavo, de los que me gustan, y de repente los detalles y el apoyo de mis amigos me envuelven como el abrazo que me acaban de dar, fuerte y apretado.

—Sois muy buenos conmigo, chicos —digo mientras coloca la bolsa en la mesilla de noche.

Melanie me toca la coleta.

—¿Te has dado cuenta de que eres más ñoña ahora? —Me aprieta el brazo y cuando mi bíceps responde a su movimiento, añade—: Bueno, en el interior.

Me echo a reír, después cierro los ojos y veo unos ojos azules y pelo de punta. Quiero abrazarlo muy fuerte, pero está lejos. En lugar de eso, coloco las manos alrededor de su bebé. Después miro el teléfono. Remy no es tan dependiente de los móviles o Internet como otras personas. Yo tampoco, pero ahora el teléfono es mi unión con él. Ni siquiera es de los que escriben, pero no me importa nada. «¿Me llamas esta noche si te apetece?».

Tarda una hora en contestar, pero cuando lo hace sonrío como una idiota: «Acabo de aterrizar. Te llamo».

Vemos una película y después Melanie sale de la cama de un salto.

—¡Eh, tía! ¿No te lo he contado? El próximo tío con el que duerma se va a llevar una sorpresa. ¡Me he apuntado a clases de baile en barra americana! —Agarra mi lámpara de suelo y nos enseña todo lo que ha aprendido moviendo su cuerpo de forma sinuosa y con una pierna agarrada a la barra—. Kyle, ¿esto te pone en marcha?

—Tío, si lo hiciera sería como incesto —dice Kyle, sentado en la silla.

—¿Por qué? ¡No eres mi hermano! —protesta Melanie—. Ven. ¿Esto hace que se te encienda el motor?

Mueve el culo para que él lo vea.

Kyle sigue sentado, con el mismo aspecto que Justin Timberlake, y dice, vacilando:

—Es… hipnótico.

—Pan, ven aquí. Peter Pan, muévete conmigo para que Kyle pueda poner en marcha su mecanismo oxidado. Voy a enseñarte lo que he aprendido y gratis.

Pandora se dirige hacia el altavoz del iPod y coloca su móvil en la base. De repente, una canción de rock retumba en mi habitación.

—¡Vale! ¡Vamos a poner duro a Kyle!

Se quita la chaqueta de cuero como si se estuviera desnudando ante el pobre chico y se dirige a Mel. Entonces Melanie y ella empiezan a mover el culo y a pasárselo genial. Me descubro escuchando la canción, intentando descifrar la letra bajo todo ese ruido y me pregunto si es algo que le pondría a él.

No lo consigo, así que voy a por el iPod de Remy, me pongo los auriculares y escucho *When you're gone*, de Avril Lavigne. Es increíble escuchar una canción que entiendes. O que te entiende a ti. Hace que te des cuenta de que lo que sientes es humano, y normal, aunque te gustaría no sentirlo.

Le envío el enlace de YouTube. No responde e imagino que estará en el gimnasio golpeando sin parar los sacos de boxeo.

¿Cómo va a soportar estos dos meses separados?

No me puedo quitar de la cabeza la idea de que, aunque yo soy la más sensible, esto le pondrá a prueba a él más que a mí.

Sigo pensando en eso cuando empiezan los calambres. Me giro en la cama mientras mis amigos siguen hablando y todo mi mundo se centra en los dolorosos calambres que hacen que mi disyuntiva de luchar o morir resurja. Es como si alguien le estuviera haciendo daño a mi bebé. Mi propio cuerpo le está haciendo daño a mi bebé. Busco en el iPod canciones que me tranquilicen y la única que lo consigue es *Iris*.

Pero el dolor aumenta. Lentamente, me quito los auriculares y me levanto de la cama. Mis amigos se quedan totalmente en silencio cuando me ven caminar, doblada, hacia el baño. Cierro la puerta y compruebo que la sangre ha vuelto. Y en abundancia.

Durante unos minutos me limito a respirar fuerte por la nariz y apoyo la cabeza contra el lavabo intentando tranquilizarme. Me toco

el vientre con cariño e intento hablar mentalmente con mi bebé. Le digo que nadie le hará daño. Que ya le queremos y queremos que nazca.

Me imagino tener que mirar a los ojos azules que amo mientras le digo a Remy que he perdido a su bebé. Una ola de emoción me inunda y lágrimas que pensaba no volver a derramar salen de nuevo a la superficie.

—Mel —grito a través de la puerta—. Mel, no sé si el bebé sobrevivirá.

Abre la puerta con expresión desesperada.

—Brooke, te está llamando. Ya ha sonado varias veces. ¿Contesto?

—¡No! ¡No!

—Tienes mal aspecto, pero me dijo que tenía que avisarle en cuanto le necesitaras aquí, Brooky. Creo que deberíamos decírselo…

—¡No! Melanie, no. Mira, podría hacer cualquier cosa. ¡Tiene que luchar! Hay algo que tiene que hacer. El bebé y yo vamos a apoyarle, no a ponerle problemas. ¿Me has entendido?

—Entonces, por lo menos déjame que te lleve al hospital… ¡Parece como si te estuvieras partiendo en dos! —dice.

—Sí… ¡No! No puedo moverme. Tengo que… descansar. No… voy… a perder… este bebé… —Tomo aliento y niego con la cabeza. Después exhalo—. ¿Me puedes traer el teléfono, por favor?

Lo trae y le mando un mensaje.

«Mis amigos siguen aquí. ¿Hablamos mejor mañana?»

«¿A la misma hora?»

«Sí, cuando quieras»

«Ok»

«Buenas noches, Remy»

«Igualmente»

Dejo el teléfono a un lado y cierro los ojos mientras se libera otra lágrima. Es un chico bueno y callado y no escribe, pero ya me siento separada de él. Respiro hondo.

—¿Me ayudas a sacar la crema de progesterona de la maleta? —digo mirando en dirección a la habitación.

Mel sale del baño y empieza a dar palmas como si fuera una profesora de primaria que ya se ha cansado.

—Chicos, se acabó el juego. Voy a meter a Brooke en la cama.

Kyle y Pandora recogen los restos de la cena y me da vergüenza mirarles con la cara hinchada, pero siento su preocupación cuando salgo y me tumbo en la cama. Se marchan y me embadurno de crema, me la echo por el vientre y los muslos. Después Melanie sale del baño vistiendo una camiseta vieja.

—Hace siglos que no hacemos una fiesta de pijamas, es decir, solo nosotras. —Sonríe y se mete bajo las sábanas conmigo. Entonces desaparece y escucho su voz cerca de mi vientre—. ¿Y tú? ¿Todavía no lo has entendido? ¡Eres un luchador! ¡El hijo del Depredador y Brooke! ¡Enséñales a tu mamá y a tu papá de lo que estás hecho!

Sonrío cuando sube y cierro los ojos. Espero que nuestro bebé haya escuchado eso.

10. Visita familiar

Me despierto y huelo algo que, por una vez, no me da náuseas. Es suave, aromático y me invita a olerlo profundamente. Miro a mi alrededor y veo a Melanie entrar y salir de la habitación. El rojo de Depredador está esparcido por todas partes. Rosas de color rojo Depredador que inundan mi habitación.

—Buenos días, Julieta. Tu Romeo te ha enviado esto. Todavía están descargándolas del camión. Voy a llamar al gimnasio para decirles que hoy ya he tenido mi hora de entrenamiento.

Sonrío e intento levantarme, pero Melanie dice:

—¡Eh-eh! Nada de levantarse. ¿Qué necesitas?

—¡Hacer pis! Y olerlas. ¡Tranquila, querida! Quiero ver la nota.

Abro una nota que está entre las rosas de mi mesilla de noche y mis ojos se humedecen cuando veo que contiene el nombre de una canción. Melanie encuentra un par de notas más y me las trae. Abro otra y descubro el nombre de otra canción. No he escuchado estas canciones, pero ya estoy emocionada.

Me concedo el permiso de llorar un poco, porque estoy embarazada y muy estresada. Todo el mundo sabe que si te guardas estas cosas, te pones enfermo. Y yo quiero estar sana. Quiero darle un bebé y una familia a Remy. Algo que nunca ha tenido. Así que lloro. Después le escribo un mensaje: «Echo de menos tus ojos, tus manos, tu cara… ¡Y tus hoyuelos!».

Después le hago una foto a la habitación, tan llena de rosas que apenas veo la ventana, y se la mando.

«Estas son mis vistas desde la cama».

Y luego le doy un beso al teléfono.

—¡Eres una idiota! —dice Mel mientras trae el resto.

—¿Y qué? ¿A quién le importa? —respondo descaradamente mientras dejo el teléfono a un lado porque sé que no él no lo mira mientras entrena. Y seguramente estará entrenando el doble.

Así que decido echarme progesterona otra vez. He leído que si me pongo demasiada me puede causar dolor de cabeza, pero anoche Mel y yo estuvimos leyendo en foros que esa crema ha evitado que aborten muchas mujeres y yo también quiero ser una de ellas.

Cojo algunos libros, coloco el portátil en la cama y, básicamente, organizo una pequeña oficina para no tener que levantarme. Me duelen los ovarios, pero no me dan calambres y me pregunto si la crema funciona de verdad.

Melanie termina de hablar con el florista y decido pasar de la ducha, principalmente porque no quiero estar de pie todo ese rato, así que me limito a buscar ropa limpia y me cambio con cuidado.

Se supone que Nora vendría a visitarme hoy para que Melanie pueda ir a trabajar, pero en lugar de eso, después de traerme un poco de fruta y queso fresco para desayunar, Melanie me llama desde fuera de la habitación y dice:

—¡Brooky! ¡Tus padres están aquí!

Melanie va a abrirles la puerta, así que salgo de la cama prestando atención a si siento algo raro. No tengo ningún calambre, así que voy andando al salón y enseguida me siento en el sofá. Y ahí están ellos, con los ojos como platos y boquiabiertos, de pie y mirándome.

—Brooke.

La voz de mi madre al pronunciar mi nombre me llena de pavor.

Además de por su forma de decir mi nombre, sé que mis padres lo saben. Me invade la tristeza cuando veo sus expresiones, que

normalmente son alegres, y me fijo en que parecen haber envejecido una década. ¿Cómo puede ser que la noticia de un nuevo bebé les haya hecho envejecer así?

—Lo habríamos esperado de Nora, pero ¿de ti? —dice mi madre.

Oh, Dios mío, lo saben. ¿Por qué lo saben?

Se sienta al otro lado de la mesita, enfrente de mí, y mi padre se deja caer a su lado con los brazos cruzados y contemplándome con esa mirada que utiliza para intimidar a sus alumnos de educación física.

No dicen nada durante unos tres minutos que, en esta situación, parecen una eternidad y me siento incómoda. Ni siquiera sé cómo sentarme.

Quiero a mis padres. No me gusta hacerles daño. Me hubiera gustado contarles la buena noticia, cara a cara, que estoy enamorada y que Remington y yo vamos a tener un bebé. Lo último que quiero es hacerles sentir mal, que traten este tema como la tragedia que deben pensar que es.

—Hola, mamá. Hola, papá —digo yo primero.

Me muevo y me muevo hasta que apoyo el codo en el brazo del sofá, me sujeto la cabeza con la mano y me siento encima de las piernas, pero incluso cuando por fin estoy cómoda, la tensión del ambiente se podría cortar con un cuchillo.

—Hola, señor y señora Dumas —dice Melanie—. Os dejo tener vuestra reunión familiar y me voy a trabajar. —Me mira y hace la señal de la cruz para protegerse de los vampiros y después añade —: Vuelvo a las siete. Nora me ha escrito y me ha dicho que está de camino.

Asiento y después regresa el silencio incómodo en la habitación.

—¡Brooke! No sabemos qué decir.

Durante un momento no sé qué decir excepto:

—Quiero tener el bebé.

Los dos me lanzan esa mirada de desaprobación que los padres llevan miles de años lanzando a sus hijos.

Pero no voy a dejar que me hagan sentir vergüenza.

Sentí vergüenza cuando me lesioné el ligamento cruzado anterior. Mi padre decía que los atletas no muestran sus lágrimas, pero yo lo hice. Desde entonces, en su opinión, caí en desgracia, y ahora tengo la sensación de haber caído todavía más.

—Siento no habéroslo dicho. Quería contároslo en persona, pero parece que alguien se me ha adelantado.

—Nora —dice mi madre—. Y está preocupada por ti. Los tres lo estamos. Me ha dicho que ella lo ha sabido por otra persona, ¿es cierto? ¿Cómo has podido ocultarnos algo así? A pesar de ser muy madura, siempre te has fiado demasiado de los chicos. Los chicos… te usan y te dejan tirada… Sobre todo cuando hay algún problema. Nora dice que ese chico es peligroso y que está relacionado con todo tipo de problemas, ¿es así?

No puedo creer cómo les ha descrito Nora a Remy.

Si no estuviera sentada, me habría caído al suelo de culo.

En mi culo traicionado, estúpido e ingenuo.

Así que Nora ha vuelto a casa, comportándose como una princesa perfecta, haciendo lo correcto después de que mi novio la ayudase a salir de la peor relación del mundo, arriesgando su vida para salvarle el culo a ella.

Esa traición me invade con tanta fuerza que durante un momento no puedo hablar. Joder, ¡si hay alguien que sepa el tipo de hombre que es Remington, tendría que ser Nora!

—El padre de mi bebé no es un chico. Es un hombre. —Me agarro el abdomen cuando me empieza a doler bajo sus miradas acusadoras—. Y nosotros, el bebé y yo, no somos un problema.

Mi padre no ha dicho una palabra. Simplemente está ahí sentado, mirándome como si fuera un gremlin que se ha mojado y se ha convertido en un bicho feo y al que hay que controlar.

Siento que hay un continente entero entre nosotros. Como si yo fuera hacia el norte y ellos estuvieran seguros de que el mejor camino para mí es el sur y nunca, nunca, estuvieran contentos de que me fuera en dirección contraria.

—Pero, Brooke, esto es tan imprudente y tan impropio de ti. ¡Mírate! —dice mi madre con tristeza y desesperación.

—¿Qué? —pregunto, confundida—. ¿Qué me pasa?

Entonces comprendo que seguramente tenga un aspecto horrible. No he dormido. Me preocupa perder el bebé. No quiero estar aquí. No me he duchado y mi cara está hinchada por tantas lágrimas.

—Brooke, pareces… deprimida otra vez. Deberías dejar de llevar ropa deportiva ahora que ya no eres una atleta y ponerte un vestido… Arreglarte el pelo…

—Por favor. Por favor, no vengáis a herir mis sentimientos. Estás diciendo cosas que no sientes porque estás confundida. Por favor, alégrate por mí. Si parezco deprimida es porque estoy a punto de perder el bebé, y yo lo quiero. Tengo tantas ganas de tenerlo… No os lo imagináis.

Me miran como si hubiera perdido la cabeza porque nunca, jamás, me había abierto tanto a ellos. Me siento incomprendida, poco querida y hambrienta de consuelo porque me duele el alma. Mis hormonas están fuera de control y estoy enfadada porque estoy aquí en lugar de estar donde quiero estar. Estoy aquí, incomprendida y sometida a un juicio, en lugar de estar con él, querida y aceptada.

Ni siquiera sé cómo decirles que están siendo injustos conmigo, pero tiemblo cuando de repente me pongo de pie, voy a por su iPod y enciendo los altavoces que tengo en el salón. Entonces pulso play y subo el volumen para que la canción hable por mí. Empieza *According to You*, de Orianthi, una canción un poco enfadada y rebelde que describe el lío que siento y cómo ellos me ven de una forma, mucho menos que perfecta, pero él me ve de otra: preciosa y fuerte.

—¿Así es como vamos a tratar esto? ¿Como si fueras una adolescente con música alta? —grita mi madre.

—Baja el volumen ahora mismo —grita mi padre.

Lo bajo y, durante un instante, me centro en su iPod plateado, que podría ser un diario para mí y para Remy, o un micrófono, o cualquier otra forma de expresarse.

—No lo entendéis.

—¡Cuéntanoslo, Brooke! —dice mi madre.

Cuando me giro, ellos parecen tan abatidos como yo.

—Acabo de hacerlo, pero no me escucháis.

Están callados y yo tomo aliento para intentar calmarme, a pesar de que mis hormonas estén revolucionadas dentro de mí. Quiero que sepan que ya no soy una niña pequeña, que me estoy convirtiendo en una mujer, así que se lo digo.

—Estoy embarazada de siete semanas. Ahora mismo, mi pequeño está formando sus órganos. Y digo «pequeño» porque creo que es un niño, pero no importa, una niña también sería fantástico. Ahora mismo su corazón se está haciendo más fuerte y está creando unas cien células cerebrales nuevas por minuto. En dos semanas, su corazón se habrá dividido en cuatro cámaras y todos sus órganos, nervios y músculos empezarán a funcionar. Tendrá nariz, ojos, orejas, una boca, todo formado, dentro de mí. El bebé es suyo. Suyo y mío. Y me hace tan, tan feliz que no os podéis hacer a la idea.

Mi madre parece desconsolada.

—Estamos preocupados. Nora dice que en los sitios donde lucha toman drogas.

—Mamá, él no está metido en eso. Es un deportista en corazón, cuerpo y alma.

Me acerco a ellos, acaricio el pelo de mi madre y agarro la mano de mi padre.

—Él no tiene una familia como yo y quiero que tenga la mía. Quiero que le aceptéis en nuestra familia porque me queréis y porque yo os lo pido.

Mi madre está visiblemente relajada, pero mi padre es el primero en hablar.

—¡Le aceptaré en mi familia cuando me demuestre que merece ser el padre de mi nieto!

Se levanta resoplando y camina hacia la puerta, cerrándola tras él con un golpe. Bajo la cabeza.

—Ni siquiera debería estar levantada. Me voy a la cama, mamá —susurro.

—Brooke.

Sus pasos lentos y dubitativos me siguen hasta la habitación. Se detiene en la puerta y no dice nada mientras me meto en la cama. Pero por un momento siento su mirada preocupada en la espalda.

—¿No has usado protección, cariño? —pregunta con cuidado.

—Dios, no voy a contestar a eso —digo.

Se queda en la puerta mientras crece un inmenso silencio entre nosotras. Me hago una bola y miro a las fotografías de la pared, las que tocó Remington. No voy a llorar. Lo prometo. Estoy harta de llorar e intento no odiarles simplemente porque me sienta sola, incomprendida y con las hormonas alborotadas. Sé que me quieren. Lo único que saben es que un tío me ha dejado embarazada y me dejó aquí y que su bebé será un desafío para mí. No saben nada aparte de que mi vida cambiará y tienen miedo de que no pueda soportarlo. Me juzgan aunque me quieren. Siento que estoy construyendo mis barreras, negándome a compartir a Remy con ellos. Negándome a compartir lo mejor, lo más valioso, la cosa más imperfecta y perfecta de mi vida.

—Vete a casa, mamá —digo y ella se marcha en silencio mientras yo me quedo en la cama mirando las rosas que me ha mandado.

Y veo esos ojos azules…

«Sois míos».

«Los dos».

Me duele la garganta y los ojos también.

—Brooke, estoy aquí —anuncia Nora desde el pasillo.

No contesto. Estoy muy enfadada. Ella parece percibir el peligro porque se queda en la puerta y no entra.

—¿Estás bien? ¿Has perdido el bebé? —pregunta.

La ira crece dentro de mí.

—Gracias por traicionarme, Nora —murmuro—. ¡Y gracias por demostrar tu agradecimiento absoluto por Remington y lo que hizo

por ti!

—¡Tenían que saber que estabas embarazada, Brooke! —grita.

—¡Yo tenía que contárselo! ¡No tú! —exclamo y me siento en la cama—. ¿Por qué le atacas? ¡No hizo más que salvarte! ¿Qué pasa? ¿Querías quedar bien con ellos y por eso me has jodido a mí? ¡Quién te lo ha dicho? Sé que no ha sido Melanie, ella no me haría esto.

Los ojos de Nora también son de color ámbar, tan solo un poco más oscuros que los míos, pero ahí es donde acaba nuestro parecido. ¿Cómo podemos ser tan diferentes? Ella siempre ha sido la soñadora y yo, la realista. Pero a pesar de eso, nunca habíamos estado tan alejadas como hoy.

—Me lo dijo Pete —confiesa.

Gruño y me olvido de que hay algo entre ellos dos.

—¡Se le escapó! ¡Él supuso que yo lo sabía y me dio vergüenza porque la realidad es que no lo sabía! No lo habrías escondido si no fuera algo malo, Brooke. ¡Es Depredador! Te dejará tirada como hicieron conmigo, o peor. Esos hombres son peligrosos, Brooke. Nunca puedes escapar del todo de ellos. Nunca.

—¡Remington no es como el cabrón enfermo de tu ex novio! ¡Estoy enamorada de él y él me quiere y voy a tener este bebé aunque ME MATE, Nora! —grito.

Parpadea y yo no digo nada más. Quizás estoy resentida con ella porque por su culpa casi destrozo mi vida. Por ella, y porque yo quise «rescatarla», Remington recibió una paliza.

—Lo siento, Nora. Yo solo… —me paso la mano por la cara y muevo la cabeza con tristeza.

—¿Sabes? Yo también creía que me quería. —Su tristeza trepa por mi cuerpo y dentro de mí se extiende una sensación horrible y húmeda—. Bennie, digo. Pensaba que daría lo que fuera por mí y en cuanto estar conmigo se convirtió en un problema, me dejó tirada. —Me mira, parece cansada y triste—. Me dijo que me quería y después ni siquiera me miró a los ojos para despedirse. Si se lo conté a mamá y a papá fue porque no quería que te pasase lo mismo.

—Nora, Remy es distinto —digo, con tono suave.

—Exacto. Tiene a miles de mujeres más detrás de él, Brooke. No. Mil no. Un millón más que Escorpión. Es el DIOS DEL SEXO de la Liga. Esos tíos no tienen mujer e hijos. Simplemente no los tienen. Yo también estuve allí, lo sabes. No puede quererte tanto como para rescatarme, a mí, ¡a alguien que ni siquiera conoce! Y perder un premio que ya era prácticamente suyo, ¿todo por ti? ¡Nadie en su sano juicio puede querer tanto a otra persona! —grita y sale corriendo, dando un portazo.

La puerta tiembla tras el golpe y yo parpadeo, completamente anonadada.

¿Qué coño se está fumando ahora mi hermana?

Me quedo sentada dándole vueltas a todo esto. Entonces me levanto, giro el pestillo, me quito la ropa y me cepillo el pelo. Lo dejo suelto porque necesito sentirme guapa y necesito a mi real. Dios, cuánto lo necesito. Solamente quiero que hoy pase algo bueno y que piense que estoy bien y a salvo, como él quiere que esté.

Le escribo para decirle que descargué Skype en su iPad antes del vuelo y que le he dejado el usuario y la contraseña escritos en un Post-it. Entonces abro el portátil, entro en mi cuenta y espero. Pero me quedo dormida con el móvil al lado y cuando me despierto veo: Remington Tate, 11 llamadas perdidas.

«¡Oh, no!».

Le llamo y suena, pero no contesta. Llamo y vuelvo a llamar, después gruño y lo aparto. Me tapo con las sábanas hasta el cuello porque, de repente, tengo frío.

Me estoy volviendo a quedar dormida cuando escucho una pequeña vibración. Veo su nombre parpadeando y mi corazón da un brinco y pulso para contestar. Se me baja la sábana hasta la cintura.

—¿Estás ahí? —pregunto.

Coloco la pantalla del portátil mientras las mariposas revolotean por mi estómago.

—Hola. ¡No te veo! Mueve el…

—Esto es lo más estúpido que he hecho en mi vida —dice.

—No dirás lo mismo cuando me veas —le desafío.

Y entonces ahí está: apoyado contra el cabecero de la cama… con el pecho desnudo y, sospecho, recién duchado… Mi respiración desaparece con la visión de su cara juvenil. Tras él, toda la habitación está iluminada y mis ojos se entrecierran por la sospecha.

—No estás durmiendo nada, ¿verdad? —pregunto.

Me observa y yo le observo a él, llevo mi mirada por su pecho bronceado y por su brazo musculoso hasta el Gatorade azul que sujeta. La visión de esos músculos, los tatuajes celtas, sus pectorales, su garganta (Dios, los tendones gruesos de su garganta, donde pego la nariz por las noches) hace que todo mi cuerpo se estremezca con el recuerdo de su tacto, su aroma y su aspecto.

Una cinta de deseo se desenrolla con dolor dentro de mí y se extiende por mi ser hasta que lo único en lo que puedo pensar es en ese deseo: besarle y abrazarle, tocarle y acariciarle con la nariz, oler su cuello, su pelo; sentir su respiración y cada una de sus durezas en mi cuerpo.

Entonces me percato de que él me sigue mirando, a mi torso completamente desnudo, y me humedezco cuando veo su mirada territorial de «te follaría ahora mismo».

—¿Y se supone que esto me tiene que hacer sentir mejor? —pregunta con un gruñido mientras sigue mirándome el pecho—. Verte por una pantalla es una puta tortura.

—Remy… —digo.

Sus pestañas le cubren los ojos.

—No quiero que estés sola. ¿Hay alguien contigo?

—Nora ha estado aquí y creo que Mel está fuera con ella ahora.

No digo nada más porque no quiero contarle nada de mis padres hasta que todo se haya calmado. Sus padres le rechazaron y prometo que no importa lo que yo tenga que hacer para lograrlo, pero los míos no lo harán.

—No te preocupes. No estoy sola —le garantizo.

Asiente y se pasa los dedos por el pelo como muestra de frustración. Entonces baja la cabeza y acaricia la pantalla con las dos manos. Levanta la cabeza y entrecierra los ojos.

—Quiero tocarte. Estoy a punto de darle un mordisco a la puta pantalla.

Se me escapa una risita, después gimo y también me tapo los ojos. Hablar por Skype no es tan buena idea. Oh, Dios, te hace morir de deseo. Le veo ahí y le deseo y le anhelo y me duele.

—Me duele verte. Yo también quiero olerte —digo.

Levanta uno de mis camisones.

—He encontrado esto en mi maleta. —Se lo acerca y lo huele.

Yo respiro nerviosa y casi siento su nariz oliéndome el cuello. Y lamiéndome.

—Joder, Brooke. Quiero estar ahí, atraparte en mis brazos, tumbarte en la cama y follarte hasta mañana.

El deseo explota en mi estómago cuando esas palabras me golpean.

—Oh, Dios. Yo también quiero.

Sus ojos brillan cuando se inclina hacia delante. Los músculos de su torso se desplazan con el movimiento.

—Me gustaría estar ahí para poder apretarte el pecho, morderte los pezones y decirte lo mucho que te deseo.

Mis huesos se han desintegrado dentro de mi cuerpo. El hueco entre mis piernas arde y lo anhela. Mi voz suena dolorida y deseosa, llena de excitación.

—Te deseo como no he deseado nada en mi vida.

Respiro, mi pecho desnudo ya tiene pliegues en los pezones por el contacto con el aire y es sensible incluso al roce del aire acondicionado.

—¿Quieres mi polla dentro de ti? —dice con voz áspera.

Exhalo aire temblorosamente, coloco los dedos alrededor de mis pechos simplemente porque de repente pesan mucho y me duelen. Me duelen por él.

—Remy, me estás matando.

—No. *Esto* me está matando —dice en voz baja y acaricia la pantalla de una manera que hace que me imagine su pulgar recorriendo mis labios, bajando por mi mandíbula y rodeando los duros círculos de mis pezones—. Dime que quieres mi polla dentro de ti y luego imagina que yo soy tus dedos. Baja las manos, Brooke. Enséñame tus pezones.

—Remy —digo. Mi corazón se retuerce de deseo mientras me aprieto el pecho con las manos.

Un gruñido profundo sube por su garganta cuando se inclina más.

—Brooke —dice con voz ronca y vuelve a pasar el pulgar por la pantalla—, cuando te vea no voy a despegar las manos de ti. Voy a recorrer ese precioso cuerpo con la lengua y después voy a acariciar tu clítoris con ella durante horas.

—Oh, Dios, Remy…

El clítoris me palpita mientras muevo las caderas y pienso en lamer su cuello, su pecho y la estrella tatuada bajo su ombligo.

—¿Por qué te sujetas los pechos con las manos? ¿Estás imaginando que soy yo? —pregunta con voz ronca.

Cuando asiento, responde:

—Bien. Entonces pellízcatelos despacio, como te gusta. Y luego baja y tócate por mí.

—Pero quiero tocarte a ti —digo. Su orden envía un cosquilleo nervioso por mi piel—. Quiero pasar la lengua por todo tu pecho, lamer tus pezones mientras deslizo las manos por tus bíceps y acariciarte los cuádriceps, los abdominales…

Sus ojos brillan con malicia y niega con la cabeza.

—No, Brooke —me reprende—. No me digas esas cosas si primero no haces lo que te digo.

—Yo bajo si tú bajas también —le reto. Mi pulso late a un ritmo frenético en mi garganta mientras el calor que él provoca dentro de mí empieza a quemarme, lentamente, pero sin titubeos.

Él no lo duda y se mueve. Mi cuerpo se tensa y una avalancha de deseo me invade cuando veo cómo dobla el antebrazo y su brazo

desaparece por su cintura. Me imagino perfectamente su enorme mano acariciándose y, de repente, mi sexo se empapa.

—Remy, quiero besarte ahí —jadeo. El deseo obstruye mi garganta—. Y luego quiero devorarte, y después quiero excitarme y sentirme querida y preciosa gracias a ti.

Su voz es suave mientras veo cómo mueve un poco el brazo.

—Brooke, esté allí o no, te quiero y eres preciosa.

—Remy —digo, mientras también bajo los dedos porque se lo he prometido. Tomo aire rápidamente cuando descubro que estoy empapada, suave e hinchada—. Te necesito. Llámame al móvil.

—¿Qué dices, dinamita?

—Llámame al móvil.

Cerramos Skype y contesto el teléfono en cuanto suena. Oigo su voz aún más cercana. Tan cercana que se introduce en mí, más sexual que el propio sexo, profunda y llena de lujuria. Escucho su aliento en mi oído y dentro de mí se despierta una agitación apasionada.

—Te deseo, Remy —exploto—. Te deseo entero: tu calor, tu boca, tu voz, a ti.

Cierro los ojos, deslizo el dedo por los pliegues exteriores de mi sexo y me toco como me toca él.

—Dios, dime lo mucho que me deseas —me pide. Su respiración se vuelve más rápida y un poco más ronca.

Y, de repente, su voz está tan cerca que, en mi mente, él está conmigo, sus labios en mi oreja, su tono áspero envía un escalofrío débil a mis muslos y yo susurro:

—Te deseo tanto que verte y escuchar tu voz es una tortura.

Su voz es ronca cuando habla.

—Cariño, te deseo aquí a mi lado agarrándome fuerte. Joder.

—Me muero por verte.

—En tres semanas luchamos en Seattle y pienso ir a verte. Te desnudaré entera y volveré a pegar mi cuerpo al tuyo. Cada parte de él.

—Odio que no puedas estar dentro de mí —admito. Mis ojos se cierran mientras mi cuerpo se pierde en el sonido de su voz y una ola de calor me cubre la piel.

Él respira con brusquedad.

—No importa. Cuando esté allí, estaré por todo tu cuerpo.

Se ha apoderado de mi mente. Me transporto a nuestra habitación de hotel. Con él. Estoy ahí, mentalmente, con él. Me lo imagino todo, lo recuerdo todo. La manera en la que sus pulgares tocan mis pezones, cómo dibuja pequeños círculos de placer en mi clítoris, cómo su lengua humedece mis aureolas, cómo se siente bajo mi lengua, cómo delinea el perfil de mis labios, cómo lame mi nuca, la parte de atrás y el interior de mi oreja, cómo se introduce en mí.

—Por favor —gimo cuando empiezo a temblar. Sujeto el teléfono en mi oreja con el hombro mientras utilizo una mano para cubrirme el pecho y la otra para tocarme.

Su voz me hace imaginar su rostro cuando se tensa de deseo y placer, y eso solo hace que me introduzca más en este tornado de placer mientras le escucho gruñir.

—Brooke, tengo la polla en la mano y la estoy metiendo dentro de ti. Te prometo que puedo olerte. Dime qué estás haciendo…

—Te tengo. Dentro de mí. Te muerdo el cuello y… Remy, Remy…

Nunca habría imaginado que me podría correr así, pero pierdo el control en cuanto escucho ese gruñido *sexy*, profundo y largo que deja escapar a veces cuando se empieza a correr. Porque nunca he visto a nadie correrse como lo hace él. Los temblores agitan mi cuerpo y me estremezco mientras me esfuerzo por seguir sujetando el teléfono, porque me niego a perderme una sola respiración suya, ni un solo sonido que haga.

Los dos jadeamos después, satisfechos, pero una profunda soledad crece dentro de mí mientras me quedo tumbada intentando recuperarme y, de repente, me abruma. No puedo abrazar a mi león, ni darle un beso de buenas noches, ni sentir su piel cálida y dura sobre la mía. Me miro la mano, húmeda de mis propios fluidos,

y en lugar de sentirme conectada a él, me doy cuenta por primera vez de lo lejos que estamos.

—Te echo de menos —susurro con tristeza.

Se queda callado un momento y luego, suave y tranquilamente, dice:

—Quiero golpear cosas durante todo el puto día. Tengo un dolor en el pecho que quiero arrancarme, pero es tan profundo que me podría sacar el puto corazón y el dolor seguiría ahí.

—Remy…

—Esta es la última vez que vivo sin ti. Estoy medio loco y medio muerto. No me gusta. Cada monstruo de mi cabeza me dice que saldrás corriendo y que yo no estaré cerca para atraparte. Cada instinto de mi cuerpo me grita que vaya a por ti. Cada hueso de mi cuerpo me dice que eres MÍA, no una parte de mí, pero mi cerebro comprende por qué coño te he alejado de mí. El resto de mi cuerpo no lo entiende. No se puede convencer al resto de mi ser de que lo correcto es estar lejos de ti.

—Remington Tate, te prometo, te lo prometo, que en cuando pueda levantarme de esta maldita cama y volver a correr, siempre, siempre, siempre serás mi meta.

11. Hermanas y amigas

Las primeras noches que dormí con Remy solía tumbarme y acercarme a su lado sin saber qué hacía con el iPad. Hasta que una noche me levanté y decidí investigar.

—¿Qué haces? —le pregunté mientras me estiraba para echar un vistazo.

Dejó el iPad a un lado y me llevó a su regazo, después me colocó entre sus muslos y volvió a agarrar el iPad. Me susurró al oído mientras me enseñaba la pantalla.

—Pateándole el culo a la máquina.

—¿Qué es?

—Ajedrez.

Me echo hacia atrás y sus duros brazos están estirados en mis costados.

—¿Vas ganando? Por supuesto que sí —me contesto a mí misma.

Miro la pantalla, a las piezas blancas y negras. Él me habla de cada pieza y qué movimientos puede hacer, con los peones como los más básicos. Seguimos con la partida; me encanta ver cómo trabaja su cerebro según va moviendo las piezas y escuchar su respiración tan cerca. Y cómo, de vez en cuando, me muerde el lóbulo de la oreja y me da un beso.

Me dice qué pieza mover cuando es su turno. Yo decido ir a por todas y él se ríe suavemente.

—No quieres mover la reina.

Toca la pantalla y vuelva a situarla en su sitio.

—La reina se queda con el rey.

Me besa la sien.

—¿Por qué? —pregunto.

—Para protegerle.

—¿De qué?

Me giro y miro sus risueños ojos azules. Él deja a un lado el iPad y me toca la cara, sonriendo, como si yo tuviera que saber por qué la reina protege al rey.

Entonces me besa y jugar al ajedrez parece haberme enseñado algo nuevo de él. Algo que también me encanta. Como todo lo demás.

Dios. Es un tesoro viviente que está dejando que lo descubra y lo único que quiero es perderme en esa oscuridad divina y compleja y alumbrarle.

Ahora está a kilómetros de aquí, volando a Chicago, pero he descubierto que si me conecto por la noche puedo jugar al ajedrez con él y dejar que me destroce en las partidas. Y puedo escribir comentarios en la pantalla como «¡Voy a por ti!».

Él se limita a contestar con un movimiento que elimina uno de mis peones.

Yo hago un movimiento estúpido y escribo «¡Eres hombre muerto! ¡Y tu rey y reina también! ¡Voy a asesinar a tu reina y haré que el rey tenga que mirar!».

Él escribe «Nadie toca a mi mujer».

Yo sigo: «¿Excepto tú?».

«Lo vas pillando».

Me río y cuando me llama, nos olvidamos del juego y me pierdo en su voz y en las cosas que me dice.

Durante la segunda semana, fui al ginecólogo y escuché los latidos del corazón del bebé. Melanie lo grabó con el móvil y me lo envió, así que se lo mandé a Remy, que me contestó con un «??».

Marco su número y escucho su voz áspera. Siempre suena un poco impaciente, como si prefiriera hacer cualquier otra cosa antes que hablar por un maldito teléfono, y contesta con un «Sí» brusco.

—Eso es el corazón del bebé — digo.

Los dos nos quedamos callados un momento. Y entonces dice:

—Cuelgo para escucharlo. Te llamo en cinco minutos.

Me río y espero impaciente…

Cuando han pasado dos semanas y media, Nora ya viene cada vez menos. Parece que esté enfadada conmigo por algo, ¿o soy yo la que está enfadada con ella? No estoy segura. Pero incluso Melanie se pregunta qué le pasa y a veces pienso si está así de gruñona por culpa de Pete, porque me pregunta siempre por los combates, el horario y la Liga.

Para entonces ya he escuchado la mayoría de las canciones de Remy. Mis favoritas son *Far Away*, de Nickelback, y *Here Withouth You*, de 3 Doors Down, que escucho una y otra vez.

Melanie ya se tutea con el florista. Recibo rosas rojas cada día. *Cada día*. Ella recibe una llamada de Riley por la mañana y otra por la tarde, en la que se le pide un informe completo para Remington. ¿Me han gustado las flores? ¿Estoy bien? Yo le mando todos los días un mensaje a Remy, bueno, más de uno; y él siempre me contesta después de entrenar.

He visto cientos de películas, he comprado por Internet hasta cansarme y he vuelto a ver a mis padres. Puede que las cosas sigan un poco tensas entre nosotros, pero la situación mejora cada vez que vienen. Por lo menos ahora parecen aceptar al bebé y casi se alegran.

A la tercera semana ya me he leído la biblia del embarazo *Qué esperar cuando estás esperando* y he aprendido que el ardor de estómago que tengo es normal. ¿Los lloros? ¿La ira? ¿Los cambios de humor? Todo normal. En los foros online como *we90r64mama* y *4uwforever* lo llaman «el drama de la madre embarazada». Me partí de risa con las anécdotas sobre sentirse posesiva con el padre del bebé y hacer mil locuras como comprobar los recibos, las tarjetas de crédito y espiar.

Creo que estoy sobrellevando bien el drama de la madre embarazada (el DME) hasta la cuarta semana, cuando el reposo en cama empieza a hacer que me suba por las paredes. Intento mantener mi mente ocupada, o a mí misma, pero echo de menos correr, el sol, los combates y sobre todo a él.

A medianoche tuve insomnio (¡normal!) y le escribí un mensaje largo y detallado explicándole que había estado lloviendo en Seattle y que había descubierto una canción que quería ponerle. ¿Conocía *Between the Raindrops,* de Lifehouse? Oh, ¿y ha ido a correr? Echo de menos correr. Es tan frustrante mirar todo el día estas cuatro paredes…

Entonces le cuento que había planeado pedirle permiso al ginecólogo para poder ir a verle luchar cuando venga a Seattle la semana que viene. La única respuesta que recibo para todas las preguntas que le he escrito fue: «Nada de Liga para ti, dinamita. Quédate en casa».

De todas las cosas que pensaba que diría, nunca, nunca imaginé que Remington diría eso. Y entonces, mi DME comienza con todas las cosas que me había dicho mi hermana para torturarme, con eso de que era el Dios del sexo de la Liga… Y, de repente, el DME empeora cuando me lo imagino con putas dándole placer mientras está ahí solo sin mí. ¿Quién le está dando a este hombre primario todo el sexo que necesita? Parece que mis hormonas del embarazo están trabajando mucho, no solo ayudándome a desarrollar al bebé, sino volviéndome loca.

Me obligo a escribirle: «¿Por qué? ¿Por qué no quieres que vaya?».

No contesta y todos mis miedos aumentan de forma violenta mientras me pregunto realmente el porqué.

«¿No quieres verme?».

Y me contesta: «Quédate en casa y espérame allí, joder».

Entonces, ¿no tiene ganas de verme?

«¿Quieres que me quede en casa para que así puedan gritarte tus fans pero yo no? ¡Que te jodan!».

Le añado el icono de la cara roja enfadada para que sepa que me he cabreado, después dejo el teléfono a un lado y me cuezo en mi propio jugo hasta que quiero explotar. ¿Que me quede en casa? Mi hogar está donde esté él. Gilipollas.

Esta mañana he recibido el doble de rosas.

Cuando Riley habló con Melanie hace unas horas le pidió que me dijera que Remington esperaba que me gustasen las flores y que quería que le enviase el enlace de la canción de la que le hablé ayer en el mensaje.

¡Ja!

Lo siento, pero no estoy de humor para mandarle una mierda.

Nuestro bebé está bien y yo estoy muy contenta porque parece que la crema funciona. Las manchas han desaparecido del todo, pero ¿mis hormonas? Están furiosas. Me muero por verle. Le he estado defendiendo a él, a mí y a nuestro bebé ante mis padres a diario, diciéndoles que no me han dejado tirada, que me ha traído aquí para que me apoyen y me cuiden, pero escucharle decir que no quiere que vaya a la Liga me jode.

Toda la tristeza que he intentado contener me llega desde todas direcciones ahora que estoy enfadada con él y no quiero tener razón para estar enfadada con él pero, Dios, no puedo evitarlo. Si estás de reposo en cama no tienes nada más que hacer que dejar que tu cabeza se invente mil historias sobre lo que está pasando ahí fuera, en el mundo sin ti, y ninguna de esas historias es agradable.

—Melanie, deja de enviarle informes —digo malhumorada esa tarde.

—¿Por qué? Riley pregunta y Remington me pidió que le enviara informes diarios antes de marcharse. Quiere saber cómo estás.

—Deja de enviarle informes detallados. Punto.

Parece incapaz de no reírse mientras habla.

—Eh, ¡pero si tú también quieres que te cuente cosas! Se te salen los ojos cuando hablo por teléfono, como si quisieras tener oídos supersónicos para escucharlo. Te he oído llamar a Pete para preguntarle qué tal está.

Suspiro y me presiono la sien.

—Me preocupo por él.

He llamado a Pete para preguntarle si todo iba bien y me ha dicho que sí. Como un verdadero hombre, no ha estado muy hablador por teléfono excepto para decirme que están ahí si necesito algo y que Remington está entrenando sin parar. Le pregunté si estaba acelerado y me dijo que todos estaban concentrados en mantenerlo bajo control y en calmarlo, y que estaba intentando mantenerse azul con todas sus fuerzas.

¿Qué significa eso?

Una vez Pete me dijo que yo era lo que le aceleraba y la idea de que Remy pueda querer evitarme para mantenerse azul me corroe como el ácido.

Mel observa mi cara de tristeza y mueve la cabeza con una sonrisa, como si no pudiera creer que me haya convertido en esto.

—Te van a salir arrugas; cambia ya esa cara —dice con ternura y trae un cuenco de palomitas orgánicas caseras para comer mientras vemos otra película—. Cariño, la Liga viene aquí en una semana. ¡Deberías estar sonriendo!

—No podré ir. Remington no quiere que vaya, joder.

Tomo aire e intento calmarme mientras pienso en lo que haría BAE (Brooke Antes del Embarazo).

—Porque vendrá a verte después del combate. Riley me ha dicho que tu hombre quiere dormir aquí contigo durante los tres días que estén en la ciudad.

Me cubro la cara.

—Eso me hace sentir peor. ¿Por qué viene justo a tiempo para luchar en vez de venir a verme antes?

Melanie se encoge de hombros.

—¿Y si Nora tiene razón y él ya no me quiere? —continúo.

Ahora se echa a reír.

—Vale, lo primero: Nora es una descerebrada con pájaros en la cabeza y lleva desaparecida todos estos días aunque me prometió que vendría a cuidarte y ahora estará en Dios-sabe-dónde. Está en

las nubes y tú estás en otro lugar, porque es evidente que las que hablan son tus hormonas.

—No puedo creer que no quiera que vaya. Creo que alguien le robó el móvil y me respondió. Puede que una puta asquerosa.

—Brooke, está claro que os está protegiendo a ti y al bebé.

Melanie pone los ojos en blanco un segundo mientras busca una película para alquilar en la Apple TV.

Los monstruos de mi cabeza sobreviven a sus palabras. El bebé está mejor. Si el médico me deja, ¿por qué no querría que estuviera allí? ¿No me echa de menos?

—No lo entiendo —refunfuño mientras cojo una de esas estúpidas revistas que ya he leído miles de veces y la tiro contra la pared.

Melanie deja el mando y viene a acariciarme el pelo.

—Es como eso que dicen de que los hombres son de Marte. Algunos con los que he salido incluso son del peor planeta de todos, el de los gilipollas. Y tú, querida, estás muy embarazada. Has estado estresada por perder el bebé, por perder a tu chico, por tus padres que no te apoyan. Y Nora no es ninguna ayuda. Estás aquí atrapada conmigo, en una cueva, entre estas cuatro paredes, sin ver el sol. Tía, por eso todos los que han salido en Gran Hermano se han vuelto locos, y eso que ellos tenían una piscina.

La empujo de broma y me río.

Pero horas después estoy mirando la pared del salón imaginando todas las opciones por las que Remington podría no quererme. Remington viendo a otra que le gusta en las gradas. Remington, que se da cuenta de que un bebé (como ya se ha demostrado hasta ahora) es un problema mayor de lo que querría un hombre como él. Me estoy torturando y mi mente ha ganado tanta velocidad que no puedo pararla.

—Estás distante. ¿Dónde estás? ¿Con Remy?

—Debe de estar peleando ahora mismo.

Ahora mismo cientos de personas pueden verlo. Cientos de mujeres están gritando su nombre, muriendo de deseo por él. Ahora mismo esos ojos azules tienen que observar a otra persona o a algo

cuando miren al público y yo no esté ahí. Y aunque esté aquí, en mi ciudad, no quiere que vaya y no sé qué hacer.

—¿Y no lo retransmiten en alguna web? Ven aquí. ¡Seguro que sí!

Me lleva a la habitación, abre el portátil y busca en Google. Mi interior da saltos mientras me pregunto si lo emiten. Da un chillido cuando encuentra un enlace y sube el volumen.

—Está ahí. ¡Ven aquí! Bueno, no es él. ¿Crees que habrá salido ya?

Leo los comentarios. Le mencionan pero la gente pregunta cuándo va a salir. Mi corazón se retuerce por las ganas de estar allí y Mel me aprieta la mano cuando el presentador utiliza su voz más intrigante.

—Oigo un nombre entre la multitud. Se escucha cada vez más. ¿Vosotros también lo oís?

Se tapa un oído y el público grita al unísono.

—¡DEPREDADOR!

Las mariposas alzan el vuelo en mi estómago cuando el presentador continúa.

—¡Eso es! ¡Eso es, damas y caballeros! ¡Vamos a recibir al chico malo perfecto, invicto en esta temporada y con una puntuación increíble, el único e inigualable Remington Tate! ¡Deeeepredadooor!

Mi estómago se cierra cuando él sale y el público ruge en las gradas mientras la cámara se centra en el cuadrilátero. Entonces sube, ágil y aerodinámico, al cuadrilátero, como solo él hace. Se quita su bata de DEPREDADOR y los gritos de las mujeres casi destrozan los altavoces de mi ordenador. A lo lejos veo una pancarta en la que pone «Siempre Depredador».

Mel y yo observamos fascinadas cómo da su vuelta de presentación. Está sonriendo, absorbiendo la atención. Entonces veo cómo se detiene en el lugar de siempre, mira automáticamente a mi asiento vacío y su sonrisa desaparece. Se para un instante, después se cruje el cuello, vuelve hacia Riley y se aleja de la multitud.

—¡Oh! Creo que él también te echa de menos. Nunca se va a su esquina así. —Melanie suspira—. ¿Brooke? ¿Brooke?

Estoy llorando en la almohada.

—Brooky, ¿qué te pasa?

—No lo sé.

—Brooke, ¿qué te pasa? ¿Te pasa algo?

Estrujo más la almohada y me seco los ojos.

—¡Agh! Han caído más litros de agua en mi piso que en todo Seattle —gruño. Luego me levanto y me marcho. Voy a la cocina, cojo una servilleta y me seco las lágrimas cuando de repente escucho gritos del público que siguen a un gran «¡Pum!». Vuelvo deprisa y miro la pantalla. Un hombre está tirado en el suelo bocabajo y Remington está delante de él con los pies separados, el pecho subiendo y bajando, y los brazos apoyados en los costados. Es como un Dios conquistador. A quien deseo con cada molécula de mi cuerpo. El que puede tener la mujer que quiera y que puede que ya no me desee. No puedo afrontar el modo en que se partirá mi corazón si tengo que vivir el resto de mi vida sin él.

—¡Depredador! ¡Damas y caballeros! ¡Nuestro vencedor, invicto esta temporada, el número uno! ¡DEEEPREDAAADOOOR!

—Te amo tanto… No sé cómo, pero voy a hacer que me quieras lo mismo —susurro y acaricio su cara en la pantalla.

—¡Vas a ser papá, Rem! —grita Melanie—. ¡La madre de tu bebé te quiere mucho!

Remington gira la cabeza hacia el árbitro del cuadrilátero y, con una inclinación de cabeza, el presentador llama a otro luchador. Mi estómago se hace un nudo cuando comprendo que seguirá luchando.

Melanie contesta el teléfono y me olvido de decirle que no lo haga.

—¡Riley! Qué… Oh, está bien. ¿En serio? Bueno, no, en realidad ella tampoco lo está llevando bien.

Cierro los ojos y miro mi teléfono mientras ellos empiezan a hablar de lo mal que estamos.

—Sí, sí, le dije que vendría. ¿Justo después del combate? Vale, le encantará.

Y cuelga.

—Remington ha terminado el combate y quería saber si estabas bien. Y Riley quería saber cómo estabas porque Remington no lo lleva muy bien. Quiere que sepas que estarán aquí pronto.

La frustración de estar atada a la cama es enorme, pero la frustración añadida de querer verle hace que me hierva la sangre. No puedo soportar la idea de que estará luchando en Seattle y no podré verle combatir.

De repente voy a por el teléfono fijo y marco un número.

—¿Qué haces? ¿A quién llamas? —pregunta Mel.

—Con el doctor Trudy, por favor. Soy Brooke Dumas —digo y tapo el micrófono—. Melanie, no me importa que no quiera verme. Yo quiero verle y voy a hacerlo. Y punto.

—¿De qué coño hablas?

—Tienes que llevarme a la Liga.

♥ ♥ ♥

—Siempre he querido vestirme a la antigua desde que vi *La señora Doubtfire* —dice Melanie mientras saca las pelucas que hemos comprado por Internet.

—Mel, no me voy a levantar de la silla de ruedas. Dime otra vez que nada va a salir mal.

—A ver, el médico te ha dado permiso. Todo irá bien. Remy ni siquiera sabrá que has ido. ¡Somos jóvenes, Brooke! ¿Hola? Carpe diem. Solo se vive una vez —resopla con decisión y va a probarse su vestido de flores de «señora mayor».

—Pero le he dicho al médico que iba a visitar a mi novio a su casa —le recuerdo.

—Esa es su casa. El cuadrilátero es el hogar de Depredador. Además, no subestimes el poder de la felicidad. La gente se cura mejor cuando están en los brazos de su amor. Al bebé le encantará, ¿verdad, pequeño y adorable bebé? —murmura con cariño a mi vientre.

Contengo una risa y la aparto, pero tiene razón. Estoy bastante segura de que al bebé le encantará. Ya siento que tengo más fuerzas y no creo que el bebé haya estado disfrutando de mi habitual estado de pena. Estoy enamorada de un hombre complicado y me hace tener sentimientos complicados. Lo he pensado un millón de veces y no me importa un comino que no quiera que esté allí. Voy a ver a mi hombre. Y punto.

—¿Qué te parece? —le pregunto a Melanie mientras me coloco la peluca rubia con media melena.

—Increíble. Pareces una chica barata. Ahora deja que te maquille.

Me extiende un cóctel de maquillaje mientras la perspectiva de verle hace que mi corazón palpite emocionado dentro de mi caja torácica.

—Mel, mis poros se están asfixiando.

—¡Ssh! ¡Fuera! Ahora yo.

Me miro en el espejo mientras ella se maquilla.

—Vale, parezco una prostituta. Van a preguntarnos cuánto cobramos.

—Tonta, tenía que hacer que no parecieras tú.

—¡Pero tú estás más buena! Eres una abuelita que está para comérsela. ¿Por qué yo no?

—Porque yo soy la que todavía puede andar y tú eres la de la silla.

Me acerca al espejo y nos miramos con los vestidos de flores. Mel me ha puesto una chaqueta suya de cachemira y se ha colocado una flor en su peluca canosa mientras que mi peluca rubia lleva una cinta negra como la de *Alicia en el País de las Maravillas*.

No parezco yo para nada y si me pongo las enormes gafas que tengo, aún menos, pero son tan grandes y raras que las meto en el bolsillo del vestido mientras nos dirigimos al ascensor.

—No quiero distraerle, ¿de acuerdo? Remy no puede verme allí. Puede que se enfade. Ni siquiera sé qué haría, es impredecible. Y nunca nos hemos peleado sin haber roto la relación, Mel.

—Querida, a juzgar por las rosas que te ha enviado, quiere arreglar las cosas. ¡Y no te preocupes! Te traeré de vuelta en un momento y ahora, ¡vamos a sacarte de esta puta habitación! ¡Yuhu!

♥ ♥ ♥

Treinta minutos después descubrimos que el estadio no está adaptado para discapacitados. Lo hemos sabido cuando Mel ha intentado sacarme del taxi, después a la silla, hemos ido hacia la entrada, al ascensor y finalmente a las gradas del estadio. Está jadeando, resoplando y diciéndome que ya no tiene tan buen aspecto.

—Y todo gracias a ti, tía preñada.

Me reiría de lo ridícula que parece cuando intenta que la gente nos deje pasar, pero cuando entramos en el estadio tengo la sensación de volver a casa y los sentimientos mezclados de felicidad y frustración por no haber sido invitada chocan dentro de mí creando una combinación un poco complicada.

Este es el lugar donde nos conocimos. Donde perdí mi corazón en un instante. Donde se folló mi nombre. Donde besó mis labios. Donde conquistó el cuadrilátero antes de conquistarme a mí.

Después de un millón de «Disculpa, perdón, paso», Melanie me lleva por fin a nuestros asientos. He tenido que comprar las entradas con mi tarjeta y he despilfarrado un poco, así que he elegido asientos de primera fila, aunque no están exactamente centrados. Pero no están mal y podré devorar cada centímetro de mi Depredador desde cerca. ¿No está emocionado por hablar conmigo? ¿No está emocionado por verme? Yo me muero por un echarle vistazo.

—Recuerda aparentar ser una señora mayor, Mel —susurro cuando los primeros luchadores de la noche empiezan a golpearse en la cara.

—Esa mujer nos está siguiendo —dice Melanie, preocupada, y señala a un lugar a nuestra espalda, pero yo no puedo girarme—. Tiene pinta de hombre. Da un poco de miedo.

Observo la zona en busca de Pete y le veo, y a su lado, en el asiento que suelo ocupar yo, está mi hermana Nora, sonriendo y ligando con él.

—Vaya, ¿Nora ha conseguido que Pete le compre una entrada? —comenta Melanie.

No sé por qué, pero ver a alguien, a cualquiera, aunque sea mi hermana, en mi asiento, despierta miles de serpientes celosas dentro de mí y vuelvo a estar enfadada. Enfadada no. Furiosa, porque Remington me dijo que no podía venir. Capullo.

De repente el cuadrilátero está vacío y me parece ver a Riley dirigiéndose a su sitio cerca de la esquina del cuadrilátero. Mi pulso se dispara.

—La última vez que vino a este estadio nos regaló un K.O. de infarto y salió tras una chica de las nuestras… —La voz estalla a través de los altavoces, las mujeres gritan y mi corazón arde cuando recuerdo cómo vino hacia mí—. Ya sabéis de quién hablo. ¡Del hombre que habéis venido a ver! ¡Saludad al único, al inigualable, Remington Tate! ¡Deeeepredadoooooor!

Melanie contiene la respiración y después murmura:

—Oh, Dios mío. Le veo.

Mi pulso ha subido hasta el techo mientras veo fugazmente un rayo rojo corriendo hacia el cuadrilátero, pero no puedo ver nada desde esta maldita silla.

—¡No puedo verle!

Y, joder, odio que todos puedan verle y yo no.

—¡Tía, va hacia el cuadrilátero! Se están acercando unas chicas, pero él se abre camino. Es un Dios, Brooke. Oh, Dios mío…

Y entonces por fin lo veo, mi corazón se detiene, literalmente, y mi estómago se comprime por la emoción. Le amo, le odio, le amo.

Se sitúa en mi campo de visión, un rayo rojo, y sube al cuadrilátero. Tan flexible y musculado, tan ágil y elegante. Las luces brillan sobre él mientras se quita la bata roja y de repente está ahí. Masculino y brutal. La fantasía de cada mujer y tan real para mí.

Nunca olvidaré su aspecto con la ropa de boxeo, cada músculo de su torso está duro y definido, bronceado y reluciente. Nunca olvidaré cómo le sonríe al público. Me estoy muriendo. Está impresionante. Perfecto. Irradia fuerza masculina y vitalidad, como si hubiera estado en una maldita playa y yo en el infierno. Parece incluso que todas las luces se dirigen hacia él para besar su piel bañada por el sol. Extiende los brazos duros como piedras, con los músculos tensos, mientras empieza a dar una vuelta despacio. El estadio casi tiembla bajo mi silla y los gritos son ensordecedores.

—¡Fóllatelos, Depredador! —grita la gente detrás de mí.

—¡Y luego fóllame a mí!

Sus hoyuelos se muestran para ellos, sus ojos brillan para ellos. Parece tan feliz que quiero pegarle. De hecho, quiero subir ahí y pegar su boca a la mía mientras le golpeo.

—Brooke, me siento una mala amiga porque me pone tu hombre, ¡pero dime que lo entiendes! —exclama Melanie con ansiedad.

Gruño enfadada conmigo misma. Me han abandonado y aquí estoy, persiguiéndole como una admiradora cualquiera, muriendo de deseo por él porque es mío.

MÍO.

—¡Y ahora, daaaamas y caballeros, recibimos al Padre de todos los Monstruos, a Héctor Hex, Hércules! —grita el presentador.

—Joooder —murmura Melanie.

En cuanto el Padre de todos los Monstruos sube al cuadrilátero, juraría que casi veo el suelo ceder bajo su peso. Nunca le había visto, pero parece incluso mayor que el Carnicero y el nudo de mi estómago se aprieta más. El nuevo luchador parece una especie de leñador al estilo Paul Bunyan: un gigante enorme.

—¿De qué galaxia ha salido ese pedazo de carne? —pregunta Melanie, tan sorprendida como yo.

Remy choca los guantes con él, retrocede y flexiona los músculos de los brazos. Veo cómo los tatuajes entre su hombro y su bíceps se estiran. Todo mi cuerpo se estremece al pensar en cómo se sienten.

Se dirigen al centro. Mi corazón golpea como un martillo cuando el Padre de todos los Monstruos golpea a Remington en las costillas y él le devuelve un puñetazo triple tan rápido y potente que hace retroceder tres pasos al otro.

—¡Brooke, Dios mío! —dice Melanie—. ¡OH, DIOS MÍO!

El gigante vuelve a la carga con un movimiento que golpea a Remy directamente en el estómago. Escucho el sonido del puñetazo y hago una mueca de dolor, pero enseguida oigo el sonido de Remington devolviéndole los golpes. Rápido y con fuerza. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pum! El gigante cae de culo. Remington da una vuelta en el cuadrilátero mientras espera a que se levante. Mi sinuoso, elegante y poderoso león de ojos azules.

Todo mi cuerpo recuerda cómo se mueve ese león encima de mí. Dentro de mí. La manera en la que sus caderas empujan con una precisión perfecta. Cómo sus manos suben por mi cuerpo. Cómo me pellizca. Cómo me excita. Cómo su lengua me acaricia, me saborea y me lame.

El monstruo se levanta lentamente, sacude la cabeza, como si estuviera confundido, y antes de que pueda lanzar otro puñetazo, Remington le golpea con la derecha y vuelve a tirarlo al suelo, esta vez de espaldas.

Melanie salta y grita.

—¡SÍ! ¡SÍ! ¡REMY, ERES EL REY DE LA PUTA JUNGLA! —grita.

Remington se gira con esa sonrisa y me quedo helada cuando nos mira. Sonríe de forma indulgente en nuestra dirección, a nosotros, sus fans, y de repente su expresión cambia y parece que su cuerpo se vuelve a poner en marcha. Sigue mostrando sus hoyuelos pero sus ojos se entrecierran un poco mientras nos observa. Como un depredador al acecho.

Se me cae el alma a los pies.

—¡Creo que ha reconocido tu voz, idiota! —siseo por lo bajo y agarro a Mel de la falda para que vuelva a sentarse.

Pero no está mirando a Mel. Oh, no. Remy me está mirando a mí. Tiene los pies separados y su pecho sube y baja mientras se centra en mí. En mí y solamente en mí.

Sus ojos azules se fijan en mí, curiosos e interrogantes, y de repente soy terriblemente consciente de lo que llevo puesto. Los ojos pintados, el ridículo pintalabios rojo, el exceso de maquillaje… Rezo en silencio, espero que eso baste para esconderme de él.

Vuelvo a respirar cuando sus ojos se mueven a mi derecha, a Melanie. Ella se recoloca la peluca y maldice.

—No me jodas, coño.

Y si pensaba que me había librado, le subestimaba por completo.

Vuelve a mirarme y, entonces, mueve la cabeza lentamente.

Mi corazón se tensa tanto que creo que voy a tener alguna lesión permanente en el pecho.

Se pasa una mano por el cabello y camina sin parar durante un momento. Entonces vuelve a subir la cabeza y, cuando sus ojos arden mirando hacia mí y vuelve a mover la cabeza, esta vez dejando entrever sus preciosos hoyuelos, creo que me corro.

La electricidad recorre mi cuerpo cuando sus ojos se oscurecen de calor, sus labios se curvan de manera sensual, llenos de ese conocimiento masculino que sabe que, al contrario de lo que diría cualquiera de sus fans, yo soy su mayor admiradora.

Sabe exactamente quién soy. Veo un reproche divertido en sus ojos y casi puedo escucharle decir…

«Tú, maldita sinvergüenza, sé quién eres».

«Te veo».

«¡Te veo, joder!».

Quiero arrancarme este disfraz estúpido, correr hacia él y subirme a su cuerpo como si fuera un árbol. Sujetar esa dura mandíbula con las manos, besarle en la boca y ahogarle con mis besos y todo el amor que siento por él y que me ha estado sofocando estas semanas.

Tensa los dedos cuando anuncian a otro luchador y sube al cuadrilátero. Remy sigue mirándome, estirando y tensando los puños. Siento el calor de su mirada quemando cada parte de mi ser hasta los pies.

Suena la campana y Remington me guiña un ojo. Un guiño que hace rugir a toda la multitud.

Melanie me aprieta la mano.

—¡Vuelve a decirme lo mucho que no te quiere, idiota! —Se apunta a sí misma—. ¡Esta chica de aquí está cachonda por tu puta culpa! ¡Oh, Dios mío! ¡Te lo está haciendo mentalmente!

Casi gimo cuando comienza el combate.

Remington parece fortalecido. Golpea al nuevo rival una y otra vez, golpea, lanza ganchos y esquiva; y se gira hacia mí entre golpes, simplemente para ver que estoy mirando.

Lo hago.

Le miro.

Le siento.

Le deseo.

Le quiero más que a nada y a nadie en este mundo.

El otro no tiene ninguna oportunidad contra él y yo me dedico a observar con una fascinación completa.

Todas estas semanas, con todas sus horas, le he echado de menos con locura, deseándole con locura, amándole con locura… Ahora mismo está más cerca de lo que lo he tenido en semanas y me muero tanto por estar con él que agarro la silla con tanta fuerza que mis nudillos se ponen blancos. Lo quiero dentro de mí igual que quiero seguir respirando. Eso es lo único en lo que puedo pensar ahora. Lo único en lo que pienso es que él es mío y yo soy suya, que no voy a dejarle marchar, que haré que me desee otra vez aunque deje de desearme en algún momento y que nunca en la vida dejaré de hacerlo.

Con cada victoria dicen su nombre, levantan su brazo, el público grita, esos ojos azules me encuentran con mi disfraz ridículo, aprieta la mandíbula y su cuerpo se tensa, como si no soportara verme sin poder tocarme. Todo mi cuerpo responde y tiemblo por cómo me mira. Puede que esté horrible, pero él sigue deseándome. La lujuria arde en sus ojos y la promesa de que esta noche me tendrá baila en sus iris. Mi corazón se estremece. Lo recuerdo.

Recuerdo su piel y sus durezas rozándome. Su respiración. Veo su cuerpo en acción, brillando por el sudor, perfecto en cada línea y cada centímetro de piel. Casi puedo saborearlo y sentirlo deslizarse contra mí.

Paso toda la noche con una mezcla de felicidad, excitación, nervios y deseo estremecedor y abrumador.

—Mel, no quiero que venga a verme con este disfraz —digo lamentando por primera vez mi elección en cuanto a la ropa. Estoy fea, sucia, ridícula y voy vestida como una puta. Y no es así como quería que Remy me viera hoy.

—De acuerdo, vamos a llevarte a casa y a hacer que venga a ti —murmura. Empieza a empujarme y de repente escucho la voz del presentador a través de los altavoces.

—¡K.O.! ¡Sí, damas y caballeros! ¡Nuestro vencedor de la noche vuelve a ser Depredador! ¡Depredadoooooor!

Su nombre resuena a mi alrededor mientras el público corea «¡Depredador! ¡Depredador!».

—Por supuesto que ibas a hacer justo lo contrario de lo que te dije. —Una voz gutural e increíblemente profunda y *sexy* susurra detrás de mí. Entonces veo un torso musculoso moverse delante de mí y un par de brazos deliciosamente sudorosos me levantan.

Remington se gira hacia Melanie en lugar de hacia mí y dice, casi con un gruñido:

—Yo me encargo de este peligro. Riley puede llevarte a casa.

Su aroma me rodea y me desarma totalmente. Quiero golpearle el pecho y decirle que me deje porque sigo un poco enfadada, pero mis dedos se han unido alrededor de su fuerte cuello por miedo a caerme y me mantengo inmóvil mientras me sujeta y disfruto del contacto de sus brazos abrazándome. Bien. Muy bien. Sus bíceps abultados me aprietan en los costados, sus poderosos antebrazos relucen con un brillo de transpiración, igual que el resto de su cuerpo. El resto de su precioso, enfurecido y complicado ser.

—Diviértete, Brooke —dice Melanie mientras viene a darme una palmada en el hombro y me susurra al oído—: Tía, en la vida he

visto ese brillo en los ojos de un hombre. Te va a follar hasta que no pueda más.

En los vestidores, Riley me saluda con una sonrisa más que alegre.

—¡Eh, Brooke! Como Rem te tiene bien sujeta, ¿se supone que eres Brooke? —pregunta mientras le da a Remington una bolsa de deporte pequeña.

Remy asiente y le susurra algo. Después me lleva fuera, llama un taxi y, en lugar de dirigirnos a casa, le dice con voz ronca al conductor que nos lleve a un hotel que está a dos calles de aquí. Está deshidratado y abre la cremallera de su bolsa, saca una botella de agua y empieza a beber mientras utiliza su brazo libre para colocarme en su regazo.

Me agarra más fuerte por la cintura cuando intento moverme y mi corazón golpea con fuerza dentro de mi pecho cuando mete la botella de nuevo en la bolsa. Baja la cabeza y toma la inspiración más larga y profunda que ha hecho jamás en mí. El deseo se mueve en espirales por todo mi cuerpo. Sigo un poco enfadada, pero noto mi clítoris palpitar hasta llegar a dolerme. Coge mi cara, me gira y me muerde la oreja mientras respira con violencia, completamente erecto bajo mi culo, como si me deseara. Como si me deseara de forma desesperada.

—Dios —me gruñe al oído.

Sus brazos se tensan a mi alrededor mientras se folla mi oreja con la lengua. Un temblor de deseo sube rápidamente por mi cuerpo y hace que tenga que contener un gemido. Estoy indecisa entre pegarle y besarle porque me está destrozando. Tengo la ropa interior empapada, me duele el pecho, me duele el corazón, me duele cada parte del cuerpo mientras sumerge la lengua en mi oreja, por fuera, por detrás, con la misma desesperación que siento yo.

Cuando llegamos al hotel, la ira me hierve en la sangre y, al mismo tiempo, me derrito de deseo por cómo Remington se ha llevado a sí mismo hacia una excitación salvaje en el asiento trasero del taxi. Ha deslizado sus manos por mi cuerpo, me ha lamido y me

ha mordido. Durante el trayecto me ha estado oliendo como si estuviera muriendo sin mi esencia.

Recoge la llave del mostrador de la entrada y subimos en el ascensor.

—Bájame —le digo con una voz intensa y extraña.

—Dentro de un momento —responde con un murmullo. Sus ojos arden cuando me mira.

Incluso cuando me observa con el vestido menos del universo, con el peor maquillaje posible, con un pintalabios color rojo buscona, el deseo primario de su mirada me atraviesa como pequeños calambres de placer.

Me siento como un volcán en erupción; la sangre corre por mis venas con una potente mezcla de ira y deseo. Pero odio cómo el deseo empieza a ganar terreno a medida que su aroma inunda mis pulmones. Me duele la lengua. Quiero lamerle el cuello y besar esa boca tan sensual y hacer que me demuestre que sigue deseándome y queriéndome.

Mi corazón bombea con fuerza cuando mete la llave en la cerradura y entramos. Recorremos el pasillo hasta el final, donde suele estar la habitación principal.

Me deja a los pies de la cama.

—No sé si debería besarte o pegarte.

Me tiembla la voz por la emoción. De repente me siento fortalecida y le clavo el puño en el pectoral, que está muy duro, y le empujo del pecho para que se aparte. Agarro su preciosa cara y pego su sensual boca a la mía. Su sabor sube por mi cuerpo como un chute de éxtasis hasta que me separo con ira y vuelvo a golpear el muro que es su pecho.

—¡Tus canciones me han hecho llorar! ¡He echado de menos tu voz, tus manos! Estoy embarazada, estoy loca por ti y quieres que me comporte como una esposa del siglo v, esperándote mientras tú estás por ahí mojándoles las putas bragas a todas las mujeres. No pienso hacerlo. Me niego a ser esa clase de chica. ¿Me has escuchado?

—Sí, te he escuchado. —Se inclina y desliza los dedos por mi nuca, y su voz áspera y llena de deseo baila sobre mi piel—. Ahora ven aquí y bésame otra vez. —Me acerca a él y yo le golpeo el pecho cada vez con menos fuerza y me quejo.

—¿Has tocado a alguien? —grito mientras trato de liberarme.

Me sujeta la nuca con más fuerza y lleva su mirada hambrienta a mis labios.

—No.

—¿Y entonces por qué no querías verme? ¡No lo entiendo!

Sus ojos destilan frustración.

—No tienes que entenderme, solo quererme. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes? —Desliza el pulgar con una aspereza sensual por mi labio inferior—. ¿Me quieres?

No puedo contestar. Observa mi boca con una deliciosa mirada carnívora y yo viajo por su mandíbula ensombrecida, sus ojos azules, su pelo despeinado, sus pómulos y la mandíbula cuadrada, las líneas oscuras de sus cejas, cada precioso centímetro de su cara; todo está tan cerca que cada órgano de mi cuerpo se estremece.

—¿Todavía me quieres? —susurro.

—Tienes que estar de broma —dice.

Gimo mientras sus dedos acarician mi nuca; el contacto aturde mi cerebro. Me intoxica con su cercanía, me emborracha con el aroma de su sudor, de su jabón, de él. Cada vez que está cerca de mí se me tensan los sentidos y estoy tan sensible por todas las horas que he pasado echándole de menos, por todas estas hormonas raras, que mi voz tiembla cuando hablo.

—¿Sigues queriéndome, como antes?

—¡Joder, estoy loco por ti! —grita con incredulidad.

Cierro los ojos y gimo en voz baja mientras me aferro a esas palabras.

—Te he dicho que te quiero con cada pétalo de cada rosa —susurra.

Vuelve a pasar la yema del pulgar por mi boca, esta vez con más brusquedad, con más deseo, mientras su voz aterciopelada y

potente manda un cálido escalofrío por mi cuerpo.

—Una de mis doctoras recibió una rosa. Me contó que era de su marido, que la quería y estaba lejos. Joder, ¿no es eso lo que envías cuando estás lejos de alguien para decirle que le amas con locura? Brooke, nunca antes había hecho esto, pero me jode y me duele mirarte en una puta pantalla. Me duele escribir. Me duele como no lo hace un puto puñetazo.

Extiende los dedos por mi nuca como si necesitara tocar todo mi cuerpo. Sus ojos brillan de manera tan feroz que hace que mi corazón se ponga a latir con más fuerza.

—¿No has escuchado las canciones? Eran todas para ti, Brooke. ¿No sabías que pensaba en ti? ¿Que te echaba de menos? ¡Si no te he demostrado que te quiero, entonces dime cómo la estoy jodiendo!

—¡Quería que quisieras que fuera al combate! Como siempre. Antes siempre me querías ahí. ¿Por qué ahora no? ¿Por qué no has venido a verme antes?

—Dios, ¡quería que estuvieras ahí más que nada en el mundo! ¿Crees que disfruto de este infierno? Si hubiera ido a verte antes del combate, ¿crees que habría tenido fuerzas para marcharme? ¿Cómo puedes pensar que esto es fácil para mí, Brooke? ¿Cómo puedes hacerlo?

La intensa frustración que muestran sus ojos me llega tan adentro que bajo la cabeza porque no, no creo que sea nada fácil para él.

—¿Crees que me necesitas, dinamita? —La pregunta me sorprende y tengo que apretar las piernas para dejar de temblar—. Cariño, todo lo que me necesitas es tan solo la mitad de lo que te necesito yo.

La tristeza inesperada de su voz devuelve mi mirada a la suya.

—Mi resistencia es la mitad de lo que solía ser. No puedo concentrarme. No puedo dormir. No puedo meterme dentro del combate. Soy como un robot. Siento un agujero aquí, justo aquí. —Coloca el puño en su pecho—. Estoy intentando proteger a mi chica. Tres médicos, tres, me dijeron que tenía que estar en la cama

durante el primer trimestre, sin viajar a ninguna parte. No puedo verla, no puedo hacerle el amor. Estoy intentando hacer lo correcto a pesar de que mi cuerpo me grita que ella es MÍA. —Entrecierra los ojos y respira profundamente por la nariz—. Necesito que estés conmigo cada segundo.

—Remy, lo siento. Esto me está volviendo loca.

Me cubro el rostro e intento respirar, aunque tengo la garganta atascada. Remington me agarra las muñecas y me coloca los brazos a los lados mientras me mantiene la mirada. Sus ojos son de un color azul intenso.

—Te amo con locura, Brooke. —Me sujeta la cara con sus dos manos enormes, preciosas y ásperas—. Te quiero tanto que no sé qué hacer conmigo —dice y me besa la nariz con respiración suave y temblorosa—. Echo de menos todo de ti, desde tu forma de sonreír hasta el modo en que me miras y cómo la cama huele a ti cuando estás conmigo. Te quiero tanto que no lo puedo comparar con absolutamente nada. Las ganas de venir a buscarte y llevarte conmigo me devoran como una enfermedad.

Me pongo a temblar a los pies de la cama. Todos mis sentimientos, todas mis hormonas furiosas, todas mis células, todo mi ser vibra con sus palabras. Mi cuerpo entero tiembla de amor, deseo y por la agonía física de que se me haya negado a Remy, mi medicina, durante semanas. Extiendo los brazos temblando y acaricio con cariño los duros filos de su mandíbula con tres dedos.

—Esto —digo— es lo que veo en mi habitación. Esta cara. Esta cara es todo lo que veo, Remy, es todo lo que veo.

—Joder, quítate esa mierda y déjame ver a mi Brooke.

Agarra la peluca y la deja a un lado, después me sostiene la mirada mientras nuestras sonrisas desaparecen. El aire late entre nosotros y palpita como si nuestro deseo fuera algo vivo que respira entre los dos.

—¿Por qué querría alguien tapar este pelo?

En silencio, retira la red que sujeta mi cabello y el sonido suave que hace se oye en toda la habitación.

Lentamente, unos dedos expertos indagan por mi moño y me sueltan el pelo. El contacto de sus dedos en mi cuero cabelludo despierta escalofríos por mi espalda.

Después de soltar mis mechones color caoba sobre mis hombros, mis muslos se derriten en un charco, junto con el resto de mi cuerpo. Una fina capa de sudor cubre su ancha garganta y sus pectorales también brillan. Su torso es tan duro y sólido que parece tan impenetrable como un muro de acero, como si nada pudiera hacerle daño. Me acaricia el pelo y me siento desfallecer.

Hablo y mi voz parece más áspera que nunca.

—Se suponía que tenía que ser una anciana admiradora tuya.

—Mi… —dice con un susurro que es mucho más profundo y áspero que el mío.

—¿Qué?

—Mi encantadora… desobediente… admiradora favorita. —Vuelve a decir que soy suya…

Se me escapa un gemido y él lo escucha. Mete una mano bajo mi vestido y me excito enseguida. Los ojos azul intenso me observan mientras sus dedos suben por los pliegues de mi sexo y mi corazón late desbocado.

Mira mi boca y, Dios, estoy empapada de deseo. Primero se inclina para probar mi boca, sin importarle que lleve los labios pintados, y mientras tanto, bajo el vestido, su dedo se desliza por la tela de mis braguitas. Su lengua baila con la mía y me tumba en la cama. Me estremezco mientras abro la boca y gimo en voz baja.

Me gusta tanto, tanto, tanto…

Toca la parte central de mis braguitas, después la aparta y me acaricia directamente con el dedo. Un tornado de deseo se despierta dentro de mí mientras le beso con dulzura. Sabe a él y también a mi maldito pintalabios. Me derrito mientras me acaricia con el dedo y luego llega su lengua. Caliente y húmeda, rodeando la mía, y convenciéndome para que le siga y beba de su boca mientras introduce suavemente el dedo corazón dentro de mí.

Mi cuerpo se arquea hacia el suyo.

—Si puedes venir a ver mi combate, puedes venir a mis brazos —susurra en mi boca.

Dejo de respirar cuando mete el dedo dentro de mi vagina. Siento que me retuerzo a su alrededor, mi cuerpo está ansioso por tener algo suyo dentro. Coloca el pulgar para tocarme el clítoris y cuando se separa un poco para ver mi cara mientras juega con la parte más caliente y mojada de mi cuerpo, su boca está manchada de pintalabios, su mandíbula está tensa por el deseo, sus ojos son de color azul brillante y su preciosa cara me observa. Y, Dios, juro que está tan como si le hubiera besado otra mujer. Siento celos de mí misma y de mi pintalabios mientras me retuerzo y muevo la cabeza.

—Remington…

Gruñe y me da otro beso, rápido y brusco, y un mordisco antes de apartarse y sacar el dedo.

Desabrocha cada uno de los botones de mi vestido de flores sin ninguna prisa. Cada célula de mi cuerpo está alborotada cuando me incorporo para ayudarle con los botones de abajo mientras él se encarga de los de arriba.

—Rápido. Oh, Dios, tócame —jadeo.

—Shh —sisea mientras abre el vestido por la mitad y aparta la tela para poder verme con la ropa interior de algodón blanco. Mis pezones resaltan a través de la tela del sujetador, mis braguitas están empapadas y no pensaba que fuera posible que sus ojos se volvieran más oscuros o hambrientos que antes.

—Dios, podría devorarte.

Prácticamente sin darme cuenta, localiza el cierre de mi sujetador con los pulgares y lo echa a un lado mientras pasa los dedos por mis pezones. Me va mordiendo la boca, primero el labio inferior, luego el superior, hasta que baja la cabeza y me muerde un pezón.

Escucho un «Oooh». Y soy yo quien hace esos sonidos y se acerca más a él.

Me lame el pezón con la punta de la lengua y escalofríos de placer se extienden por mi cuerpo. Vuelve a deslizar la mano dentro

de mis braguitas y yo subo las manos para acariciarle el pelo. Parece tan hambriento, y yo estoy tan sedienta, que en cuanto su dedo corazón se introduce dentro de mí, estoy tan hinchada, tan mojada y tan desesperada al sentir su boca lamiendo mi pecho, que empiezo a correrme.

Mis dedos se contraen en un puño entre su pelo y hago un sonido de «Ooooooooh» mientras mi cabeza cae y mis músculos empiezan a contraerse y relajarse, contraerse y relajarse. Él mueve el dedo despacio para hacerme disfrutar de todo el placer mientras me absorbe el pezón y desata torrentes de placer en mi cuerpo.

—Oh, Dios —grito. Me muevo para acercarme a él y pegar la cara a su cuello. Allí paso la lengua por su deliciosa piel bronceada, bebiendo desesperadamente de él—. Oh, Dios, me muero por que me hagas tuya. Por sentirte aquí. Dentro de mí.

Me mira mientras recupero el aliento. El brillo posesivo de sus ojos me quema.

—No he terminado contigo —me dice suavemente y hace que le lama el dedo húmedo—. Voy a follarte la boca con la mía, tu coño con mis dedos, con la lengua, con todas las partes del cuerpo que pueda. Y tú vas a besarme la polla como si no hubiera mañana.

—Quiero besarte la polla ahora.

—Ahora no.

Se aleja y se quita la ropa de boxeo hasta que solo quedan la piel bronceada, los músculos, los tatuajes y… Mis ojos se abren de par en par cuando le veo llevarse su enorme e increíble erección a la ducha y abrir el grifo de la bañera. Viene a por mí y mis ojos arden ante la visión de su precioso pene erecto, muy cerca del tatuaje de estrella que tiene más arriba.

Quiero besar esa parte de él como quiero besar el resto de su cuerpo. No. No quiero solo besarla. Quiero lamerla, chuparla, saborearla y hacerle mío por siempre jamás.

Antes de que pueda tocarle y jugar con él como él ha hecho conmigo, me agarra del brazo, me pone de pie y me lleva hasta el enorme jacuzzi redondo y de color hueso que está en el medio de la habitación. Cierra los grifos y yo me agarro a uno de sus brazos y

meto los pies en el agua. Después espero a que él me siga. Se mete detrás de mí y nos baja hasta el agua cálida para encender el motor del jacuzzi mientras nos colocamos.

Cierro los ojos cuando me envuelve en sus brazos y empieza a lamerme inmediatamente el cuello.

—Remy… —jadeo.

Sus dientes rozan mi nuca y entonces me dice al oído:

—No hay nada en el mundo que sepa mejor que tú, que tu piel, que tu lengua y no hay nada tan dulce y jugosos como tu coño.

De repente me levanta del agua y me gira, pero él continúa sentado en el jacuzzi y su cabeza está a la altura de mi sexo. Extiende las manos entre mis muslos para separarme las piernas y entierra la cabeza entre ellas. Besa mi coño durante un minuto entero, acariciándome el clítoris con la lengua, y después mete la lengua dentro de mí. Siento su gruñido vibrar dentro de mí y cuando ha terminado de saborearme, me da la vuelta y me baja de nuevo con él.

—Te mojas más incluso después de correrte —me dice al oído, su voz es densa como el sirope; después empieza a enjabonarme el pelo tranquilamente—. Y estas… son más grandes y pesan más.

Pasa las manos enjabonadas por mis pechos y parece que toda mi sangre está latiéndome en el clítoris y en mis pezones.

—Sí —logro decir—. Están muy sensibles, siempre están hinchadas.

—Quieren que las chupen —jadea en la parte trasera de mi oreja y su forma de decirlo, como si ya estuvieran lamiéndome los pezones, hace que mi clítoris se estremezca.

Siento su erección en la espalda y está tan dura que late contra mi piel. Mi lengua se mueve dentro de mi boca porque necesito enrollarla en la punta de su polla. Agarro el jabón y me froto la cara para intentar quitarme todo el maquillaje.

—Ya está —digo mientras me giro y le enjabono el pelo rápidamente.

Me mira con una sonrisa, como si supiera por qué tengo prisa. Me pongo de rodillas y le echo más champú en el cabello; intento

aclarárselo con una concha que hay al lado de la bañera y me siento a horcajadas sobre él para que el enorme bulto que es su erección, su enorme y deliciosa erección, esté justo ahí, entre mis piernas mientras le aclaro. Se inclina y empieza a absorber las gotas de agua de mis pezones. Grito y me agarra del culo para acercarme más a su erección mientras sus lametones hacen que me derrita.

—¿Esto te duele? —jadea y muerde la punta de mi pezón.

—No, ooh, Remy, me encanta.

Gruñe y mueve las caderas hacia mí mientras repite el mismo gesto en mi otro pecho.

—Joder, Brooke, podría correrme solo con lamerte, escucharte…

—Yo podría correrme con que solamente me lamieras… Y escuchando tus gemidos…

Me agarra un pecho y me succiona el otro tan fuerte que gimo y empiezo a moverme sobre sus caderas y antes de que me dé cuenta, me imagino subiendo la cadera, metiendo su polla dentro de mí y follándole, pidiéndole que esté dentro de mí una y otra vez. Me detiene.

—No voy a correrme en una bañera. El único lugar en el que me voy a correr es en tu cuerpo —murmulla.

—Llévame a la cama para poder hacerlo —jadeo ansiosa y coloco los brazos alrededor de su cuello.

Cuando me saca de la bañera y me envuelve en una toalla para llevarme a la cama, soy una masa temblorosa de ardiente deseo. Y lo que dice después me hace temblar incluso más.

—Te deseo tanto que quiero destrozarte. Quiero pellizcar, morder y lamer tus pezones, todo al mismo tiempo.

Me deja en la cama y me abre la toalla. Empieza a lamerme inmediatamente. Oh, Dios, no puedo respirar. Creo, creo que ni siquiera puedo seguir viviendo cuando empieza a pellizcarme los pezones mientras me lame en otra parte.

—Remington…

Es cautivador. La atmósfera que me rodea ha cambiado hasta el punto de que lo único que existe es la cama, él y yo. Juraría que

puedo sentir las chispas entre nosotros. Sube la lengua hacia mi cuello y casi sucumbo por el contacto de sus ásperas durezas en mi piel, familiares y deliciosas, cuando las va pasando por mis curvas.

—Te he visto… En mi cabeza… Cada puta hora de cada día —murmura.

Huele mi cuello y vuelve a tocarme el pecho. Me estremezco cuando me pellizca y me lame la clavícula. Mis dedos bajan por su espalda resbaladiza, cada músculo está definido bajo mis yemas y, oh, Dios, me sujeta en sus brazos. Sigue mojado, el aire es frío, pero lo único que quiere es secarme y lamerme.

Sujeto su mandíbula con las dos manos.

—Remington Tate —gimo y pego mi boca a la suya.

Presiona mis labios con más fuerza y me succiona la lengua.

—Brooke, joder, Dumas.

Me mira con ojos ardientes, tortura mis pezones con los pulgares y deslizo la mano por su cuerpo y empiezo a acariciar su largo miembro.

—Deja que te bese. —Coloco los dedos alrededor de la punta su erección mientras le chupo la lengua húmeda—. Dime que quieres que te bese ahí. Si no puedo tenerte entre las piernas, quiero tenerte en la boca.

Gime y desliza las manos por mis mejillas.

—Ahí es donde quiero que estés. La forma en la que utilizas los dientes, cómo mueves la lengua como si pretendieras vivir en mi cuerpo. Tengo tantas ganas de ver cómo rodean esos labios la base de mi polla que no creo que dure mucho…

—Dios, cállate.

Bajo y meto su polla en mi boca. Entera. Cada centímetro caliente y latente.

Un sonido profundo e intenso sube por su pecho y está tan duro y listo que enseguida saboreo unas gotas de semen. Levanto las cejas y me encuentro con sus ojos. Me mira con un éxtasis salvaje, observando mis labios en su polla. No en la base… Es demasiado

grande, larga y ancha. Pero mis labios le envuelven con fuerza mientras mi lengua le acaricia la punta de la polla.

Extiendo las manos por sus abdominales para sujetarme y su abdomen se tensa cuando le acaricio la estrella del ombligo con los dedos. Mi sexo arde de deseo y celos de mi boca porque tiene el placer de tenerle dentro.

Remy me sujeta la nuca como si estuviera hechizado mientras mi lengua se desliza por su miembro. Me estremezco con la mirada sexual y primaria de sus ojos. Agarro la base con el puño y empiezo a chuparle con la boca, gimiendo con aprobación cuando cambia de postura. Se pone de pie al lado de la cama y yo me quedo a cuatro patas en el colchón mientras me sigue dando a probar su miembro. Gime y empuja con los ojos cerrados. Puedo saborearle, está salado, listo para correrse. Sigue un ritmo tan fuerte que mi sexo se estremece de celos.

Mi pecho cuelga bajo mi cuerpo mientras le lamo a cuatro patas. De repente desliza una mano por mi espalda, palpa cada vértebra y sigue adelante hasta que alcanza con su dedo corazón la ranura entre mis nalgas y baja más y más hasta la entrada de mi sexo e introduce su dedo dentro de mí.

El placer se extiende por mi cuerpo. Gimo y muevo la cadera para que el dedo se introduzca más y levanto los ojos para ver su cara, su cara preciosa, salvaje y llena de deseo mientras me observa hacerle la mejor mamada de su puta vida.

Su pecho está acelerado. Siento la tensión que le invade mientras lucha por mantener el control. Pero le quiero descontrolado y salvaje. Está teniendo cuidado. Se está conteniendo al mover la cadera con suavidad.

—¿Tienes hambre de mí? —dice y sé que me está preguntando si se puede correr en mi boca. Dios, ni siquiera quiero parar para decirle que sí.

Empiezo a acariciarle la base de la polla con las dos manos y me aparto un poco para decir:

—Me muero de hambre por ti. Estoy hambrienta. Por favor, dámelo todo.

El sonido gutural que emite hace que me descontrole más. Empieza a follarme suavemente con dos dedos mientras extiende una mano en mi nuca y me sujeta para empujar la polla dentro de mí, dándome un poco más cada vez hasta que me llega a la garganta y entonces se aparta. Pero quiero que se descontrole tanto como yo y empiezo a mover rápidamente la cabeza arriba y abajo.

—¡Brooke! —grita mientras empuja al mismo ritmo y deja caer la cabeza con un gruñido salvaje.

Después gime y se libera dentro de mí. Tres chorros calientes y salados salen despedidos en mi boca y estoy tan cachonda e intoxicada por él que me corro en cuando saboreo el semen y, al mismo tiempo, siento cómo saca los dedos de mi coño y me acaricia el clítoris. Un abanico de colores se despliega bajo mis párpados y mientras mi cuerpo tiembla, me levanto y agarro su polla con las manos, lamo apasionadamente la punta, ansiando cada gota, hasta la última. Incluso cuando he terminado, jadeo, me lamo con deseo las comisuras de los labios y miro hacia arriba.

—Brooke —dice mientras me mira con posesividad brutal, fascinado de alguna forma.

Me incorpora y me tapa la boca con la suya mientras me acerca más a él, envolviéndome con los brazos. Su boca arde con la mía y nos vuelve a tumbar en la cama. Quizás mi boca sepa a él pero no le importa, me besa como si no existiera nada más que nuestras bocas. Y siento que es la única parte del cuerpo que puedo mover.

Nos tumba y me abraza por detrás. Pone la mano sobre mi sexo de forma posesiva, acariciándome suavemente.

—Me encanta que tengas tanta hambre de mí —me susurra al oído mientras me acaricia el vientre.

—Estoy embarazada de tu bebé. Hemos estado separados y ha sido una tortura. He soñado contigo y me despierto sudando y deseándote. No puedo volver a dormirme y me duele todo el cuerpo —confieso en un susurro y gimo cuando me toca.

Me muerde la oreja suavemente y utiliza la mano para penetrarme con delicadeza.

—No he podido dormir bien ni una sola noche desde que te marchaste. La cama está tan vacía que me voy a la ducha o al gimnasio —susurra mientras me muerde el lóbulo—. Pero me pongo duro solo de pensar en ti, Brooke. Pensando en que te he hecho un bebé. —Me mordisquea suavemente la parte trasera de la oreja y me introduce el dedo otra vez. Tiemblo de deseo y siento su polla entre mis nalgas, la mueve despacio hacia mí y movemos las caderas. Me recorren más golpes deliciosos de placer cuando me doy cuenta de que todavía no ha acabado. Me da la vuelta para que esté enfrente de él y me sube una pierna sobre su cadera—. Muévete conmigo —me pide con voz áspera y se mueve contra mí, follándome sin follarme. Nuestros cuerpos se mueven y se rozan.

Mi pecho se llena de amor cuando nos besamos y luego nos miramos. Sus ojos azules, el pelo de punta y los músculos prominentes. Mi sexo se tensa de deseo con cada movimiento de su cadera, que me acerca su largo miembro y roza los labios de mi sexo, acariciando mi clítoris sensible. Quiero decir «Te quiero», pero los únicos sonidos que puedo emitir son una mezcla de jadeos y gemidos.

—¿A quién quieres? —gruñe suavemente.

—A ti.

—¿Quién es tu hombre? —Mete la lengua en mi boca, después mueve su deliciosa y áspera mandíbula por la mía con un gemido—. ¿Quién es tu hombre?

Me encanta sentir su barba corta en las mejillas, le agarro la cara y vuelvo a pasar mi mandíbula por la suya.

—Remington Tate. Mi Depredador.

—¿Quieres tenerme en tu cuerpo?

—Hmm, te quiero tener por todo mi cuerpo.

Se supone que cuando digo «Hmm» significa que no me voy a alejar para olerle y su gemido me dice que mis palabras le están volviendo loco. Pero él me vuelve todavía más loca con esa forma de referirse a su semen como si fuera él. Me encanta todo lo que le gusta que lo sienta en la piel, dentro de mí, por fuera, en mi boca.

Hmm…

—Esto es lo que has pedido, Brooke Dumas.

Me coloca los brazos por encima de la cabeza y me rodea las muñecas con los dedos mientras desliza la polla por los labios de mi sexo, acariciando mi clítoris. Me mira con la misma expresión fascinada, llena de amor y deseo con la que le miro yo, memorizándolo con la mente igual que hace él. Arqueo el cuello cuando baja el ritmo, dejándome al borde del éxtasis durante un par de increíbles minutos en los que nuestros cuerpos siguen rozándose. Y aquí estamos. Los sonidos ásperos de la piel contra piel, los ruidos sordos de nuestros cuerpos, mis gemidos, sus gemidos. Eso es lo único de lo que soy consciente.

Susurro su nombre cuando me corro y mis ojos se abren de golpe en ese instante en el que todo se tensa antes de explotar. Le veo cerca de mí, con los ojos cerrados y la mandíbula tensa mientras se esparce por mi vientre y convulsiona conmigo. Sus dedos se tensan alrededor de mis muñecas. Quiero que esto dure siempre, la forma en la que me sujeta cuando se está corriendo y yo tiemblo, mientras los dos gemimos con sonidos de placer largos y profundos.

Cuando terminamos, vuelve a colocarme a su lado y susurra con voz ronca:

—He esperado esto durante treinta y nueve días.

—Y cinco horas.

—Y un poco más de treinta minutos. —Sonríe con satisfacción porque, evidentemente, me ha dejado muda de sorpresa, y me observa. Desliza un instante el pulgar por el borde de mi mandíbula —. Pienso en ti constantemente. Día y noche.

Utiliza el pulgar para moverme la cara y me mira como si quisiera devorarme, después se acerca y lo hace. Me besa como si fuera un tesoro comestible, acariciándome y devorándome al mismo tiempo. Desliza la mano arriba y abajo por mi espalda. El contacto de sus asperezas en mi piel me hace estremecer.

Me mira, su pelo está hecho un desastre encantador, de punta y mojado.

—Joder, eres preciosa.

—Estaba ridícula.

Ríe suavemente y me toca la nariz.

—Ridículamente preciosa.

Recorre mi cara con la mirada como si adorase verme, después se echa hacia abajo, me besa el vientre y coloca ahí la cabeza.

—¿Estás enfadado porque he venido a verte? —pregunto mientras coloco la mano en su cabello.

—No. —Me lame el ombligo—. Sé lo que tengo y eres una pequeña fuente de problemas, eso es lo que eres.

—¿Yo? Tú eres un problema. Cuando naciste, el médico en lugar de decir «Es un niño», dijo «¡Oh, es un problema!».

Su risa es profunda y gutural, después se queda callado y me mira con ojos serios, casi atormentados.

—Dios, cuánto te necesitaba. —Apoya la frente en la mía y respira profundamente—. Me vuelvo loco cuando pienso en ti. He pasado todo el vuelo hasta aquí escuchando la canción que me pusiste para decirme que me querías.

Vuelve a besarme con intensidad, se separa de mí para bajar y volver a besarme el vientre. Su respiración es agitada. No puede dejar de respirar en mi cuerpo, de tocarme, de recordarme que soy suya.

No podemos dejar de besarnos, de susurrar y de hacernos sentir bien durante horas, hasta que nos tumbamos, nos colocamos y él me abraza desde atrás. Me huele el cuello durante un momento y me da un beso detrás de la oreja. Después me acaricia un rato y cuando descubre que todavía me queda algo de semen en la piel, lo toma con dos dedos y lo lleva hasta mi sexo.

Jadeo.

—Shh —dice en voz baja—. Necesito estar aquí. Justo aquí.

Introduce los dedos mientras me lame la nuca con delicadeza. Yo tiemblo y empiezo a correrme. Se ríe en voz baja y me acaricia más, su calor está dentro de mí y es como tenerle en mi interior. Me arden los ojos mientras sigo temblando y él presiona la palma de la mano contra mi sexo para que sienta todavía más.

Cuando termino sigo pensando, como una adicta, en tenerlo dentro de mí.

—Cuando me hagas el amor otra vez, quiero que te quedes dentro de mí. Prométeme que estarás toda la noche dentro de mí, como me juraste.

Me coloca la cara en un ángulo que parece gustarle más y me sostiene la nuca mientras me lame la lengua como si estuviera muriendo de hambre por ella.

—Voy a follarte por cada noche que no te he follado y voy a quedarme dentro de ti.

Respira despacio como si la idea le hubiera calentado y su aliento es cálido en mi cara mientras espera mi aprobación.

Cuando asiento, me sonríe con su sonrisa vaga y somnolienta. Yo también sonrío.

Me siento feliz. Completa. Como si hoy el mundo girase en la dirección correcta.

Dedica algo más de tiempo a acariciarme y mimarme, haciéndome todas esas cosas divertidas que hacen que las mariposas de mi estómago no dejen que me tranquilice. Estoy tan débil que solo gimo y susurro lo mucho que me gusta y él susurra que le encanta mi sabor y cuánto le gusta.

Cuando termina de lamer cada milímetro de mi hombro, mi garganta y mi oreja con la lengua, y termina de deslizar la mano por mi costado, me abraza por detrás con su enorme y duro cuerpo y nuestras piernas se enlazan como una trenza. Suspiro mientras nos quedamos dormidos. A veces, en medio de la noche, mueve la nariz hasta enterrarla en mi piel. Muevo el brazo hacia atrás y le acaricio el cabello medio dormida, me giro entre sus brazos para poder olerle y grabo en mi mente la sensación de volver a estar en la cama con el único hombre del que he estado enamorada.

Y parece que por fin mi hogar ha venido hasta mí.

12. Allá vamos

Dos días después seguimos en la misma habitación de hotel y me levanto con una fantástica sensación de bienestar cuando me doy cuenta de que me está mirando. Está apoyado en un brazo y sus músculos destacan. Su cabello negro y está completamente de punta y lleva esa sonrisa somnolienta y sensual de un hombre satisfecho hasta la saciedad y está tan en la cama que me lo comería con cuchara. Hago un sonido como de ronroneo mientras me doy la vuelta para estar frente a él.

—No quiero salir de la cama —susurro mientras deslizo la yema del dedo por sus tatuajes celtas.

Baja una mano por mi brazo y la ternura de esa caricia resulta casi insoportable. Me besa en la oreja.

—¿De quién eres? —pregunta suavemente. Y de nuevo sus ojos me dicen que soy suya.

—Tuya.

Extiende los brazos y me aprieta fuerte contra él. Jadeo.

—¡Eso es!

Sale de mí una risita extraña y parece que suena como una risa nerviosa.

—Nunca dejarás de preguntármelo, ¿verdad? ¡Oh! ¡Te odio! ¿Has oído eso? Has hecho que suelte una risa rara.

Se ríe y me coloca debajo de él. Le golpeo el pecho con un puño.

—Me has hecho soltar una puta risa rara, ¡y ni siquiera has dicho nada gracioso!

—Me ha encantado. Hazlo otra vez.

—¡Jamás! —me río y suena como una puta risa nerviosa.

Odio reírme así, pero el placer auténtico de sus danzantes ojos azules me llena de tanta felicidad que siento que mi pecho es una granada a punto de explotar cuando él se ríe y yo sigo con esa risa nerviosa.

Cuando se pone serio, observa mi cara, rasgo por rasgo, y mientras el aire pasa entre nosotros, nuestras sonrisas desaparecen. Su cuerpo se pega al mío. Sus pectorales aplastan mi pecho. Su peso me atrapa. Me encanta aunque me cueste respirar bien.

Sus ojos se vuelven un mar de amor cuando se inclina y presiona los labios contra los míos durante tres deliciosos latidos de mi corazón. No usamos la lengua, solamente la presión de los labios suaves y secos, tan llenos de amor que podría levitar.

Mis manos recorren su inmensa espalda.

—¿Cuándo te vas? —pregunto y respiro.

—Lo más tarde que pueda mientras siga llegando pronto al próximo combate.

Mi dolor y decepción aparecen en mi cara porque él aprieta su abrazo mientras se mueve a su lado y me lleva con él.

—¿Eres feliz aquí? ¿Te tratan bien? —Me acaricia la frente con la nariz.

—Nadie me trata ni me entiende igual que tú. Excepto Mel.

—¿Y tus padres?

—Me quieren.

Eso es lo único que digo. Estoy a punto de contarle que puede que no estén contentos por la situación pero después le miro a los ojos y me doy cuenta de que no tiene unos padres que le apoyen y se preocupen por él. Y tomo consciencia de la suerte que tengo.

—¿Te sentiste rechazado cuando tus padres no volvieron a por ti? —le pregunto.

—Rechazado no, incomprendido.

Habla de forma normal, como si para él no fuera más que un hecho corriente. Un hecho que me rompe el corazón cada vez que pienso en él.

—Oh, Remy. Lo siento mucho. Los odio por haberte hecho eso.

Se levanta, agarra sus pantalones de pijama y se va a buscar algo de comer, estoy convencida.

—¿Por qué? No me dolió. ¿Por qué lo sientes? Seré un buen padre. —Me guiña un ojo—. Ellos fueron tan malos conmigo que yo seré un buen padre.

Sus ojos brillan y quiero llorar cuando los dos miramos mi vientre. Estamos muy contentos por el bebé aunque no lo hubiéramos planeado. Quizás seamos jóvenes e idiotas, jóvenes y enamorados, pero estamos encantados de formar una familia juntos. De estar juntos.

Se oyen unos golpes en la puerta y frunzo el ceño. Él también frunce el ceño, después me señala con el dedo.

—Quédate ahí.

Va a abrir la puerta y entierro la cara en la almohada, lamentando que me vuelva a dejar sola hoy. He hablado con mi médico y me ha insistido en que no puedo viajar hasta que termine el primer trimestre, así que todavía me quedan por lo menos otras dos semanas y media.

Agarro su bata cuando escucho voces, me ato el cinturón en la cintura y salgo. Remington me ve con su bata y reacciona como siempre: prácticamente siento cómo me toma en su cabeza y me folla como no hemos podido hacerlo desde que me quedé embarazada.

Pete parece no haber dormido en varios días.

Remington me sigue follando con los ojos, sus labios están curvados por la satisfacción masculina que le invade cuando me pongo su ropa.

Mueve un dedo y me indica que me acerque. Mi corazón se derrite y voy hacia allí, consciente de que me está mirando mientras me ofrece la mano.

Extiendo la mano, atrapa mis dedos y me lleva a su lado, donde de forma instintiva empiezo a acariciarle los músculos del torso mientras le habla a Pete.

Pero estoy tan embelesada con su cuerpo que tardo un par de segundos en notar el silencio. Un silencio tan absoluto que se escucharía un alfiler cayendo al suelo.

—¿Qué pasa? —Dejo lo que estoy haciendo y mi mirada va de uno a otro.

Pete se desata el nudo de la corbata con desesperación.

—Tengo malas noticias.

Un brote de miedo nace en mi interior.

—¿Qué malas noticias?

Mira al suelo y se pasa la mano por el pelo. Me doy cuenta de que Remy me está mirando; me observa con tanta intensidad que el pequeño brote de miedo se convierte en un nudo inmenso.

—Escorpión —dice Pete.

Una sola palabra y mi corazón se ha convertido en una taladradora.

—¿Qué pasa con Escorpión?

La terrible sensación de las patas trepando por mi piel aparece con una venganza. Odio pensar en él. Y hablar de él. Odio su nombre.

Pero Remington está aquí, a salvo. Está a salvo. ¿Verdad? Sus ojos se centran en mí. Parece… preocupado.

Joder.

Estoy fría. Paralizada. Helada.

—Nora ha pasado la noche con él —añade Pete. Su voz es increíblemente fría, casi como la de un robot.

Sus palabras me molestan de forma tan profunda y aterradora que es un milagro que tenga las neuronas suficientes para asimilar lo que acaba de decir.

Mi hermana.

—Han pasado todo este tiempo en un hotel cercano. Ha salido con él, otra mujer y tres de sus secuaces. Iban de camino al aeropuerto. Parece que tiene un billete reservado para ella.

—¿Se va con él? —Me caigo hacia atrás de lo impactante que me resulta—. No puede irse con él… Esa… esa… ¡Esa gilipollas desagradecida!

—Dinamita… —dice Remington, pero estoy demasiado cabreada como para escucharle.

—Oh, Dios mío. ¡Es una idiota descerebrada, temeraria y desconsiderada! No me lo puedo creer…

Estoy alucinando mientras que Remington está tranquilo y pensativo. Tiene los brazos cruzados y sus tatuajes parecen haberse estirado al máximo por sus músculos; tiene los pies separados en posición de combate y con los ojos relucientes por la concentración. ¿Cómo es posible que él, el luchador, esté reflexionando y yo sea la que quiero golpear algo? Lo hizo todo por Nora, por mi culpa. Todo.

¡Y Pete! Pete está enamorado de ella.

Mis ojos arden con lágrimas calientes de frustración y mi mente no deja de dar vueltas mientras recuerda cada momento de las tres últimas semanas y la conversación en la que habló con sinceridad sobre Escorpión y yo estaba demasiado preocupada por Remington y el bebé como para prestarle atención. He estado muy metida en mi propia mente. No he visto las señales. Pero ¿qué señales? ¡Esto no puede ser real!

Voy a por mi móvil y lo enciendo. Busco mensajes en todas mis aplicaciones. Solamente tengo mensajes de Mel, Kyle y Pandora, pero ninguno de Nora. Marco su número mientras Pete camina por la habitación y Remington me observa en silencio, con los brazos cruzados, las cejas bajas como si intentara pensar en algo.

—Esto no me gusta, Rem —dice Pete mientras camina en círculos sin parar y niega con la cabeza. Parece tan desaliñado como si acabara de luchar contra un cocodrilo. —Si Nora le dice algo de que Brooke está embarazada y aquí, con reposo en cama, es tan

vulnerable como cuando estamos de gira. Además de que no estás aquí para protegerla. Podría hacerte daño, tío.

—Me salta el contestador —interrumpo hablando para mí misma. Después cuelgo y vuelvo a llamar.

Nada.

Dios, ¿qué le pasa? ¡Es el tío que me mandó una caja llena de escorpiones! No tiene escrúpulos. Lo único que quiere es volver a joder a Remington. Y volverá a utilizar a mi hermana. ¿Es que ella no se da cuenta?

Cuando meto el teléfono en el bolsillo de la bata descubro que Remy me mira con el ceño fruncido. Sé que esto le gusta menos que a mí y sé que también está intentando atar cabos.

Que Nora haya vuelto con Escorpión en este preciso momento no puede ser una coincidencia. Escorpión ha conseguido atraerla. Quiere volver a usarla. Y no voy a dejar que nadie le haga daño a mi hombre. Nada.

—Quiero ir de gira contigo —le suelto. De repente no me siento tan segura. Estoy embarazada y estamos separados… Remington tiene un brillo protector en los ojos. No sé qué va a hacer, pero mis instintos protectores por él, por nuestro bebé y por mí, ganan fuerza en mi interior.

—Quiero ir de gira contigo —repito.

—Ven aquí —dice en voz baja mientras extiende la mano.

Doy tres pasos y estoy en sus brazos. Ni siquiera los osos abrazan así. Me siento envuelta con todo su cuerpo mientras susurra:

—¿Cuándo puedes venir conmigo? —Sus manos son cálidas y firmes mientras me levanta la cabeza hacia la suya—. ¿Cuándo, Brooke? —insiste con calma.

—Dieciocho días.

Una eternidad. Toda una vida.

Sus ojos brillan de forma posesiva y asiente.

—Estaré aquí el día dieciocho a las diez de la mañana, ¿vale?

¿Qué voy a responder? Se va hoy y todo es un puto desastre. Mis ojos se humedecen un poco y bajo la cabeza para que no se dé cuenta.

Un gruñido furioso sale de él mientras se aleja de mí.

—¡QUE LE JODAN! —Se agarra del pelo con los puños y gira alrededor de Pete—. Nos retiramos de la temporada. La dejará marchar cuando sepa que no voy a luchar. Me quedo donde me necesitan. Se suspende todo hasta que nazca mi hija.

Cuando me doy cuenta de lo que está haciendo, le agarro de los brazos hasta que me mira.

—¡Remington Tate! —Su mandíbula está colocada en un ángulo específico y el pánico me abruma—. Te juro que no voy a dejar que nada, absolutamente nada, me suceda a mí o al bebé. Nada. —Le sujeto la cara y paso el pulgar por su barba—. No vamos a detenerte. No podría vivir así. Ve ahí fuera y lucha. Y gana. Confía en mí. Te elijo a ti. Quiero a mi hermana, pero a ti te quiero más. La ayudaremos en lo que podamos, ¡pero no a tu costa! Ya no. Esta vez no voy a elegirla a ella. Te elijo a ti.

Me agarra el pelo y me mira fijamente.

—No te haré elegir.

Me arden los ojos otra vez.

Me da un beso intenso y después me mira directamente a los ojos con determinación.

—Voy a rescatarla las veces que necesite. Lo haré por ti.

El brillo de acero en su mirada me llena de preocupación.

—No —gimo—. No. Ni siquiera sabemos qué está pasando.

Me abraza muy fuerte.

—Necesito que seas fuerte, dinamita. Necesito saber que estás a salvo cada minuto de cada día. No vayas sola a ningún sitio. No respondas a llamadas que no sean nuestras o de Melanie. No aceptes ningún paquete. No creas nada de lo que leas o escuches de mí. No te pongas en contacto con tu hermana sin que yo lo sepa.

Sus ojos recorren mi cara, como si quisiera asegurarse de que estoy bien y a salvo. Después se dirige a nuestro dormitorio y yo le

sigo. Recoge algo de ropa y me da una de sus camisetas.

—Quiero hablar con ellos.

—¿Qué? ¿Con quién?

—Con tus padres. —Se acerca y me toca la cabeza, su mandíbula sigue tensa—. Te he traído aquí para que estés a salvo, protegida y cuidada. Quiero hablar con tus padres. Quiero mirarles a los ojos y que me prometan que van a cuidar de ti. Pondré un guardaespaldas en tu puerta, otro en los ascensores y otro dentro de tu casa. No me lo discutas —me avisa antes de que empiece a decir algo.

Me tapo la cara con un sonido de frustración.

—¿Por qué estamos hablando de mí? ¡Estoy preocupada por ti! —grito y bajo las manos—. Quiere joderte, Remington. ¡Te juro que si alguien te hace algo voy a ir a destrozarles!

Me da una palmadita en el trasero.

—Soy mayorcito. Vayamos a conocer a tus padres.

—¡No podré vivir si vuelves a hacer lo de la última vez! Ahora es su decisión.

—Esta vez no será como la última.

♥ ♥ ♥

Esperamos a mis padres en el salón.

He soportado todo esto porque quería protegerlos y proteger a Nora, pero ya no me siento con ganas de mentir por alguien o a alguien. Mis padres se merecen la verdad aunque duela. No pienso quedarme sentada y dejar que me juzguen y no aprecien a Remington porque crean que va a hacerme daño cuando fui yo, yo solita, quien le hizo daño con mi falso coraje por salvar a mi hermana.

Dios, pero ¿y si no podemos salvarla?

¿Y si está tan metida que no puede salir nunca de ahí? ¿Y si lo hace y es una drogadicta y vuelve a recaer una y otra vez?

Cuando llegan mis padres apenas me miran; sus ojos van directos a la cara de Remington.

Mi padre está furioso

—¿Tú eres su novio? ¿Eres el que la dejó preñada y la trajo a nuestra casa?

Remington camina a mi alrededor, es como una torre que mira a mi padre.

—Sí, soy yo. —Coloca la mano en mi vientre y añade—: Será mejor que sea yo.

Suelto un suspiro.

—Eres tú. Vamos a calmarnos un poco.

—No estoy calmado —replica Remy con su voz profunda mientras mira a mi padre y después a mi madre—. Ha estado sola. Si hubiera querido que estuviese sola no la habría traído a su casa.

—Estoy bien, Remington. Papá, tranquilízate y siéntate.

Agarro la muñeca de Remington y me deja que le guíe hasta el sofá. Mis padres nos siguen. Remy se sienta a mi lado y extiende una mano sobre mi vientre mientras sigue callado.

Tomo aire y miro a mis padres.

—Mamá, papá, Nora os ha engañado. El año pasado no estuvo viajando por el mundo. Estaba con un hombre que se hace llamar Escorpión. No estuvo en Hawái ni en Tombuctú; estaba de gira con él mientras yo viajaba con Remington. Escorpión también es boxeador.

Mi madre se tapa la boca con la mano, pero no consigue disimular su pequeño jadeo de consternación.

—Escorpión le dio drogas a Nora y la retuvo. Para dejarla marchar, Remy le entregó el campeonato. Y creo que este año vuelve a necesitar nuestra ayuda.

Los ojos de mi madre se dirigen a mi derecha y hacia arriba; mi padre no pestañea, ha estado mirando a Remy todo el tiempo. A juzgar por la tensión de todos esos músculos que tengo al lado, sé que Remington también mantiene los ojos fijos en él.

—Oh, Nora —suspira mi madre con horror mientras se lleva las manos a la cabeza.

—¿Perdiste por Nora? —pregunta mi padre de repente. Mi padre es entrenador y respeta a los deportistas—. ¿Perdiste el combate por ella?

Remy se ríe suavemente y se echa hacia delante apoyando los codos en las rodillas.

—No, perdí por Brooke.

Mi padre se pone de pie y en ese mismo instante, Remy se levanta despacio, con esa forma felina que tiene de moverse.

—Remington, creo que hemos empezado con mal pie.

Mi padre rodea la mesita de café y extiende la mano. Toda su hostilidad ha desaparecido. Parece mucho más tranquilo ahora e incluso tiene una pequeña sonrisa.

—Soy Lucas Dumas.

Remy ni siquiera le mira la mano; la agarra inmediatamente y la estrecha con fuerza y decisión, como es él. Su voz es ronca por la emoción.

—Soy Remington.

13. Se acabó la espera

Me ha dejado un mensaje.

La noche que se marchó Remington descubrí una nota de Nora escondida bajo mi almohada.

«No es lo que piensas. Volveré cuando acabe la temporada. Lo tengo controlado. ¡No vengas a por mí, por favor!».

¿Qué coño significa esto?

La palabra «asombro» ni siquiera empieza a describir lo que sentí al ver la nota.

No puedo dejar de leerla. Es como si quisiera encontrar algo oculto entre las letras, pero no hay nada.

Papá y mamá han venido a casa a diario, que si Nora esto o Nora lo otro. Están acostumbrados a que sea caprichosa e irresponsable, pero esta vez están más preocupados por lo que les hemos contado. Yo creo que el único motivo por el que no se han vuelto locos es porque, antes de marcharse, Remington les pidió que se asegurasen de que estaba bien cuidada, y que él se aseguraría de que Nora volviera a casa.

Mis padres aceptaron. ¿Pero y yo?

Me fui un momento al baño. Me senté allí un momento para intentar respirar. Todavía no puedo respirar bien cuando pienso en algo, lo que sea, que tenga que ver con Escorpión… Y con Remy. He pensado enseñarles a mis padres la nota pero me temo que eso

solo aumentaría su preocupación, y yo no puedo hacer nada por solucionarlo. No puedo hacer eso.

Sin embargo, sí que le he enseñado la nota a Melanie.

—¿Qué coño se supone que significa esto? —pregunta Melanie cuando se la enseño.

Me mira completamente furiosa.

—No lo sé.

—Te voy a decir lo que significa. Significa: «Soy una gilipollas, como siempre has sabido, pero te niegas a creer. Volveré cuando os haya jodido la vida a ti y a tu novio otra vez. No intentes detenerme» —dice Mel, enfadada—. Eso es lo que significa.

Y de nuevo recuerdo lo que me dijo de Escorpión y me gustaría haberle prestado más atención.

—Si Nora ha vuelto con Escorpión, entonces es el hombre que se merece —gruñe Mel.

Me siento tan desconcertada por la nota como la primera vez que la leí. Suspiro y me dirijo a la otra mujer que hay en la habitación.

—Josephine, ¿quieres algo? —le pregunto a la guardaespaldas que está interna en mi casa, la mujer con pinta de hombre que Melanie decía que nos seguía antes del combate. Ni siquiera sabía que Remington, ese idiota adorable y posesivo, ya había contratado a alguien para vigilarme. Josephine es muy agradable, aunque está claro que es una mujer enorme y peligrosa.

—No, gracias, señorita Tate —dice con voz áspera desde la esquina, donde tiene un ojo puesto en la ventana y el otro en una revista.

Melanie sube la mano para disimular una risita.

—¿Le llamas «señor Tate» a Depredador?—le pregunta.

Josephine asiente con educación.

—Claro que sí, señorita Melanie.

—Brooky, no me creo que alguien llame «señor» a tu novio. «Señor» es para tíos trajeados. ¿Las otras dos guardaespaldas también le llaman «señor»?

Josephine asiente y Melanie no puede contener la risa.

Kendra y Chantelle son mis otras dos guardaespaldas. Remy ha elegido mujeres a propósito porque no quiere que haya hombres cerca de mí, pero siempre vigilan por fuera del edificio o en los ascensores. Remington está preocupado por culpa de Escorpión y la idiota de Nora.

—Ahora tienen a su hermana. No necesitan a Brooke para joderte, lo harán con Nora —le aseguró Pete.

—No, no. ¡No voy a permitirlo! —prometí. Pero no he sabido nada de Nora. Nada excepto esta maldita nota.

—Melanie, la ira que siento no se expresa con palabras —le digo mientras me vuelvo a meter la nota en el bolsillo.

—Tía, yo estaría echando humo. No se merece que un héroe como Remy la salve. ¡Y PUNTO! ¿Quiere a Escorpión? ¡Pues entonces es lo que se merece!

—Me pongo enferma solo de pensar en lo que Remy hizo el año pasado por nosotras. No voy a dejar que se haga daño por mí o por uno de los míos. ¡Ni siquiera por este bebé!

Melanie me abraza.

—Lo sé, pero no te pongas nerviosa por el bebé.

—El señor Tate es un hombre muy afortunado —dice Josephine desde su silla mientras asiente.

—Oh, Josephine, debería haber una nueva definición de amor para estos dos —dice Melanie, mientras se echa el cabello rubio hacia atrás, se lleva una uña pintada a los labios y entrecierra los ojos como si estuviera pensando—. Josephine, deberíamos ponerles un nombre como Brangelina y todas esas parejas de famosos. Ayúdame a pensar en uno, ahora que estás leyendo esas revistas de cotilleos. ¿Qué te parece «Bremy»?

—¿Por qué no me invento yo «Miley» para Riley y tú? —le contesto.

Melanie sonríe y se deja caer cerca de mí.

—Me gustan sus visitas de amigos. Venía cada noche y tuvimos un rollo. Pero está centrado en otra cosa, Brooke. Es leal a Remy de

una forma increíble. Nunca dejaría lo que tiene por mí y yo nunca dejaría mi vida por él —. Suspira y echa la cabeza hacia atrás para mirar al techo—. Así que supongo que somos amigos.

—Con derecho a roce.

Ella sonríe.

—Sí.

Entonces me toma la mano y dice:

—Pero quiero lo que tienes tú. ¡Me he enamorado cientos de veces! Pero nunca como tú. Así que me pregunto si lo sentí de verdad o eso creía, ¿entiendes?

Sonrío y acaricio la pequeña prominencia de mi vientre y llevo su mano hasta la mía.

—Aquí. Siente esto. Esta es la burbujita que te he dicho…

E incluso Josephine se acerca.

—¿Eso es el bebé moviéndose? —pregunta Josephine.

Asiento, tomo su mano y la coloco al lado de la de Melanie.

—Creo que ya está aprendiendo a dar puñetazos. Pero no se lo digas todavía al señor Tate —disfruto cuando digo «señor»—. Quiero que lo sienta cuando esté segura de que es el bebé.

♥ ♥ ♥

El día dieciocho es mañana.

Mañana.

No he muerto. No ha ocurrido ninguna desgracia. Nora no ha intentado ponerse en contacto conmigo y eso me coloca en una posición complicada. Los ojos de Remy no se han vuelto negros. Mi condena ha terminado y, ¡vuelvo a casa! ¡Con Remy! ¡Mañana!

Mi precioso bebé cumple exactamente doce semanas hoy, a salvo en mi útero.

Siento mil escalofríos dentro de mi cuerpo mientras preparo la maleta. Y hay bastantes cosas que meter. Sí, finalmente me dieron una tarjeta de crédito platino y estaba un poco triste porque echaba de menos a mi hombre. Y, con un demonio llamado Melanie sobre

mi hombro, busqué por Internet y he acabado sucumbiendo y comprando muchas cosas de bebé y un par de cosas de embarazada para mí. Parecía que cuanto más compraba, más convencía a mi cuerpo de que este bebé viene de verdad.

Así que tengo unas zapatillas Converse rojas diminutas, unos conjuntos de bebé, por si acaso, y un *body* en el que pone «Mi papá da buenos golpes». También meto el libro de *Qué esperar cuando estás esperando*. Que no es un libro cualquiera, como le he dicho a Melanie, es la biblia del embarazo. Así que todo eso va en la maleta del bebé.

Estoy metiendo mis cosas de deporte en una maleta porque por fin voy a volver a correr y, ahora mismo, correr es como volar para mí. ¡Qué ganas! Junto con la ropa de deporte meto algunos pantalones con esa goma ridícula para embarazadas (aunque lo que resulta aún más ridículo son las ganas que tengo de llevarlos en lugar de mis pantalones normales) y también tengo unas camisetas anchas de premamá.

Mi teléfono suena mientras sigo haciendo la maleta y contesto para escuchar la voz de Pete.

—Está nervioso por ir a buscarte —me dice Pete.

—Oh, Pete, ya estoy lista —digo mientras observo mi habitación y me alegro de no volver a verla en una temporada. Después meto las zapatillas de correr en el bolsillo lateral.

—Quiero decir que está nervioso de verdad —dice Pete y se aclara la garganta a propósito.

Escucho un grito al fondo y cómo una voz familiar y cautivadora dice «¡Porque soy el puto rey!».

Dejo de hacer la maleta y me pongo derecha, mis ojos se abren más.

—¿Ese es él?

—¡Sí! Está cada vez más inquieto.

—¡Venid aquí ya! ¡Me muero por verle!

—El combate de esta noche termina tarde. Pero estaremos volando hacia allí antes de que salga el sol.

—Esos cabrones quieren un trozo de Depredador, ¡pues van a acabar destrozados! —escucho al fondo.

Me río de alegría y me rodeo el vientre con el brazo de forma instintiva.

—Entonces, ¿se le han oscurecido los ojos?

—Todavía no, pero se está acercando. Creo que se le está acumulando la tensión. Estamos sorprendidos porque haya durado tanto. Pero hay que estar alerta. Nos vemos pronto.

—¡Vigílale! Y sin mujeres, Pete.

—Estás de broma, ¿no? Podrían desnudarse cien mujeres aquí ahora mismo y él no estaría mirando a ningún sitio que no fuera Seattle.

—¿Puedo hablar con él? —pregunto y noto que mi pecho está a punto de estallar de la emoción.

Hay un momento de silencio y entonces su voz profunda y gutural llega a través del altavoz y va directa a mi corazón.

—Cariño, estoy muy emocionado. Estoy listo para patear algunos culos e ir a buscarte.

—¡Lo sé! —digo entre risas.

—Voy a dejar K.O. a todos los que me traigan. Solamente para ti.

—¡Y yo te estaré esperando mañana por la mañana!

—Vale, no te preocupes, voy a ir a por ti. Ponte un vestido para mí. No. Ponte algo bonito y ajustado. Y déjate el pelo suelto. O recogido, mierda, así también me gusta.

—Me lo recogeré para que puedas soltármelo tú —le propongo.

Toma aliento tan fuerte que puedo escucharlo y después hay un silencio, como si estuviera imaginando cómo hacerlo.

—Sí —murmura al final y escucho la creciente brusquedad de su voz.

—¿Sí? —yo no sueno mucho mejor.

Su respiración se calma y parece que su voz se vuelve áspera y profunda, como cuando está conmigo.

—Sí, haz eso.

Me derrite y las mariposas vuelven a la vida dentro de mí. Hago las maletas durante todo el día y después me ducho, me enjabono y me pruebo miles de conjuntos, e incluso un par de vestidos. Me hago un recogido alto, uno bajo y me hago una coleta. Luego me pongo un vestido blanco y ancho y unas bailarinas de color crudo. Llevo el pelo recogido en la coleta suelta que suelo llevar.

El día siguiente me parece que no me he arreglado tanto en la vida y apenas me puedo sentar en el descapotable de Melanie. Mel es una de esas personas que ha decidido que aunque llueva más de doscientos días en Seattle, los otros ciento sesenta y cinco hay que conducir con la capota bajada. Y aquí estamos, con la capota bajada, en uno de esos preciosos y soleados días, esperando a que aterrice el avión.

—Creo que lo veo —digo apuntando al cielo azul.

—Brooky, estás adorable. Es como si todas tus barreras hubieran desaparecido y fueras una quinceañera. — Melanie parece divertirse, sus ojos verdes brillan. Lleva las gafas de sol en la cabeza.

Ni siquiera puedo contestar porque las dos ruedas traseras del avión han tocado tierra y el avión es tan blanco y precioso, decorado en el centro con una línea azul y otra plateada que va hasta la cola, que no puedo dejar de mirar mientras aterriza. Los nervios hacen que mi pulso se acelere mientras aprieto los dedos alrededor de la puerta del coche.

—Siento que no le he visto en un año.

—Me alegra saber que he hecho que el tiempo se te pase más rápido —dice Mel con sarcasmo y después me empuja con el sonido de sus pulseras—. Abraza a tu maldito chófer. Te he traído al aeropuerto, ¿no?

Me giro mientras el avión se dirige al hangar donde aparca y la abrazo tan fuerte que casi le hago daño.

—Te quiero, Mel. Sé buena. ¿Vendrás a verme pronto?

—Lo haré, ¡cuando termine mi proyecto! —Entonces me mira y asiente detrás de mí—. Ahí está.

Me giro. El avión ha aparcado tan cerca que una de las alas está a menos de cuatro metros del coche de Mel. Mientras uno de los pilotos coloca la escalera, yo abro la puerta del coche y Melanie me grita.

—¡Idiota, tus cosas! ¡No te olvides de llevar puesta la cabeza!

Vuelvo a por mi bolso y cuando me giro otra vez, Remington está saliendo por la puerta. Mil campanas resuenan nerviosas dentro de mí. Sé que debería ir a sacar mis cosas del maletero de Mel, pero cuando baja los escalones de tres en tres y pisa el suelo, salgo corriendo. Ahora ya puedo correr, y voy corriendo a sus brazos.

Doy un salto y me coge, me aprieta y me hace girar, no podemos evitar reírnos. Después nos miramos. Mis pechos se aplastan contra su pecho pétreo, mis pies siguen a unos centímetros del suelo mientras me sujeta entre sus brazos y veo cómo el azul de sus ojos atrapa la luz del sol cuando me mira como si quisiera abrazarme, acariciarme, alimentarme y follarme a la vez.

—Llévame a casa —jadeo y me sujeto a su cuello cuando me baja al suelo.

—Será un placer —dice con voz ronca, acariciando mi mejilla con una mano. Su frente se apoya en la mía, pega sus labios con los míos y escuchamos gritar a Mel:

—¡Remy, cuídala! ¡Se hace la dura, pero el interior blandito es para ti y lo sabes!

Él se ríe y va a darle las gracias. Riley sale del avión y se dirige a Mel.

—Hola, amiga —le dice.

Melanie le responde lo mismo mientras Riley le da una palmada en el hombro a Remington.

—Yo me encargo de las maletas.

Remington vuelve a centrar su atención en mí, su cuerpo se mueve de forma hipnótica en esos vaqueros anchos y una camiseta gris que se supone que también es ancha, pero que envuelve todos sus músculos de la mejor manera posible. Estoy sin aliento cuando

me toma entre sus brazos y me mira con unos ojos que parecen gritar: «Eres mía».

Me lleva dentro del avión como si fuéramos unos recién casados y el avión fuera nuestro nuevo hogar. Diane da un chillido y Lupe y Pete empiezan a aplaudir cuando entramos.

—¡Sí! ¡Aquí está! —dice Pete.

—Oooh, Brooke, ¡estás tan guapa embarazada!

—Ahora por fin mi chico podrá concentrarse en el entrenamiento —refunfuña Lupe, casi con un gemido de alivio.

Extiendo los brazos para abrazarlos mientras me río y me doy cuenta de que Remington me aprieta fuerte contra él y no me deja soltarme.

Riley sube al avión.

—Joder, esa chica está guapa siempre. ¡Y tú también, Brooke! ¡Brillas como una estrella!

Escucho un gruñido profundo detrás de mí y creo que Remington ya se ha cansado de que esté abrazando a todo el mundo. Antes de que Riley dé un paso en mi dirección, Remy me agarra por la cadera y me lleva, medio volando, a nuestro asiento del fondo. Sé que está muy posesivo cuando tiene uno de sus episodios así que simplemente me siento y subo su mano para besarle los nudillos amoratados.

—Vale, Remy. Ya está contigo, ¡así que nada de romper las cosas del hotel! Necesitamos que estés concentrado —dice Pete, con su tono de hombre de negocios, mientras el avión empieza a moverse.

—Quiero ver tu culo en el gimnasio en cuanto lleguemos al hotel. Ni de coña voy a dejar que te enfrentes a ese cabrón sin estar bien preparado mientras vamos a por la semifinal —dice Lupe.

—Yo siempre estoy preparado. Se ha metido en mi puto cuadrilátero —responde Remington, pero no está prestando atención. Su expresión es increíblemente protectora cuando le beso cada uno de los nudillos.

—¡Ese es mi chico! Eso es lo que quiero oír —dice Lupe.

Remington gira la mano que le estoy besando para poder rozarme el labio inferior con el pulgar. Sus ojos de color gris oscuro me estudian y su forma de mirarme confirma que el vestido blanco ha sido la mejor elección. Estoy embarazada de tres meses, pero juraría que soy virgen solo por cómo me hace sentir cuando me mira.

Extiende el brazo y contengo la respiración mientras espero su contacto, su mano cálida y fuerte, sus asperezas en mis mejillas. No puedo respirar cuando un dedo largo se desliza por mi mandíbula.

—¿Has estado pensando en mí?

—No —bromeo.

Sonríe con indulgencia y lleva el revés del dedo por mi barbilla, sube por mi sien y sigue la línea de mi oreja.

—¿Tienes a alguien más en mente?

Casi no puedo pensar cuando noto su tacto, pero consigo encogerme de hombros con un toque de misterio. Vuelve a sonreír con indulgencia, como si supiera que no puedo pensar en nadie más que en él, que es el centro de mi universo y el rey del mundo.

—¿Estás cuidando bien a mi bebé? —pregunta con voz ronca y me levanta con descaro la falda del vestido y sube la mano más y más, pasando por mis muslos y mis braguitas, y extiende los dedos por mi vientre desnudo—. ¿O has estado saliendo de fiesta con una peluca y un vestido de abuela?

Parece que el equipo, sentado en su zona, le ha preguntado algo, pero él solamente se preocupa de que la falda del vestido me siga tapando la parte de arriba de las piernas mientras mantiene la mano dentro y yo ni siquiera puedo pensar porque el contacto con su piel me ha aturdido. Me sonríe con ternura como si supiera lo que provoca en mí. Desliza su mano libre por debajo de mi pelo y empieza a acariciarme. Se me escapa un ronroneo que me avergüenza, y escucho cómo se ríe a modo de respuesta mientras me mira. Dos meses de abstinencia. De desearlo, echarlo de menos y de anhelarlo. Ahora cada célula de mi cuerpo está despierta. Ni siquiera me toca el pecho, que me duele y lo tengo más hinchado que nunca. Ni siquiera toca mi sexo, que está empapado y tenso de

deseo, pero, Dios, siento placer desde el nacimiento de mi cabello hasta las plantas de los pies.

Su mano se queda quieta en mi vientre, piel con piel, pero las yemas de sus dedos me masajean la cabeza mientras juega con mi coleta y siento sus caricias en cada parte de mi cuerpo.

Su pecho se ensancha con una respiración profunda cuando inclina la cabeza y lleva la nariz a mi cuello. Me doy cuenta de que me está oliendo. El deseo, en forma de ardiente líquido, me inunda y casi gimo. Digo su nombre mientras coloco los dedos alrededor de sus brazos musculosos, por debajo de la manga de su camiseta, y antes de que pueda terminar, gira la cabeza hacia la mía y desliza la lengua por mis labios. Oh, por favor, Dios.

Su lengua regresa al combate con la mía. El placer me recorre y mis labios se abren mientras mi cuerpo hambriento le grita que me dé más, que me dé todo lo que quiero, amo y necesito ahora mismo. Por favor, ahora.

Me lo da, pero despacio. Me saborea, abre la mano en mi nuca, su pulgar acaricia el coletero, me está destrozando lentamente. Gimo y acaricio sus hombros mientras me abre más la boca y se inclina para probar mis labios, más profundamente y con más humedad. Nos movemos tan despacio que parece un sueño. Entonces empieza a follarme la boca sin rodeos, con fuerza, saboreando cada centímetro con la lengua, aumentando el espacio que nos separa antes de volver a acercarse a mí. El calor se extiende por mi cuerpo. Me está volviendo loca.

Me deshace la coleta y se aparta para ver cómo mi cabello se esparce por mis hombros; sus ojos, negros ahora, me devoran. Está inquieto y hambriento, pero parece tan feliz por verme, casi aliviado, que puedo ver docenas de chispas brillando dentro de sus iris.

Desliza la mano hasta mi culo y me acerca a él mientras vuelve a besarme. Su beso se hace más intenso y mi cabeza cae hacia el respaldo del asiento de la fuerza. Gimo mientras muevo la boca sin control contra la suya y no me doy cuenta de que estoy agarrada a él hasta que siento su camiseta en mis puños.

—Te he echado de menos —jadeo en su boca, él gruñe un poco y me lame el cuello. Siento cada beso que me da como si fuese fuego recorriendo mi cuello y subiendo hasta mi oreja.

—Esta noche, después del combate —dice. Su respiración es profunda y lenta, la mía es superficial y rápida.

Me aprieta contra él mientras me mira, observando la sonrisa aturdida de mis labios.

—Tus deseos son órdenes para mí.

—Te ordeno que vuelvas a ser mía esta noche. Eres mía para siempre.

Lo dice tan serio que me río, pero él no lo hace. Ni siquiera sonríe. Me mira como si estuviera esperando a que le diga de nuevo, aunque sea de broma, que sus deseos son órdenes para mí. Le acaricio la mandíbula.

—¿Qué me vas a hacer esta noche?

Respira en mi oreja y me muerde con delicadeza.

—Besarte, tocarte y acariciarte. Lamerte. Mimarte. Follarte y amarte. Hacer que te duermas conmigo dentro de ti. —Mueve los dedos, enormes, fuertes y llenos de cicatrices, sobre mi vientre—. ¿No te acuerdas de quién te ha hecho esto?

—Oh, me acuerdo. Me pone solo pensarlo.

—Y quiero hacerte mil más. Pero, ¿por qué no me parece que estés embarazada? ¿Comes bien?

—¡Sí! ¿Por qué? —Me pongo recta cuando retira la mano de debajo de mi vestido—. ¿Quieres que me hinche? ¿Quieres que todos sepan que estoy embarazada?

Se echa hacia atrás con los codos apoyados en el respaldo del asiento. El movimiento marca cada músculo debajo de su camiseta mientras sonríe de forma deliciosa y asiente.

—¿Para que todo el mundo sepa que soy tuya? —pregunto.

Asiente con una sonrisa encantadora que sube hasta sus ojos.

—Ya tengo el culo enorme y las chicas también son más grandes. Lo siguiente será mi tripa.

—Resulta que me gusta cómo les queda el vestido a tus chicas. Y tu culo es increíblemente delicioso.

—¿Entonces por qué no te alegras de la suerte que tienes? Tengo tetas grandes, el culo grande y, de momento, la tripa lisa.

Baja los párpados para mirarme el pecho con detenimiento, después una sonrisa aparece en su boca mientras me acerca a él.

—Ven aquí.

—Tienes un brillo malicioso en los ojos.

Su sonrisa se convierte en una carcajada.

—Ven aquí. Te he echado de menos.

—¿Qué está pensando, señor?

Se da una palmadita en el regazo.

—Te dejo que elijas.

—¿Entre qué?

—Música.

—Me gusta cómo suena.

—Besos.

—Empieza a complicarse.

—Caricias.

—Eres malo.

—O todo lo anterior.

Salto encima de él sin avisar y se ríe mientras me abraza fuerte.

—¡Ya te tengo!

—Ya me tenías cuando me miraste —admito en voz baja sonriendo, como si su enorme ego necesitara que le acariciase—. Cuando me guiñaste el ojo, ya era del señor Remington Tate… Novio *sexy*, boxeador invencible y padre de mi futuro hijo. Por supuesto que me tienes.

14. Filadelfia

Está muy acelerado y no le ha gustado que hablase con Pete y Riley de camino al hotel. Tampoco le ha gustado que le dejase para ir al baño a hacer pis y ha estado caminando impaciente por la habitación, esperando para pegar sus labios a los míos en cuanto he salido y no ha parado de besarme hasta que han venido a buscarnos para el combate. No quería soltarme cuando se iba a los vestuarios; su mano se tensaba en mi cintura según nos íbamos adentrando en el estadio de la Liga.

Le dije que tenía muchas ganas de verle luchar y que estaría mirándole. Tensó la mandíbula y me miró los labios de forma posesiva y ardiente como el mismo infierno. Después asintió y me dio una palmada en el trasero mientras le daba instrucciones a Pete para que no se separase ni un centímetro de mí durante el combate.

Y ahora tengo a Pete pegado a mí como si fuéramos siameses.

Va como un auténtico hombre de negro y lleva una pistola eléctrica y espray de pimienta. Así que sí, Pete lo tiene todo controlado. Incluso tiene una expresión intimidatoria, como una advertencia para que la gente no se acerque.

—Te lo tomas demasiado en serio —bromeo.

—Se hace lo que él quiere —dice con una sonrisa.

Un ejército de mariposas revolotea en mi estómago cuando nos dirigimos a nuestros asientos en la primera fila. Y parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que vi un combate. La

excitación se mezcla con los nervios y, por desgracia, la acidez que he tenido durante todo el primer trimestre parece volver con fuerza.

—Remington ha comprado los asientos de nuestro alrededor para que no tengas a nadie moviéndose cerca de ti —me explica Pete mientras llegamos a nuestro sitio y me fijo en que los asientos de al lado y los dos de detrás están vacíos.

Pete hace un gesto con la cabeza a alguien al otro lado del cuadrilátero y sigo su mirada para ver que la enorme Josephine está ahí vigilándonos.

—¿Cuándo ha venido Jo? —pregunto, sonriendo alegremente y contenta cuando me devuelve la sonrisa. Tiene una postura casi militar y se comporta muy educada y discretamente, aunque sigue resultando intimidante.

—Tenía quehacer unas cosas y ha venido en un vuelo comercial. Va a dormir con Diane y estará contigo cuando no pueda Remington.

Me habría quejado si no me cayera tan bien y si no hubiera escuchado lo contenta que estaba porque la hubieran contratado para un trabajo en el que solamente suelen contratar hombres. Así que sigo sonriéndole mientras Pete y yo nos sentamos y empezamos a ver los primeros combates.

—¿Dónde está Remy?

—¡Sacad a Remy!

La multitud grita cuando vacían el cuadrilátero por cuarta vez y solo se escucha un nombre coreado por todo el estadio.

—¡Re-ming-ton! ¡Re-ming-ton! ¡Re-ming-ton!

—A los organizadores les encanta que el público grite su nombre —dice Pete con una risita.

Y, por fin, los altavoces resuenan.

—¡Eso es, damas y caballeros! ¡Zorras y cabrones! ¡Chicos y chicas! ¿Lo queréis? ¡Aquí lo tenéis! Saludad a nuestro único, nuestro inigualable, Remington Tate! ¡DEEEEEPREDADOOOOR!

«¡Mi Depredador!» grito emocionada en mi mente. Mi Depredador. Mío, mío, mío. Mío esta noche y siempre.

Por todo el recinto la gente se ha puesto de pie. Algunos se rodean la boca con las manos para amplificar el sonido y gritan mientras que otros saltan y ondean pancartas con su nombre.

—¡Remy! ¡Moriría por ti, Remy! —grita una voz detrás de mí.

La alegría corre por mis venas mientras lo veo salir al trote.

Su postura es firme y perfecta, los hombros relajados, la bata de DEPREDADOR cubre los músculos más fuertes del mundo y mis pezones se ponen de punta y mi cuerpo tiembla de deseo. Cuando las luces de arriba le enfocan, miro embobada cómo se marcan los hoyuelos en su cara cuando sonríe, sin poder evitarlo mis ojos se fijan en las marcas de pintalabios de su mandíbula. Y en su boca.

Parpadeo confundida.

Agarra las cuerdas y se mete dentro moviéndose con agilidad como un gato, como si el cuadrilátero le perteneciese, después se quita la bata y Remington se muestra en su glorioso esplendor. Le observo, pero sigo confundida por lo que veo en su cara: esas marcas rojas pintadas sobre su preciosa piel. La verdad empieza a colarse dentro de mí y siento como si cada uno de esos besos fueran latigazos.

Millones de inseguridades que no sabía que tenía crecen dentro de mí.

Me imagino unas manos con las uñas pintadas tocando su piel… Unos labios en los suyos… Lo imagino gruñendo por otra persona… Sus asperezas rozando la piel de otra…

Empiezan a arderme los ojos y Pete me habla.

—Brooke, es lo que implica esta vida. Él no quiere admiradoras, solamente quiere luchar. No pasa nada.

—Si pudiera hacer que, no solo mi cerebro, sino también el resto de mi cuerpo lo entendiera —digo apenada y parece que una nube negra de dolor se ha colocado encima de mí llevándose toda la luz.

Un par de asientos a mi derecha, una mujer se suelta el cabello y grita:

—¡Depredadoooooor! ¡Quiero llevarte a mi habitación y follarte hasta que no pueda andar!

Dios, qué ganas tengo de pegar a esa zorra.

Y ahí está él, el magnífico y cautivador Remington Tate «Depredador».

Da su vuelta de inicio recorriendo todo el cuadrilátero y siento tanta presión en el pecho que pongo las manos alrededor de mi barriga como si abrazase a mi bebé y miro el pequeño bulto de mi vientre. Nunca me he arrepentido de estar embarazada, pero ahora me siento muy embarazada y muy idiota.

Respiro despacio y profundamente mientras mis inseguridades me corroen por dentro. Vamos a tener una familia juntos. Voy a ser madre… Pero él seguirá siendo boxeador y seguirá estando rodeado de admiradoras jóvenes y preciosas que harían lo que fuera por estar con él.

La «Brooke antes del embarazo» seguramente sentiría que nadie puede apartarlo de ella.

Pero la Brooke embarazada siente que hay una pequeña desventaja. Quizás porque le duele un poco que no le haya pedido que se case con él. ¿Y si no quiere casarse conmigo?

¿Por qué se molestaría en hacerlo si ya soy suya?

—Brooke, te está mirando —murmura Pete emocionado.

Me siento más insegura de lo que me gustaría. Tomo aire y sigo mirándome el regazo, al estúpido vestido que me puse esta mañana cuando me arreglé para él.

—Brooke, te está mirando directamente —dice Pete, ahora con tono de alarma.

La multitud enmudece.

El silencio se vuelve agobiante, como si Depredador hubiera dejado de sonreír y todo el mundo supiera que pasa algo.

Siento sus ojos fijos en mí. Y sé que cuando levante la vista, todo lo que veré será el color rojo que adorna su cara. Pintalabios. En su preciosa piel. Como el pintalabios con el que le manché una vez, pero que hoy es de otra persona. Quizás es de una de esas putas que se ha follado mientras yo no estaba. Dios.

—Brooke, joder, ¿qué te pasa? —Pete me da un codazo—. ¿Quieres que la cague esta noche?

Niego con la cabeza y me obligo a mirarle.

Me mira con una mirada completamente salvaje y furiosa. Tiene las piernas separadas, la mandíbula tensa y está a la defensiva. Sé que sus sentidos le dicen que me pasa algo porque tiene las manos cerradas en puños y parece preparado para saltar y venir a por mí.

Le mantengo la mirada con orgullo porque no quiero que sepa lo dolida que estoy, pero cuando me sonríe, no puedo devolverle la sonrisa.

Su sonrisa desaparece.

Veo el dolor brillar en sus ojos mientras cierra la mano y la ferocidad de su expresión se clava en mí, y esta vez no puedo calmarle porque me siento dolida, enfadada, celosa y embarazada.

Recuerdo vagamente que hubo un tiempo en el que me sentaba en estos asientos y deseaba que esa bestia magnífica fuera mía. Y ahora estoy aquí, embarazada de su bebé, sufriendo porque otra mujer, o mujeres, han besado y tocado lo que es mío. De repente quiero lo que tenía antes. Quiero ser una chica que quiere un trabajo. Simple. Objetivos simples y una vida simple. Pero no. Ya no puedo tener eso porque estoy más enamorada de Remington Tate de lo que creía posible. Y es tan escurridizo como una estrella fugaz, una de esas que nadie puede atrapar y que, si la atrapas, te quemará.

Como arde dentro de mí ahora, justo en el centro de mi pecho, me corroe el amor por él.

Soy incapaz de mirar más tiempo sus ojos oscuros y me obligo a observar cómo su oponente sube al cuadrilátero. Mis ojos van hacia allí, pero vuelven rápidamente al tatuaje de una «B» oscura y elegante en el bíceps derecho de Remington.

Mi corazón se estremece de incredulidad. Miro confundida el dibujo de tinta y veo que sí, está ahí, en su bíceps derecho: una perfecta y preciosa «B».

Solo con ver ese nuevo tatuaje mi ropa interior se empapa y empiezo a temblar.

Remington se gira hacia su oponente y veo que mueve los labios con arrogancia cuando ve al luchador contra el que tiene que pelear: un chico joven y nervioso, obviamente demasiado emocionado por empezar.

Chocan los guantes y Remington me mira. Después, sin sonreír, flexiona el bíceps de la «B» y le da un beso para que yo lo vea. Un escalofrío furioso y ardiente recorre mi sexo y cierro las piernas.

Sonríe, como si supiera que me pone cachonda y no puedo evitarlo.

Suena la campana.

—¿Cuándo se ha hecho ese tatuaje? —pregunto sin respiración. No puedo dejar de mirar el dibujo.

—Justo después de marcharnos de Seattle —me dice Pete.

Remington se coloca frente al «joven animalito», como le ha llamado Pete, y le golpea inmediatamente. Después se aparta y finta, provocando que el nuevo luchador venga hacia él. El chico lanza un golpe y falla, y Remington vuelve con un puñetazo doble que lanza disparado al otro. El joven se tambalea en las cuerdas y cae al suelo de cara.

—¡Oooooh! —dice el público.

—¡Au! Eso tiene que haber dolido —dice Pete sonriendo.

—¡Eso es lo que pasa cuando te metes con Depredador, idiota! —grita alguien detrás de mí.

No importa lo que se me pase por la cabeza; ver luchar a Remington es una experiencia tan emocionante que, dentro de mi cuerpo, todos mis músculos se preparan como si yo fuera la que está luchando.

El otro chico se levanta y Remington vuelve a golpearle. Sus golpes son certeros y potentes, su cuerpo se mueve con agilidad, la «B» negra y *sexy* de su bíceps se estira cuando el músculo entra en acción. Voy pasando de una emoción a otra a medida que va avanzando el combate y una gota de sudor se desliza entre mis pechos.

La temperatura de mi cuerpo parece haber aumentado con el embarazo, pero ver al padre de mi bebé ahí arriba, con el tatuaje

que le grita al mundo entero que es mío pero al que hace un momento han besado unas zorras, hace que me vuelva posesiva y furiosa. Me siento como un volcán.

Después de que Remington deje inconsciente para toda la noche al joven luchador, van llamando a un oponente tras otro para que luchen contra él. Los lanza tan fuerte que se tambalean en las cuerdas, caen sobre su costado, de cara o de rodillas. Todos sacuden la cabeza consternados, como si su cerebro estuviera temblando.

Es imparable.

Pete se ríe a mi lado.

—¡Nunca deja de sorprenderme lo mucho que le gusta chulearse delante de ti!

Niego con la cabeza, incrédula, y Pete asiente con seriedad.

—En serio. Es increíble la diferencia que hay cuando está expuesto a ti; la manera en la que alteras la química de su cuerpo y despiertas toda esa testosterona activa sus instintos de luchador. ¿Sabías que la testosterona de un hombre aumenta cuando ve a una mujer atractiva que no ha visto antes? Con él no. Solamente se dispara cuando te ve a ti, a su hembra.

Las palabras de Pete me destrozan. Parece que Remington siempre quiere demostrarme que es el hombre más fuerte del mundo y que él me protegerá. Y, oh, sí, le creo.

Se enfrenta a un cuarto luchador y luego a un quinto. Su cuerpo es como un tanque de sexo y fuerza mientras los derriba uno tras otro, con esos ojos oscuros vigilándome en mi asiento para asegurarse de que lo estoy observando. Con cada mirada que dirige hacia mí, sufro un poco más, me enfado un poco más y, para mi vergüenza, me pongo más caliente hasta que mi sexo está tan hinchado y mis manos están tensas en forma de puños en mi regazo, que ya no sé qué quiero hacerle: follarle o golpearle.

Sacan al sexto y al séptimo luchador, pero Remington sigue sin estar cansado. Sigue bloqueando, golpeando, atacando y defendiéndose.

—¡DEP! ¡DEP! ¡DEP! ¡DEP! ¡DEP! —corea el público y Pete se une a ellos moviendo las manos en el aire y diciendo lo mismo que las mil personas que hay aquí cuando el árbitro agarra la gruesa muñeca de Remington y levanta su brazo en señal de victoria.

—¡Nuestro vencedor! ¡De nuevo, damas y caballeros! ¡Remington Tate! ¡Deeeeepredadoooor!

Esos ojos negros me buscan en las gradas. En cuanto me encuentran, el pulso se me dispara, el corazón revolotea en mi pecho como si tuviera alas, mientras me mira y sonríe. Me recorre un escalofrío cuando veo sus hoyuelos, la sonrisa blanca, la mandíbula cubierta por un poco de barba… Y ese puto pintalabios rojo.

Baja las cejas cuando no puedo devolverle la sonrisa, se agarra a las cuerdas y baja del cuadrilátero.

—¡Depredador! ¡Depredador! ¡Depredador! —corea el público.

Me obligo a sostenerle la mirada oscura y seria, me pongo de pie con las piernas temblando cuando veo que se acerca. Me da la mano y yo miro ese maldito pintalabios en su cara, después a su mano y la agarro. Mi mandíbula se tensa mientras me lleva por las gradas.

—Llaves —le ladra a Riley. Riley baja de un salto de la esquina del cuadrilátero y camina rápido para venir con nosotros.

—Yo os llevo.

Vamos al vestidor y Remington se para para recoger su bolsa sin soltar mi mano en ningún momento. No puedo dejar de mirar el pintalabios en su *sexy* y furiosa boca y a la «B» tatuada en su duro bíceps. Dentro de mí giran emociones contrarias y no sé qué hacer aparte de apretar los dientes. Remington me suelta la mano un instante, se pone una camiseta blanca y unos pantalones de chándal, después vuelve a entrelazar sus dedos con los míos y me lleva fuera. Me coloca en la parte trasera del coche y cuando estamos sentados en nuestros asientos y Riley arranca el coche, me sujeta la cara con una mano, sus ojos brillan con la misma hambre con la que llevan brillando todo el día. O quizás con más. Se inclina hacia mí para besarme y yo aparto la cara.

—No —digo.

Me obliga a volver a girar la cabeza y susurra en voz baja y desesperada.

—Quiero que me mires cuando lucho. He estado esperando lo que parece una eternidad para que me mires.

Pega mi boca a la suya y un rayo me atraviesa cuando aprieta sus labios contra los míos. El deseo que tengo hacia él es tan grande que necesito toda mi fuerza de voluntad para cerrar la boca y separarme con un quejido.

—¡No me beses! —siseo.

Me agarra la cabeza con una mano y me gira, vuelve a besarme separándome los labios para poder meter la lengua con un gruñido. Me quejo cuando su lengua toca la mía y lucho débilmente mientras me retuerzo entre su cuerpo y el asiento. Le empujo y giro la cabeza.

—¡Déjame! —me quejo.

—Dios, te necesito tanto como al aire…

Desliza su mano áspera bajo mi vestido y paso los dedos por mi muslo mientras me da una serie de besos hambrientos y húmedos en el cuello.

—¿Por qué juegas conmigo? ¡Eh! Necesito estar dentro de ti ahora mismo…

—¿Eso es lo que le dices a tus fans? —digo jadeando y enfadada mientras su mano avanza por mi muslo. Empujo su pecho de mármol y suelto un ruido de frustración cuando no se mueve—. ¡Díselo a la que te besó la barbilla, la frente, la mandíbula y la boca!

Se aparta con una mueca de confusión.

—¡Tienes toda la cara llena de pintalabios, Remington! —Digo mientras me coloco bien el vestido.

Se pasa el antebrazo por los labios con un sonido profundo de exasperación, después lo mira y entrecierra los ojos cuando ve el trazo rojo en su piel. Aprieta la mandíbula y se deja caer en el respaldo del asiento, luego echa la cabeza hacia atrás con un gruñido. Se pasa las manos por el pelo y mira cabreado al techo

mientras respira profundamente. Intento moverme al otro extremo del asiento, pero extiende el brazo y me agarra de la muñeca.

—No —gruñe, como si le doliera.

Me trago el nudo de furia que hay en mi garganta cuando desliza su agarre desde mi muñeca hasta mi mano y entrelaza nuestros dedos. Soy muy consciente de su mano sobre la mía durante todo el viaje y de sus dedos fuertes y largos unidos a los míos, que me sujetan mientras siento que mi pecho explota e implosiona al mismo tiempo.

Llegamos al hotel y Riley nos mira con precaución por el retrovisor.

—Voy a recoger a los otros —dice.

—Gracias —dice Remington sin mostrar ninguna emoción mientras me ayuda a bajar del coche. Después, con su mano agarrando la mía, me guía por el recibidor hasta los ascensores.

Nos montamos en uno y su mandíbula sigue manchada de rojo. Incluso con esa pintura, su cara es la fantasía de cualquier mujer. El pelo despeinado, los pantalones caídos en su cadera mientras la camiseta le marca los ocho abdominales, los hombros anchos y los bíceps prominentes. Sigue siendo el icono sexual de siempre mientras que yo me siento más embarazada que nunca, con ese pequeño bulto en el vientre.

Me mete en la habitación. La puerta se cierra detrás de nosotros por su propio peso. Me suelta la mano para agarrarme de la cintura y sentarme en la mesa.

—No me hagas esto. —Me muerde el cuello y vuelve a deslizar la mano bajo mi vestido, la sube rápido para tocarme por encima de mis bragas—. Joder, no me hagas esto ahora —gruñe.

Empiezo a temblar cuando sube la boca por mi mandíbula y me muerde los labios mientras me acaricia con la yema de un dedo. Odio el gemido que sale de mí, pero parece que a él le gusta porque gruñe y va directo a mi boca. Alejo la cabeza y mi voz suena suave y herida.

—Quiero besarte a ti, ¡no a ellas! —grito y empujo su pecho sin apenas fuerza.

—Soy yo.

Saca la mano de mi vestido, me agarra la cara con las dos manos y me besa, manchándome con el pintalabios de otra mientras me recorre la boca con su lengua y me obliga a abrirla. Le empujo el pecho hasta que no puedo más mientras su lengua domina a la mía y coloca los brazos alrededor de mi espalda para tumbarme en la mesa. Sus brazos me protegen de la superficie dura mientras me besa con un hambre feroz.

—Soy yo —repite con voz ronca y me acaricia el costado hasta el pecho con una mano.

Me estremezco de deseo y odio hacerlo. Estoy muy húmeda. Le necesito tanto. Huele tan bien, joder. Me estoy volviendo loca, pero cuando me cubre el pecho con una mano sigo estando celosa y enfadada así que intento apartarle la mano. Emite un gemido de dolor.

—Brooke…

Suelta un gruñido de frustración, agarra la tela de mi vestido con los puños y lo rompe de un tirón. Jadeo cuando me quita los girones de tela de encima y me deja en ropa interior. Inclina la cabeza rápidamente para pasar la lengua por mi piel, empieza en el ombligo y va hacia arriba, al mismo tiempo que rompe lo poco queda del vestido y desliza las manos por mis costillas.

No paran de recorrerme escalofríos por todo el cuerpo y agarro la parte trasera de su cabeza; indecisa entre juntarle más a mi boca o alejarlo. En lugar de eso, le tiro del pelo.

—No —gruño y él se retira y me mira con esos ojos salvajes. Sé que no debería provocarle, debería tranquilizarle, pero no siento más que celos. Él me ha convertido en esto. Estoy enamorada y obsesionada por él. Y me pregunto con quién ha estado. Puede que él no lo sepa, pero ellas sí. Y ellas no son yo.

Invadida por una nueva determinación me siento, le agarro la mandíbula con enfado y empiezo a pasarle las manos y los dedos con furia por encima de las manchas. Cuando no puedo quitarlas, le agarro la camiseta blanca y la subo para limpiarle. Se queda ahí de pie, respirando más fuerte que cuando lucha, mirándome como si

me rogara que le dejase tocarme ya, mientras espera a que le limpie pacientemente.

Me tiemblan los dedos. Sus ojos brillan en las sombras de la habitación mientras le froto, pero no puedo quitar el pintalabios y no lo soporto.

Me chupo el dedo y paso saliva por las manchas de pintalabios, después le paso la camiseta por encima del maldito sitio.

Gruñe con frustración, se mete los dedos en la boca y empieza a pasarlos por los mismos sitios que yo. Nuestros dedos chocan mientras esparcimos saliva por su mandíbula. Le vuelvo a levantar la camiseta y le froto con ella. Me quedo sin aliento cuando por fin empiezan a desaparecer.

No paro hasta que ya no queda ninguna, solo su mandíbula dura, un poco enrojecida. Mi cuerpo arde de deseo y mi corazón parece a punto de estallar por todo el amor, cada célula de mi cuerpo arde también, pero de celos. Le agarro del cabello y le acerco para darle un beso justo ahí, donde antes había otro beso, desesperada por borrar todo lo que había. Y le doy otro beso, y otro donde había otra mancha. Me aprieta la cadera mientras llevo los labios por su mandíbula y me dirijo a su boca, la beso, rápido y casi como sin querer, y me aparto volviendo a respirar mientras lo hago.

Levanta una ceja.

—¿Ya está? —pregunta con voz rota y cuando asiento creo que he dejado de respirar.

Su pecho se ensancha mientras agarra la camiseta manchada y se la quita con un único y ágil movimiento para dejarla a un lado.

—Tú y yo vamos a hacer el amor ahora mismo. No vamos a esperar ni un segundo más para estar juntos.

Un temblor baja por mi espalda y mi voz está llena de emoción.

—No puedo soportar ver su pintalabios en tu cuerpo, Remington. No voy a dejar que te besen. Y no es por las hormonas del embarazo ni por mis inseguridades. Hace tiempo te dije que no iba a compartir. No voy a hacerlo.

—Tranquila, cariño. No pretendo, ni quiero, que lo hagas.

Me saca lo que queda del vestido por los hombros y lo deja estirado debajo de mí en la mesa. Me tumba y observa mi cuerpo extendido ante él. Me toca en todas partes: las piernas, los brazos, entre mis pechos; y se inclina hacia mi oído.

—Lupe me estaba sujetando las manos y tenía puestos los auriculares. No las he visto venir hasta que ya estaban encima de mí. No volverá a pasar. No voy a besar a nadie. No voy a besar a nadie excepto a mi dinamita.

Va hacia mis pechos y me lame un pezón por encima del sujetador, desliza el pulgar bajo el algodón blanco, aparta la tela y me toca el pecho hinchado.

—Voy a lamerlos, a chuparlos y a hacer lo que quiera con ellos.

Mi corazón bombea sangre ardiendo por mis venas mientras me baja la copa del otro lado y lame la sensible cima, enviando escalofríos de placer a todo mi cuerpo. Mis pechos son más grandes y están hinchados; los pezones son más oscuros y sensibles. Los toca como si fuera un nuevo territorio por explorar y le encantase. El sonido que retumba en su pecho me hace soltar un pequeño gemido y me retuerzo de deseo. Sus ojos suben hasta los míos cuando oye ese sonido, me agarra de la cadera y me arrastra hacia él. Mi culo se queda justo en el borde y él se quita los pantalones. De repente siento lo duro que está; su erección roza mi entrada húmeda cuando se inclina para volver a lamerme el pecho. Su duro miembro reposa en la unión de mis piernas.

—¿Sensible?

Me pellizca un pezón y después el otro. Sus manos son ásperas pero delicadas. Me arqueo y gimo suavemente. Quiero que me haga un chupetón, quiero desearlo, quiero que no se separe de mi piel, deseo tanto tenerle dentro como el amor que siento por él.

—Sí —jadeo. Tengo un nudo en la garganta y lágrimas de deseo en los ojos.

Toma mis labios con un beso voraz, después baja la cabeza y me gruñe en el cuello.

—Brooke.

Me acaricia entre las piernas e introduce el pulgar en mi cuerpo mientras gira la cabeza y roza mi lengua con la suya. Mi interior tiembla cuando se aparta para mirar lo cachonda que estoy mientras me toca.

Veo el deseo feroz en su cara. Sube la mano y lame su pulgar húmedo. Oh, Dios, le observo, salvaje y viril, con ese encanto juvenil y el cabello despeinado; y me retuerzo y gimo porque le deseo, le deseo.

Le deseo.

—Estás inquieta. ¿Qué quieres? —El anhelo de su voz me hace temblar mientras le contesto.

—Quiero lamerte como tú me lames a mí.

Asiente, se agacha y primero me da su lengua; después me sujeta por la nuca y me lleva a su cuello.

Su piel, húmeda y ardiente, es como la seda bajo mi lengua. Me estremezco mientras me incorporo, le agarro del pelo y le succiono el labio inferior con la boca. Sabe a él, y sabe a que me desea. Nos besamos intensamente y mi respiración se acelera aún más. Me quita el sujetador mientras le muerdo el labio y respira profundamente cuando me quita la última prenda de ropa que llevaba y se retira para verme completamente desnuda. Sus ojos me examinan, me devoran. Observa mis pechos hinchados, desnudos y grandes; y sé que los desea. Me toca uno como si fuera la primera vez. Eso es lo que le ha hecho a mi cuerpo. Esto es lo que le pasa a mi cuerpo después de estar con él.

Me toca el otro pecho y agarra los dos, los toca y empieza a jugar con ellos, observándome mientras lo hace con esos brillantes ojos oscuros.

Le sangra el labio por un mordisco en el lugar que se le abre siempre y su pecho está húmedo por el sudor. Me quejo.

—Te he mordido —digo.

—Pon los labios ahí.

—Remy…

—Pon la lengua encima.

Vuelve a inclinarse y junta mis labios con los suyos. Le lamo suavemente, como un animal que limpia una herida por instinto. Le chupo el labio mordido con cuidado. Coloca su nariz sobre la mía y me lame los labios. Le abrazo, separo las piernas y las coloco alrededor de su cadera.

El deseo me atraviesa mientras me agarra del culo y me sube. Levanto mi parte inferior para ayudarle y estoy tan ebria de placer que mi visión se nubla cuando me lleva al sofá en un par de pasos.

Me besa el cuello mientras me baja, después hace círculos con el pulgar entre mis muslos, exactamente donde estoy mojada, y gimo.

—¿Estás preparada para mí? —Su voz es áspera en mi oído mientras acaricia mis pliegues con los dedos—. Prepárate para mí.

Introduce su extenso dedo dentro de mí para humedecerme más, pero estoy tan mojada que lo mete con facilidad. Me contraigo y casi no puedo evitar correrme mientras me acaricia por dentro.

Desliza los labios por mi cuerpo e inclina la cabeza. Su lengua pasea por mi clítoris, apretando suavemente mientras me mantiene las piernas abiertas. Le agarro la cabeza por detrás y observo cómo me hace eso. Después se pone de rodillas en el extremo del sofá, me agarra de la cadera, me mueve un par de centímetros más y empieza a empujar. Entero. Caliente. Lo más duro que he tocado en mi vida. Arqueo el cuerpo y jadeo mientras introduce cada centímetro dentro de mí. No podemos dejar de mirarnos. Me acaricia la cara y pasa el pulgar por mi labio inferior, presionándolo con fuerza y ternura mientras sigue moviéndose hasta que está completamente asentado en la parte más profunda de mi cuerpo.

Me estremezco cuando mueve la cadera.

Se inclina y me besa la oreja.

—Eres mía.

Me giro y le beso en la boca, jadeo mientras subo la cadera.

—Me siento como si nunca hubiera estado tan mojada y caliente.

—Yo nunca he estado tan duro.

La saca y vuelve a meterla, despacio y con deleite. Siento cómo me separa, me abre, me toma, me llena y me deja… Me estremezco y estoy a punto de pedirle que vuelva cuando lo hace. Entra y sale.

Los músculos de sus brazos, los tatuajes celtas y la «B» se marcan cada vez que se mueve. La tercera vez me levanta los brazos por encima de la cabeza y empuja más fuerte, el movimiento hace que mi pecho también se mueva.

Grito y él amortigua el sonido con la boca. Respiro profundamente e inhalo su aroma.

—Te amo… —digo.

Se detiene dentro de mí. Respira fuerte. Un sonido grave y gutural sale de lo más profundo de su pecho y empieza a lamerme la oreja. Después desliza los brazos y me rodea con ellos como si me protegiera mientras adopta un ritmo rápido, decidido, feroz y primario.

Estoy a punto de llorar mientras levanto la cadera y giro la cabeza en dirección a su oreja, jadeando a medida que saborea mi cuello, me agarra el pecho y me folla fuerte y rápido.

—Oh, Dios… Remington… Remington…

Apoya la frente en la mía mientras su cadera continúa moviéndose con habilidad. Baja el pulgar y empieza a acariciarme el clítoris mientras su polla, dura y caliente, se mete dentro de mí. Pierdo el control y me hago añicos, tiemblo de forma incontrolable mientras me da un beso deliciosamente cálido. Amor, lujuria y deseo navegan por mi cuerpo mientras me corro y me derrito debajo de él.

—¿Estás bien? —pregunta y ralentiza el ritmo mientras sigo corriéndome.

—¡Sí!

Cada centímetro de mi cuerpo grita por él. Me arqueo y me tambaleo un poco. Quiero más, le quiero a él. Gruñe como si no pudiera controlarse y la saca, después vuelve a meterla, empujando más adentro y sujetándome con un brazo en la cintura cuando me arqueo y él me mantiene en el sitio con una mano mientras me penetra. Gimo y digo:

—Remy.

Sus ojos arden mientras pasa una mano por mi garganta, mis pechos y baja la cabeza de nuevo para besarme otra vez.

—Mía —susurra y me lo recuerda.

—Tuya, tuya —digo mientras empiezo a notar el orgasmo.

Aprieta la nariz contra mi oreja. Gruñe cuando se corre, caliente dentro de mí, su enorme cuerpo se tensa encima de mí y un sonido animal y gutural sale de sus labios antes de volver a hablar.

—Mía.

Después de haberse corrido y haberme abrazado un momento, me levanta en sus brazos, todavía dentro de mí y yo llevo la nariz a su cuello. Me lleva a la cocina, coge dos manzanas verdes con una mano, me da una y nos lleva a la habitación.

Cuando nos colocamos bajo las sábanas muerdo la manzana y cruje. Él muerde la suya y provoca un crujido mayor. Nos besamos y sabe a manzana ácida y jugosa. Él termina primero, después me lame el zumo de las comisuras de los labios y le ofrezco mi manzana porque sospecho que sigue teniendo hambre. Da un mordisco grande y me sonríe cuando la giro y muerdo donde lo ha hecho él.

Sus piernas se mueven inquietas bajo las sábanas, sé que Remy está acelerado y no va a poder dormir, pero si quiere hacerme el amor toda la noche, puede hacerlo. Espero que lo haga. Me giro para mantenerlo dentro de mí mientras nos comemos la manzana y mordemos lados opuestos al mismo tiempo. Nos reímos al unísono y le digo:

—Ahora nuestro bebé tiene el tamaño de una ciruela.

—¿Una ciruela?

Abre la boca y le doy más manzana. Muevo los dedos para hacer la forma de una ciruela.

—Una ciruela —repito.

—Qué pequeño —dice con ternura y desliza una mano hacia la pequeña curvatura de mi vientre.

—Muy pequeño. —Tomo aire y me acurruco en su cuerpo con un suspiro. Escucho cómo se termina la manzana y le dejo lamer todas las gotas de zumo que caen sobre mi piel.

15. Cómo derribar un árbol

Remington está totalmente enamorado de mi tripa de embarazada de cuatro meses. Ya se empieza a notar y eso le excita. En realidad, es mucho más que eso. Yo también estoy ilusionada, ¡estoy tremendamente enamorada de mi tripa! Me siento genial. No más náuseas. Y de algún modo me siento radiante, pero creo que tiene que ver tanto con la manera en que Remy me hace el amor como con el bebé que llevo dentro.

Cada mañana mide mi tripa con sus manos cuando, de pie, me examino delante del espejo de cuerpo entero del hotel. No importa lo que él haga, ya esté recién salido de la ducha o lavándose los dientes, se acerca y me contempla así, con su mirada trémula, orgullosa posando sus manos en mí y midiéndome. Esta mañana, su voz es ronca. Acabamos de despertarnos y él está desnudo, detrás de mí, su cuerpo grande y esculpido detrás del mío se puede ver perfectamente en el espejo al tiempo que agacha su cabeza para acariciarme.

—¿Crees que comes suficiente? —me susurra al oído, tras atraerme hacia él, acariciándome con sus labios hasta el final de mi cuello.

—¡No voy a empezar a comer como tú! —replico al tiempo que me giro en sus brazos y le acaricio por detrás del cuello, sonriéndole burlona como la boba enamorada en la que me ha convertido. Juguetona, acaricio sus hoyuelos—. Queda claro que vas a tener

descendencia. Solo quieres que todo el mundo sepa que estoy embarazada y pillada.

Me coge en brazos de manera que nuestros labios quedan alineados y me planta un gran beso en los labios, estrechándome.

—¡Así es!

Hoy en el gimnasio quiere enseñarme cómo derribarle o, más bien, cómo derribar a alguien que me amenace. He estado caminando, después he trotado un poco, con la total aprobación del médico y me siento como una liebre. Pero lo que me hace sentir mejor es la forma en que Remington me mira. Parece que me esté haciendo una marca a fuego, esta es mi mujer, este es mi hijo. Pienso eso y es totalmente normal ponerse a cien y estar molesta cuando estás embarazada, pero no puedo olerle sin que me queme la necesidad de arrancarle la ropa y cabalgarle. Algo que he estado haciendo al menos dos veces al día, para su deleite varonil.

No me ha ocultado nada en los dos meses que llevo aquí, pero está conspirando algo con Pete y Riley. El hecho de que los tres sean tan reservados con el tema me preocupa. Creo que tiene que ver con Nora, pero cuando le dije:

—Remy, Nora me envió esta nota. No quiere que hagamos nada y yo debería esperar hasta el final para hablar con ella.

Él se rio entre dientes y dijo:

—Déjamelo a mí ahora, ¿vale?

Pero no está bien. Tengo miedo.

Esta mañana, ha tenido una reunión extraña con Pete y Riley en nuestro salón. Me miró y en voz baja me dijo:

—¿Puedo hablar con los chicos a solas un momento?

Desde entonces, he estado muy preocupada por sus planes.

Y esta es la única parte que no me gusta de estar embarazada. Desprecio que me traten como una delicada florecilla imbécil y debilucha. No, señor. Y hoy se lo demostraré en el gimnasio cuando consiga derribar a Remington Tate a pesar de mi tripa de embarazada.

Le miro mientras hace abdominales, sus respiraciones son cada vez más rápidas. Inhala y exhala, inhala y exhala. Le observo cuando hace tres series con la cuerda de saltar y otras tres de boxeo de sombra: giro, puñetazo, giro, puñetazo, guardia, se agacha… Su pecho, una dulce perfección varonil, la intensidad con la que se entrena me vuelve loca. Lupe le grita desde afuera y Riley mide su ritmo y lo anota.

Remington está sudoroso y me dice que suba al cuadrilátero. Me excita hasta alcanzar un estado de completa y total lujuria.

—¿Preparada?

Asiento, subo al cuadrilátero con él.

Llevo puesto uno de mis monos, con la cremallera justo en medio. Sus ojos me absorben y juro que calientan todo lo que tocan. Vuelve a fijar su mirada en mí.

—¿Preparada? —Su voz es ronca.

—No tienes ni idea de lo preparada que estoy. Te voy patear el culo y me voy a sentir genial.

—Primero dame una patada en la espinilla, y después me pateas el culo. —Me acerca a él, mientras me susurra con su aliento cálido en mi oído.

—La clave para derribarme es hacer que pierda el equilibrio. Si yo, o cualquier otro más fuerte que tú, mantiene el equilibrio, no podrás tumbarle nunca.

—Vale—, le digo mientras me aparta de su lado, porque la que pierde el equilibrio con su cercanía soy yo.

—Golpea mi espinilla, yo pierdo el equilibrio, después haz un barrido con tu pierna como hiciste la última vez y golpea la zona más débil de mi talón. ¡Fíjate cómo lo estás haciendo ahora! Desestabilízame y después derríbame.

Mariposas nerviosas revolotean dentro de mí, gimo y pongo los ojos en blanco.

—Siento que me voy a hacer daño otra vez. Sigues siendo un árbol, Remington.

—Con un talón lesionado. —Me hace una señal, sus labios se curvan de diversión, con sus hoyuelos *sexys* y juguetones—. Vamos. Mantén el equilibrio y quítamelo a mí.

Miro sus ojos azules, brillantes y juguetones, mientras mi corazón siente una tonelada de amor, justo dentro de mí.

—Hacerte daño va en contra de mi propio instinto —digo de manera dramática, como si realmente pensara que puedo hacerle un rasguño.

—No puedes herirme ni un poco —dice riéndose.

Entonces le agarro de la mandíbula y le doy un beso en los labios antes de apartarme y estirar las piernas.

—Está bien, mi orgullo me dice que tengo que hacerlo. ¿Qué pasaría si fueras Escorpión?

Frunce el ceño.

—Le derribas, cariño. Venga, derriba mi mundo, dinamita.

Eso hago. Le golpeo en el talón, poniendo todo mi peso en él hasta que se queja; después hago el barrido con mi pierna tan rápido que le doy en la parte trasera de la pierna y siento cómo pierde el equilibrio en el momento que le toco. Pero sigue siendo Remington Tate y parece que se estabiliza de manera natural. Recupera el equilibrio haciendo que yo lo pierda cuando lo consigue. Chillo al empezar a caerme y él me agarra al instante y se tira sobre su espalda, evitando que me caiga.

Se ríe mientras nos incorporamos.

—Me has dejado ganar —le acuso con los ojos entrecerrados.

Él niega con la cabeza.

—No, lo hiciste tú sola —me asegura.

—Eres un mentiroso —le digo empujándole.

Se ríe y se sienta derecho conmigo encima, colocando mi coleta hacia la parte de atrás de mi cabeza.

—¿No ha sido duro, no? —me pregunta acariciándome la mejilla.

—No —suspiro, y añado bajito para que solo él lo escuche, —pero tú sí.

Mira mi boca y me subo encima de él. Agacha la cabeza y me huele, y siento cosquilleos recorriendo todo mi cuerpo cuando su nariz roza la parte posterior de mi cuello.

—¿Te gusta luchar conmigo? —le pregunto suavemente mientras apoyo mis brazos en sus hombros, excitándome cada vez más por la gran erección que hay debajo de mí.

—Hmm —dice mientras levanta la mano y me agarra la nuca—. Me gusta cuando luchamos así…

Me besa suavemente y me introduce la lengua en la boca, siento electricidad recorriendo todo mi cuerpo. Él está sudoroso del entrenamiento y está caliente y sediento, yo me siento incluso más caliente y sedienta cuando me aferro a su pecho, a sus músculos resbaladizos y duros al tiempo que me siento a horcajadas sobre él.

Agarra mi coleta con la mano, colocándome de manera que hace que levante ligeramente la cabeza y dice con voz áspera:

—Riley…

—Sí, se lo diré a Lupe.

Riley no puede disimular la risa en su voz mientras trae algunas toallas y bebidas antes de ir a la salida.

—Remington… —le reprendo.

Sus labios se retuercen deliciosamente en las comisuras mientras agarra la cremallera de mi mono y Riley grita a Lupe.

—Eh, Lupe, vamos a marcharnos para que este tío pueda hacer lo que quiera con Brooke.

Ellos salen por las puertas del gimnasio y cierran con llave, Remington recorre mi cuello con sus cálidos labios.

—No es posible que haya nada más bonito —me murmura mientras desliza sensualmente la mano abierta a lo largo de la curva de mi columna.

—Esto va a ser solo besos, porque es casi imposible sacarme de aquí —susurro.

—Me gusta —dice, lamiéndome. Me besa en la boca y agarra mi cuello mientras lo hace. Después utiliza su mano libre para bajar la

cremallera de mi mono. Me retuerzo y gimo porque nunca lo hemos intentado llevando puesto algo tan complicado.

—Puedo salir, pero no fácilmente.

—Vamos a hacer hueco para mí —me murmura caliente en mi boca al tiempo que alcanza la cúspide de mis piernas y me quita un poco de tela de cada muslo; entonces él tira y rasga mi mono abriéndolo por la costura. Siento el aire atravesar la apertura en lo más caliente de mi ser. Mete la mano dentro del agujero que ha hecho en mi ropa y me dice que me agarre a su cuello mientras maniobra para rasgar y quitarme las bragas que llevo. Tira de ellas y me las quita a través del agujero, sus ojos brillan y un torrente de excitación sexual me recorre como una tormenta.

—Oh, por favor.

Acerco su cabeza hacia la mía, beso sus labios deliciosos y mis caderas se mecen desesperadamente sobre él.

Me aúpa por un segundo y se quita los pantalones, me acerca con una mano a su cadera, con esa mano tan fuerte me coloca y me penetra. Grande. Caliente. Dura. Mía. Yo gimo y lamo su cuello, al mismo tiempo que contraigo mi vagina para recibirle. Agarra mi cabeza y posee mi boca más fuerte. Se mueve, me ama, me sube y baja con una mano, la otra la tiene en mi nuca, sosteniéndome mientras me besa, con su boca fuerte y dominante, abriéndose y saboreando, retirándose, provocativa.

Me vuelvo más rápida, sus brazos me estrechan como tornillos mientras mis contracciones le tensan. Le escucho gemir bajito permitiéndome que le exprima. Entonces me levanta y me lleva por el cuadrilátero, apoyándome contra las cuerdas. Uno de sus brazos me protege y no se ha separado de mí ni un segundo. Empieza a moverse de nuevo. Gimo en voz baja. Me siento flotar, suspendida en el aire sobre una cuerda y su brazo es la única conexión, mi cuerpo en su brazo y su polla dentro de mí. Mi coleta cae por detrás, mi garganta se arquea y él está ahí para devorarla. Gimo mientras se mueve y hundo mis dedos en sus musculosos brazos, sintiendo cómo sus bíceps se estiran y contraen con su cuerpo mientras me penetra.

No hablamos. No necesitamos palabras; hablamos de esta forma. Incorporo mi cabeza y le muerdo, le chupo y jadeo cuando escucho su respiración, sus músculos flexionados y moviéndose como lo hacen hasta que me corro. Él nunca se corre antes que yo. Espera, me prepara, me observa. Sus ojos se oscurecen cuando nota que llego al orgasmo, entonces me sujeta y su cuerpo se endurece conforme se va hundiendo, se mantiene ahí, y es dónde explota, cuando se encuentra justo dentro, yo le rodeo, le abrazo, tensándole y agarrándole.

En vez de flaquear esta vez, nos estrechamos en un abrazo cuando hemos terminado.

—Quédate dentro de mí —le ruego. Retomo el aliento, mis uñas se adhieren a sus hombros.

Me acerca hacia él y hunde su cabeza entre mis pechos y respira hondo, como si mi piel fuera el aire, entonces mordisquea mis pezones.

—Quiero vivir dentro de ti —me dice con su voz bronca y suave que me derrite, me agarra más fuerte, me chupa y lame su mordisco, su mandíbula me raspa la piel—. Dios mío, quiero morir dentro de ti.

Siento desfallecer, pero incluso relajada, siento todo ese torrente de energía recorriéndome.

—Eres tan posesivo que sé que me llevarás contigo.

—No, nunca te haría daño.

Me río bajito.

—No será tu elección. Me llevarás contigo porque yo iré allá donde vayas. Eres mi final, Remington Tate, pero así es como quiero terminar.

Pone una mueca de dolor mientras acaricia con sus nudillos mi mentón.

—No, Brooke. Te protegeré incluso de mí mismo.

Nos quedamos mirándonos durante un momento, y la determinación en sus ojos de protegerme me lo confirma, pase lo que pase, mi vida estará siempre ligada a él, sea bueno o malo.

Caminaré a su lado, correré, lucharé, me aferraré y cazaré sus sueños que ahora son los míos.

—Tal y como dijiste, te amaré incluso si eso nos mata —le susurro mientras le acaricio la cara.

—Todos moriremos. Moriré igualmente amándote con locura —me dice quedamente, achuchándome, haciéndome reír en completa y total felicidad.

—Remy… ¿dónde vamos a tener al bebé?

Me sujeta y me sube en brazos, con mis piernas aún rodeando sus caderas y atravesamos el cuadrilátero.

—Donde quieras tenerlo. La temporada habrá terminado. Te puedo llevar a donde tú quieras.

—Estaba pensando que podría quedarme con mi piso. En principio, no iba a hacerlo. Pero podría estar genial tener algún lugar como base. Y tengo una habitación vacía que utilizaba para hacer yoga, podría convertirla en la habitación del bebé. Melanie está deseando decorarla…

Nos sienta en el banco de la esquina del cuadrilátero, donde nos espera una cesta de toallas y bebidas. Coge una toalla y la deja con cuidado en sus rodillas y comienza a secarme despacio, con su perfil tranquilo y relajado.

—Pediré a Pete que renueve tu alquiler otro año mientras buscamos otra cosa —me dice—. Puedes utilizar la tarjeta que te di para que pagues todo lo que quieras.

Le rodeo el cuello con un brazo, apretándole.

—¿Entonces voy a seguir siendo tu novia y empleada? ¿Oficialmente?

Me agarra de la nuca, dirige mi cara hacia arriba y con su lengua marca un camino desde debajo de mi barbilla hasta mi boca, donde bruscamente me asalta.

—Oficialmente, eres mía.

♥ ♥ ♥

—¿Vamos a seguir con el calendario normal de vacunas o vamos a buscar a un médico que trabaje con uno distinto? —le digo a Remington una noche.

Estoy comiendo toneladas de verdura. He leído que los diferentes colores de las verduras aportan distintos antioxidantes. Los antioxidantes de las verdes son diferentes a los de las de color morado o naranja, por eso estoy comiendo un arcoíris cada mañana, tarde y noche. Lo mejor para el bebé de Remington.

También como mucha piña, es la fruta de la que me he encaprichado esta temporada. Es lo único que quiero comer. En cuanto llegamos a un sitio, Remington pide a Diane que me traiga toda la piña que pueda encontrar. La troceo con plátano para hacer batidos. La tomo con pimienta de cayena. Diane me prepara un salteado de piña con trocitos de pavo. Soy una adicta a la piña y a Remington parece que le divierte mucho.

—Yo diría que es una niña —me dijo ayer Diane— porque te pasas el día devorando dulces. Pero estás tan guapa… Cuando tienes una niña te ves horrible, al menos a mí me pasó cuando tuve a mis hijas.

—¿Por qué?

—Porque las niñas te roban la belleza. Y el amor de tu chico. —Sus labios se tensan y me observa la tripa con ojos entrecerrados y curiosos—. Pero no cambio a mis niñas por nada. ¿Has probado lo de la cadena con el anillo?

—No —le contesto.

Me explica que cogiendo un anillo atado a una cadena y sosteniéndola sobre la tripa, se puede ver si hace círculos, en cuyo caso será un niño, o líneas si es una niña. Parece una estupidez, pero ahora estoy tumbada encima de la cama, sosteniendo un anillo que me prestó Diane sobre mi tripa. Remington está jugando al ajedrez en su iPad, nuestras cabezas están apoyadas una junto a la otra mientras cada uno está a lo suyo. En unas semanas vamos a Austin y sé que es algo que le preocupa, porque no está durmiendo demasiado.

Me maravilla la forma en que utiliza el ajedrez para relajarse. Todas esas noches en que no podía descansar y cogía su iPad, apoyándolo en mí, no tenía ni idea de que jugaba al ajedrez.

Ahora anudo el anillo en la cadena como me han dicho.

—Iremos al doctor que nos guste y le haremos trabajar con el calendario de vacunación que nosotros prefiramos.

Asiento con la cabeza mientras sostengo el anillo sobre mi estómago y observo como se mueve.

—¿Círculos o líneas? —le pregunto.

Para de jugar y deja el iPad a un lado, volviendo a mirar. Creo que es un niño porque la tripa está baja, duermo del lado izquierdo y mi pelo tiene cuerpo y brillo, pero no estoy segura de cómo de ciertas serán esas supersticiones.

—Está haciendo las dos cosas —me contesto yo misma, riéndome del condenado anillo—. ¡Qué timo!

Chillo cuando me coge por las axilas y me arrastra hacia él.

—¿Qué quieres que sea? —me pregunta, recorriéndome y aprentando la tuerca de mi pendiente.

—Nada, solo tengo curiosidad.

—Puedes saberlo —me dice besándome en la punta de la nariz. —Te llevaré al médico para que puedas saberlo, pero yo no quiero.

—¿Por qué no? —Le rodeo con mis brazos y le miro fijamente a sus ojos azules—. ¿Te asusta quererle tanto, tantísimo, antes incluso de conocerle?

—Digan lo que digan, no será real hasta que lo tengamos.

Se vuelve sobre su espalda y me coloca a su lado; entonces sujeta mi nuca y me coloca con la cara apoyada en su cuello, en mi sitio especial. Cierro los ojos y le recorro suavemente con la lengua tal y como me dijo que le gusta. Él es tan grande, ama con tanta fuerza, lucha con tanta fuerza. Le estoy dando lo que nunca tuvo y probablemente nunca imaginó que querría. Tiene miedo de esperar…

Al día siguiente le observo desde fuera, viendo cómo golpea el pesado saco. Golpea. Golpea. Golpea. Estoy haciendo algunos

estiramientos de yoga cuando siento una patada desde el interior de mi tripa. Dejo de respirar, lo vuelvo a sentir y la noto de nuevo, y otra vez más. No son gases. Siento como me golpea el bebé en mi interior, de la misma forma en que su papá está golpeando el saco.

El corazón me da un brinco y yo pego un salto.

—¡Remington! ¡Remy! ¡Remington Tate!

Se gira y para el balanceo del saco con una mano.

—¡Siente esto!

Le quito el guante con las manos temblorosas, tiro de él y le coloco la mano sobre mi tripa, mi corazón se desboca. Vamos, pequeñín…

Remington frunce el ceño con desconcierto. El bebé da una patada.

Él entrecierra los ojos y pega su enorme mano un poco más a mi tripa, pasando su mirada de mi vientre a mi cara.

—¿Es…?

Asiento.

De repente, me sorprende con una blanca y deslumbrante sonrisa, sus hoyuelos más profundos que nunca, sus ojos más azules que el mar de Tahití, agacha la cabeza preparándose para hablar al bebé.

—Dile a la pequeñina que lo vuelva a hacer —susurra.

—No me hace caso. —Mis labios se contraen en una sonrisa, golpeándole juguetonamente—. Y es un pequeñín. Creo. Porque mi pelo está brillante y la tripa está baja. Y tiene una buena derecha. Quizá si se lo pides educadamente te muestre algunos movimientos más.

—¡Venga, da pataditas para papá, vamos! —grita Lupe desde el otro lado del pesado saco.

Remy sonríe complaciente y Riley se acerca, caminando con su aire de surfista.

—¿Se ha movido? Dios, tengo que sentirlo —dice alargando la mano.

—No toques —gruñe Remington, dándole un manotazo.

—Tío, es como mi hermana.

—Las manos fuera, Riley —le advierte, empujándole con el brazo.

Riley suelta una gran risotada, Remington me acerca a él con una mano mientras mantiene la otra posada en mi abdomen, nos miramos fijamente esperando como dos tontos a que el bebé se mueva.

Cuando el bebé vuelve a dar una patada, él estalla en carcajadas y yo me siento llena de amor, le abrazo.

—¿Es lo suficiente real para ti? —suspiro, una sonrisa baila en mis labios mientras poso mi cabeza en él, mis fosas nasales captan el delicioso rastro a jabón que tiene su piel.

—Parece surrealista —me susurra, con ojos llenos de felicidad, y como si se tratara de una competición de velocidad, me besa la frente, la nariz, las mejillas y la barbilla; después me agarra por la cintura y me da una vuelta en el aire, suena un silbido cuando me coge en brazos.

—¡Remington Tate, solo a ti se te ocurre hacer volar en el aire a tu novia embarazada de esa manera!

—¡Es dinamita y le encanta! —Me vuelve a levantar.

Esta noche ponemos al bebé su primera canción. Remy coloca sus cascos en mi vientre y pone *With Arms Wide Open*, de Creed's.

En la canción le cuenta al bebé cómo él le enseñará el mundo y le recibirá con los brazos muy abiertos, y juro que puedo sentir al bebé a gusto mientras su *sexy* y apuesto padre se sienta a mi lado y empieza a besarme.

—¿La pequeña tiene mi gancho? —pregunta en voz baja, entre beso y beso mientras escuchamos cómo la música se abre camino en mi tripa.

—Definitivamente, el pequeño tiene tu gancho, porque tiene que ver contigo —le vacilo un poco, cogiéndole de la barbilla.

Se ríe.

—¿Conmigo?

—Contigo. Todo. Mi vida entera —digo con cierto aire dramático, que deja muy claro que estoy exagerando, pero su sonrisa es deslumbrante y enorme, le doy unas palmaditas en el mentón y río. Y por alguna razón, sé que se lo tengo que volver a decir, solo para seguir mirando esa gran sonrisa en su cara—. Sí, Remy, todo esto tiene que ver contigo.

16. Austin espera

—Ya está en todos los titulares que la novia de Depredador está embarazada —dice Pete mientras volamos hacia Austin.

Ahora Josephine también vuela con nosotros, hoy se sienta con Pete, Riley y Remington en uno de los apartados, mientras Lupe está en el asiento, y Diane y yo ocupamos otra de las mesas. Remy y los demás parecen estar discutiendo sobre mi seguridad para las dos peleas en Austin. Por lo visto, estamos en las semifinales y por ello Escorpión no luchará las mismas noches que Remington.

Una parte de mí está ansiosa por ver si nos encontraremos con Nora en las peleas, mientras que a la otra parte le aterroriza el resultado de ese encuentro.

Remy está de mal humor, brusco y sobreprotector. El hecho de que sus padres vivan en Austin y haber vendido la casa donde normalmente nos quedábamos, sin duda le molesta. Pete alquiló otra casa para mantenernos lejos de los medios de comunicación, pero Remington no está tranquilo. Sé que no le gusta la idea de encontrarse en el mismo estado que Escorpión, mucho menos en la misma ciudad.

Mientras enseño a Diane las fotos que Melanie me envió de la paleta de colores para la habitación del bebé, escucho la voz de Remington, baja, como si no quisiera que le oyera, pero autoritaria.

—Cualquiera que se le acerque, o que la mire mal, os hacéis cargo inmediatamente.

Por el rabillo del ojo, veo cómo Pete asiente con gravedad y se recoloca la corbata negra.

—No te preocupes, Rem, la protegeré como si fuera mía.

—No es tuya, idiota. Ella es mía.

—Señor Tate —interviene Josephine—, estaré alerta, me aseguraré de que no la amenacen ni la molesten.

—Me encanta esta paleta azul y verde —me dice Diane, distrayéndome de la conversación del otro lado del avión.

Volviendo a las fotos, le digo triste:

—Espero que lo del anillo haya funcionado. Remington no quiere saberlo, y yo no quiero que el médico me lo diga por si se me escapa sin querer.

—¡Oye! —Riley grita desde su asiento—. ¿Cómo le vais a llamar?

Remington encoge los hombros mientras se acerca a ver algo que le enseña Pete en su teléfono, y yo creo que no está prestando atención, pero aun así digo:

—Si es niño, todavía no lo he pensado. Pero tengo el nombre perfecto si es niña.

—¿Ah sí, cuál? —pregunta Riley, y se incorpora con curiosidad.

—Iris —digo en voz baja. Remington se gira instantáneamente a mirarme, y la intimidad de su mirada me atraviesa y me quema como una oleada de lujuria y amor.

—Me gusta Iris —dice con voz ronca y asiente con aprobación.

A Pete le cuesta mucho que Remy vuelva a concentrarse en lo que fuera que le estuviera enseñando en su móvil, mientras Remington sigue mirándome desde el otro lado del avión. Tampoco puedo concentrarme en lo que Diane me dice, sigo girándome hacia atrás para mirarle.

Me parece un error tener todos esos asientos libres entre nosotros, el iPod en mi bolso y mi chico tan lejos.

Se echa todo lo que puede hacia delante y estira el brazo para acercarse a mí. Enredo mis dedos entre los suyos y todo vuelve a estar bien. Continúa revisando sus cosas y yo sigo hablando con

Diane sobre lo del bebé, con su mano agarrando la mía a través del pasillo.

♥ ♥ ♥

Cuando Pete y yo nos acomodamos en el pabellón de Austin, tengo la mala suerte de ver a dos de los matones de Escorpión observándonos desde el otro lado del cuadrilátero. Parpadeo por la sorpresa e inmediatamente busco a Nora entre la multitud.

No la veo en ningún sitio y cuando vuelvo a centrar la atención en los matones, veo que siguen observándonos.

Uno de los tíos tiene la cabeza rapada y el otro lleva un tatuaje de un escorpión en el pómulo, igual que lo llevaba su jefe antes de que Remington se lo rajara el día que fue a por Nora.

Nora…

La idea de que se junte con Escorpión y sus secuaces me hace sentir desgraciada, y este pensamiento viene con la sensación de un desagradable hormigueo que recorre mi cuerpo. Me debato entre qué hacer: vomitar, escapar o acercarme a esos matones y preguntarles dónde está mi hermana. Me siento como si perdiera el control y no sé qué hacer, a dónde ir o cómo reaccionar, así que permanezco sentada y sigo mirándoles, sintiéndome como una niña pequeña indefensa, incluso con Pete sentado a mi lado, armado hasta los dientes con sus pequeños artilugios.

Los dos hombres empiezan a rodear el cuadrilátero poco a poco, acercándose, la certeza de saber que se dirigen hacia nosotros me deja sin aire. Mi corazón empieza a latir con fuerza entre mis costillas mientras mantengo una lucha interior sobre qué debo hacer.

Pete comenta:

—Probablemente vayan después a ver la pelea de Escorpión o estén vigilando a Remington.

—Fíjate en cómo está peleando, si hay alguna herida visible. Por favor, por el amor de Dios, no hagas nada e ignórales.

Veo como los dos se paran delante de nosotros, como un puñetazo en mi estómago.

—No te muevas, Brooke —me advierte Pete.

Completamente consciente de mis casi seis meses de embarazo y de mi redonda barriga, me esfuerzo en mirar al suelo mientras mis vasos sanguíneos se dilatan. Me tiemblan las piernas y rodeo instintivamente a nuestro bebé con las manos, cuyas patadas ya hemos sentido y quiero que esté tan lejos de estos hombres como sea posible.

Estos dos son los matones que intentaron provocar a Remington en la pelea del club la temporada pasada, hago como que no los veo cuando en realidad puedo oler su pestilente olor, me quedo quieta en contra de lo que me dicen todos mis instintos, lo que de verdad quiero es patearles y aplastarles.

—Hola, putita de Remy. ¿Nos das un besito? —dice con desprecio uno de ellos.

Rabia e impotencia es lo que siento dentro de mí mientras las filas de asientos empiezan a llenarse a nuestro alrededor, y me obligo a mantener la mirada en el suelo y esperar a que se marchen, o que Pete finalmente tenga pelotas y haga algo.

—Os sugiero que os marchéis —dice Pete tranquilo.

—No estamos hablando contigo, debilucho, estamos hablando con la putita. ¿No recuerdas tener el coño húmedo y empapado cuando el jefe te obligó a besarle? Justo en este preciso momento a tu hermana pequeña se la está follando bien y muy fuerte, delante del resto de chicas.

Mi cabeza se levanta al tiempo que mi cuerpo se acalora por la humillación. Revolviéndome en mi asiento, aprieto la mandíbula y cierro los puños a ambos lados mientras deseo tener un par de botellas para estampárselas en sus cráneos.

—¡Volved al agujero del que habéis salido y decidle al estúpido de vuestro jefe que Depredador le enterrará este año! —les chillo.

—Brooke —Pete me agarra del codo como advertencia mientras los dos gilipollas se ríen.

—¿Quieres que le digamos que has dicho eso? ¿La nueva putita de Remy? —El calvo escupe en el suelo, a un centímetro de mi pie —. ¿Lo quieres de verdad, puta?

—Os aviso, marchaos —repite Pete, poniéndose de pie y alargando la mano hacia su chaqueta.

Estoy en mi modo de defensa personal, me bombea la sangre y se me va la cabeza cuando les dirijo una peineta con la mano.

—Claro que sí. Dile que se vaya a tomar por culo y que pronto se arrepentirá de no haber dejado a mi hermana en paz.

De repente, Josephine agarra a los tíos por la espalda y con voz inquietantemente tranquila les pregunta:

—¿Caballeros, buscan a una señora de verdad?

Pete me levanta del asiento y me arrastra con él por la fila mientras mi corazón palpita con tanta violencia que apenas puedo respirar.

—¿De qué iba eso? —Pete se gira hacia mí con ojos furiosos—. ¿Un poco de espray de pimienta te hace sentir que puedes decir lo que quieras?

—Pete, eres muy blando. ¿Por qué no lo usaste? ¡Los teníamos encima!

—¡Brooke, un poco de sutileza, por favor! ¡No puedes provocar a esos tíos! Si vuelven cuando Remington esté peleando y él ve que están a dos pasos de ti, saldrá del cuadrilátero y quedará descalificado y eso es lo último que necesitamos… —Se tranquiliza, suspira y me frunce el ceño—. ¿Qué te ha dicho justo ahora en los vestuarios? ¿Eh?

Recuerdo perfectamente la petición de Remington e instantáneamente digo:

—Que no me moviese de mi sitio.

—¡Bien! A él le gustará que seas dinamita, pero yo no quiero perderte de vista y tampoco quiero que me explotes encima.

—Pete, a Remy no le gustaría que me quedara sentada con la cabeza agachada mientras esos dos idiotas me insultan. Estoy

segura de que él no esperaría que no reaccionara. ¡Si él fuera tú habría hecho algo, y si yo no estuviera embarazada, también!

—No soy el puto Depredador, Brooke. ¡Mírame! —Pete se señala a su chaqueta de traje negra y corbata—. Admito que no estoy embarazada y podría haber utilizado uno de los juguetitos que tengo, pero habría provocado tal alboroto que cuando Remy saliera, notaría que te habría pasado algo y abandonaría. No se trata siempre de atacar, joder.

—Pete, lo siento. Lo he entendido. Vamos a sentarnos. Me alegro de que se hayan ido —digo y ambos suspiramos mientras nos dirigimos de vuelta a nuestros asientos y nos disponemos a mirar, pero todavía me tiemblan las manos con toda esa adrenalina circulando por mis venas.

El pabellón está lleno y anuncian la primera pelea a través de los altavoces.

—Bienvenidos, damas y caballeros… —escucho.

El ruido y la exaltación nos rodean cuando vemos a los luchadores ir y venir. Ver toda esa sangre de nuevo, escuchar el choque del hueso contra hueso, me pone nerviosa.

Remy… por Dios. Solo de pensar que podría encontrarse con Escorpión en los vestuarios me pongo de los nervios.

Respiro e inspiro profundamente cuando Pete me dice:

—¿Sabes una cosa, Brooke? Me dijo que no quería que nadie te mirase, por tanto llevas razón. Él habría querido que los mantuviese alejados de ti lo máximo posible. Pero no puedo hacer eso, joder. Soy el que hace que todo se mantenga en calma. Por favor, entiende que aquí tengo que ser el que mantiene la cabeza fría.

—Lo entiendo, Pete, pero tú —digo exasperada— eres como una pistola cargada sin gatillo.

—Estamos en negociaciones directas con Escorpión, Brooke —me dice en voz baja—. Lo último que quiero es agravar la situación o le costará más a Remington.

—¿Cómo? —entrecierro los ojos—. ¿Sabes algo de Nora?

—Solo que esta vez Remington se está haciendo cargo y que estás completamente al margen del tema.

Frunce los labios significativamente y asiente. Yo no puedo ni replicarle, justo en ese instante llaman a Remington, su nombre resuena a través de los altavoces y toda la multitud lo corea.

—¡Sí, señor, traed a Depredador para toda esta gente! —grita el presentador.

Y entonces la multitud clama:

—¡Depredador!

Mi corazón se detiene durante un momento, me concentro en el destello rojo que se aproxima al cuadrilátero.

La pelea de esta noche es importante. No solo porque he escuchado que Escorpión fue descalificado por utilizar puños americanos en la pelea de la noche anterior, sino también porque para Remington es el lugar más importante de su carrera por muchos motivos. Aquí fue donde nació y donde le abandonaron. Pero no esta multitud. No, esta gente nunca le abandona.

El pabellón ruge sediento de sangre en cuanto Remy se sube al cuadrilátero, dando el toque de color al vacío y aburrido espacio.

—Si no pierde esta noche, dejaremos a Escorpión muy atrás en la clasificación. Todo buenas noticias —me dice Pete.

Asiento llena de emoción, ahora solo puedo fijarme en Remy.

Riley y Lupe se colocan en sus sitios en la esquina mientras Remington se quita su albornoz de Depredador y el público enloquece.

Cuando llaman a su oponente, Remy levanta los brazos y sonríe al público, entonces me mira y la gente grita.

—Brooke, Brooke, Brooke —corea todo el estadio.

Se ríe y yo me sonrojo ante la repentina certeza de que todo el mundo aquí sabe quién soy. Sus adorados fans saben que soy la novia embarazada de Depredador, así que ¡por qué no! Me levanto de un salto y le lanzo un beso, me encanta el modo en que lo recoge y se lo lleva a los labios. Creo que al ver cómo ha recogido el beso, los que estaban preguntándose por qué los demás coreaban Brooke también se ponen a gritar y nosotros no podemos evitar reírnos.

El nuevo contrincante sube al cuadrilátero, ignorando todo el espectáculo que ha montado Remy al entrar y empieza la pelea.

Remington está especialmente juguetón con los jóvenes luchadores. Parece que esperan de él que sea fuerte, pero no muy rápido, y puedo ver que les vuelve locos. Él les engaña, les da juego y entonces acaba con ellos sin indulgencia, para el deleite de la multitud.

Esta noche lucha contra doce contrincantes y termina empapado en sudor y con el costado izquierdo ligeramente amoratado. En cuanto entramos en el gran salón de la casa alquilada, Remy empieza a interrogar a Pete.

—¿Todo bien en las gradas?

—Bueno, casi.

—¿Algún vigilante por allí?

—Dos. Los mismos de siempre.

—¿Vieron a Brooke?

—Eh…

Se gira, arrugando el ceño.

—¿Esos imbéciles se quedaron mirando a Brooke?

Pete me mira y después a él.

—Vinieron a hablar. Brooke les mandó a la mierda. Yo les dije que se marcharan. Josephine vino y me llevé a Brooke fuera.

Remy me mira sorprendido.

—¿Les mandaste a la mierda?

Me enojo.

—¿Prefieres que les hubiera dado una patada en los huevos?

Mira a Pete con incredulidad. Muy despacio, se pasa las manos por el pelo con frustración, sacude la cabeza y me agarra por detrás del cuello dirigiéndome hacia nuestro pasillo.

—Discutiremos esto en nuestra habitación —se queja.

—Buenas noches, chicos —dice Pete.

Remington para un momento y se gira.

—¿Alguna señal de la hermana de Brooke?

—Nada —contesta Pete, y la preocupación de su cara me descompone.

Él y Remington quedan en algo de manera silenciosa, con algún tipo de comunicación entre hombres que desconozco, y nos vamos en direcciones distintas.

Tan pronto como nos encerramos en nuestra habitación, me aprisiona contra la puerta y encuentro su nariz enterrada en mi clavícula mientras me huele.

Mi útero se contrae cuando gruñe.

—¿Por qué mandaste a la mierda a esos gilipollas? —Levanta la cabeza y me lanza una de sus temibles miradas azules—. ¿Qué te dijeron?

—Estaban justo delante de nosotros y, odio decir esto, pero Pete es como una pistola sin gatillo.

—¿Crees que debería haber hecho algo?

—En realidad ha sido una buena idea que mantuviera la cabeza fría esta noche, porque yo no podía. Me saca de quicio pensar que Nora está por ahí con esta gente. ¿Qué vamos a hacer?

Sacude la cabeza y se dirige a la ducha.

—Tú te quedas al margen de esto.

—¿Me vas a contar algo al menos?

Abre la mampara de la ducha y me mira con seriedad.

—Por nosotros, Brooke —me susurra con severidad, pasando su mano por la curva de mi tripa—. Por nosotros tres, quiero que me prometas que te vas a quedar al margen. Y como rompas tu promesa, que Dios me ayude…

—¡No! Que Dios me ayude a mí si te pones en peligro por ella, por mí… Soy capaz de…

—¿De qué? —Levanta una ceja divertido, después me da una palmadita en el culo con una sonrisa de superioridad—. Me gusta cuando me pegas, y me encanta enfadarte también.

—Perderé los papeles, ¡más de lo que te piensas!

Miro amenazante hacia su pecho mientras se quita el pantalón.

—Remy. —Le alcanzo antes de que entre en la ducha y le obligo a mirarme—. Prométemelo.

Su mirada brilla divertida mientras recorre con un dedo mi nuca.

—¿Qué hago contigo, dinamita?

—Prométemelo —insisto.

—Te lo prometo —me dice—, tu hermana volverá contigo muy pronto, y aplastaré a esa rata este año.

Me acaricia la barbilla y se mete en la ducha. No puedo explicar el alivio que siento. Él nunca me ha mentido. Sus palabras no han sido muy benévolas pero a mí me tranquilizan. Este año va a ganar el campeonato y, sea lo que sea que esté negociando, Nora será libre. Un poco más tranquila, voy a echarme mis aceites. Tarda exactamente cuatro minutos en ducharse y salir con una toalla alrededor de la cadera mientras utiliza otra para secarse el pecho.

—Quítatela y déjame que te dé un masaje —le digo, mientras me sigue al banco que normalmente hay a los pies de la cama en la mayoría de los hoteles, me coge en brazos y me besa en la oreja.

—¿A quién perteneces? —me pregunta bajito.

Me derrito.

—A algún chico con suerte.

Le digo que se siente, luchando por no besarle todo el cuerpo, al menos por el momento.

—Dime su nombre —replica mientras se deja caer para que pueda masajear todos sus músculos. Mira cómo me arrodillo delante de él y coloco todos mis botes al lado, ladea sus labios de una manera tan increíblemente *sexy* que es completamente irresistible.

—¿Por qué? ¿Te gusta cómo suena su nombre con mi voz? —le pregunto y desenrosco el tapón del aceite de árnica.

—Me encanta. Dime su nombre.

Sus ardientes ojos azules me miran mientras vierto un poco de aceite en la palma de la mano y me las froto para calentarlo antes de masajearle por el pecho y los hombros.

—Pero… es… complicado —susurro pasando mis dedos por su clavícula y su cuello—. Le conozco muy bien, pero… —Hago una

pausa y vierto el aceite a lo largo del musculado brazo—. Pero al mismo tiempo, es un misterio. —Recorro el brazo acariciándoselo, le susurro al oído—. Algunos le llaman Depredador, pero yo le llamo Remy. Y estoy loca por él.

Su pecho se mueve con una risa ahogada, y veo cómo sus ojos centellean cuando me mira y me pellizca la nariz.

—Eres buena para mi ego, mi hermosa y embarazada Brooke Dumas.

—Pero no permitas que aumente más ese ego —le advierto, extendiendo el aceite por sus pectorales mientras añado con voz celosa—. Eres mío.

Sonriendo, deslizo mis dedos por su antebrazo, le acaricio hasta la palma de la mano, e impulsivamente se la cojo y le beso los nudillos mirándole a sus ojos azules que brillan con ternura al devolverme la mirada.

—¿Esta también es mía? —le pregunto.

Me responde con tono juguetón mientras recorre mi mejilla con uno de sus dedos.

—Depende, dinamita. ¿La quieres?

—La quiero.

—Entonces es tuya, pequeña.

Le agarro la otra mano y hago lo mismo que hice con la primera y le beso los nudillos.

—¿Y esta?

—¿La quieres? —Levanta una ceja y sacude la cabeza en dirección a la puerta—. Todas esas señoritas también la quieren.

—Pero yo la quiero más —protesto.

Me sonríe con indulgencia y me vuelve a acariciar la mejilla.

—Entonces también es tuya.

Mi voz se espesa cuando retiro la toalla y puedo extender el aceite por sus gemelos y sus duros muslos. Admiro su sonrisa *sexy*, esos hoyuelos y su pelo desaliñado. Le pregunto:

—¿Y tú? ¿Qué pasa contigo? —Extiendo mis manos oleosas por sus abdominales, levanto la cabeza buscando sus labios. Gime

cuando lamo las comisuras de su boca. Despacio. Continúo masajeándole el cuerpo al tiempo que lo recorro con los labios. Es una máquina de pelear y es mío, mis ojos se entrecierran brevemente mientras me tiendo sobre él y suspiro—. ¿Qué pasa contigo, Remington? ¿Eres mío?

Su gemido hace que mis pezones reaccionen.

—¿Me quieres?

Dios mío. Mi adorable novio. Un joven con la fuerza de cien hombres. Juguetón y posesivo. Me muero por él y le susurro «Te quiero» al oído.

—A ti entero. Amoratado y de cualquier modo en que llegues.

Gimiendo, atrae mi cabeza hacia sus labios y me besa con fuerza e intensidad.

—Te contestaré en la cama. —Me agarra de la mano como si ya estuviera lista para ir a la cama, pero me río y le empujo.

—¡Cinco minutos más!

Niega con la cabeza.

—Dos.

—Cuatro.

—Tres, eso o te soltaré en la cama, justo ahí, ahora mismo.

—Hecho.

—¿Te suelto en la cama, dices? —me vacila.

—¡No seas tramposo, hemos quedado en tres minutos más! —lloriqueo, apresurándome con las manos mientras masajeo sus duros pectorales. Mi sonrisa se desvanece cuando recuerdo a los secuaces de Escorpión.

—Ella solía meterse en mi cama por las noches cuando tenía pesadillas. Tenía muchísima imaginación, decía ver cosas, buenas y malas, donde no había nada.

—¿De quién hablas? —pregunta con voz ronca.

—De Nora —contesto, incapaz de disimular la tristeza en mi voz. —. Solo me gustaría explicarte por qué yo… No sé. Quiero explicarte por qué siempre la he protegido. Parecía que me necesitaba, y nos repartimos los papeles. Siempre necesitaba protección. Pero ahora

me pregunto si aprenderá alguna vez la lección si yo no le dejo resolver sus propios problemas: siempre he querido protegerla pero ahora nada me hará poneros en peligro ni al bebé ni a ti, ni siquiera ella.

Su expresión es tan dulce y comprensiva que siento un pequeño nudo de emoción en el pecho.

—Shh. Tranquila —me dice, acariciándome la cabeza—. No va a ganar el campeonato, ni tampoco se quedará con tu hermana. No está ganando. Yo lo tendré todo. ¿Me oyes? Ganaré el primer premio, el campeonato, la libertad de la hermana… Y protegeré, complaceré y amaré a mi novia.

17. Austin es un remolino

Un grupo de ciervos pasa brincando por el cinturón verde que hay detrás de los bloques de pisos en alquiler de Austin. Los señalo con el dedo y digo «¡mira!», pero Remy se limita a gruñir; está ocupado volteando un enorme neumático de tractor, una y otra vez.

Hace tanto calor aquí, en Texas, que el sudor me baja por el cuello y se desliza por mi canalillo.

Entrecerrando los ojos por el sol de la tarde, pregunto a Remy y a Lupe si quieren algo de dentro; Lupe niega con la cabeza mientras Remy gruñe y empieza a dar la vuelta al neumático en dirección contraria.

—Casi hemos terminado —me dice Lupe.

Asiento y levanto dos dedos para decirles que me llevará dos minutos hacer mi quinto viaje al interior de la casa en busca de limonada.

Dentro de la casa, diviso a Riley en el extremo del cuarto de estar, está tan inmóvil que casi no lo veo. Tiene las manos hundidas en los bolsillos del traje, y mira fijamente a la puerta delantera con el ceño fruncido. Mi cuerpo se pone inmediatamente en modo alerta, y se me hace un nudo en el estómago.

—Sus padres —digo asqueada.

Sus padres. Dos especímenes que no se merecen poder reproducirse, y mucho menos tener algo tan magnífico como

Remington. ¿Criarlo? No. Esos cabrones simplemente agarraron a su hijo, le ingresaron en un psiquiátrico y nunca volvieron.

Con los labios apretados, Riley hace un gesto afirmativo:

—Pete se está encargando.

Rodeo mi tripa con los brazos por puro instinto de protección, mi mirada se fija en la puerta delantera a la vez que la suya.

—¿Por qué le siguen molestando? ¿Quieren compensarlo?

—¡Brooke! —Riley casi se ahoga al decir mi nombre. Se ríe con una de las risas más carentes de emoción y tristes que he oído jamás—. No, son unos cabrones. Hemos pasado por esto docenas de veces y saben que Remington les hará marcharse con un maldito cheque.

Una oleada de ira me invade cuando pienso en la manera en que Remy se inquieta cada vez que pasamos cerca de su ciudad natal. La última temporada, sus padres le buscaron otra vez y acabaron recibiendo un cheque con su firma.

—No se merecen nada de él. Nada —susurro.

Antes de darme cuenta, cruzo el cuarto de estar.

—¡Brooke! Deja que Pete les mande a la mierda —me insiste Riley.

Pero, en vez de eso, abro la puerta y ahí están, en el porche, guapos como nadie. El hombre grande como una montaña, muy bien conservado. Juro que casi me duele ver el parecido de Remy con él. Los ojos del mismo color azul eléctrico se posan en mí al instante, pero la expresión de esos ojos es completamente diferente. La energía y vitalidad, el impulso y la fuerza que veo en los ojos de Remington han desaparecido completamente en los de su padre.

¿Y qué decir de su madre? Mientras me examina con mirada crítica, yo la inspecciono a ella, parece pequeña, apacible y dulce enfundada en ese pulcro vestidito de ama de casa, lo que hace que mi confusión sea aún mayor.

Esta gente. Podría sonreírles en un ascensor, o al cruzármelos en la calle. Parecen amables y cariñosos, pero ¿cómo pueden serlo? ¿Cómo han podido abandonar a Remy y después tener el descaro

de llamar a su puerta una y otra vez, como si tuvieran todo el derecho del mundo?

El simple pensamiento de abandonar al bebé que llevo dentro me repulsa, y no entiendo por qué alguien le haría eso a su propio hijo.

—Le han dejado solo toda su vida. ¿Por qué no le dejan tranquilo ahora? —exijo con mirada amenazadora.

Tienen el descaro de aparentar estar verdaderamente horrorizados ante mi presencia o mi comentario, es muy posible que ambas cosas les espante.

—Queremos hablar con él —dice la mujer.

Porque eso es lo que es, solo una mujer. No puedo mirarla y pensar en ella como la madre de alguien, especialmente como la de Remy.

—Mira… Nos hemos enterado de lo del bebé —añade.

Sus ojos bajan hasta mi vientre, y Pete se acercarse a mí, como si temiera que ella fuera a alargar el brazo y tocarme, y él, en representación de Remington, planeara detenerla.

—Este bebé —continúa la mujer, frunciendo sus labios hasta que solo son una fina línea— podría ser igual que él. ¿Te das cuenta?

—Sí —digo con gesto altivo—. Espero que lo sea.

—¡Nuestro hijo no está en condiciones de ser padre! —brama el hombre con una voz tan profunda que me sobresalta—. Puede hacer daño a alguien. Necesita estar medicado ¡y encerrado!

—Madre mía, ¡qué par de hipócritas! ¿Vosotros habláis de ser buenos padres? —pregunto tan encolerizada que ni siquiera puedo respirar—. ¡Vuestro hijo se ha convertido en un hombre noble y honesto a pesar de todo, y sois vosotros los que abandonasteis a vuestro único hijo! Le arrebatasteis su infancia ¿y ahora queréis venir aquí y decirle cómo debe vivir el resto de su vida?

—¡Nuestro hijo está enfermo! Queremos que le traten y que los servicios mentales le controlen periódicamente para asegurarnos de que está tranquilo y sereno, como una persona normal —dice la mujer.

—¡No! ¡Vosotros sois los enfermos! Al menos él sabe cuál es su problema, pero vosotros deberíais entender los vuestros.

La puerta de detrás de nosotros se abre de par en par y Riley sale con la mirada más furiosa que le he visto jamás.

—Os habéis perdido a un ser humano increíble —dice Riley, y ellos parecen tan impactados por sus palabras serenas y amenazadoras que creo que es la primera vez que le ven—. Como padres suyos, se suponía que debíais levantarlo y sostenerlo. A nosotros no nos da pena, de verdad, porque para él puede que haya sido incluso mejor. Pero lo sentimos por vosotros.

—Nosotros somos su familia —resopla la madre de Remy.

—Vosotros erais su familia —corrige Pete mientras se acerca un paso más hacia mí—. Ahora es de la nuestra. Y esta es la última vez que vamos a pediros que os vayáis. La próxima vez que os veamos aquí sin ser invitados, haremos que las autoridades intervengan.

El hombre me mira, y es muy raro que unos ojos tan parecidos a los de Remy me estén mirando con tanto desprecio en vez de con amable ternura.

—Tienes que ser muy estúpida para dejar que mi hijo te atrape así —me dice, apuntando a mi vientre.

De repente siento una pared musculosa en mi espalda. Las palabras mueren en mi garganta cuando una mano enorme se abre de forma protectora sobre mi barriga y la voz de Remington suena por encima de mi cabeza y hace que el vello de mis brazos se ponga de punta.

—Acércate a ella, o a cualquier cosa que me pertenezca, y te enseñaré lo peligroso que soy en realidad —dice con voz tranquila, aunque suena mucho más amenazante por su sosiego.

La energía que emana de su enorme cuerpo hace que se me acelere el pulso mientras espero la respuesta de sus padres. Ninguno de los dos parece ser capaz de mantenerle la mirada a Remington durante mucho tiempo. Con los labios apretados, el hombre agarra la mano de su mujer y la conduce por el porche hacia el pequeño coche en el que han llegado.

Estoy temblando, me apoyo en Remy y él me aprieta la cintura y susurra suavemente.

—Vamos dentro.

Entramos.

Remington coge una botella de agua de la cocina y se la bebe de un solo trago. Sigue con la ropa de entrenar. Sus músculos brillan por el sudor. Se sacude el pelo mojado, se deja caer en uno de los sillones del salón, tira la botella vacía al suelo y se queda mirando enfadado cómo gira. Tiene los codos apoyados en las rodillas, sus hombros anchos están firmes y tensos, y tiene la cabeza inclinada. Se queda mirando fijamente cómo gira la botella. Y gira y gira.

—Remy, no creo que a tus padres les guste la mujer que has elegido —dice Riley. Está intentando bromear sobre lo que acaba de pasar, pero nadie tiene ganas de reírse. El ambiente está tan tenso que se podría cortar con un cuchillo.

Remington levanta la cabeza y me mira con ojos feroces.

—Si se vuelven a acercar a ti, seré el primero en saberlo. ¿Me has oído, dinamita?

La actitud protectora de su mirada hace que me abrace la barriga intentando proteger yo también a nuestro bebé.

—No me estaban buscando a mí. Te buscaban a ti.

—No quiero que se acerquen a ti. No les quiero cerca de nuestros hijos —dice enfadado. Mi corazón da un vuelco. ¿Acaba de decir «hijos», en plural? Quiero sonreír y abrazarle por lo que ha dicho, pero su mirada está llena de dolor.

—¿Has terminado? —le pregunto con calma y señalo afuera, donde estaba entrenando.

Asiente despacio, su cara sigue tensa mientras observa cómo me acerco a él.

Está pensando, percibo su enfado en el aire. Tiene una expresión extraña, como si intentara reponerse. Tensa y relaja la mandíbula constantemente. Odio que haya tenido que enfrentarse cara a cara con sus padres, pero ha vuelto a demostrar que haría lo que fuera para protegerme.

Noto la cabeza cansada, como atontada, mientras me siento a su lado y le agarro el brazo. Cojo su muñeca y le doy un pequeño masaje.

—No puedo creer que unos gilipollas como ellos pudieran crear a alguien tan maravilloso como tú —susurro.

Pete se marcha a la cocina en silencio y Riley se dirige al jardín para ayudar a Lupe a recoger las cosas del entrenamiento.

Sus pisadas se desvanecen y nos rodea el silencio. Remington me mira. Su voz tiene ese tono tranquilo y firme que adquiere cuando está reflexionando sobre algo.

—Tienen razón, dinamita.

Siento como si me hubieran golpeado con un bate de béisbol en el pecho.

Cojo aire despacio y me mira con decisión.

—Brooke, no les desearía un padre como yo ni a los hijos de Escorpión. Y mucho menos a mi propio hijo.

No. No ha sido un bate de béisbol. Creo que me acaba de atropellar un tren. El dolor se extiende por mi cuerpo y mis manos se sueltan de su brazo.

—No digas eso, por favor. No digas nada que no sea que vas a ser el mejor padre del mundo.

Tensa la mandíbula y noto que suaviza el tono por mí.

—Podría ser como yo.

—¿Qué quieres decir con como tú? —pregunto con furia mientras me abrazo el vientre—. ¿Maravilloso por dentro y por fuera? ¿Con más fuerza de voluntad que cualquiera que haya conocido jamás? ¿Fuerte, generoso, amable…?

Parece atormentado. Le sujeto la cara y le obligo a mirarme.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Eres humano y real, Remy, y no quiero que seas de otra forma. Queremos esto. Queremos tener una familia juntos. Y nos lo merecemos, como el resto del mundo.

Se tensa y aprieta los dientes.

—Dinamita, que lo queramos no significa que sea lo correcto. Soy un puto inútil para todo lo que no sea luchar.

—No, no lo eres. Eres un gran luchador, pero eso no es lo que te hace ser tú. Remy, ¿no ves lo inspirador que eres? Eres sincero, decidido, apasionado y tierno. Proteges y entregas todo sin esperar nada a cambio. Nunca te he escuchado juzgar ni criticar a nadie. Vives tu vida con tus normas y haces todo lo posible para proteger a los que te rodean. Amas aún con más pasión que con la que luchas, y nunca he visto a nadie luchar como tú. Nadie te ha enseñado a ser así, eres así. No importa nada más, eres el único padre que habría deseado para mis hijos y el único hombre al que amaré. Deja que esos dos se marchen. Te crearon biológicamente, pero no te han hecho ser quien eres.

Escucha atentamente mis palabras y, mientras piensa en ellas, pongo la mano en su nuca y le acerco a mí para poder besar esos preciosos labios y hacer que deje de decir cosas horribles sobre sí mismo.

Su boca, reacia al principio, se relaja con mi beso hasta que siento cómo la tensión de su cuerpo se atenúa mientras me besa y me susurra en los labios.

—Estás ciega porque eres mía.

—No. Te veo perfectamente porque soy tuya.

Se aparta para mirarme, sus ojos brillan de forma protectora. Sé que haría cualquier cosa para protegernos a mí y a nuestro bebé.

—Ellos no están de acuerdo con mi elección. ¿A ti te parece bien? —me pregunta.

Dios, me parece bien todo lo que hace; confío plenamente en él, le respeto y le amo. Sé que me está preguntando acerca de su decisión de utilizar remedios naturales para controlar su enfermedad. Seguramente le cueste el doble de esfuerzo que si se medicase: requiere disciplina y un estilo de vida dedicado a su bienestar y, la verdad, no es como si intentara convencer a todo el mundo. Es su vida. Y yo quiero vivir la mía con él. Todo el que ha estado enfermo alguna vez o ha tomado medicación durante mucho tiempo sabe que cuando arreglas algo en tu cuerpo con

medicamentos, entregas algo a cambio. Si miras la lista de efectos secundarios no hay ninguno que no tenga.

Estamos en constante cambio y la salud no es algo estático. Es un objetivo que siempre se desplaza y que hay que perseguir a diario y para siempre. Remington siempre está luchando su propio combate… Y yo lucharé con él.

—Me parece bien tu elección, Remy —le digo mientras le mantengo la mirada para que sepa que lo digo de verdad.

Oh, la sonrisa que aparece en su cara es muy tierna.

—Vamos a tener un pequeñín que dependerá de nosotros. Si es mucho para ti me lo tienes que decir, Brooke.

—Te lo diré —le aseguro.

Me coge la mano y los dos nos miramos mientras entrelazamos los dedos.

—Entonces prométeme que, si me descontrolo y quieres que me medique, me lo dirás. Y yo te prometo que lo haré en cuanto me lo pidas.

—Remington, te lo prometo —digo y le aprieto la mano.

—Yo a ti también.

Me acerca a él y me rodea con los brazos, yo me acurruco contra él y absorbo su abrazo fuerte y protector mientras desliza los dedos por mi vientre redondo y asoma la cabeza por encima de mi hombro para verme la tripa.

—Voy a protegerte hasta que me muera —me susurra al oído—. Nada os hará daño jamás. Y si ella es como yo, voy a apoyarla todo lo que mis padres no hicieron conmigo. Voy a enseñarle que puede ser feliz. Que vale la pena.

Me derrito mientras giro la cabeza para enterrar la nariz en su pecho sudoroso y no deseo estar en ningún otro lugar.

—Será un niño. Y lo tiene bajo control, igual que tú.

18. Oscuro

Le han provocado. Sus padres. Le han ignorado toda su vida y cuando vienen a verle, lo único que hacen es hacerle daño. Remy no ha tardado ni dos horas en cambiar a su lado oscuro, después de su visita.

Sé que ha sido por ellos. Pete lo sabe. Riley lo sabe. Y Lupe y Diane también lo saben.

La mañana siguiente apenas podía levantarse de la cama y ya lleva así unos días. Remy está completamente deprimido. Me duele verle así. Siento como si alguien me diera una patada en el estómago cada día.

—¿Se ha levantado ya? —me pregunta Pete desde el salón. El equipo está repartido por los sofás mientras me observan cerrar la puerta del dormitorio. Niego con la cabeza, desesperada. Remy se ha venido abajo, y está más hundido de lo que le había visto jamás.

Apenas me mira a los ojos. Casi no come ni habla. Está de muy, muy mal humor, pero parece luchar por no hacérselo pagar a nadie y por eso no dice nada. Absolutamente nada. Lo único que deja intuir su lucha interna son sus puños, que se tensan y se relajan una y otra vez mientras clava la mirada en un punto fijo durante mucho rato, minutos sin fin, como si lo único que viera fuese su interior.

—Joder. Es una de las malas —dice Pete y se pasa una mano por la cara. No deja de repetir que es una de las «malas».

Las caras de Diane, Lupe y Riley demuestran que están igual que yo: destrozados.

—¿Se ha tomado al menos las cápsulas de glutamina? —me pregunta Lupe, con la frente arrugada hasta la calva—. ¡Perderá toda la masa muscular en la que hemos estado trabajando!

—Se las ha tomado.

Simplemente me las ha cogido de la mano, se las ha tragado con un poco de agua y se ha vuelto a tirar en la cama.

Ni siquiera me abraza con ansia, como cuando está acelerado.

Es como si no se gustase… Y tampoco le gustase yo.

Despacio y sintiéndome tan gris como si tuviera una nube de tormenta encima, me siento en una silla y miro mis manos. Siento que los ojos de todos están clavados en mí durante un largo y horrible minuto. No dejan de observarme, como si yo fuera la que tiene la clave para arreglar todo esto. Y no tengo ni idea de cómo hacerlo. Me he pasado dos noches abrazando un enorme y pesado león, llorando en silencio para que no me oiga sollozar. He pasado el resto de los días dándole masajes, intentando recuperar a Remington Tate.

Remington no se da cuenta de que él es quien nos mantiene unidos. Ahora todos luchamos para animarle. Todos dependemos de su estado de ánimo y, de alguna forma, todos estamos deprimidos con él. Después de ver las caras de todos durante tres días, sé que nadie sonreirá hasta que volvamos a ver sus hoyuelos.

—¿Dice algo? —pregunta Pete y rompe el silencio—. ¿Está enfadado con esos cabrones, por lo menos? ¿Está furioso contra algo?

Niego con la cabeza.

—Ese es el problema de Remy. Simplemente lo acepta. Como si fuera un puñetazo. Y sigue en pie, pero lo recibe. A veces me gustaría que dijera lo que siente, ¡joder! —Pete se pone de pie y empieza a dar vueltas.

Riley sacude la cabeza.

—Yo lo respeto, Pete. Cuando abres la boca para decir algo, lo conviertes en real. No importa lo que se le pase por la cabeza, el

hecho de que no lo diga significa que está luchando contra ello. No deja que sea lo suficientemente importante como para decirlo en voz alta.

Inclino la cabeza, mi pelo cae como una cortina y parpadeo para contener las lágrimas. No quiero que vean lo mucho que me afecta esto, pero lo hace. Pasé por una depresión, hace tiempo. Es como un enorme, oscuro y profundo agujero. No es una depresión leve como cuando estás triste y tienes el síndrome premenstrual. Es el sentimiento abrumador de querer morir. Y querer morir va en contra de todos nuestros instintos de supervivencia. Nuestro instinto natural es matar para proteger a nuestros seres queridos, matar para sobrevivir. Solo de pensar que Remy siente la misma confusión que sentí yo cuando mi vida se vino abajo me hunde tanto en las tinieblas que lo único que me preocupa es poder sacarle de ahí, en lugar de hundirme con él.

Piense lo que piense, tengo que recordarme que no puede controlar los pensamientos; su mente es independiente de él. Ahora, es su mente quien controla sus reacciones. Quiero apoyarle, ser firme y comprensiva; no puedo permitir que me vea como una mujer sensible, necesitada y a punto de romperse en pedazos en cualquier momento. Y, Dios, embarazada de seis meses, es así como me siento: sensible, necesitada y rompiéndome un poco en pedazos sin él.

—Por lo menos baja a golpear los sacos de boxeo. No sabéis lo mucho que le admiro por eso —añade Riley con tristeza.

—¿Crees que estará bien antes del combate, Brooke? —me pregunta Lupe—. Por Dios, tener que verle humillado la última temporada… Este era su año. Su temporada.

—No creo que luche esta noche —admito.

—Así que ya podemos despedirnos del primer puesto —maldice Pete.

—¡No podemos dejar que pelee así, Pete! Podrían hacerle daño. Es un peligro para sí mismo —estallo, después inspiro e intento calmarme.

—Sería mejor si pudiera olvidarlo —dice Pete con infinita amargura.

—¿Qué quieres decir?

—Que sería mejor si no recordase lo que le hicieron sus padres.

Mis instintos protectores resurgen con rabia.

—¿Qué le hicieron?

Hay algo preocupante en la forma de dudar de Pete, en cómo observa al grupo y luego fija los ojos en mí. Cuando por fin habla, mi pulso está más acelerado de lo normal.

—Le internaron porque su carácter cambió bruscamente por primera vez cuando tenía diez años, Brooke. Pero primero pensaron que estaba poseído por el demonio. Eran unos fanáticos y lo llevaron a un exorcista.

Estoy tan destrozada y triste cuando mi cerebro asimila sus palabras, que mi corazón parece ralentizarse dentro de mi pecho. Exhalo un suspiro y me tapo la boca.

Diane se cubre la cara.

Riley no deja de maldecir y gira la cabeza hacia la alfombra.

Lupe se mira las manos.

El silencio que sigue está lleno de dolor, de incredulidad y de la frustración agonizante de un niño pequeño enfermo e incomprendido.

Pienso en *Iris*, la canción que me hace escuchar. La canción en la que quiere que yo le vea y le comprenda. Cuando ni sus propios padres le comprendían.

Oh, Dios.

—Hicieron el exorcismo en su propia casa —dice Pete, y hace que la daga se me clave aún más en el corazón—. Vaciaron su habitación para que no le hiciera daño a nadie y le ataron a la cama. Lo llevaron a cabo durante días, no sabemos cuántos exactamente, pero duró alrededor de una semana. Hasta que un vecino que solía jugar con él fue a buscarle y sus padres intervinieron. Echaron al «hombre de Dios» y a Remy lo internaron.

No hay ni un sonido en la habitación.

—Por desgracia —continúa Pete— recuerda ese episodio maniáco porque, en el centro, le practicaron una hipnosis experimental para reavivar sus recuerdos y ver si la terapia funcionaría. Pero no lo hizo. Lo peor es que su cuerpo le habría protegido de ese recuerdo doloroso si no le hubieran jodido con la puta hipnosis.

Sigue sin oírse nada.

Pero escucho mi corazón latir dentro de mí con fuerza. Con fuerza y decisión, como cuando podía correr como el viento. Escucho incluso la sangre fluyendo por mis venas, rápida y furiosa. Estoy preparada y enfadada y desesperada por golpearle a algo. Lista para luchar por él. Le recuerdo contándome que nunca olvidaría algo de sus padres: a su madre haciéndole una cruz en la frente por la noche. Un dolor indescriptible parte mi cuerpo en mil pedazos. Oh, Remy.

—¿Y recuerda todo eso? —pregunto mientras mi cuerpo arde de rabia e impotencia.

—Sé que sabe que se equivocaban. Cuando está azul; pero cuando su lado negro le domina, no puede entender por qué lo hicieron. —La frustración y la desesperación de Pete se marcan en cada línea de su cara—. Es natural preguntarte por qué tus padres no te quieren lo bastante como para aceptarte.

—¡Pero nosotros sí que le queremos! —grito.

—Lo sabemos, Brooke. Tranquila. —Riley se levanta y se acerca.

Me abraza y me doy cuenta de que tengo las manos en el vientre. La imagen de Remington de pequeño soportando todo ese sufrimiento por algo que no era culpa suya se clava en mi cabeza. Oh, cómo me gustaría tener a sus malditos padres delante de mí ahora y, al mismo tiempo, me alegro de que no estén aquí porque no sé qué haría o qué les diría. ¡Pero quiero hacerles daño, por el que le hicieron a él! Quiero golpearles y gritarles y perseguirles con un hacha. Tenso las manos y me separo de Riley. Ahora Pete y él son como mis hermanos, pero a Remy no le gusta que ningún hombre me toque y a mí no me gusta hacer cosas que le molestan, incluso aunque, como ahora, no pueda verlo. Quiero consuelo, pero

el único que deseo me lo da el hombre que está tendido en una cama, en nuestro dormitorio.

Así que me dirijo a la habitación.

—Luego os veo, chicos. Gracias por preocuparos por él.

—Uno de nosotros se quedará por aquí —dice Pete.

No quiero hacer ruido; sujeto la puerta y la cierro a mi paso. Mi corazón hace todas esas locuras que hace cuando veo a Remy. Su enorme masa muscular está en la cama, tirada boca abajo, su cuerpo hermoso reposando como un león dormido. Mi chico travieso, mi hombre protector, mi novio celoso, mi luchador orgulloso. Mi niño incomprendido.

Mis ojos recorren su cuerpo, su cabello oscuro de punta contra la almohada, su mandíbula preciosa y cuadriculada. Está callado y descansando; como si tuviera una herida allí donde no alcanzan mis manos y mis ojos no ven.

Me giro y cierro el pestillo, después avanzo y empiezo a quitarme la ropa. Quiero estar desnuda, no porque quiera nada sexual, sino porque necesito sentir su piel contra la mía. Nunca, nunca ha dormido conmigo ni una sola noche con algo interponiéndose entre nosotros.

Le gusta sentir mi piel y yo me muero de ganas por sentir la suya.

Me subo a la cama y le abrazo desde atrás.

—Mírate —le digo, imitando lo que me dice a veces mientras deslizo los labios por su oreja y acaricio su hombro y su pecho, extendiendo la mano hasta su corazón. Gruñe cuando le beso la oreja.

»Mírate —le repito al oído con ternura. Le lamo suavemente la oreja por detrás como hace él, pasando las manos por su cuerpo, tocándole como él a mí—. Te quiero, te adoro, me encantas, te necesito y te deseo más de lo que creía que fuera posible amar, adorar, y querer, y necesitar, y desear a otro ser humano o a cualquier cosa en este mundo —susurro. Gruñe en voz baja de nuevo, como si me diera las gracias y mis ojos se humedecen porque es injusto que tenga que sufrir tanto. ¿Por qué tendría

alguien que sufrir algo así? ¿Por qué una persona increíble que no quiere hacer daño a nadie es víctima de los impulsos químicos que le empujan a hacerse daño? ¿Por qué tiene que pensar que la vida no vale nada? ¿O que él no vale nada? ¿O pensar que sería mejor estar muerto?

No tiene que decírmelo. Yo lo he sufrido. Pero solamente fue una vez y aun así fue atroz. A él le pasa con insoportable frecuencia, y no importa cuántas veces consiga salir de ahí, sabe que volverá a caer. Es todo un luchador. Con cariño, deslizo la lengua por las líneas de sus abdominales, sus brazos musculosos, su garganta y termino en sus labios.

Se gira.

—¿Qué estoy haciendo, Brooke? —pregunta.

Me pongo rígida al escuchar el tono sombrío de su voz.

—¿Cómo puedo creer que soy capaz de ser padre? ¿Que puedo siquiera ser tu marido? —Se gira con un aullido de dolor y lo entierra en la almohada. Sus músculos se tensan mientras desliza los brazos bajo la almohada para sostenerse la cabeza.

—Remy —digo, obligando a mi voz a que deje de temblar y borrar el dolor que siento. Joder—. No me importa lo que tu cerebro te diga o cómo te esté haciendo sentir. Lo sabes. Remy, lo sabes. Eres bueno y noble, y te mereces todo lo que tienes. Lo mereces, y lo quieres.

Deslizo el brazo por su cintura y le aprieto contra mí.

—Me merezco que me pongan una inyección letal y me maten. Como a un perro.

Las lágrimas acuden a mis ojos.

—No, eso no es cierto.

Intenta apartarse de mí, pero no le dejo. Le rodeo los hombros con los brazos y le impido que siga alejándose; mis dedos pasan por su pelo y acarician su nuca.

—Te amo. Te amo. Te amo. Te amo más allá de la razón. Si estás mal, quiero estar mal contigo. Solamente deja que te toque, no te apartes —susurro e inspiro profundamente. Gruñe y vuelve a poner la cara contra la almohada y, cuando le toco, casi se dobla de dolor.

Pero le toco el brazo, dibujo la «B» de su bíceps y los tatuajes celtas. Sus gruñidos se parecen a los rugidos apagados de un verdadero león, un león herido, y me hace sentir tan desesperada y feroz como la leona que intenta captar la atención de su compañero.

Pensaba que a veces era difícil de manejar, cuando está acelerado, porque es una masa de energía difícil de controlar. Pero nada es peor que esto: mi luchador hundido en las tinieblas, sin querer hacer nada y sintiendo que no vale nada.

Recorro su mandíbula con los dedos, le araño la nuca con las uñas como sé que le gusta y él me deja, pero no abre los ojos, solamente sigue gruñendo, con su voz grave y profunda.

—¿Quieres escuchar música?—le pregunto y no dice que no, así que voy a por su iPod y pongo un auricular en su oreja y otro en la mía. Y pongo *I Choose You*, de Sara Bareilles.

Escucha la canción mientras le acaricio, exactamente como lo hace él, y quiero que sienta cómo me hacen sentir a mí sus caricias y sus besos. Quiero que se sienta valorado, protegido, comprendido, querido, amado y apoyado. Así que lo hago lo mejor que puedo. Sé que mis manos no son tan grandes como las suyas, y sé que mi lengua es más pequeña. Pero le gusta mi tacto y le gusta sentir mi lengua en su cuerpo.

Y llega *Iris*, que habla del mundo que no le comprende… Y de cómo ansía que yo sí sea capaz de comprenderle.

Y *I Choose You* habla de mí eligiéndole a él, y de cómo él es mío y yo soy suya.

—Siempre te elegiré a ti, Remy —le susurro al oído—. Desde el primer día que te vi me gustó lo que vi y me gusta más cada día. Me encanta lo que toco, el hombre que tengo aquí, justo ahora.

Presiono su espalda con mi vientre abultado. Mi embarazo ya es obvio y adaptarme a la postura es complicado, pero quiero tenerle tan cerca como pueda.

Se da la vuelta de golpe. Sus brazos me envuelven y apoya la frente entre mis pechos, sujetándome. No me mira, pero siento que

me necesita. Acaricio la cima de su cabeza con los labios y me relajo en su abrazo para que sepa que me gusta estar aquí.

De repente gruñe contra mi piel y sus músculos se mueven mientras me aparta con un gran esfuerzo y vuelve a tirarse en la cama.

—Márchate, cariño. Ahora no estoy bien.

Algo se comprime dentro de mí. No quiero que sienta que le trato de manera especial o que crea que solo siento compasión por él, así que ahueco la almohada como si todo fuera normal y le digo:

—No quiero irme a ningún sitio. Prefiero estar aquí contigo.

Me echa un vistazo y mi corazón late más rápido cuando me mira y estira el brazo hacia mí. Desliza los dedos por mi pelo sin dejar de mirarme. Sus ojos nunca habían estado tan sombríos; parece poseído, pero en sus iris sigo viéndole a él. La llama de fuego que es él. Su decisión, su intensidad, acechando en el fondo como un tigre. Sus manos bajan por mi columna, después por mi torso y sobre mis pezones duros y sensibles. Luego apoya la cabeza en mí y extiende la mano sobre mi vientre.

—Quieres estar conmigo de verdad —dice entre gruñidos. El cazador que lleva dentro sigue ahí. El león. Es puro instinto animal. Me domina completamente con una mirada interrogadora que casi parece una orden. Sí, sus ojos son oscuros y sombríos, pero sus iris siguen vivos y hambrientos. Hambrientos de mi cariño. De mí.

—Sí, Remy —digo sin una traza de duda, ni en mi voz ni en mi ser—. Quiero estar contigo. Y no digas que soy masoquista porque lo eres todo para mí. Eres mi aventura y mi real, todo envuelto en un paquete *sexy*, celoso y precioso, y me haces feliz. Puede que Nora haya vuelto a caer en su adicción, y me he dado cuenta de que yo no soy distinta. Soy adicta a ti. Eres mi droga y resulta que también eres el único que puede dármela.

Cierra los ojos e inspira, como si no se atreviera a creerme.

—Puede que tú no quieras estar contigo ahora, pero yo sí que quiero estar contigo —le digo—. He dejado toda mi vida para estar contigo. Solo contigo. Y sabes que no era una vida mala. —Acaricio su cabello—. Ganaba un sueldo, tengo unos padres buenos y

cariñosos, amigos geniales y podría haber conseguido un trabajo en mi nueva especialidad. Lo dejé todo. Abandoné mis sueños para poder conseguir los tuyos; y para conseguirte a ti. Como si fuera una estúpida admiradora, de las que chillan en cuanto saltas al cuadrilátero. —Se me escapa una risita divertida.

Arrastra su robusto cuerpo hasta sentarse en la cama, inclina mi cabeza hacia atrás y corta mi risa con su boca.

—No eres una estúpida admiradora—me susurra y, sin darme tiempo a responder, añade—: Eres mi mujer y eres lo mejor para mí.

Me estremezco cuando me empuja debajo de él y gimo y acaricio cada milímetro de su piel.

—Y tú eres el hombre que quiero y eres demasiado bueno y precioso para nadie, pero aun así mío. Macho. Mío.

Gruñe y se balancea sobre mí para que su erección esté entre mis piernas, su atormentada mirada se aferra a la mía con esperanza mientras atrae una de mis piernas alrededor de sus caderas. Entonces, me agarra por una rodilla y hace lo mismo con la otra.

—Te quiero —digo sin aliento. A veces creo que se lo digo todo el tiempo, pero supongo que él necesita que se lo diga ahora mismo por el modo en que sus facciones se endurecen cuando lo escucha, mis entrañas burbujean con la necesidad de decirlo de nuevo. Levantando la cabeza, lo repito con cada beso que le doy en la cara. Decido decirlo hasta que se canse de oírlo y le cuesta mucho, mucho tiempo tomar mi boca para callarme.

Al menos sesenta y cuatro besos.

Me penetra en el trigésimo beso. Me mueve, empujando profundamente cada vez que digo «Te quiero», hincándose, como si pensara que la única forma de que le ame es así, notando su fuerte cuerpo clavándose en el mío.

—Te quiero —gimo en el siguiente empujón y él cierra los ojos y siento que desesperadamente necesita mi ternura. Intento mantener mi orgasmo a raya mientras me agarro a sus hombros, diciendo «Te quiero, te quiero», pero él es tan *sexy*, es guapo, me

necesita y yo le necesito a él. Me lleva al clímax incluso a pesar de que quiero alargar el momento mucho, mucho más, y tengo un orgasmo en el «te quiero» número sesenta y dos.

Sus ojos parecen más voraces entonces, como si todos mis «te quiero» solo despertaran su hambre. Y cuando empieza a correrse dentro de mí, me mira como si aún no estuviera seguro de creerme porque en el fondo, no se merece que le quieran. Así que cuando no puede evitarlo, hunde su boca en mis labios y mete su lengua, áspera y dura, le agarro y le beso aún más fuerte.

Se estremece dentro de mí, con todos sus músculos apretados. Me agarra por las caderas para sujetarme, pero logro que dé rienda suelta a su fuego, y se corre del todo dentro de mí, deliciosamente. Gime con suavidad y lame mi lengua, y enredo mis piernas y las sujeto en el final de su espalda, con mis brazos apretados a su alrededor mientras él se suelta. Cuando sus músculos dejan de flexionarse y estirarse, todavía le sostengo para seguir piel contra piel. Me pide perdón por su peso, y yo sigo anudada a su cuerpo, enterrando mi cara en su cuello mientras él gira hacia su lado. Todavía está dentro de mí y no quiero que salga.

—No, sigue dentro de mí, no salgas—gimo.

Sale cuando me da media vuelta, entonces maniobra para volver dentro y empieza a lamerme, con una mano sobre mi pecho y la otra en mi vientre. Gimo y creo que quiero llorar de felicidad porque mi león ha vuelto. Al menos se preocupa lo suficiente por algo. Por nosotros.

Como el bebé y yo nos preocupamos por él.

Más tarde, toca una canción para mí llamada *Hold Me Now* de Red, y me doy cuenta de que está pidiéndome que le abrace, que le ayude, que le apoye. Lo hago, girándome hacia él, insistiéndole en que entierre la cara en mi pecho hasta que su gran cuerpo se acurruca como si intentara ajustarse al mío, e incluso entonces, su mano se extiende posesivamente sobre nuestro bebé.

♥ ♥ ♥

Pasa una semana.

Aparte de las pocas horas que Remington se obliga a entrenar, permanece encerrado en nuestra habitación y no quiere que me aleje de su vista. No me habla mucho, pero deja un brazo a mi alrededor como si fuera su adicción, y quiere que le alimente y le folle todo el tiempo. Trato de mantenerle interesado en la vida exterior, así que le cuento las pequeñas cosas que veo cuando salgo de la habitación para conseguir comida. Le cuento que pillé a Diane y a Lupe besándose el otro día. Le cuento que Melanie está trabajando mucho y buscando patrones para la habitación del bebé y que Pete parece estar triste por Nora. Y a él le gusta escucharme. Lo sé.

Se acerca la final y Remy todavía no ha conseguido luchar en las últimas noches. Ha bajado al segundo puesto, por detrás de Escorpión. Podría haber bajado más incluso, pero ha perdido un par de combates; según Pete, está peleando bajo el efecto de las drogas y no está tan hábil como habitualmente. Pensar que Nora está con ese cabrón me preocupa. Ella también podría estar drogada e indefensa, y la idea me corroe de tal forma que ahora mismo no puedo pensar. Lo único que quiero es que Remington consiga terminar la temporada con éxito. Es su sueño. Y después tendremos tiempo de pensar en cómo recuperar a Nora. En el fondo sé que los chicos planean algo, pero eso no me tranquiliza.

Faltan tres días para el gran combate y Remington está completamente deprimido. Hoy ha ido a entrenar y ni siquiera ha mirado a nadie a los ojos. Sé que siente cosas, cosas malas. Y sé que no las dice porque significaría que ha perdido y él no perdería nunca. «Excepto cuando perdió por ti», me dice una vocecita interior.

Todo el mundo está muy preocupado y yo también, y especialmente cuando Remy me pide que llame a Pete y a Riley. Llaman a la puerta de la habitación y tapo el cuerpo desnudo de Remy con las sábanas blancas para que solamente queden al descubierto su espalda y sus brazos. Les dejo pasar.

—Están aquí —digo.

Riley se acerca primero y se pone de rodillas al lado de la cama.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Mal —responde.

—¿Qué pasa? —pregunta Pete.

Silencio.

—Quiero que me llevéis al puto hospital y me ingreséis.

Los ojos de Riley se abren más y los de Pete, también. Los chicos me miran un momento y Remington repite lo que acaba de decir.

—Quiero que me llevéis… al puto hospital… y me ingreséis para la operación.

Hay algo en sus palabras, en la forma de dudar de los chicos antes de responderle, que me alarma indeciblemente.

—Quieres volver a hacerlo —dice Riley.

Asiente contra la almohada.

—Ahora —puntualiza con decisión.

Riley se gira desconsolado hacia Pete que, después de un instante, agarra el teléfono.

—Primero tenemos que ver si es posible. Voy a llamar al hospital —dice y empieza a marcar un número mientras sale de la habitación.

—Eso te hará mejorar —dice Riley mientras se pone de pie y golpea la espalda de Remington con un golpe sordo.

Remington le agarra de la corbata y le acerca a él mientras se incorpora.

—No seas condescendiente conmigo, joder. Solo llévame allí y no dejes que ella lo vea —le amenaza.

Levanto las cejas cuando me doy cuenta de que Remington cree que me he ido de la habitación y los ojos de Riley se fijan un momento en los míos; una señal para que no revele que estoy aquí. Pero no voy a mentirle jamás a Remington, así que doy un paso hacia delante.

—Quiero estar contigo. Si te medican o te hacen cualquier otra cosa. Quiero estar ahí y voy a estar ahí. A tu lado.

Se pone tenso con el sonido de mi voz, pero primero mira a Riley.

—Riley… —amenaza. Riley se afloja la corbata cuando Remington se gira hacia mí—. Tú te quedas aquí hasta que vuelva.

Habla de forma brusca pero con evidente ternura y conmigo utiliza un tono completamente diferente del que ha empleado con los chicos.

—No lo creo —respondo tozuda porque, en serio, no estoy de broma. ¡Los tres me tratan como si fuera una mujercita débil e inoperante! Estoy embarazada, ¡pero no soy inútil!

Remy entrecierra los ojos y aprieta la mandíbula. Enarco las cejas y me cruzo de brazos.

—Voy a ir donde vayas tú. ¿Has entendido? Sea lo que sea, no es un problema —digo.

Se queda mirándome. Un músculo se mueve en la zona posterior de su mandíbula.

—¡No! ¡Es! ¡Un problema! —le aseguro, con toda la fuerza que tengo.

Pero no voy a dejar que se escape de mi vista.

19. Negro contra azul

Soy completamente consciente de que estoy acompañándoles porque les he obligado, y me quedo callada durante el viaje al hospital. Todo el mundo parece estar pensando lo mismo. Nadie dice una palabra. Todos esperamos que Remy hable, pero su atención está centrada en el paisaje de la ciudad. Su expresión está repleta de determinación. No creo que vea nada, en realidad; está sumido en sus pensamientos.

Cuando llegamos, siento la tibieza de su cuerpo envolviéndome de repente cuando se inclina y roza mis labios con los suyos. Su voz me produce escalofríos cuando me dice:

—Saldré pronto.

—¡No! ¡Quiero ir contigo! —le digo a su ancha espalda mientras desaparece por el vestíbulo con una enfermera. Pete va al mostrador a rellenar el formulario. Sospecho que los tres se han puesto de acuerdo cuando Riley empieza a hablarme como si fuera una niña.

—Sería mejor que te quedaras aquí, Brooke —prácticamente canturrea.

Frunzo el ceño.

—No me trates como si fuera imbécil, Riley. Quiero estar aquí por él. Necesito estar aquí por él.

Pete indica con la cabeza la dirección por donde ha desaparecido Remington, y yo le sacudo el brazo.

—Pete, ¿puedo entrar con él?

Por un momento, se miran y se comunican sin decir palabra, como entre chicos, y Pete finalmente asiente a Riley y me dice:

—Vendré a buscarte cuando esté preparado.

—¿Preparado?

Pete desaparece por el mismo vestíbulo que Remington.

—¿Riley?

Estoy completamente confundida.

Riley suspira.

—Le están preparando para inducirle un ataque epiléptico.

Y mientras empieza a explicar, escucho como si me estuviera deslizando por un túnel y me alejara más y más. Se enciende una llama en mis ojos y todo lo que sé ahora es que las paredes del hospital son blancas. Tan vacías, y desnudas, y blancas.

—Su cerebro recibirá una descarga eléctrica…

El corazón es un músculo vacío y late millones de veces durante nuestra vida.

Aprendí que no se puede correr si se te ha roto un ligamento, pero tu corazón puede estar roto en mil pedazos y seguir amando con todo tu ser.

Con todo tu destrozado, vulnerable y maldito ser…

Siento en el pecho latir mi corazón más fuerte que nunca. *Bum, bum, bum.* Incluso aunque trato de actuar como si NO ME IMPORTASE, me da vueltas la cabeza mientras intento entender lo que Riley acaba de explicarme. Que Remington se va a someter a un electroshock. Le van a meter una jodida descarga eléctrica por el cuero cabelludo hasta el cerebro para provocarle un jodido ataque epiléptico.

Dice que podrían producirse breves pérdidas de memoria, que le darán una anestesia de corta duración, que sus niveles de oxígeno en la sangre y la frecuencia cardíaca estarán monitorizados, que no hay más efectos secundarios conocidos que las posibles pérdidas de memoria a corto o largo plazo. Juro que cuando reproduzco en mi cabeza la escena de Remington desapareciendo por el vestíbulo con

el personal del hospital, oigo el eco de un sonido bajo y sordo rebotando en las paredes frías y blancas: un sonido bajo y sordo procedente de mi cuerpo.

—Oh, Riley —digo con un quejido lastimoso y me tapo la cara al tiempo que el pánico y el miedo suben por mi garganta como una marea que me ahoga.

Mi pulso vacila cuando Pete aparece y me hace señas. Corro hacia él y le sigo, más muerta que viva de puro pánico, hasta entrar en una habitación. Veo máquinas, soy hiperconsciente de la insuperable frialdad del hospital, y en medio de la habitación le veo. Le están atando, colocando bandas de velcro alrededor de sus gruesas muñecas.

Su hermoso cuerpo tumbado sobre la superficie plana, cubierto con un camisón de hospital, mira al techo.

Remy.

Mi hermoso, orgulloso, bromista chico de ojos azules y mi hombre serio y sombrío que me ama como nadie jamás me ha amado.

El deseo de protegerle de cualquier daño es tan abrumador que me acerco lentamente pero con determinación, con una mano sujetando mi vientre del tamaño de un melón donde está nuestro bebé. Todo mi brazo tiembla de forma incontrolada según lo acerco hasta la mano grande y bronceada que está atada a la mesa. *Atada* a la mesa. Y mi voz se quiebra como un vaso de cristal cuando entrelazo suavemente mis dedos con los suyos, tratando de sonar calmada y racional mientras realmente siento unas ganas locas de gritar.

—Remy, no lo hagas. No te hagas daño, por favor, no te hagas daño nunca más. No es necesario. No debes hacerlo, no por mí.

Remy me aprieta los dedos y rápidamente desvía su mirada.

—Pete…

Pete me agarra por el codo y me aparta, me aleja de él, y me pongo como loca cuando me doy cuenta de que Remington realmente no me quiere allí. Ni siquiera me ha mirado a los ojos. ¿Por qué no me mira a los ojos? Me vuelvo hacia Pete mientras me

saca de la habitación, mi voz está un grado por debajo de la histeria.

—¡Pete, por favor, no dejes que haga esto!

Pete me agarra por los hombros y sisea, bajo, para que no llamemos la atención.

—Brooke, es el tratamiento normal que se usa en gente bipolar. ¡Así es como evitan ponerles vigilancia para evitar que se suiciden! Nadie encuentra la dosis justa de medicina, y en cambio los doctores sí están seguros de este procedimiento. Estará sedado todo el tiempo.

—¡Pero es solo un combate, Pete! —argumento tristemente, señalando a la habitación—. Es solo un estúpido combate, y ¡esto es él!

—Se recuperará. ¡Lo ha hecho antes!

—¿Cuándo? —exclamo.

—¡Cuando te fuiste y tuvimos que evitar que se cortara las putas venas por tu culpa!

Dios mío. Mi corazón late tan fuerte que creo que lo oigo, y no es solo mi corazón, sino todo mi cuerpo lo que se desmorona en mi interior, partiéndose en pedazos por el dolor que me causa lo que Pete acaba de decir. Me duele tanto que me doblo, tratando de proteger mi vientre, y frenéticamente trato de recordar cómo respirar, no por mí, sino por este niño. Su hijo.

—Brooke, esta es la mierda con la que ha vivido toda su vida. Está arriba, está abajo, está descontrolado. Sus decisiones pueden hacer daño, pero tomarlas le ayuda a superarlo. Así es como se ha formado, por eso es como es. ¡Es fuerte por esta puta mierda! Puedes dar pena o puedes ser poderoso, pero no puedes ser las dos cosas. Él es poderoso. Tú tienes que ser fuerte con él; se derrumbará si sabe que esto te hunde.

Incluso aunque mis temores han carcomido completamente toda mi confianza y mi estómago está a punto de volverse del revés, de algún modo me las arreglo para tener aspecto de persona. Consigo enderezarme y alzar mi cabeza, y tomar un poco de aliento, porque lo voy a hacer por él. Lo voy a hacer por él y me voy a demostrar a

mí misma y a él que voy a ser lo suficientemente fuerte para amarle con todo mi corazón.

Tomo aire una vez más y me seco las lágrimas.

—Quiero estar allí.

Pete señala la puerta y asiente con aprobación.

—Adelante.

Mis pasos son silenciosos y casi vacilantes cuando entro en la habitación. Él es grande y robusto y fuerte, lo sé, incluso si mi corazón se parte en mi pecho y toda mi sangre es hielo en mi interior, voy a demostrarle que merezco ser su compañera y la única que se mantendrá en pie cuando él no pueda. No sé cómo, porque siento que me vengo abajo como un edificio a punto de caer mientras entro en la habitación. Tengo buen aspecto, pero en realidad me estoy desintegrando, nervio a nervio, órgano a órgano.

Me mira directamente a los ojos y veo la preocupación en los suyos. Por supuesto que tiene miedo de que me venga abajo. No es eso lo que quiere ver en mis ojos.

—¿Bien? —me pregunta con un susurro ronco.

Asiento y busco su mando. Mi respuesta debería ser «Mejor que bien», ¿no? Pero no consigo que ninguna palabra salga de mi garganta. Así que acaricio sus dedos con los míos y cuando me los aprieta, recuerdo nuestro vuelo desde Seattle, su mano (la que no voy a dejar marchar), y le aprieto todo lo fuerte que puedo mientras le sonrío entre temblores.

—Esa es mi chica —dice con voz áspera mientras me acaricia el pulgar con el suyo.

Está atado y a punto de recibir un terrible electroshock y me pregunta por mí. Oh, Dios, le quiero tanto que si muere, quiero morir con él y lo digo completamente en serio. Cierro los ojos para contener las lágrimas y le aprieto la mano más fuerte.

—¿Puedo sujetarle la mano? —le pregunto a una de las enfermeras.

—Lo siento. No puede hacerlo durante el procedimiento —me dice.

Remington me mira con cautela mientras me obligo a alejarme un paso y le ponen unos electrodos en la frente. Tengo una bola de fuego en la garganta, en el corazón, en el estómago. Y se me corta la respiración cuando la enfermera le pregunta:

—¿Estás listo?

—Adelante —contesta. Sus ojos se mueven rápidamente hacia mí para observar mi reacción antes de volver a mirar al techo.

Empiezan a administrarle anestesia para sedarle y le hacen preguntas.

—¿Nombre completo?

—Remington Tate.

Mis ojos se humedecen.

—¿Fecha de nacimiento?

—10 de abril de 1988.

—¿Lugar de nacimiento?

—Austin, Texas.

—¿Nombre de tus padres?

—Dora Finlay y Garrison Tate.

Apenas puedo soportar que esté atado y hablando de sus malditos padres, que son los que le convirtieron en esto. Su voz es profunda y grave mientras contesta todo lo que le preguntan.

—Cuenta de uno a cien —le dice. Y le ponen un mordedor en la boca.

Empieza a contar y yo cuento mentalmente con él. Cierra los ojos lentamente.

Mis instintos protectores se enfurecen tanto que quiero gritarles que paren, justo ahora que él no puede verme ni evitar que detenga esto. Pero me quedo ahí porque él es fuerte. Más fuerte que yo. Se volverá a poner en forma del mismo modo que le ha golpeado la vida.

Entonces empieza el electroshock.

Su enorme cuerpo se tensa en la mesa de operaciones.

Mi cuerpo se pone rígido como si estuviera a punto de implosionar.

La máquina hace un *bip*.

Estira los dedos de los pies.

No sé si en su interior todo se está rompiendo, pero su cuerpo se queda relativamente quieto mientras recibe la descarga eléctrica en el cerebro. Oh, Dios mío.

Oh, Dios mío.

Oh, Dios mío. Joder.

Estoy enamorada de Remington Tate y es Bipolar 1, y de repente eso se me está viniendo encima como una avalancha.

No creo que nunca antes haya llorado de esta manera. A pesar de que pongo todo mi empeño en no llorar, las lágrimas literalmente brotan de mis ojos, mis brazos están tiritando y mi cuerpo se debilita por el dolor, me alejo lentamente hasta apoyarme contra la pared y trato de contener el caudal de lágrimas que acude a mis ojos.

—Eh, Brooke, eh —dice Pete, arrodillándose a mi lado, abrazándome.

—Esto es muy duro —digo, cubriéndome la cara y tratando de separarme de él porque a Remy no le gustaría. A Remy no le gustaría. A Remy no le gustaría—. No me toques, Pete, por Dios, esto es muy difícil. ¡Muy difícil!

Me agarra y me zarandea un poco, su voz me consuela, sus ojos muestran dolor.

—No está sufriendo, Brooke. Él solo quiere ponerse bien. Brooke, no es una víctima. Toma una decisión, basándose en sus circunstancias. Se preocupará por ti. Solo necesitas prepararte como ha hecho él, por favor. Te ruego que seas fuerte.

Asiento con la cabeza, mientras tanto solo puedo pensar en el hermoso cerebro de Remy, en su hermoso cuerpo, mi iglesia, mi santuario, soportando esto.

—Brooke, a mí también me duele, ¿vale? También me duele. No puedes dejar que lo vea. Es fuerte porque en lo que a él respecta, esta es su realidad; lucha con ella, nunca ha tenido nada diferente. No lo lamenta. No le dejes ver que esto te destroza o le destrozarás

a él. No tienes que salvarlo, simplemente tienes que estar con él mientras se esfuerza por salvarse a sí mismo.

Me calmo, asiento y me limpio las lágrimas mientras trato de recomponerme. Aprieto los ojos para parar las lágrimas y sigo en pie. De repente, las enfermeras y doctores dicen que todo ha terminado.

Remy todavía está sedado, sobre la camilla, y le han quitado el protector de la boca y le han limpiado los conductos de ventilación. Agarro su mano cuando se la desatan, me la acerco a los labios y beso cada uno de sus nudillos, secando con mis besos las lágrimas que los han mojado.

La forma en que cuidan a Remy…

Pete es un hombre tan bueno que me rompe el corazón que mi hermana no lo haya visto.

—Pete, a mi hermana le gustabas de verdad. No sé lo que pasó —susurro.

Sus cejas se enarcan.

—¿Qué? Brooke, a mí también me gusta. Todavía me gusta. Pero no dejaré a mi hermano por nadie.

Asintiendo en silencio, estudio la mano grande de Remington. Cada dureza, cada línea de su palma… Las elevaciones de sus nudillos, la longitud y forma de sus dedos bien torneados, sus uñas cortas, limpias y cuadradas.

En silencio, acaricio las líneas de la palma de la mano de Remy y después levanto mi cabeza y sonrío a los amables ojos castaños de Pete.

—Algún día encontrarás a alguien que te hará querer hacer cualquier cosa por ella. Pete, te juro que voy a cuidarle. Y tú me vas a enseñar a cuidar de él.

Me sonríe y da palmaditas en el hombro.

—Hasta entonces, ninguno de vosotros estará solo en todo esto.

Pone una mano sobre el hombro de Remington y yo juro que si no de sangre, en alma y corazón, sí es el hermano de Remington, y

en este momento desearía que mi hermana y yo tuviéramos la misma cercanía y lealtad que ellos.

—Brooke, hice algo de lo que estoy muy avergonzado, y creo que te debo una disculpa —suelta Pete de repente. Veo la desesperación en sus ojos y se me hace un nudo en el estómago.

—Cuando te fuiste, se puso muy mal. Estuvo bajo vigilancia por intento de suicidio en el hospital, y le sedaron en cuanto se despertó, porque destruyó cosas e intentó ir tras de ti. Le dieron antidepresivos, y no funcionaron, y con los que tienen altibajos rápidos como Remy nunca es una buena idea. Así que tuvimos que empezar esto con él. —Señala hacia la camilla—. Lo hicimos durante varias semanas para que pudieran darle el alta…

Me mira, y ni siquiera creo que esté respirando. Solo miro, esperando más, confundida y en parte insensible por la montaña rusa que ha sido el día.

—Después de los tres primeros tratamientos mejoró un poco, así que le dieron el alta, y vinimos tres días a la semana, durante un par de semanas, para la terapia de electroshock. Durante ese tiempo aún estaba de mala leche. Le trajimos catorce mujeres.

Mi corazón se parte cuando me lo dice, y siento que levanto un muro en mi mente al tiempo que me agarro el estómago y mi cerebro grita: «¡No quiero saberlo, no quiero saberlo, no quiero saberlo!».

—Hice firmar a todas aquellas mujeres una cláusula de confidencialidad, asegurándome de que no sacarían fotos, que usarían doble protección… Todas salieron a la media hora con el paquete de condones intacto, confirmando que no habían conseguido que se diera la vuelta ni que levantara la cabeza de la cama. Les dijo a todas que se marcharan. A todas.

Sigo con la mirada clavada en él, y Pete se frota la cara con las manos y añade:

—No durmió con ninguna, Brooke, sin importarle que intentábamos que lo hiciera, para olvidarte… Estaba obsesionado con tu jodida carta, leyéndola una y otra vez en el momento en que se despertaba. Cuando finalmente salió de la depresión y volvió a

tener los ojos azules, no se acordaba de nada. Quizá porque estaba deprimido, o quizá por los efectos secundarios del electroshock. Le dieron unos doce tratamientos. Pero casi le habíamos perdido, Brooke, ¿sabes? Riley y yo estábamos cabreados contigo también. Así que le dijimos que se lo había estado pasando bien con todas aquellas mujeres.

—¡Pete! —resoplo totalmente horrorizada.

—¡Lo siento! Pero queríamos que recordara cómo era antes de ti. Porque quizá así recordaría que hay cientos de mujeres ahí fuera, no solo tú. —Se encoge de hombros y me mira casi suplicando—. Pero incluso cuando tratábamos de hacerle pensar que estaba genial sin ti, supongo que su cabeza no es lo que dirige a un hombre como él. Escuchó todo lo que contamos sobre las mujeres, no dijo nada, empezó a hacer el equipaje y dijo que nos marchábamos en avión a Seattle, y que nos las teníamos que arreglar para conseguir que volviera tu hermana para traerte. Eso es. Riley y yo le mentimos —dice—. Me está matando. Y ahora, cuando sepa la verdad… ¡nunca nos volverá a creer!

Su voz se rompe, y se aparta cuando Riley entra en la habitación. Riley nos mira y comprende que pasa algo. Finalmente, Pete dice, con tono sombrío, cansado:

—Se lo he dicho, tío.

Riley se cruza con mi mirada fija e incrédula, su rostro abatido.

—Brooke.

Eso es todo lo que dice. Una palabra. La palabra que empieza con la letra que está tatuada en el bíceps derecho de Remy.

—Se lo tenéis que contar —les digo y miro a uno y después al otro, sin ser capaz de soportar el dolor que siento por Remington en este momento—. No se os ocurra nunca, jamás, volver a mentirle. ¡No es justo! Yo lo hice una vez también, y entiendo que quisierais protegerle, pero le confunde. Se olvida de las cosas que hacéis, y ya no sabe qué es verdad y qué no. No podéis, ninguno de nosotros puede, mentirle otra vez, jamás. ¿Me oís los dos?

Riley se pasa la mano por la cara y su voz también vacila.

—Nos va a dar una patada en el culo. ¡Nos va a mandar al cuerno!

Les miro a los dos, sus caras descompuestas, y meneo la cabeza.

—Si de verdad creéis eso, entonces no le conocéis en absoluto.

♥ ♥ ♥

Se incorpora en la cama un poco después de que los chicos se hayan ido.

Le cuesta abrir los ojos, pero los fija en mí y enfoca. Todavía no son azules, pero veo un poco de vida en esos agujeros negros y siento un pequeño hormigueo dentro de mí que se convierte en un enorme nudo de emoción.

—Mírate. —Habla con voz pastosa por los sedantes. Me doy cuenta de el elogio, como si yo tuviera un aspecto fantástico, y cuando veo un hoyuelo asomar, la fuerza de mis emociones casi me paralizan. No sabe que estaba perdido sin mí, pero yo sí lo sé. No sabe que le ofrecieron mujeres para complacerle y que las rechazó. No sabe que es magnífico, perfecto, hermoso, noble, bueno, y todo, todo lo que siempre he querido.

Y justo ahora, duele un montón saber que sus hermanos, a los que él cuida y quiere, tampoco supieron qué hacer y terminaron mintiéndole.

—Mírate tú —rebato tiernamente, arrodillándome inmediatamente junto a su cama y colocando mi mejilla en sus nudillos. Beso cada moratón de su mano una vez más.

—Eh, ya está, no quiero que te preocupes —dice, acariciando mi cabeza con su mano libre.

—Lo sé.

Inclino la cabeza y rozo la sábana, para evitar de que no vea las lágrimas que se deslizan de mis ojos. Beso sus nudillos amorosamente otra vez.

—Sé que lo haces.

Incluso con la voz pastosa por la anestesia, su voz sigue provocando en mí el mismo efecto de siempre.

—Levanta. ¿Qué haces ahí abajo? —murmura con voz ronca a la vez que tira de mí para levantarme. Sé que le han dado relajantes musculares, pero incluso así, antes de que me dé cuenta, me levanta por encima de él y me coloca a su lado como cuando dormimos juntos por la noche. Mi vientre redondeado se interpone, pero no es enorme, así que me ladeo y huelo su cuello y escondo mi cara en su pecho cuando nos acoplamos.

—Tus enfermeras me van a largar de una patada si ven esto —digo.

Me agarra el culo y me coloca un poco mejor.

—No voy a dejarlas. Tú eres mi medicina.

Cierro los ojos y huele como él. Los brazos son los suyos. Todo es normal excepto que yo llevo ropa y él lleva el camisón del hospital, y que no estamos en la habitación de un hotel. Sigue siendo él, con mi corazón en la manga. Todo lo que quiero está aquí, entre mis brazos.

Deslizo la mano por su barbilla y le beso todas las partes de la cara que puedo mientras le agarro con desesperación.

—Remy, eres mi rey. —Le abrazo fuerte—. Para mí no hay ninguna partida de ajedrez sin ti.

Se gira y mueve el mando de la cama para que los dos estemos ligeramente incorporados. Me coloca en su regazo y pone los labios en mi oreja.

—Eres la reina que siempre me protege —dice con diversión y cuando asiento porque no puedo hablar, me acaricia el pelo mientras me mira la cara y sé aunque no me lo diga, que tengo los ojos hinchados y que sabe que he estado llorando. Siento sus labios en mis párpados, primero en uno y luego en el otro, mientras hace un puño con mi pelo y me pide con voz ronca:

—Sé fuerte, dinamita. Sé fuerte y quédate conmigo.

Asiento.

—Lo intentaré porque me inspiras.

—Tenemos lo que querías, Rem —dice Riley desde la puerta. Estoy tan cómoda entre sus brazos que ni siquiera me giro para saludarle. Y entonces siento algo suave en mi mejilla. Abro los ojos y veo que Remy sujeta una rosa para mí. Él. En el hospital. Dándome una rosa con esos ojos negros brillantes con franjas azules.

—Remy —digo y una risa confusa se me escapa.

—Si pudiera te daría un jardín entero. —Me levanta la barbilla y me sostiene la mirada—. Por estar aquí y ahora conmigo.

—Oh, Dios. —Apoyo la cabeza contra su pecho porque no puedo aguantar más. Mis dedos se curvan alrededor del camisón del hospital—. Estaré aquí siempre que necesites hacer esto. Estaré aquí, te lo prometo.

Recibo un mensaje de Melanie al salir del hospital: «¿Qué tal va todo en el Reino de Felices Para Siempre? ¿Aparte de feliz?».

Sonrío mientras nos metemos en el Escalade alquilado como si este fuera otro lunes cualquiera. Remington se sube en el coche conmigo y coloca el brazo en el respaldo de mi asiento, como siempre. He pasado por el infierno y ahora estoy en el cielo. Y de repente sé cómo será mi vida: después de la tormenta, siempre encontraré mi luz, que es él.

Contesto a Melanie.

«Perfecto».

—La última vez que le dimos el electroshock, le salvó de los pensamientos suicidas, pero tuvimos que darle tres en una semana y ahora no tenemos tiempo para eso. No podemos darle más relajantes musculares, así que esperemos que haya sido suficiente —nos dice Pete.

—Estoy bien, joder —gruñe Remington. Parece que todos buscamos su mirada y Riley es quien tiene el valor de hablar.

—Rem, Pete y yo contarte decirte una cosa —dice, me mira un instante y utiliza una voz con la que parece que me pide que haga entrar en razón a Remy—: Pete tiene noticias de la hermana de Brooke y queremos decirte una cosa. ¿Mañana por la mañana antes de ir al gimnasio está bien?

—Lo sé todo —dice simplemente y nos sorprende a todos—. Todavía no sé qué hacer con vosotros, cabrones.

—Joder, Rem —dice Riley, con horror—. Estoy a punto de cambiarme los calzoncillos. Sé razonable.

Pete parece realmente molesto.

—Rem, te juro por Dios que no te habría mentido jamás sobre nada. Parecía algo inofensivo, que te ayudaría a estar mejor.

—Ahora mismo no me ayuda saber que no puedo confiar en vosotros, capullos —gruñe y los dos parecen aterrorizados cuando sigue hablando—. Sois mis hermanos, pero ella es mía. Si me hubiera tragado vuestra mentira, y ella me hubiera dejado por eso, os mataría ahora mismo. Os mataría a los dos, joder.

—La trajimos de vuelta, Remington —le promete Pete—. Te juro que si hubiéramos sabido cuánto… Te juro que te la habríamos traído de vuelta.

—Rem, estábamos ayudándote a sobrevivir. Como siempre. Pensábamos que se había acabado, tío. Pensábamos que te estábamos ayudando, pero entonces Brooke volvió y nos dimos cuenta de lo equivocados que estábamos. Ni siquiera sabíamos cómo arreglarlo sin que pensaras que somos idiotas.

Remy se queda pensando un rato y los tres intercambian extrañas miradas fraternales, cargadas de cariño. Después Remington asiente y desliza la mano por mi cintura, acercándome a él, y cuando me acaricia el cuello con la nariz con un gruñido suave y pasa la mano por mi vientre redondo, toda la tensión de mis hombros desaparece y me derrito en sus brazos.

Mil escalofríos se mueven dentro de mí cuando le escucho respirar de nuevo, esta vez más profundamente, como si necesitara mi aroma para tranquilizarse y centrarse. Me inclino y le beso la cabeza mientras paso las manos por su cabello. Juraría que no puedo dejar de besarle. Le beso la mandíbula, la sien, le agarro la mano y le beso el revés de los dedos.

Cuando llegamos a la suite, Diane nos sirve la cena. Su cara resplandece mientras le observa en la mesa y cuando Remy me mira en el otro extremo y se da una palmada en el regazo, casi voy

corriendo hasta él. Cuando levanta el tenedor hacia mí me siento como un pájaro hambriento al que le están dando de comer por primera vez en cien años.

Cuando me pregunta con un gesto si quiero comer más, observando mi boca mientras sube el tenedor, asiento y lo muerdo todo. Después, antes de masticar, presiono sus labios con los míos porque no puedo expresar el alivio que siento después de la operación al ver que está bien. Y un poco mejor, en realidad.

Se tira en la cama despacio. Su cuerpo sigue relajado por los restos de la anestesia y los relajantes musculares que le han dado. El colchón cruje cuando cae encima de él, todo músculo.

—Ven aquí —dice sin levantar la cabeza ni mirarme.

Nos acabamos de lavar los dientes y estoy recogiendo la ropa que ha dejado tirada, la junto con la mía en un montón encima de una silla en la esquina y me meto desnuda entre las sábanas con él. Nuestra piel se toca. Siento cada sensación con placer redoblado. Estoy agradecida por tocarle, por escuchar su voz, por cada momento que estoy con él. Ahora sé lo valioso que es todo. Cada canción que me pone cuando su mente maravillosa está bien y reluce con luz propia y pensamientos. Hermosa incluso cuando está oscura luchando y agarrándose a mí.

Su brazo rodea mi cintura y sus dedos se curvan en el hueso de mi cadera mientras me arrastra para abrazarme por detrás. Sigue invadiéndome la ansiedad por haberle visto pasar por lo que acaba de pasar y no puedo evitar apretarme más contra él. Escucho cómo deja escapar una risita divertida.

Escuchar su risa suave y *sexy*…

Oh, Dios.

—No es gracioso —le digo entre lágrimas —. No es jodidamente gracioso.

—Sí que lo es —susurra enseñándome un hoyuelo adorable. Su voz es profunda y ronca mientras me acaricia la nariz con el pulgar —. Nadie se había preocupado antes por mí.

—Sí, sí que lo hacen, Remy. Todos a los que quieres te quieren a ti también. Pete, Riley, Lupe y Diane. Simplemente lo disimulan

mejor.

Me mira pensativo, después extiende la mano sobre mi vientre mientras sus labios rozan suavemente y con ternura los míos.

—Ya he hecho esto antes. Lo tengo controlado, dinamita. —Esos ojos oscuros me observan y ahora me pasa el pulgar por la frente—. No pongas esa cara por mí, ¿vale? —Me acerca a él y cierra los ojos mientras gruñe como si le sentara bien abrazarme—. Quiero hacerte feliz. Joder, quiero hacerte feliz. No quiero ponerte triste.

—Vale —digo todavía un poco emocionada mientras le beso la mandíbula.

—¿Bien? —dice y gira la cabeza para presionar los labios contra los míos.

Deslizo la mano por mi vientre y entrelazo los dedos con los suyos mientras asiento.

—Mejor que bien.

Paso mi mano libre por su pelo. Le rodeo la cadera con una de mis piernas y le doy mil besos en la cara haciendo que se ría. Una sonrisa curva mis labios con cada beso que le doy, pero no paro.

Ahora sé que es mío de verdad. Esos dedos son míos desde que me tocaron. Su cara, sus labios, su corazón enorme, amable, protector, posesivo e indulgente. Es mío desde que yo soy suya y saberlo hace que me sienta como si me estuviera partiendo en trozos y luego me juntaran de nuevo, completa y feliz.

—Quiero dormir contigo dentro de mí —le pido y deslizo la boca por su mandíbula. Mis dedos están casi clavados en sus hombros mientras respiro en su piel cálida e intento acercarme con mi vientre hinchado entre medias.

Desliza la mano entre nuestros cuerpos y empieza a calentarme con los dedos mientras gira la cabeza despacio para tomar mi boca y su lengua me calma mientras me lame con placer dormido.

—¿Estás lista? —murmura con voz cálida.

—Llénaname…

Eso es todo lo que puedo decir y un sonido grave sube por mi garganta cuando me agarra de la cintura y se hunde dentro de mí

con su extenso miembro, llenándome hasta que estoy tan llena y penetrada por él que apenas puedo hablar, o respirar, o pensar en algo que no sea que Remy está dentro de mí, latente y caliente, y su boca me toma despacio, en silencio y asegurándome que lo tiene controlado. Y me tiene a mí.

♥ ♥ ♥

El día del combate sigue estando oscuro y la atmósfera de la suite presidencial es tensa mientras esperamos a que se prepare.

Pete, Riley y Lupe deambulan por la habitación mientras me devora la preocupación, porque no sé si debería luchar en estas condiciones.

—Di el nombre de ese cabrón —le sisea Lupe a Pete. Creo que quiere hacer que aparezca la energía imparable de Remington, pero Pete niega con la cabeza.

—No empleamos la ira. Cuando está deprimido ya está lleno de odio —susurra.

Sin embargo, lo que siento yo personalmente es su lucha interior. Está metido dentro de sí mismo luchando. No dice ni una palabra de odio, pero siento cómo las piensa, siento que dentro de su alma se odia. El electroshock ha ayudado, pero sigue deprimido. Me rompe por dentro que tenga que luchar así.

—Intenta calentarle los músculos, Brooke —sugiere Pete.

Me acerco donde Remy se está atando los cordones de las botas en silencio, deslizo las manos arriba y abajo por su espalda y le estiro con los dedos los músculos que puedo y los despierto con presión fuerte y lenta.

—Vale, Rem, vamos a levantar el ánimo. Sé que esta te gusta —dice Pete mientras coloca el iPod de Remy en mis altavoces.

Suena *Uprising*, de Muse, por la habitación a todo volumen. El ritmo indómito parece alcanzar los oídos de Remington y sus músculos empiezan a moverse bajo mis dedos como si no pudiera evitarlo.

Mi corazón tiembla un poco. ¿Está volviendo a ser él mismo?

Ha estado tan ocupado luchando contra sí mismo, que no sé si tiene fuerzas para luchar contra Escorpión.

Se pone la otra bota mientras le masajeo sus duros músculos e intento transmitirle cada gramo de energía positiva y reparadora que tengo. Caliento cada músculo, uno a uno, mientras le muevo la espalda y le presto especial atención a sus hombros. Se gira cuando no puedo evitar inclinarme sobre su cabeza y preguntarle qué tal está, me agarra de la nuca y me sujeta mientras pega su boca a la mía y me devora.

Cuando se separa me arde la boca por el calor húmedo de la suya y sus ojos resplandecen con oscura y feroz desesperación. Me mira como si fuera su única esperanza en el mundo; el aspecto de sus ojos es tan salvaje y feroz que enciende la esperanza de que quizás sí, tal vez sí vaya a luchar. Sé lo mucho que desea ganar y sé todo lo que odia que su lado oscuro le hunda.

—Remington, tío, esto es lo que has estado esperando. —Pete le agarra de los hombros y llama su atención apretándolos—. Todo lo que siempre has querido está al alcance de tu mano. Sé que tienes planes para después de la temporada y ganar los hará realidad. Brooke, el bebé…

Al escuchar esas palabras le veo cerrar los ojos un momento y tomar aire profunda y lentamente. Pete se inclina para susurrarle algo al oído y Remington asiente y le dice «Gracias» con voz ronca. Cuando abre los ojos se levanta y la sinapsis de mi cerebro se enciende de emoción.

Ya está vestido con la ropa de luchar y cada centímetro de su cuerpo tenso y bronceado es la perfecta máquina de luchar en la que él mismo se ha convertido. Y cuando dice «Ven aquí, Brooke», estoy tan nerviosa por este combate que casi me tropiezo mientras me acerco. Me toma entre sus brazos, me abraza fuerte y me da un beso en la oreja.

—Necesito que estés, por lo menos, cerca de mí. Todo el tiempo. Todo el tiempo.

Mi interior se estremece de repente porque sé que va a luchar y que, pase lo que pase, yo estaré viéndole.

—No me moveré de mi asiento —le prometo.

Centra la atención en mí durante un instante, después vuelve a besarme la oreja y me toca el vientre. Eso es todo. Después empieza a saltar en el sitio moviendo los brazos hacia arriba y a su alrededor al mismo tiempo y toda la atmósfera cambia completamente porque el equipo vuelve a respirar.

—¿Dónde está Jo? —le pregunta a Pete con voz ronca.

Un escalofrío nace en mi interior cuando me doy cuenta de que va a luchar de verdad.

—Ya está investigando la zona —dice Pete y se nota un temblor en su voz porque seguramente él haya pensado lo mismo que yo.

—Ni tú, ni Jo vais a quitarle los ojos de encima a Brooke, ¿me has entendido? —le ordena mientras cruje el cuello hacia un lado y luego hacia el otro.

—¡Eso está hecho, tío! —le asegura Pete.

—Vale, ¿estamos listos? —Lupe se pone en el hombro la mochila en la que está la ropa limpia de Remy, Gatorades y auriculares de repuesto.

—Listo —contesta Remington mientras quita el iPod de los altavoces. La música acaba en el momento y todos observamos cómo va a por los auriculares de su mesilla y los enchufa en el iPod plateado.

—¡Ese es mi chico, joder! —grita Lupe.

—¡Ese es nuestro hombre! —exclama Riley y suelta un grito.

—¿Quién va a destrozarlos? —Lupe golpea la espalda de Remy mientras se dirigen a la puerta.

—Yo —escucho cómo gruñe Remington en voz baja.

Lupe le da un golpe incluso más fuerte en la espalda.

—¿Qué nombre van a gritar todos esta noche?

—El mío.

—¡Dilo!

—Depredador.

—¡Así no es como van a decirlo esos cabrones!

Remington se da un golpe con el puño en el pecho y grita:

—¡DEPREDADOR!

—¡ESO ES! —le responde Lupe también gritando.

Se chocan los nudillos y entonces Lupe le lleva fuera de la habitación hacia el ascensor y el resto les seguimos.

—¿Tienes suficiente energía para este combate?

—Sí.

Lupe asiente y después le da un codazo.

—¿Qué hacemos si no se rinden? ¿Eh? ¿Ya sabes lo que tienes que hacer?

—Ya sé lo que tengo que hacer.

Cuando escucho la última frase tranquila la sangre me baja a los pies y parece que cada parte de mi cuerpo tiembla mientras se me pone toda la piel de gallina y después solo un poco. Una parte de mí quiere ser valiente y ver el combate, pero no recuerdo haber estado tan falta de coraje en mi vida.

Remington le coloca un dedo a Lupe en el pecho con el ceño fruncido.

—Pase lo que pase, no tires la toalla. ¿Me has entendido? Nosotros nunca nos rendimos. Nunca.

La tensión del ambiente aumenta de forma radical y se intercambian un par de miradas. Lupe no responde inmediatamente, así que Remington le empuja hasta que da un paso hacia atrás.

—Lupe, no tires la toalla. No nos rendimos. Y punto.

Los ojos de Lupe parpadean rápidamente en mi dirección. Sí, rápidamente, pero no lo suficiente como para que no me dé cuenta de la mirada de duda que tiene antes de asentir. Pete expulsa aire y me coge de la mano cuando escuchamos un *ding*.

—Vamos —murmura.

Nos subimos en el ascensor, pero estoy tan nerviosa que parece que mi corazón acelerado va a partirme un par de costillas para cuando lleguemos a la Liga. Remington juega con su iPod mientras sujeta los auriculares con una mano. Está intentando entrar en

acción. Le observo agachar la cabeza, colocarse los auriculares y escuchar música con todo el amor que tengo en mi corazón.

—¿Por qué se lo has prometido? —le dice Riley con tono acusatorio a Lupe mientras Remy escucha música—. Si las cosas se ponen feas no vamos a dejar que muera ahí.

—¡Sus ojos se están volviendo azules! Si tiene que morir alguien esta noche, no será él —responde Lupe.

De acuerdo. ¡Esto es una locura! Mi estómago está enrollado como una serpiente venenosa y no puedo soportar quedarme aquí callada ni un minuto más.

—Pete, ¿de qué hablan? Estoy empezando a fliparlo con estos dos.

—Ha habido rumores de que este podría ser el combate de la década —responde en voz baja—. Los dos son cabezotas y uno tiene que rendirse para que el otro gane, Brooke. Podría ponerse feo. Como dijiste… podrían pasar cosas.

Aparece una imagen de la temporada pasada en mi cabeza, involuntaria y no deseada. Recuerdo el cuerpo derrotado de Remy encima del suelo lleno de sangre. Al público gritando su nombre. Y el silencio cuando se dieron cuenta de que su Depredador, feroz, apasionado e impresionante, había caído.

Mientras que todos mis órganos giran y se enredan ante ese recuerdo, nosotros empezamos a salir del ascensor, pero Remington me agarra de la mano y me sujeta un poco atrás. Después me susurra al oído.

—Siempre cerca de mí.

Sus ojos se sumergen dentro de mí y yo rezo, y rezo, y rezo por que no vea el miedo en mis ojos, pero se quita los auriculares, los deja caer en su cuello y escucho su música. Rápida y escandalosa.

—Todo el tiempo en tu asiento, Brooke —me dice. Desliza la mano por mi cabello y pega su boca contra la mía para robarme un poco de mi sabor y darme un poco del suyo que me deja atontada y ensimismada. Apoya la frente en la mía, su mirada arde mientras me observa—. Te adoro con todo el aire que respiro, con cada

gramo de mi cuerpo. Te adoro. —Me besa otra vez con fuerza y rapidez y me da un azote en el trasero—. ¡Mira cómo le destrozo!

Deja un brazo alrededor del respaldo de mi asiento y sigue escuchando música mientras nos dirigimos a la Liga. El resto del coche está en completo silencio. Noto la violencia en el aire mientras camina por los vestuarios y quiero gritar «Te quiero» mil veces, pero tiene el iPod encendido para ponerse en acción.

—Pete, ¿está preparado de verdad para esto? —susurro con inseguridad.

—Eso espero, Brooke. Odiaría que este episodio le robase otro de sus sueños. Vamos —dice mientras pasamos entre la gente en dirección a nuestros asientos.

Hay por lo menos dos mil personas hoy en el estadio. La Liga lleva tentando al público durante toda la temporada y ahora la gente está sedienta de la sangre del combate entre Escorpión y Depredador. Hay caras pintadas de rojo que dan el aspecto de sangre. Y «R» de color rojo brillante decoran las mejillas de las mujeres y la parte superior de sus pechos.

Veo rojo, el rojo de Depredador, esparcido entre las sillas y al fondo, con la multitud, donde también hay un poco de negro. El negro de Escorpión.

Me siento en la silla al lado de Pete. Me fijo en que Remington ha vuelto a reservar dos asientos vacíos a nuestro alrededor y me parece que estamos esperando una eternidad. La multitud parece que grita más cuanto más tiempo mira al cuadrilátero vacío mientras espera a que Remington y Escorpión llenen el espacio de 6 x 6 metros.

—¡Deeeepreeeedador! —grita un grupo de amigos al unísono al otro lado del cuadrilátero.

Detrás de mí empieza otro canto.

—¡Sacadlos! ¡Sacadlos! ¡Sacadlos!

Los altavoces resuenan como si se hubiera encendido el micrófono y aparece un presentador en el cuadrilátero. Casi me escapo de mi cuerpo de la emoción.

—¡Damas y caballeros, hola a todos!

El público ruge antes de que pueda continuar.

—¡Bueno, aquí estamos esta noche con todos vosotros! ¿Estáis preparados? ¿Estáis preparados para ver un combate único? ¡Único, señores, único! ¿Árbitro?

El árbitro que está en la esquina del cuadrilátero llama la atención del presentador.

—Señor, esta noche no necesitaremos sus servicios —dice con educación el presentador y añade una inclinación dramática que ocasiona un rugido entre el público en todo el estadio mientras la multitud se pone de pie y grita en señal de aprobación.

—¡Eso es! —grita el presentador con voz profunda a la multitud —. Hoy no hay reglas ni árbitro. Todo vale. ¡Todo vale, señores! No hay K.O., es un combate de rendición. ¡Rendición!

—¡O la muerte! —grita la gente emocionada.

—¡Damas y caballeros! ¡Sí! ¡Esta noche tenemos un combate por rendición en la Liga! ¡Ahora vamos a traer a vuestra peor pesadilla al cuadrilátero! Al hombre que hace llorar a vuestras hijas. Al hombre del que queréis huir. Al hombre con quien no querríais estar en un cuadrilátero. El defensor del título… ¡Benny, el Escorpióóóóóón negro!

Estoy hiperventilando. No sé cómo pensaba que podría soportarlo, ver el maldito combate de la década, porque cada órgano de mi cuerpo se estremece de los nervios y creo que mi corazón va a saltarme del pecho. Todo vale. No hay árbitro. Justo como pensaban que sería, así es, y ni siquiera sé a ciencia cierta en qué estado va a luchar Remington.

—Pete, voy a vomitar —digo, mientras inspiro profundamente y mi estómago da un vuelco, con una contracción repentina y fuerte.

Una figura con una bata negra se acerca al cuadrilátero desde la distancia y me invaden las náuseas cuando le veo.

Escorpión.

Mantiene el dedo elevado en el aire y decido que no es mi Voldemort, porque este hombre está vivo de verdad.

—Menudo gilipollas —dice Pete con asco.

La última vez que tuve la desgracia de ver a Escorpión en un combate, Remington perdió a propósito, para rescatar a Nora de este asqueroso espécimen. Y Nora, ¿dónde está? ¿Qué le está haciendo Escorpión? Remington me ha dicho que confíe en él y yo lo hago, pero mi miedo es tan grande cuando miro a la cara de esa desagradable pesadilla que cada gramo de razón me ha abandonado. Es imposible acallar el estruendo de mi cabeza que me dice que Remington está en peligro. Que va a dejarse ganar otra vez y que, de nuevo, yo no puedo detenerlo. ¡No puedo hacer nada al respecto!

De repente veo a Nora en los asientos y me invade la rabia y el dolor cuando aparta su mirada de la mía.

Escorpión salta al cuadrilátero y su equipo le quita la bata. El enorme escorpión negro que se ha tatuado hace poco saluda al público mientras él se gira para que todos lo vean. El tipo sigue siendo horrendo y yo siento un placer perverso al ver la cicatriz en su cara, cortesía de Remy.

—Lo bueno es que sigue siendo asqueroso —dice Pete.

—Pete, no me puedo creer que mi hermana, después de dejar de las drogas y librarse de ese monstruo, haya vuelto a su lado. Me pone enferma.

Vuelvo a ver a Nora al otro lado del cuadrilátero y su traición me atraviesa como un cuchillo.

—No es lo que piensas, Brooke —me dice Pete y luego asiente en dirección al cuadrilátero —. Tu hombre lo tiene todo controlado. Espera y verás.

—¿Qué quieres decir? —pregunto perpleja, y no oigo si Pete me contesta o no.

Escorpión acaba de girarse en dirección a Nora y ella le mira con una expresión de desprecio que no parece la de una mujer enamorada. Después se gira y Escorpión me busca con la mirada, para levantar el dedo directamente hacia mí.

—Oh, Dios, Brooke. Por el amor de…

Levanto mis dos dedos corazón como respuesta y la bestia dirige su sonrisa amarillenta hacia mí.

Pete jadea y gruñe como si le doliera el estómago.

—Vale, si Remington se entera de que te ha retado y tú le has hecho lo mismo…

—¡Buuuu! —grita la gente al instante y también les enseña el dedo a ellos junto con su sonrisa amarillenta y, por si no fuera eso lo suficientemente asqueroso, también se agarra el paquete y lo aprieta.

—¡Buuuuuuu! —grita el público.

Dios, no entiendo cómo mi hermana se ha ido con semejante personaje. Antes era una romántica; quería estar con un príncipe. ¿Y se va con el Escorpión?

—¡Y desafiando a nuestro campeón… Todos sabemos cómo se llama! Todos queremos ver lo que nos va a traer al cuadrilátero esta noche. Entonces, ¿lo hará? Preparaos para recibir al único e inigualable Reeeemingtoooooon Taaaate, ¡Deeeeeeeepredadooooooor!

Es imposible detener el rayo que me atraviesa cuando escucho su nombre. Ya lo sentía cuando ha salido Escorpión, pero la forma en que la gente grita el nombre de Remington hace que se me cierre la garganta de la emoción y mi corazón retumbe en mi pecho.

—¡Remington! ¡Remington!

El cántico invade al público. El color rojo se apodera de todo el estadio. Después diviso el punto rojo que me muero por ver mientras los gritos de su nombre me rodean al mismo tiempo que lo hace su color.

—¡Remy! ¡Mátalo, Remy!

—¡Vamos, Depredador!

Mi cuerpo funciona de forma más pesada en todos los sentidos. Mis pulmones, mi corazón, mi adrenalina, mis ojos; cada parte de mi cuerpo está nerviosa por él. En cuanto aparece en el estadio me convierto en un torbellino de nervios, miedo y emoción. Pugno entre salir corriendo a salvarlo y el deseo de animarle como el resto de sus admiradores para que sepa que si alguien es dueño de ese cuadrilátero, es él.

Sube al cuadrilátero con un salto ágil y deja que Riley le quite la bata de los hombros. Juraría que ha habido un suspiro colectivo de

todas las mujeres a mi alrededor.

—¡Reeemy! ¡Mátalo, Reemy! —grita una.

Y entonces sucede lo increíble.

Comienza con su giro arrogante. Todos sus músculos son espectaculares, bronceados y duros y escucho cómo una mujer grita que su cuerpo debería conservarse para siempre porque es viril y perfecto. Después me mira a mí. Le brillan los ojos azules. Lo más azul que he visto. Sus hoyuelos aparecen y me doy cuenta con un temblor en el corazón que esto es a lo que se refería Lupe cuando decía que estaba volviendo a ser azul. Sus ojos son azules. Claros, preciosos y brillantes ojos azules. Esos ojos y hoyuelos le hablan directamente a las mariposas de mi estómago y yo exploto con ellas.

Un escalofrío de emoción me recorre y de repente sé, con cada fibra de mi cuerpo, que todo está bajo control. Lo tiene controlado. Es Remington Tate. Es el hombre que cae y vuelve a levantarse una y otra vez. Empuja, golpea, arrasa, sigue adelante. Lo tiene controlado. Recuerdo quién es, de dónde viene su fuerza, de una fuente inagotable que nadie más posee. Es inconquistable e imbatible y va a destrozar a Escorpión, que es exactamente lo que quiere.

Suena la campana y mi hombre no pierde el tiempo. Se va directo al centro del cuadrilátero y mientras que Escorpión parece pensar que van a dar un par de rodeos, Remington le golpea tres veces con la rapidez suficiente como para que ese animal horrible retroceda.

Las burbujas de nerviosismo explotan dentro de mí. Me cubro la boca y mi grito se une al de los demás.

—¡Remy!

—¿Brooke? —Pete me obliga a sentarme, pero estoy tan emocionada que no puedo quedarme quieta mucho tiempo. Siento a Remington en el peso de mi vientre, le siento vivo dentro de mí y su energía.

El combate comienza de verdad.

Remy clava los nudillos en la mandíbula de Escorpión y el golpe le sacude. Mi pecho apenas puede contener todas las emociones que siento mientras mis pulmones luchan por conseguir aire. Dios, llevo esperando que esto suceda durante lo que me parece una eternidad y no puedo soportarlo. La multitud lleva el mismo tiempo esperando a ver esto y grita todo lo que puede. ¡Igual que yo!

—¡Vamos, Remy!

—¡Mátale, Remy!

—¡Remington, te amo! ¡Dios mío, te amo! —grito.

—¡Brooke! —me dice Pete con desesperación y me señala la tripa—. Esos saltos no pueden ser buenos.

—Está bien, Pete. ¡Está bien!

El bebé se está moviendo y tengo unas contracciones suaves, aunque ya he tenido algunas antes. He leído que el cuerpo empieza a practicar tres meses antes del parto. Creo que el bebé siente mi adrenalina. O quizás sabe que papá está luchando. Se mueve después de cada contracción y creo que hay mucha acción como para que se relaje. ¿Cómo podríamos relajarnos mientras vemos esto? ¡Oh, Dios mío!

—No sé qué le pasa a Remington en el cuadrilátero —dice Pete —, pero se mete dentro y pone su vida en ello. Riley dice que es memoria muscular, pero no estoy seguro.

—Es Remy, Pete —le digo emocionada, le agarro y le abrazo.

Remington vuelve a alcanzarle a la perfección, protegiéndose, moviéndose y golpeando mientras que Escorpión no ha dado ni un solo puñetazo. Ni uno.

Un cántico se extiende entre la multitud.

—¡Mátalo, DEP! ¡Mátalo, DEP! ¡Mátalo, DEP!

Pete me dijo que todo el entrenamiento del mundo no puede convertir a un luchador en un gran luchador; lo eres o no lo eres. Dijo que puedes entrenar la velocidad, pero no puedes hacer que tu mano sea más fuerte y ahora veo esa diferencia en la potencia de los golpes.

Ahora entiendo por qué Escorpión tuvo que hacer trampas para conseguir el campeonato el año pasado.

Remy se mueve con energía entre las rondas mientras que Escorpión se sienta en una silla con la cabeza gacha y su equipo le echa vaselina o algo en los cortes.

Vuelve a sonar la campana.

Remington se separa de las cuerdas y golpea, pero esta vez Escorpión también golpea, rápido y con precisión, y hace que pierda el ritmo.

Se agarran. Remington se libera y le da un gancho con la derecha. Escorpión se cubre y vuelve hacia él con un puñetazo potente que aterriza en la caja torácica de Remington.

Se le corta la respiración, pero Remy no se detiene. No. Mi árbol no para. En lugar de eso, empieza a repartir puñetazos sin parar con la mente concentrada y feroz y la cabeza de Escorpión se mueve mientras le sale sangre de la nariz y de un corte cerca de los ojos.

Escorpión vuelve a golpearle, su puño llega a la mandíbula de Remington y hace que le salga sangre de la boca. Tengo otra contracción y esta vez tengo problemas para acordarme de respirar. Ver el combate es intenso, emocionante y doloroso al mismo tiempo.

El torbellino de puñetazos continúa. Siguen golpeándose, moviéndose y evitándose. La diferencia entre la potencia de los puñetazos es evidente. Remington es más fuerte y más rápido y Escorpión parece haberse convertido en el saco de boxeo del entrenamiento de hoy. Está destrozado, casi agotado, pero no cae al suelo y sigue moviéndose y devolviéndole puñetazos a Remy. Agarra a Remington por el cuello e intenta tirarle al suelo y, cuando no puede hacerlo, levanta la rodilla y le golpea en el estómago.

—¡¿Qué?! ¡Eso no es justo! —grito.

—Remington es boxeador, nunca utiliza las piernas si no es para mantenerse de pie, pero aquí vale todo, Brooke. Si Escorpión quiere morderle…

El miedo crece dentro de mí y tengo otra contracción. Una lo suficientemente fuerte como para contener un gemido de dolor y

hacer que me siente un momento.

Remington empuja a Escorpión con un gruñido de ira y empieza a golpearle. Puñetazo tras puñetazo. *¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!*

Le he visto destrozar todo tipo de sacos de boxeo, pero nunca golpear a otro hombre así. Escorpión se cubre la cabeza y se agacha. Remington carga contra él golpeándole el estómago una, dos y tres veces. El otro acaba contra las cuerdas y cae de rodillas.

Escupe en el suelo y se pone de pie con esfuerzo mientras que Remington retrocede para recuperar el aliento. Tiene las cejas bajas y sus ojos brillan como los de un depredador.

Escorpión carga hacia delante y consigue darle un puñetazo en la mandíbula a Remy, después le lanza otro a las costillas. Remy se echa hacia atrás.

Veo la sonrisa amarillenta en la cara de Escorpión cuando consigue darle un tercer puñetazo directo en la sien y Remington cae hacia las cuerdas con un sonido tan desgarrador que también yo me caigo en la silla con un grito de dolor.

Se pone derecho con una respiración entrecortada que expande todo su pecho y siento cómo mi corazón se rompe. El dolor que siento cuando recibe un puñetazo hace que mis contracciones parezcan una tontería. Disimulo otra mueca de dolor, cuando vuelve a acercarse a Escorpión sangrando tanto como él.

Se enfrentan una vez más y escucho el sonido de sus golpes. *¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!*

Los nervios me corroen por dentro cuando continúa el sonido. Uno tras otro. Ninguno se rinde. Ninguno cae. Me muevo nerviosa en mi silla, siento una burbuja y escucho un sonido acuoso. Miro hacia abajo para descubrir con horror que hay agua saliendo de mi falda y por mis piernas.

—No —digo.

Siento el pánico, miro a Remington, luego a Pete, que está concentrado en el combate, cierro los ojos y hablo mentalmente con el bebé. «Por favor, por favor, no hasta que tu papá haya terminado».

Solo estoy de seis meses y medio. Siete como mucho. ¡No puedo estar de parto!

Remington carga con un puño. Su brazo se mueve una y otra vez. Es tan veloz que apenas alcanzo a ver sus movimientos, solamente escucho el sonido de huesos rompiéndose constantemente.

No hay ninguna duda. Estoy de parto. Contracciones. Todo lo que he leído está pasando. Acabo de romper aguas. Gracias a Dios que no hay mucha, pero cae por mi pierna y me empapa. Tomo aire profundamente mientras el dolor aumenta. Las contracciones que tenía antes de romper agua no son nada en comparación con el dolor que siento ahora, con el útero que se contrae y se expande. Pero Remington está luchando ahí y yo no me voy a ningún sitio hasta que él no esté listo para marcharse.

Oh, Dios mío, ni siquiera me había dado tiempo a preocuparme por el parto hasta ahora.

Estoy tan ocupada intentando recordar cómo respirar despacio y con tranquilidad que no me doy cuenta de que Nora ha dejado su asiento y se dirige hacia mí.

—¿Estás bien, Brooke? —pregunta preocupada.

Mierda. Se ha dado cuenta.

—Estoy bien —jadeo mientras acaba esta contracción.

—Brooke, Benny no va a rendirse. Antes morirá —añade con voz temblorosa mientras las lágrimas brillan en sus ojos—. Tú no quieres que Remy lo mate, Brooke. ¡Lo que le provocaría eso en la cabeza! Y Benny no es un monstruo, no lo es.

—Nora —Pete la agarra del brazo y la acerca a él—. Está arreglado, Nora. Escorpión no volverá a hacerte daño.

La mira a los ojos, levanta la mano y le toca la cara. La respiración de Nora se detiene con su tacto. Se palpa la tensión entre los dos y Pete suaviza el tono cuando sigue hablando.

—Hemos hecho un trato. Vamos a conseguirlo.

—¿Qué? —pregunto confundida —. ¿Qué está pasando?

Pete se levanta para ofrecerle su asiento a Nora y se coloca en el otro asiento vacío a mi lado.

—Pete, ¿qué pasa? —le pregunto.

—¡Pete! —grita Nora. Sacude la cabeza rápido y Pete duda.

—¡PETE! —insisto con furia—. ¡Te prometo que ahora no estoy para monsergas!

Pete se coloca la corbata un momento y después inclina la cabeza hasta mi oreja para susurrarme:

—Escorpión quiere la sangre de Remington. No cree que Remington pueda vencerle o que vaya a matarle. Le ha hecho prometer a Remington que el combate por conseguir ganar la temporada sería a rendición. Si gana nuestro hombre, conseguirá el título y, más importante… El vídeo de Nora.

Nora hace un pequeño gemido de dolor y entierra la cabeza entre sus manos. Estoy tan sorprendida que mi cerebro se estremece mientras intenta procesarlo. ¿Estaba chantajeando a Nora con un vídeo suyo? ¿Y Remy lo ha aceptado?

—Él quería hacerlo —me dice Pete inmediatamente.

—Dios, Nora —digo. La idea de que ese loco esté utilizando a mi hermana para que Remington tenga que tomar la terrible decisión de matar a Escorpión me hace temer por todos nosotros. Si ese cabrón no consigue derrotar a Remy, ¿le convertirá en un asesino?

Eso haría que volviera a su lado oscuro para siempre…

Centro mi atención en mi hermana cuando me llega otra contracción y Nora desliza la mano lentamente por mi vientre.

—¿Es el bebé?

Tomo aire y me inclino hacia ella para que Pete no lo oiga. Asiento.

—Sí.

—¿Qué hago, Brooke?

—Dame la mano mientras veo cómo mi hombre gana esto.

Remington sigue golpeando a Escorpión como si me hubiera escuchado. Los nervios me destrozan. La sangre casi negra de

Escorpión está esparcida por todo el suelo y aunque se tambalea, no se cae.

Remington jadea en busca de aire, pero es imparable, le agarra del cuello y le gira para que vea el asiento vacío de Nora, mueve los labios mientras susurra algo en la oreja de Escorpión y cuando deja escapar una risa burlona, se escucha un crujido en todo el estadio.

—¡Ah! —jadea el público cuando se rompe el codo de Escorpión y su antebrazo cuelga libremente.

Mi estómago se hace un nudo cuando el combate se vuelve más sucio y Remy arrincona a Escorpión en el cuadrilátero y le golpea la cabeza en un lado y en otro atacándole como si fuera su saco de boxeo. Escorpión se mueve y lanza una rodilla hacia el estómago de Remy.

—Brooke —solloza Nora—, ¡se van a matar!

Una bola ardiente de miedo sube por mi garganta mientras las dos observamos el combate con terror. Siguen teniendo fuerzas. Escorpión ha lanzado un par de patadas y vuelven al centro. Remy está manchado de sangre, de Escorpión y suya, y aunque Escorpión apenas se mantiene en pie, carga de forma violenta con los hombros e intenta golpear a Remington con la cabeza.

—¡Uno de ellos tiene que parar ya! —susurra Nora en voz baja.

—Tendrá que ser Escorpión —digo.

Y entonces, Remington le lanza un puñetazo doble rápido que hace que Escorpión caiga de rodillas. Un rugido de emoción crece entre la multitud; Remy coloca el brazo por encima de su frente y me busca entre los espectadores.

Cuando me encuentra, no aparta los ojos de mí mientras agarra a Escorpión del cabello y le pone de pie para enseñarle que Nora está a mi lado.

Le susurra algo a Escorpión y, a modo de respuesta, Escorpión escupe sangre en el suelo.

Remy le empuja y vuelve a ponerse en posición, levanta la guardia de forma que parece decir «De acuerdo, gilipollas, entonces seguiremos luchando y a ver quién se cansa antes».

Así que vuelven a luchar, Remington se mueve y golpea con la misma fuerza sobrenatural que adora su público, que grita enseguida a modo de aprobación mientras ven cómo se tensan y se estiran sus músculos cuando los utiliza. Escorpión aguanta otros dos puñetazos y un gancho y después, cae de cara en el suelo.

El público está agitado y emocionado, y se escucha un cántico familiar cada vez más alto.

—¡RE-MING-TON! ¡RE-MING-TON! ¡ RE-MING-TON!

—¡Dep! ¡Termínalo, Dep! —grita un joven desde una esquina en la primera fila.

Crece el silencio cuando Remington se acerca al cuerpo inmóvil de Escorpión y creo que he dejado de respirar. Mi corazón late sin parar mientras escucho cómo Nora solloza sentada a mi lado.

Escorpión repta por el suelo. La mirada de Remington está fija en mí. Su pecho ancho y brillante se expande con cada respiración y sé que mi frente está fruncida por el dolor pero, por favor, por favor, no quiero que se dé cuenta de que está pasando algo.

—¡Vamos, Remy! —grito, pero no puedo estar de pie, así que tengo que gritar desde el asiento. Se gira y vuelve a golpear a Escorpión cuando intenta levantarse.

La gente grita en señal de aprobación.

Remy agarra el brazo sano de Escorpión y le cruje todos los dedos de la mano hacia atrás con un movimiento. Después le rompe la muñeca.

Los ojos de Escorpión se salen de las órbitas. Empieza a retorcerse mientras Remington lleva las manos hasta su codo sano. Se lo girara hasta dejarlo en un ángulo extraño y tengo una contracción dolorosa que me hace gemir de dolor.

Escorpión se cae detrás de él y empieza a escupir. De repente, hay un grito atronador y una toalla negra cae dentro del cuadrilátero, justo al lado del cuerpo retorcido de Escorpión.

Remington aprieta la mandíbula cuando la ve y el público abuchea cuando se da cuenta de que el equipo de Escorpión se ha rendido por él. La decepción cruza la cara de Remy y tarda un par de segundos hasta que por fin, por fin, suelta a su enemigo.

Escorpión escupe un montón de sangre de la boca y le mira mientras tiembla.

Remington empieza a alejarse pero escucha que Escorpión murmura algo, se gira, le golpea con el puño y deja a ese asqueroso insecto inconsciente.

—¡DEEEEEEPREDADOOOOR! —gritar al presentador.

Remy me mira, su expresión es tan feroz como el dolor que siento. Una tormenta de testosterona gira a su alrededor y veo sus emociones mientras sus ojos azules y furiosos gritan en silencio «¡No vuelvas a meterte conmigo o con lo que es mío nunca más!».

Se acerca al borde del cuadrilátero y niego con la cabeza para que no venga. Quiero verle con el brazo levantado, aceptando el puto título y escuchar su nombre en boca del presentador, el mismo nombre que escucho por los altavoces.

El presentador le agarra del brazo y lo levanta en el aire antes de que Remington llegue a las cuerdas. La felicidad me invade y se mezcla con el dolor cuando por fin…

Oigo lo que debería haber escuchado en el combate final de la temporada pasada.

—El ganador de la Liga de esta temporada es… ¡REMINGTON TATE! ¡DEPREDADOR! ¡Depredadooor! Depredador… ¿Dónde vas?

Mis ojos se nublan y él se convierte en un precioso borrón.

Sollozo porque sé que ha saltado del cuadrilátero y viene a por mí. Sabe que algo va mal. Siempre lo sabe. No tengo que decírselo. Pete está sentado a mi lado, ajeno a todo. Pero mi hermana es consciente de lo que pasa. Y Remy lo sabe. Siento sus brazos, sudorosos y ensangrentados cuando se agacha delante de mí.

—Brooke, oh, cariño, ya viene nuestra pequeña, ¿verdad?

Cuando asiento me dice, temblando y con los ojos azules resplandeciendo mientras me limpia las lágrimas:

—Te tengo, ¿vale? Tú has estado conmigo, cariño. Ahora tranquila, amor mío, te tengo. Te cuidaré. Ven aquí.

Me agarra y yo lloro en su garganta empapada y le rodeo con los brazos cuando empieza a llevarme a la salida.

—No tiene… que venir… todavía… Es muy pronto… ¿Y si el bebé no sobrevive?

Todas mis emociones han estado contenidas y retenidas y ahora me invaden. Se supone que tenemos que hacer esto después, después del combate. Después de haber conseguido una habitación en el hospital, en Seattle.

La multitud nos rodea y los fans se acercan para tocarle el pecho empapado, bronceado y musculoso mientras nos va abriendo camino e ignora los gritos, las voces. Todo excepto a mí.

—¡DEPREDADOR, ERES EL MEJOR! !DEEEEPREDADOOOOR!

Comienza a resonar, literalmente a resonar, por los altavoces y no reconozco ni la canción ni el artista, y se le une una voz.

—A petición de nuestro vencedor, que tiene una pregunta muy importante que hacer… —dice el presentador mientras Remington nos lleva a través del gentío con mi cabeza apretada contra su pecho. Escucho el latido de su corazón. Su respiración. Siento cada parte de él.

Sigue andando entre la gente y, a pesar de todo el dolor, veo que los fans tienen rosas blancas en las manos cuando caminamos entre ellos y algunos nos las tiran encima desde sus asientos. Entonces escucho la letra de la canción hasta que dos palabras se me clavan como un chute de adrenalina por mi sangre: «Cásate conmigo».

—¡¿Qu-qué?! —jadeo.

No me contesta.

Está dándole instrucciones a Pete para que traiga el coche mientras salimos del estadio y cuando nos metemos dentro del coche, Nora se sienta delante con Pete.

Remington me sujeta la cabeza con las manos y me mira. Su voz es áspera por la emoción y la deshidratación, tiene la cara hinchada y llena de sangre. Y eso me destroza porque no puedo hacer nada para arreglarlo.

—Se suponía que la canción te pedía que te casaras conmigo, pero tienes que saber qué significa que te lo pida —susurra, sus

ojos azules brillan con fuerza en la oscuridad—. Mente, cuerpo, alma. Todo lo tuyo es mío. Todo lo mío es tuyo.

Me aprieta la cara con las manos húmedas, ásperas y cubiertas de sangre.

—Brooke Dumas, cásate conmigo.

20. Cuando llega el momento

¡Dije que sí!

He estado repitiendo mentalmente la declaración, una y otra vez, para dejar de pensar en las dolorosas contracciones. Son cada vez más frecuentes; pasa menos de un minuto entre cada una de ellas. Siento la necesidad de empujar mientras sigo tumbada en la cama del hospital, pero se supone que todavía no tengo que hacerlo.

Remy me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja con cara de dolor.

—Brooke…

Eso es todo lo que ha podido decir mientras me miraba, y parece más bien una disculpa.

Me duele mirarle. Su cara está cubierta de sangre y tiene la mandíbula un poco hinchada. Quiero tocarla, curarla y cuidarla pero cada vez que intento extender el brazo y hacer algo, él me detiene y me da un beso en la palma de la mano.

—Necesitas hielo para la cara —protesto.

—¿A quién le importa mi cara? —contesta.

Y entonces gimo de dolor con otra contracción y él gruñe como si también lo sintiera.

Tensa la mandíbula mientras intenta mantenerse tranquilo. Cuando la enfermera comprueba que he dilatado siete centímetros me pregunta si puedo andar hasta llegar a los diez. No quiero

hacerlo, pero asiento. Remington tiembla visiblemente mientras mantiene el control y me ayuda a levantarme de la cama. Aprieto su antebrazo para apoyarme mientras caminamos fuera de la habitación y le ruego:

—Quédate conmigo. Quédate conmigo, ¿vale?

—Vale, Brooke —murmura al instante.

Unimos las manos y su apretón tranquilizador me da valentía mientras andamos por el pasillo del hospital.

Coloca el brazo que tiene libre alrededor de mi cintura mientras me sacude una nueva oleada de contracciones.

—Distráeme —le pido.

—¿Te ha gustado el combate? —me pregunta al oído.

Sus ojos azules bailan de placer, sus labios forman una mueca torcida por la parte hinchada de su mandíbula y yo me echo a reír entre contracciones porque por supuesto, por supuesto, Remy quiere saberlo.

—Le has destrozado como siempre, amor mío, pero ahora nuestro bebé me está destrozando a mí.

Me ayuda a volver a la habitación. Pronto soy un cúmulo de dolor y lo que quiero es empujar, empujar y empujar.

Para cuando el médico me dice que puedo empujar, ya estoy agotada.

Remington me rodea los hombros desde atrás con sus poderosos brazos y entierra la nariz en mi cuello, como si mi aroma le calmase. Su aroma me calma a mí e intento no gritar por él, porque quiero que esté conmigo y sé que nunca querría olvidar un momento como este. Me muerdo fuerte el labio, empujo y le aprieto la mano mientras me trago los gruñidos. Empujo más fuerte para luchar contra el dolor, empujo otra vez, más tiempo y más fuerte. Nunca me había preguntado por qué se le llama «dar a luz» hasta ahora. Después de varios esfuerzos agotadores, el bebé sale y gruño de cansancio mientras se reduce la presión en mi cuerpo y dejo caer la cabeza hacia atrás.

El médico lo sujeta y, con una mirada llena de alivio, veo algo mojado, pegajoso y rosa.

—Es un niño —escuchamos y entonces el primer llanto del bebé inunda la habitación. Puede que sus pulmones no estén desarrollados del todo, pero ese pequeño grito hace que mi corazón se hinche de alegría.

—Un niño —jadeo.

—Un niño —repite Remington con voz áspera y mi pecho se hincha cuando escucho la aceptación y la alegría en su voz. Remy no tiene que decírmelo, pero sé que ahora nuestro hijo se ha convertido en algo real para él. Nuestro hijo es real para los dos.

Sonrío para mí misma mientras manan lágrimas de mis ojos. El médico les habla a las enfermeras mientras cortan el cordón umbilical.

—Respira solo. Sin complicaciones. Pero es prematuro, tiene que pasar un tiempo en la incubadora.

—Queremos verlo… —grito sin aliento. Mis brazos están tan débiles que apenas puedo levantarlos y ni siquiera sé por qué, puesto que no han hecho casi nada durante el parto.

El bebé ha vuelto a llorar mientras le limpiaban y después, por fin nos lo traen. Creo que Remington ha dejado de respirar mientras que mi aliento sale a ráfagas por mi garganta cuando sujeto a este pedacito de vida por primera vez.

El médico empieza a limpiarme a mí mientras que la enfermera viene para llevarse al bebé a la Unidad de Neonatos, pero Remington ha apoyado su cabeza en la mía. Nos acariciamos con la cara por encima de la cabecita sin pelo del bebé.

—Le quiero, Remy. —Susurro mientras levanto un poco la cabeza, ansiosa por sentir su aliento cálido en mi cara y sus labios en los míos—. Te quiero mucho. Gracias por este bebé.

—Brooke —dice con voz áspera mientras nos envuelve con los brazos. Sé que, en su interior, Remy no cree que merezca esto. Nadie le ha dicho que sí que lo hace, así que aprieto sus enormes hombros hacia mí todo lo que puedo con uno de mis brazos temblorosos y débiles mientras sujeto al bebé con el otro.

—Si es como yo, le apoyaremos. —Me dice al oído con preocupación—. Si es como yo, estaremos ahí con él.

—Sí, Remy. Le enseñaremos música y deporte. Y cómo cuidar su cuerpo. Será fuerte, asombroso y puede que a veces también se frustre. Le enseñaremos a amarlo. Y a quererse a sí mismo. Le enseñaremos a amar.

Se seca los ojos con las manos.

—Sí. —Me da un beso en la frente—. Sí, le enseñaremos todo eso.

—Ven a abrazarnos otra vez —le pido cuando se aparta como si yo y este bebé que hace ruiditos y llora no pudiéramos ser suyos.

Viene de nuevo y nos derretimos en su abrazo. Da los mejores abrazos y nos adaptamos perfectamente. Siento cómo se seca una lágrima por encima de mi cabeza y me hace llorar también en silencio. Es muy fuerte. Nunca pensé que este pequeño momento significara tanto para él. Sujeto a nuestro bebé con un brazo porque necesito tener a Remington en el otro.

—Ven aquí —le animo mientras le rodeo con un brazo. Después baja la cabeza y me acaricia con la nariz. Y ya no sé si mi cara está más húmeda que la suya—. Estoy muy enamorada de ti —susurro —. Te mereces todo esto y más. Mientras estés luchando por ahí, yo lucharé para que vuelvas a casa con nosotros.

Deja escapar un gruñido, un sonido de exasperación, y vuelve a secarse los ojos, como si odiara llorar. Después me sujeta la cara y me besa la oreja. Su voz suena más grave de lo que la he escuchado nunca.

—Te amo con *toda* mi alma. Con toda mi alma. Gracias por este bebé. Gracias por quererme. Tengo muchas ganas de que seas mi esposa.

♥ ♥ ♥

Para cuando vuelvo a ver a Nora, ya estoy en una habitación privada. Entra con aspecto sonrojado y alegre, seguida de Pete, que está tan sonrojado como ella. O quizás más. Mientras Pete le da una palmada en la espalda a Remington y felicita al nuevo padre, Nora viene directa hacia mí.

—¡Brooke, le he visto! ¡Le he visto por la ventana! ¡Es el bebé más pequeño de todos!

—Lo sé, Nora. ¡Es muy pequeño! —se me quiebra la voz de la emoción cuando hablo de él—. Se suponía que no tenía que nacer todavía, pero los médicos están encantados por lo bien desarrollado que está teniendo en cuenta que es prematuro.

Se sienta en la esquina de mi cama y me toma la mano; sus ojos brillan de felicidad. Nos miramos un instante y, aunque no quiero borrarle la sonrisa de la cara, tengo que hacerle la pregunta que merodea por mi mente.

—Nora, ¿qué estabas haciendo con Escorpión? —Me tambaleo cuando intento incorporarme, me agarro a la cama y me coloco un poco mejor. —¿Por qué no nos contaste que te estaba chantajeando para poder ayudarte?

Se sonroja desde la barbilla a la frente y vuelve a cubrirse la cara con las manos.

—Me da mucha vergüenza.

Remington hace una seña desde la puerta para decirme que se va fuera con Pete. Mi mirada se centra en mi gran león, en su cabello despeinado, en los pantalones y la sudadera que se ha puesto y me doy cuenta de que tenemos un bebé juntos. Mi corazón late tan fuerte que siento que floto como una nube.

Susurra. Su mirada brilla con orgullo viril.

—Estamos fuera.

—Siento haberte causado tantos problemas —le dice Nora.

Sujeta la puerta y niega con la cabeza mientras muestra un hoyuelo.

—No te preocupes.

Cuando la puerta se cierra tras él, lo único que escucho en la habitación son los sollozos ahogados de mi hermana y mi propia voz mientras extiendo el brazo para acariciarle suavemente la cabeza y le pregunto con ternura:

—¿Te hizo daño?

Saca un pañuelo de su bolsito y se lo lleva a los ojos.

—No. Estaba destrozado. Dijo que me había echado de menos, que quería que volviera y haría lo que fuera necesario para conservarme a su lado. Seguramente por eso estaba luchando tan mal —dice—. Me alegro de que perdiera. Simplemente odio que todavía me duela.

—Oh, Nora.

—Cuando viniste a casa no podía pensar. Estás tan protegida. ¡Tenías un bebé! Y él está enamorado de ti. ¡Y mientras tanto, yo vivía un infierno! Benny dijo que difundiría el vídeo si no volvía con él. Quería haceros daño de nuevo, quería avergonzar a Remington, que perdiera otra vez, en cierto modo. Yo no quería estar con él, pero tenía miedo de que os chantajeara con mi vídeo. Así que lo hizo. Me ofreció drogas… Quería tomarlas. De verdad que sí. Pero sabía que si lo hacía no volvería nunca a casa. Mi plan consistía en estar con él… —Se seca las mejillas mientras siguen cayendo lágrimas de sus ojos, aunque su voz sea decidida y firme—. Hasta que terminase la temporada y entonces ya no me necesitaría para haceros daño. Pensé que encontraría la forma de recuperar el vídeo y escapar de él.

—Nora…— Abro los brazos, ella se inclina hacia mí y apoya la cabeza en mi hombro—. Ahora tenemos que seguir adelante. —susurro.

Las palabras salen casi como una súplica, porque ahora tengo un bebé. Un bebé. Él me necesitará, igual que mi pareja, y necesito que Nora sea fuerte ella sola. Remy la ha protegido por mí, pero creo que mi deber es proteger a mi hijo y a mi hombre con la misma fuerza. Y eso incluye protegerlos de mi propia familia.

Dobla el meñique, como hacíamos de pequeñas para prometernos algo con los meñiques. Nos reímos y los juntamos.

—Pero no se lo digas a mamá y a papá. Están desesperados por ver a su nieto y están volando hacia aquí —me dice.

—Nadie tiene que saber lo del vídeo. Pero seguro que les ha encantado escuchar tu voz por teléfono.

Señala la puerta con una nueva y curiosa emoción.

—¿Cómo vais a llamar al pequeñajo?

Le sonrío de oreja a oreja y susurro:

—No tengo ni idea, así que espero que su papá sí lo sepa.

♥ ♥ ♥

Se llama Racer.

Racer Tate Dumas.

Porque ya estaba corriendo hacia la línea de meta cuando ni siquiera teníamos preparada la pista.

Las enfermeras dicen que es grande para ser prematuro aunque Remy y yo creemos que es muy pequeño.

Dios, es perfecto. Diez deditos en las manos. Diez deditos en los pies. Una boquita rosa. Una naricita.

Ha tenido que estar en la incubadora cuatro semanas, pero parece que ya está listo para irse a casa. Ya no necesita un tubo para comer y pesa unos sanos tres kilos y medio; algo que impresiona a todos los que no se creen que haya sido prematuro. Después, por supuesto, ven a su padre y comprenden por qué este bebé prematuro es grande y sano.

Remington pasa el día entrenando para la próxima temporada mientras yo me quedo por el hospital, decidida a alimentarle con mi propia leche para que consiga todos los nutrientes y los beneficios para el sistema inmunitario que necesita. También he leído cosas acerca de un «método canguro» en el que las enfermeras colocan al bebé contra la piel de la madre para reforzar y mejorar todos sus sistemas. Me encanta leer las pruebas científicas de lo que consigue el contacto de piel con piel.

Una vez al día, la enfermera me trae a Racer, me abro la camisa y siento a nuestro pequeño bebé desnudo contra mi pie. A veces Remy está aquí y se coloca detrás de mí, de forma que él es mi canguro y luego yo soy el canguro del bebé; como dice el método. Pero no. Remy no se siente como un canguro detrás de mí, es demasiado primario para eso. Me acaricia la clavícula con la nariz y mira a nuestro bebé mientras yo lo siento en mi piel. Y es justo hoy, cuando estamos haciendo esto, que Racer abre por fin los ojos y

nos mira. Son azules, de un increíble color brillante, que resulta familiar. Y yo me enamoro por segunda vez en mi vida.

♥ ♥ ♥

Nos han dado el alta en el hospital y los tres estamos por fin en Seattle, en casa.

Hoy es el cuadragésimo día después del parto y esta noche Remington y yo podremos tener sexo de nuevo. Pero está decidido a que la próxima vez que me vuelva a tomar, yo sea completamente suya. Así que a mediodía nos vamos al ayuntamiento.

Dios, me muero por hacerlo con el papá *sexy* de mi bebé.

—Está dormido —susurro desde la silla del salón en la que me he sentado para dar de mamar a Racer esta mañana.

Remington sigue con el pantalón del pijama y el torso desnudo. Se acerca con un brillo orgulloso y protector en los ojos que me derriten al mirarle.

—Ven a olerle —susurro con una sonrisa enorme y enamorada.

Viene y toma aire en la cabeza de Racer.

—¿A que huele bien? —digo.

—Tan bien como tú —susurra Remington con voz áspera y mientras yo huelo al bebé, él me huele a mí.

Nos reímos y desliza la mano bajo mi cuerpo para levantarme mientras me dice:

—Sujétale.

Lo hago. Me levanta mientras sujeto al bebé y nos lleva a la cama.

—Diane está muy feliz; todos lo están. ¿Ha venido ya? —pregunto.

—Está de camino —dice.

Asiento con impaciencia.

En los altavoces del iPod suena *Kiss Me,* de Ed Sheeran. La canción me resulta algo familiar, pero su significado me golpea cuando coloco a Racer en la cuna en mi lado de la cama y

Remington me envuelve en sus brazos y empieza a besarme. Quiero hacer el papel de la chica y quejarme por mi tripa. Todavía no está del todo plana, pero a él le gusta, la besa. Quiero quejarme por todas las hormonas que tengo, pero me siento adorada, querida y tan afortunada que no tengo palabras para decir todo lo que le deseo a la gente que quiero. Sé lo que significa para Remington tener una familia. Nunca ha lamentado no tener una. Pero ahora que la tiene, sé que ve la diferencia. Sé que ha visto lo que se ha perdido. Ahora tiene una familia a la que cuidar y que le cuida a él.

Los golpes en la puerta nos separan y cuando Remington la abre, Diane entra, y se sonroja cuando me ve a mí con la bata roja de Remington y a él con los pantalones del pijama.

—¡Pensaba que ya estabais listos!

Me besa con fuerza y pasión, sus ojos brillan con una llama.

—Prepárate. No puedo esperar más a que seas MÍA.

—¡Ya soy tuya!

Pasa el pulgar por mi labio inferior.

—Voy a hacerte mía para toda la vida.

Voy corriendo al baño, donde tengo la ropa, y me la pongo rápido.

No puedo dejar a Racer durante más de un par de horas y nuestra cita es a las doce, así que no he querido martirizarme con un conjunto complicado. He escogido una falda blanca lisa, pero preciosa, y un top blanco de encaje. Remington me ha dicho que organizaremos una gran boda en una iglesia más adelante, pero que no quiere esperar más a que sea suya. Le he dicho que eso no me importa, ¡solo quiero tener a mi hombre!

Las mariposas que me provoca baten a toda velocidad mientras me hago un moño que parece descuidado, pero bonito. Después intento darle un poco de color a mi cara con unos pellizcos en las mejillas para que nadie se dé cuenta de que Racer me despierta durante toda la noche.

Cuando salgo, mi hombre ya está en el salón. Cada hormona de mi cuerpo amenaza con atacarme y hacerme llorar cuando veo a Remy con su traje negro. Está perfectamente esculpido: alto y con

hombros anchos, el cabello despeinado como siempre, sus ojos azules brillando de amor y emoción y esos hoyuelos… Es todo un hombre, totalmente masculino y todo mío.

Antes de que me dé cuenta de que estoy llorando, se acerca y me seca las lágrimas con los pulgares mientras se ríe con ternura de mí por ser tan sensible. Después me lame la esquina del ojo, me levanta del suelo y me saca del piso.

Todo el equipo está en el ayuntamiento, todos menos Diane y nuestro precioso Racer, que se supone que no debe salir mucho al exterior hasta que crezca un poco más.

Están Melanie, Riley y Lupe. Lupe sujeta una foto de Diane sonriente y nos dice:

—Quería estar en los dos sitios a la vez, así que le dije que podía traer su foto mientras ella cuida a mi futuro campeón.

Mis padres se ríen a su lado. Mi madre tiene lágrimas en los ojos y mi padre está lleno de orgullo. Pete y Nora están a su lado cogidos de la mano; van a intentar que su relación funcione ahora que vamos a estar en Seattle durante un par de meses, hasta que empiece la temporada. Y Jo también está aquí, con una sonrisita y pose militar.

Siento cómo los nervios hierven en mi pecho y arden dentro de mí mientras Remington y yo caminamos cogidos de la mano hacia donde tenemos que firmar; esa mano bronceada, áspera y enorme que nunca voy a soltar.

Y entonces firmamos oficialmente, nos estamos casando. Me sujeta la mano con las suyas. Sus ojos azules brillan con una mirada completamente posesiva mientras desliza un anillo por mi dedo.

El anillo es de platino.

—El diamante blanco eres tú —susurra con voz tensa mientras me levanta la mano para que lo vea. A la derecha del diamante blanco hay un diamante azul y, a la izquierda, uno negro.

—Y tú eres los otros dos —digo y la intensidad de mis sentimientos casi me abruma mientras sujeto su mandíbula entre mis pequeñas manos y le beso con todas mis fuerzas—. Te amo.

Después le agarro la mano y deslizo el anillo plateado que tengo para él, en el que grabado por dentro pone «Para mi real. Siempre tuya, Brooke Dumas».

—¡El señor y la señora Depredador! —grita el equipo cuando terminamos.

Nos reímos y Remington me levanta del suelo, me eleva en el aire y me atrapa.

—Ahora eres mía —dice con alegría, luego me aprieta contra él y su risa se convierte en una mirada ardiente. Recorre mi cara con los ojos, me sujeta por la nuca, se inclina y me da el beso más dulce, tierno y largo que me ha dado jamás.

—Tenemos un regalo para ti, Brooke. —Pete y Riley sujetan una caja mientras se acercan—. Es de todo el equipo, incluida nuestra nueva adquisición, Jo.

Saludo con la mano a Jo, que está al final de la sala, y abro el regalo. Aparece un brillo rojo y saco una bata roja brillante igual que la de Remy. Pero en esta pone «Mujer de Depredador».

Me río con alegría y les abrazo, pero no por mucho tiempo porque escucho un gruñido y me abrazan unos brazos más grandes, fuertes y posesivos.

Los cuarenta días de deseo sexual reprimido pesan sobre nosotros en el camino de vuelta a casa. La primaria energía sexual fluye entre nosotros como un tornado salvaje que se alimenta de nuestras emociones, de nuestra felicidad, de nuestro amor, de nuestro deseo. Cuando entramos en el piso, Racer parece dormido en su cuna, que Diane ha colocado en el salón. Deja la revista y, con un movimiento de alegría, abraza a Remington tan fuerte que se ríe de la sorpresa. Después me rodea con sus cálidos brazos.

—Espero que sepáis que voy a cuidar de este niño como si fuera mi nieto —nos dice.

—Diane —digo con emoción, conmovida por sus palabras—, gracias.

Remington le sonríe, enseñando sus hoyuelos, y Diane le abraza otra vez antes de marcharse. Remy se quita la corbata y la echa a un lado. Se va desabrochando los botones de la camisa blanca

mientras me rodea con los brazos y me besa, juntando su lengua con la mía mientras me coloca en una cómoda de madera en la entrada. Desliza la mano por mis curvas.

—Tengo que besar a mi preciosa esposa.

Temblores de felicidad y amor invaden todo mi cuerpo cuando deslizo las manos por su pelo de punta y devoro sus labios mientras él devora los míos.

Racer se despierta, puntual, con un llanto repentino y los dos paramos y nos giramos hacia el sonido. Antes de que pueda hacer nada, Remington me baja y me besa la oreja.

—Dale de comer para que pueda comerte yo después —dice con voz tensa.

Me hago una idea de lo que quiere, así que vale.

—¿Vale? —pregunta mientras camina hacia la cocina y yo saco a Racer de la cuna.

—¡Más que vale! —grito—. Cuando vayas a la habitación, lleva la cuna.

Me siento en el borde de la cama rápidamente, me quito la camisa y el sujetador y coloco a nuestro bebé llorón contra mi pecho, comprobando el reloj para alternar el pecho.

Pronto Remy trae la cuna a mi lado de la cama y empieza a dar vueltas.

Mi león está intranquilo.

Una corriente sexual poderosa oscila entre nosotros, lleva aumentando cuarenta días. En mi cabeza ya me he follado a Remington de mil maneras y sé que él me ha estado follando mentalmente cada día.

Remington observa con atención mientras le doy el pecho a Racer. Se termina un melocotón y dos manzanas y vuelve a dar vueltas por la habitación, mirando cómo alimento a nuestro hijo mientras se desabrocha primero los botones de la chaqueta y luego los de la camisa. Sus ojos están hambrientos. Yo estoy hambrienta. Nunca lo he anhelado tanto. Estamos acostumbrados a arreglos rápidos en la vida, pero no hay forma de arreglar rápido un cuerpo después de dar a luz y teníamos que esperar. Pero, Dios, Racer es

un bebé buenísimo. Come y duerme. Siento que sabe que su papá es especial e intenta ponerme las cosas fáciles. Supongo que si no lo hace, buscaremos ayuda. Tenemos opciones. Elecciones. Somos dueños de nosotros mismos, de nuestras vidas y nosotros y los que nos rodean están contentos con eso.

—¿Has terminado? —pregunta con brusquedad y se acerca a ver mientras se saca la camisa del pantalón. Es tan posesivo. Cada día, cada noche, me aprieta contra él y me dice que soy suya. Pero no se da cuenta de que cada vez que dice eso también está diciendo que él es mío. No puedes poseer algo de verdad si no te posee a ti, ni siquiera un coche.

Escuchamos música mientras le doy el pecho, nos ponemos canciones y le ponemos otras a Racer. Ahora Remy tiene la camisa abierta y colgando de los hombros dejando ver sus ocho abdominales. Se acerca y coloca la mano en el pecho que no tiene ocupado Racer. Me sujeta el cuello, se inclina y me besa.

El deseo baja por mis venas y para cuando Racer deja de succionar y se aparta, Remington se separa y me mira. Sus párpados están entrecerrados y mis labios tiemblan por su beso.

—¿Te acuerdas de cuando me decías que no echabas de menos a tu familia porque nunca tuviste una? —susurro mientras extiendo los brazos y doblo los dedos en su mandíbula. Me encanta que sus labios también estén hinchados de nuestro beso—. No la echas de menos porque tienes una. Tú la has construido, Remington. Has conseguido ser el centro de una. ¿Y sabes qué? Tu familia no está contigo por cuestión de destino o de sangre, o porque no tengan más opción. Está contigo porque te quiere. Yo te escogí a ti. —Le miro a sus ojos azules—. Te elijo a ti.

Sigo teniendo a Racer en el pecho, pero echo el brazo hacia atrás y saco un sobre cerrado que he guardado en la mesilla de noche que tengo a la espalda.

—Te he escrito una carta.

Curva los labios de forma arrogante y extiende el brazo para agarrarla, pero retiro la mano con una sonrisa maliciosa.

—Te la cambio por mi carta anterior.

—No —me dice mientras me da un toquecito en la nariz.

Me río.

—¡Avaricioso! ¡Sí! —insisto.

—¿Qué dice? —pregunta y levanta las cejas.

—Podrás verla si me das la otra, la que escribí cuando era joven y miedosa, y te doy esta otra, que la he escrito ahora que…que soy tuya.

Sus ojos resplandecen con mis últimas palabras. Agarro la carta rápidamente cuando la saca de su mesilla para que nunca recuerde que le abandoné porque ahora no me marcharé jamás.

—Esta la puedes leer cuando quieras —le digo mientras me pongo de pie y me dirijo a la cuna. Sus ojos brillan. Asiente y la coloca en la mesilla de noche.

En lugar de leerla, observa cómo coloco a Racer en la cuna y mientras espera a que me coloque a su lado, se dirige al iPod en el que ya están colocados los altavoces. Cuando volvíamos del ayuntamiento le dije que tenía ganas de escuchar *From This Moment,* de Shania Twain y Bryan White y, de repente, la canción invade nuestra habitación.

Mi corazón tiembla cuando me giro para mirarle; mis manos están vacías, vacías de él. Él dobla los dedos en sus costados y respira hondo, su mirada arde de deseo azul y, en una fracción de segundo, los dos nos ponemos en movimiento en los lados opuestos de la cama. Empiezo a quitarme la falda con rapidez y él, su camisa. Nuestros ojos observan lo que hace el otro.

Estoy desnuda antes que él, me subo a la cama y camino de rodillas por ella. Extiendo los brazos para quitarle los pantalones. Con un movimiento me sujeta de la nuca y me besa como no me ha besado en la vida. Las chispas recorren mi cuerpo mientras nuestras bocas se devoran y los dos hacemos ruidos hambrientos. Le bajo los pantalones con impaciencia y el cinturón golpea el suelo. Los aparta con el pie y me tumba en la cama, pero su boca no abandona en ningún momento la mía. Mis manos se deslizan por sus músculos pétreos, su piel suave, y yo siento todas sus durezas en mí y todo mi cuerpo despierta por él.

—Te deseo, te amo como no he amado nada en mi maldita vida, nada —dice con voz ronca y apasionada. Me echa el cabello hacia atrás y yo me estremezco cuando nuestros labios vuelven a encontrarse y rodamos por la cama. Me levanta los brazos y entrelaza nuestros dedos mientras coloco las piernas alrededor de su cintura. Se introduce dentro de mí y yo jadeo, gimo y lamo su boca mientras siento su duro miembro, largo y ancho, avanzando dentro de mí. Gruño de placer, él me lame y me penetra con un control delicioso y lento, aunque siento la tensión vibrante en su cuerpo sobre el mío.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras me besa el cuello con pasión, extiende los dedos con los míos y me aprieta la mano fuerte cuando sus labios empiezan a rozar y bailar sobre los míos.

—Mejor que bien —jadeo. Arqueo la columna y abro la boca según saca la lengua y toma la mía, nuestras caderas se golpean, nuestras bocas se mueven rápido mientras que nuestros cuerpos lo hacen despacio y con cuidado cuando hacemos el amor como marido y mujer por primera vez.

—Te amo —susurro a modo de canturreo mientras me llena una y otra vez y él lo repita cada vez que la empuja dentro y me aprieta las manos.

—Yo también te amo.

Me deja toda pegajosa por dentro, y por fuera, y cuando estamos satisfechos y cansados, gruñe y me acerca a él. Desliza el dedo por mi muslo y después vuelve a meterme su semen dentro, despacio y con ternura, mientras me abraza desde atrás. Utiliza la nariz para colocarme el pelo hacia atrás y me acaricia el cuello con ella mientras hace todas esas cosas de león como acariciarme, lamerme y quererme, susurrando que soy suya. Cierro los ojos mientras me acaricia el vientre, como si a veces olvidáramos que Racer ya no está ahí dentro, y yo coloco mi mano sobre la suya y asiento cuando me murmura al oído.

—Mía.

Esa noche, Racer no llora para que le dé el pecho y me despierto alarmada y preocupada cuando me encuentro a Racer dormido en

los brazos de su padre. Remington le sostiene como me sostiene a mí, firme pero con ternura. Racer hace unos ruiditos cuando respira. Su pelo es oscuro como el de su papá, pero su piel es rosa y suave mientras que la de papá es dura. De repente, lloro de felicidad.

El corazón es un músculo vacío y late millones de veces durante nuestra vida. Es del tamaño de un puño y tiene cuatro cavidades: dos aurículas y dos ventrículos. Lo utilizo para amar con cada partícula y cada molécula que hay en mí igual que utilizo mi alma, mi cuerpo, mis huesos, mis músculos y mis nervios. Bombea vida dentro de mí para que pueda entregarle libremente mi amor a un hombre y al pequeño bebé que me ha dado.

Estoy enamorada y este amor, este hombre y nuestra pequeña familia me habrán cambiado para siempre.

Antes soñaba con medallas y campeonatos, pero ahora solo sueño con un luchador de ojos azules que un día cambió mi vida, cuando puso sus labios en los míos.

Para él

Querido Remington:

Era una chica recién graduada cuando fui a ver tu combate y me has convertido en una mujer. Has hecho de mí una esposa. Has hecho de mí una madre. Y me has hecho, y me haces cada día, la mujer más feliz. Voy a pasar el resto de mi vida amándote a ti y a nuestros hijos. Corriendo contigo, comiendo contigo, dejando que me tomes, me lances al aire y me lamas. Seré tu amiga, tu amante, tu cuidadora, tu compañera en los entrenamientos, tu amor, tu mujer y la leona que lucha a tu lado. Siempre, siempre seré tu mayor admiradora. Gracias, Remington, mi amor, por inspirarme cada día con tu bondad y tu energía. Gracias por ser el padre que jamás habría imaginado para mis hijos. Gracias por darme algo por lo que luchar. Quiero que sepas que estaré encantada de trabajar contigo para poder recibir pronto a nuestra Iris.

Te quiero y estoy enamorada de ti, para siempre, ahora y durante cada segundo. Negro y azul, cada centímetro de tu cuerpo, de tu maravilloso ser, es mío y voy a quererte y a cuidarte siempre.

Brooke

Agradecimientos

¡Estoy muy emocionada con la publicación de *Mía* y la increíble saga *Real* en Gallery Books!

Estaré eternamente agradecida a mi maravillosa agente Amy Tannenbaum y a Jane Rotrosen Agency por su apoyo y ánimos; a mi increíble editor Adam Wilson, que es lo mejor que podía haber deseado; y a la gente increíble de Gallery Books que ha hecho todo esto posible, incluyendo los mejores editores y publicistas del mundo. Gracias, Jennifer, Lauren, Kristin, Jules… por amar esta saga tanto como yo.

¡Y gracias a la adorable Enn Bocci por unirse al equipo y ayudarnos a difundir el amor REAL por todas partes! Y, por supuesto…

Gracias a mi querido marido, mis queridos hijos y mis queridos padres, vosotros hacéis que mi vida sea bonita todo el año.

A la hija más adorable del mundo por leerlo antes que nadie y darme todo su apoyo.

A mis amigos escritores que lo leyeron primero, entre ellos Monica Murphy, Joanna Wylde, Kim Karr, Jen Fredrick, Wylie Snow y L. M. Augustine. Escribir es una tarea solitaria y logras mucho más cuando tienes amigos comprensivos que pueden empujarte a través de las pequeñas dificultades.

Kati Brown merece un especial agradecimiento y cariño de mi parte. Tu aportación para este libro fue oro. ¡Gracias, Kati!

A Stacey Suarez, la mejor entrenadora profesional y mejor amiga, experta en todo lo atlético y nutricional.

A mi querida y talentosa Marilyn M y a Errinn G., y a mis fantásticos asistentes, antiguos y nuevos; Anna, Ellie, y Lori y Gel. Gracias por darme más tiempo para escribir.

También, un especial y gran agradecimiento a todos los increíbles blogueros que han sido un increíble apoyo para Remy desde el principio. ¿Cómo puedo daros las gracias, salvo compartiendo más de él con vosotros? Muchísimas gracias y, por favor, perdonad la falta de espacio para nombraros a todos y cada uno de quienes he recibido, leído y releído correos, ¡sois maravillosos! ¡Es surREALista!

Neda, no tengo palabras para describir tu amistad, apoyo y lo maravillosa que eres con el increíble blog de viajes que ayudaste a planear. Mi corazón está con todos los que participasteis también. Jenna, ¡tu vídeo mola! ¡Gracias a todos!

A las increíbles Dana, Erin y Kelly y a las adorables «Siniestras» que son, en realidad, ángeles disfrazados. Abrazos para Dominique, Stacy, Jen y Kerry.

A todos mis lectores, que habéis esperado pacientemente esta historia, gracias por querer a mis personajes tanto como yo.

Y por último, pero muy especialmente, a todo aquel que haya sufrido o sufre cualquier tipo de enfermedad mental y a todos aquellos cuyos seres queridos sufren alguna enfermedad mental: creo que hay luz en la oscuridad y espero que encontréis la vuestra.

¡Besos y abrazos!

Sobre la autora



Katy Evans ha saltado a la fama en pocos meses. Su debut como escritora, *Real*, ha acumulado una legión de seguidores en tiempo récord. En cuestión de un par de meses, esta novela erótica autoeditada llamó la atención de varias editoriales y sus derechos han sido adquiridos por editoriales como Gallery Books (Simon &

Schuster) en lengua inglesa, o Principal de los Libros en castellano. Los derechos de traducción se han vendido a Brasil, Italia, Alemania, Turquía, Francia, Corea y España/América Latina. *Mía* es la continuación de la saga.

Katy Evans creció acompañada de libros. De hecho, durante una época eran prácticamente como su pareja. Hasta que un día, Katy encontró una pareja de verdad y muy sexy, se casó y ahora cada día se esfuerzan por conseguir su particular «y vivieron felices y comieron perdices». A Katy le encanta pasar tiempo con la familia y amigos, leer, caminar, cocinar y por supuesto, escribir.

Para más información sobre *Real* y Katy Evans:
Página web http://www.katyevans.net
Twitter: @authorkatyevans

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exlcusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.




BRITTAINY C. CHERRY
EL AIRE
QUE
RESPIRA
SERIE DE LOS ELEMENTOS I
CHIC

El aire que respira

Cherry, Brittainy C.
9788416223503
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo?

Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo.
Elizabeth ha perdido a su marido.
Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir.
Necesitan recordar lo que se siente al querer.
Solo así podrán volver a respirar.

La novela romántica revelación en Estados Unidos

Cómpralo y empieza a leer


Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte
Premio
Bancarella de
los libreros
italianos
CHIC

Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias?

Jennifer es abogada.
Ian es economista.
Y se odian.
Un cliente los obliga a trabajar juntos.
¿Y si del odio al amor solo hay un paso?

Premio Bancarella de los libreros italianos
Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

Cómpralo y empieza a leer


HOMICIDIO
UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE
DAVID SIMON
UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE
THE WIRE
PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
«UNA OBRA MAESTRA» MARTIN AMIS
PRINCIPAL

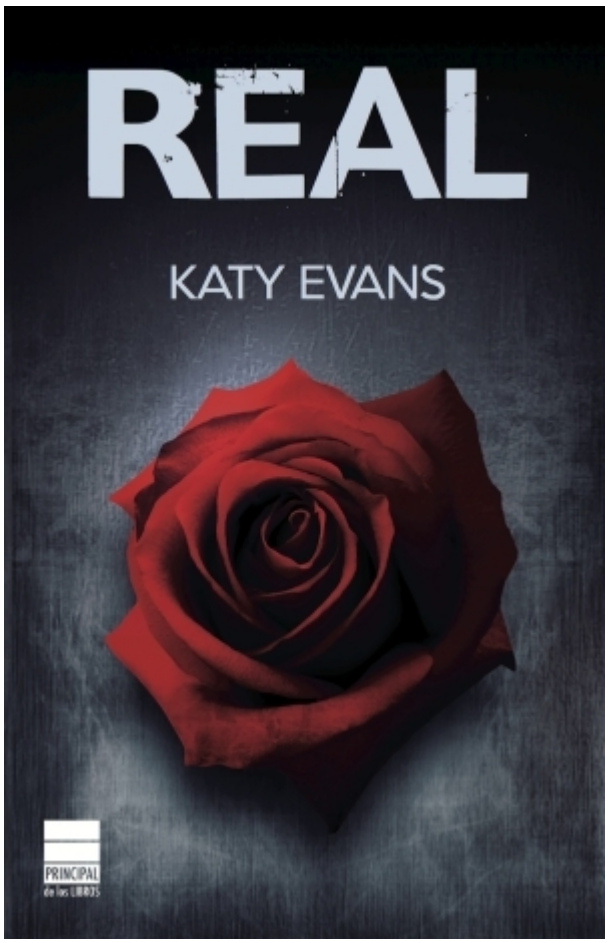
Homicidio

Simon, David
9788416223480
784 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos.
David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años.
Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

Cómpralo y empieza a leer


REAL
KATY EVANS
PRINCIPAL
de los LIBROS

Real

Evans, Katy
9788494223488
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un boxeador inestable.
Una joven con los sueños rotos.
Una combinación explosiva.

Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo.

La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

Cómpralo y empieza a leer


EN REALIDAD,
NUNCA
ESTUVISTE AQUÍ
JONATHAN
AMES
Una novela del creador de *Bored to Death*

En realidad, nunca estuviste aquí

Ames, Jonathan
9788416223329
96 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un héroe cuya arma favorita es un martillo… claramente tiene problemas

Joe es un ex marine y ex agente del FBI, solitario y perseguido, que prefiere ser invisible. No se permite ni amigos ni amantes y se gana la vida rescatando jóvenes de las garras de los tratantes de blancas. Un político lo contrata para que rescate a su hija de un burdel de Manhattan, y entonces Joe descubre una intrincada red de corrupción que llega a lo más alto. Cuando los hombres que lo persiguen acaban con la única persona que le importa en el mundo, abjura de su voto de no hacer daño a nadie. Y si alguien puede abrirse paso hasta la verdad a fuerza de cadáveres, ese es Joe.
En realidad, nunca estuviste aquí es un homenaje a Raymond Chandler y a Donald Westlake y su serie sobre Parker. En esta dura y emocionante novela, Ames desafía los límites de la novela negra y crea un protagonista demoledor y psicológicamente perturbado que salva a otros pero es incapaz de salvarse a sí mismo.

Cómpralo y empieza a leer